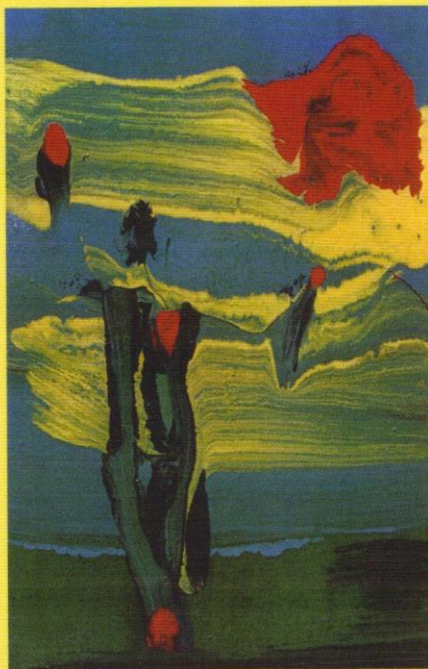


FIDEL AIZPURÚA DONAZAR



RETOS DEL
FRANCISCANISMO
PARA EL SIGLO XXI



[Estudios Franciscanos]

RETOS DEL FRANCISCANISMO PARA EL SIGLO XXI

Fidel Aizpurúa Donazar

Introducción

Plantearse la pregunta de los retos que el franciscanismo recibe ante el recién inaugurado siglo XXI es ya un dato positivo. Acoger-proponer retos solamente puede hacerse en la medida en que se tiene claro que una espiritualidad como la franciscana, más allá de los siglos de su pervivencia, sigue siendo una posibilidad y una oferta para la persona de hoy. Además, una espiritualidad está viva en la medida en que se la re-crea. Ya decía el mismo Francisco que “es grandemente vergonzoso para nosotros los siervos de Dios que los santos hicieron las obras, y nosotros, con narrarlas, queremos recibir gloria y honor” (Adm 6,3). Esta aguda observación está animado a recrear la espiritualidad en el hoy concreto que nos ha tocado vivir. Es, en definitiva, percibir que se sigue vivo, más allá de las heridas y costurones que la vida inflige a todo ser vivo. Acoger-proponer retos solamente es viable en la medida en que se tiene despierta la ilusión. Quien acoge-propone retos, es alguien que, abierto aún a la vida, muestra el deseo de escuchar el latido de su tiempo y quiere, de alguna manera, caminar en la senda de que respira. Porque, desde luego, quien planteara el tema de los riesgos sin afán de encajarlos, mejor le valdría quedarse en su quietud, en su parálisis.

¿Podemos acoger los retos en esta hora de reducción y de cierta debilidad de la vida franciscana en nuestra cultura occidental? Sí, por las razones antedichas y porque acoger-proponer retos no es principalmente tarea de fuertes, sino de confiados. Efectivamente, para esta tarea se necesita ineludiblemente de la confianza en la persona y en los grupos humanos. ¿Cómo se va a aceptar el reto que viene envuelto en el temor? Ojalá que esta hora de reducción no fuera de desconfianza, sino que, palpándose en la propia debilidad, activando la confianza, se pueda ir entrando en ese mundo duro pero fructífero de los retos de la vida.

¿Cómo son los retos que nos llegan hoy? ¿Tienen, como antes, por principal componente el elemento espiritual o han de tener primacía, más bien, los retos sociales? El hermano José Rodríguez Carballo, general de la OFM, opta por retos de componente sobre todo espiritual: ser hombres y mujeres de fe, testigos del absoluto de Dios; Vivir la fraternidad en diálogo; ser hombres y mujeres que aceptan vivir en lugares de fractura; ser testigos de Misericordia; ser custodios y testigos de esperanza. Siendo todo esto muy importante quizá haya que optar con humildad por un marcado componente social. Efectivamente, la famosa “vuelta a las fuentes” no puede ser solamente entendida como el estudio histórico y filológico de dichas fuentes, cosa por otra parte del todo necesaria. Esa “vuelta” ha de hacerse en el hoy, no en modos meramente historicistas. Porque lo que pretende la vuelta a las fuentes no es tanto un reencuentro con los orígenes cuanto una actualización de los mismos. Del mismo modo que, a lo largo de décadas, hemos hecho con el mensaje bíblico intentando mil y una actualizaciones para que la Palabra no quede estéril y trasnochada, de esa misma manera habrá que ir haciéndolo, en forma lo más “seria” posible, con el mensaje franciscano.

Como decimos, quizá ambos sean necesarios, pero, dado el contexto secular en el que nos movemos, tal vez haya que prestar atención preferencial a los sociales, aquellos que vienen de una sociedad laica. Efectivamente, la vida franciscana, como toda la VR, ha de hacer un esfuerzo por escuchar la profecía que nos viene de la laicidad. Hasta ahora, siempre y casi únicamente habíamos valorado la profecía bíblica, religiosa. Pero

esta época nuestra, tan reticente con el fenómeno religioso, engendra y ofrece, desde la laicidad, auténticas ofertas de profecía: es la voz de quienes, desde posturas ajenas a lo religioso, abren caminos a la esperanza humana. Basta abrir las páginas de un libro, de un periódico, de un folleto social, para percatarse que ahí late el viejo y perviviente anhelo de la profecía, de la voz de Dios.

Finalmente, hemos de dar un paso más: tal vez hoy haya que pensar que los retos se proponen no solamente a la persona, sino a la comunidad. En la vida franciscana, como en la VR, siempre ha habido personas que, a título individual, han acogido y propuesto retos con verdadera entrega, con riesgo, a veces, de su propia vida. Pero tal vez haya llegado la hora de escuchar esos retos en el marco de la comunidad. El franciscanismo necesita hoy no solamente personas proféticas, sino comunidades de estilo de vida profético. Si no se logra que la llamada personal venga de la comunidad y pase a la persona (no al revés), no lograremos el objetivo último de engendrar estilos de vida susceptibles de recrear hoy la espiritualidad franciscana. La respuesta personal, aunque imprescindible, brota pujante cuando el grupo como tal es profético.

Los cantores, los juglares, como el mismo Francisco lo era, atinan, a veces, mejor que los sesudos tratados de espiritualidad. Esta canción de L. Guitarra propone los verdaderos retos que subyacen a nuestra reflexión:

*Desaprender la guerra,
realimentar la risa,
deshilachar los miedos,
curarse las heridas.
Difuminar fronteras,
rehuir de la codicia,
anteponer lo ajeno,
negarse a las consignas.
Desconvocar el odio,
desestimar la ira,
rehusar usar la fuerza,
rodearse de caricias.
Reabrir todas las puertas,
sitiar cada mentira,
pactar sin condiciones,
rendirse a la Justicia.
Rehabilitar los sueños,
penalizar las prisas,
indemnizar al alma,
sumarse a la alegría.
Humanizar los credos,
purificar la brisa,
adecentar la Tierra,
reinaugurar la Vida.*

I

“LO AMARGO SE ME TORNÓ EN DULZURA”**La conversión del hermano Francisco como conversión social**

En la parábola pasoliniana de *Uccellaci e uccellini*, fray Cecilio predica por separado a los halcones y a los gorriones el amor. Tras algunas dificultades de lenguaje logran entenderse y ambos, halcones y gorriones, proponen seguir el camino del amor. Pero, apenas fray Cecilio se da la vuelta, un halcón atrapa y mata a un gorrión. El desconsuelo del cándido hermano es enorme porque piensa que su labor de dos años de prédica ha sido tarea perdida. Pero el hermano Francisco le dice claramente: “No te envié a predicar amor, sino a cambiar el mundo”. Porque, en el fondo, no interesa tanto hablar del amor cuanto sentar las bases de una nueva sociedad. Ahí está dibujado algo de lo que nosotros queremos en este capítulo inicial, ya que la conversión social apunta a esas bases, se sitúa en el más elemental camino de lo humano.

El vocablo conversión hace parte casi exclusivamente del mundo religioso. Si se lograra darle algún tipo de contenido social mostraría el vigor de su verdad. Si se lo reduce exclusivamente al mundo de las creencias es cuando se corre el riesgo de dejarlo vacío de sentido. Por eso, nos ha parecido interesante tratar de enfocar el, muchas veces, trabajado tema de la conversión del hermano Francisco desde la perspectiva de la conversión social, intuyendo que ahí se encierra algo distinto, más atractivo hoy que la simple conversión religiosa.

Aunque nadie duda que textos como el *Testamento* dibujan un auténtico itinerario de conversión, es preciso caer en la cuenta, ya de entrada, que el hermano Francisco no usa jamás el término *conversio*. Por alguna razón, el azaroso proceso de su acercamiento a la vida evangélica no ha sido entendido por él como conversión en sentido religioso, siendo así que este tema pertenece al acervo común de la espiritualidad de la época desde san Bernardo a Ricardo de San Víctor pasando por Guillermo de Saint-Thierry. Es la hermana Clara la que, por el contrario, ha entendido así no solamente su inicio de la vida evangélica sino, la del mismo hermano Francisco. En su *Regla* habla en una ocasión de la conversión de Francisco y otra de la suya propia (RCI 1,4; 6,1); en el *Testamento* habla dos veces de la conversión de Francisco, otras dos de su conversión y una de la de sus hermanas (TestCI 9 y 25; 25 y 57; 8). Es llamativo que de estos siete empleos, tres de ellos pongan la promesa de obediencia en relación con los inicios de la conversión. Dos veces habla de que “*paulo post*” de la conversión se ha comprometido en obediencia, aunque ese período en realidad fue de cuatro años. Por alguna razón la hermana Clara quiere poner su promesa de obediencia a la sombra de la conversión de Francisco, quizá porque esa promesa de obediencia no es algo entendido tanto como voto religioso cuanto como compromiso de Evangelio compartido. Los biógrafos primitivos han entendido el itinerario vocacional de Francisco como una conversión en toda regla, aunque tampoco emplean en demasía el vocabulario de la conversión religiosa. Encasillar, pues, al hermano Francisco en el paradigma común del convertido religioso es arriesgarse a perder los contenidos más interesantes de la génesis de su vida evangélica.

Por otra parte, es preciso caer en la cuenta de cómo, en la mezcla que se da en el creyente entre antropología y fe, esta segunda viene en ayuda y empuje de las decisiones vitales tomadas ya en los aspectos más básicos de la persona. La fe colabora al cre-

cimiento y desarrollo de opciones ya tomadas, no al revés. Muy bien lo expresa un texto de Juan Mateos: “Ordinariamente la opción fundamental es anterior al encuentro con Jesús. Así lo expresa Juan: “Todo el que obra con bajeza odia la luz y no se acerca a la luz, para que no se le eche en cara su modo de obrar; en cambio, el que practica la lealtad se acerca a la luz, y así se manifiesta su modo de obrar, realizado en unión con Dios” (Jn 3,20s). La disposición y comportamiento habitual con los demás determinan su opción. A la opción positiva responde el don del Espíritu, que le da estabilidad y le capacita para llevar a término el proyecto creador” (J.Mateos-F.Camacho, *El horizonte humano*, p.100). Eso anterior a la conversión religiosa, esa opción fundamental del hermano Francisco, es el campo de lo que nosotros vamos a denominar su conversión social.

1. El proceso de conversión del hermano Francisco como percepción y cambio de una situación social distinta

Tradicionalmente se ha entendido la conversión del hermano Francisco como una conversión religiosa. Así lo expresa I.Larrañaga: “Primero encontró al Señor, y fue el Señor quien lo llevó de la mano entre los leprosos, y no a la inversa” (*El hermano de Asís*, p.47) Hoy día se pone mucho más el acento sobre lo que podríamos llamar una conversión social (R.Manselli, *Vida de san Francisco*, pp.44-70). Primeramente se contempla el itinerario vocacional del hermano Francisco como un itinerario antropológico en que toda su persona se ve involucrada, no únicamente su parte religiosa. Es un cambio de perspectiva vital en la que las personas y los acontecimientos entran de lleno en el marco de las propias opciones. Luego, la cruz de Jesús confirma las decisiones tomadas. Tengamos en cuenta que el hermano Francisco es una persona muy adulta (25 años) si se valora el dato de que para la época la perspectiva media de vida era de 35 años. Iniciar tan tarde un proceso de cambio conllevaba unas valoraciones de la vida muy hechas.

a) Preparación del momento crucial

El sueño de grandeza económico-social del hermano Francisco comenzó a quebrarse en sus propios presupuestos. Para consolidarse en el rango social al que aspiraba, Francisco se lanza a una serie de acciones bélicas. La batalla de Collestrada de 1202 le va a costar un año de cárcel; la aventura frustrada con el Conde Gentile en 1205 le va a llevar a una profunda depresión. Desde ese punto bajo inicia un camino de aproximación a los pobres y a los sacerdotes sencillos a los que da dinero, siempre en ausencia de su padre. Hay que valorar estos comportamientos extraños en temas económicos en la vida de uno dotado para los negocios. El viaje a Roma en plan peregrino, viaje de riesgo y de silencio, es también un elemento influyente.

b) El momento crucial

Es el llamado encuentro con el leproso en las inmediaciones de Asís durante su segunda convalecencia. El leproso seguía siendo en la Edad Media el prototipo de marginado social sin ningún tipo de asistencia y viviendo fuera de las ciudades. Este encuentro es desencadenante de una percepción distinta de las propias estructuras personales. No es un descubrimiento de la pobreza o del dolor en sí, sino un descubrir a la persona que sufre y percibir en forma muy aguda e inmediata que la situación del leproso y la suya propia no difieren mucho en el fondo. El hermano Francisco habla en su

Testamento que el trato con los leprosos, inicialmente amargo, se le convirtió en “dulzura” (Test 3). “La dulzura en clave evangélica está también en los leprosos, hombres que sufren en el cuerpo y en el alma una enfermedad terrible, y que sin embargo son siempre positivamente hombres” (G.G.Merlo, *Historia del hermano Francisco*, p.6). A esta percepción personal acompaña otra social. El hermano Francisco descubre de manera insultante el reverso de la nueva sociedad que nacía con aspiraciones de igualdad y en la que él era un privilegiado. Esta nueva sociedad, su ciudad, mantiene y crea nuevas desigualdades y muros: los que viven fuera de las murallas no son personas al verse privados de todo derecho. Por eso Asís, el mundo al que pertenece, no es el lugar humano que pretende ser y de ahí que sienta necesidad de dejarlo. Había descubierto fuera de Asís el lugar de la persona.

Podría preguntarse por qué Francisco no llegó a dar cuerpo “institucional” a esta experiencia fundante de los leprosos. Como una de las causas de desviación de la Orden cuando el viaje a Palestina (junto con la del asunto de Felipe Longo) Jordan de Giano dice que un tal Juan de Campello “reunió a un gran número de leprosos, hombres y mujeres, salió de la Orden y quiso fundar una nueva Orden” (*Chronica*, n.13). Lo cierto es que en 1R 8,12 afirma que se puede pedir limosna por los leprosos; y en 1R 9,2 dice que los hermanos han de convivir con “gente de baja condición y despreciada, con los pobres y débiles, con los enfermos y leprosos, y con los mendigos de los caminos”. Fue una experiencia básica pero estaba inscrita en otra más amplia que era la vida evangélica como tal.

c) Lo que ocurrió después

Esta nueva visión de la realidad personal se ve confirmada en la revelación que Francisco tiene en el diálogo con el Cristo de san Damián (TC 13-14). El hermano Francisco ve en aquel rostro de la tabla bizantina el rostro de la humanidad de Dios. Ese rostro no es semejante al de los socialmente privilegiados, ni al de los señores de la guerra o de la Iglesia; el rostro humano de Dios no es el de los “ciudadanos”. Es más reconocible en el de los excluidos que muestran su sufrimiento y no logran implicar a la sociedad; está inmerso en su angustia y la ha tomado sobre sí. Incluso ve con claridad que su propia vida herida es acogida en la cruz de Cristo. La cruz de Jesús respaldaba su visión de la persona en exclusión y las decisiones concretas que de ello van a seguir: tomar el estado de penitente, dedicarse a la oración solitaria, incrementar la caridad con la venta en Foliño, huir de casa temiendo las represalias paternas, terminar en los tribunales del Obispo de Asís hasta poder decir que tiene “otro padre”.

d) El evangelio de misión

Este evangelio que se constituye en programa de sus primeros pasos en su vida nueva, de la nueva gracia, traduce la experiencia del leproso-Crucificado que tanto le ha marcado. Pero la traduce en modos sociales: caminar entre la gente pobre y sufriente queriendo indicar que ellos también tienen derecho a sentarse en el banquete de la vida, revelar al Dios bueno alejando el temor y recreando el amor y fomentar la reconciliación como camino para la paz, hacer de la exclusión y la pobreza no una maldición sino un lugar de encuentro.

2. La institucionalización de la Orden como conflicto con la vida convertida del hermano Francisco

La dialéctica intuición-institución no solamente ha sido una pregunta constante en los estudiosos del franciscanismo, sino que ha sido una herida siempre abierta en la vida franciscana, herida, quizá, imposible de cerrar. Lo cierto es que el problema se planteó, con toda su crudeza, ya desde el comienzo y tuvo apariencia de consolidación con la obra reformadora de san Buenaventura, aunque la posterior historia de la Orden mostró que la herida se había cerrado totalmente en falso.

a) Una fraternidad en conflicto

Nadie duda que la vivencia de la fraternidad fue el gran regalo de Dios para el hermano Francisco. Los hermanos son don de Dios (Test 14). Pero no se puede obviar la realidad de que esa vivencia, sobre todo en la última época de su vida, ha sido su mayor dificultad y ha motivado la más honda crisis de su existencia. La vida del hermano Francisco, como la de los grandes buscadores de Dios, ha estado siempre marcada por la pregunta de todo buscador: ¿Qué quiere Dios que haga? En los últimos años de su vida esta pregunta ha cobrado una fuerza casi angustiosa. En rigor, el proceso de institucionalización de la Orden comienza ya en vida del mismo hermano Francisco como lo muestra, sin pretenderlo, la Carta de Jacobo de Vitry que desvela la realidad de un grupo que se va organizando por sí mismo. Pero el punto de inflexión se da con el viaje a Tierra Santa de 1219-1220. Es entonces cuando al hermano Francisco se le abren los ojos. Lo de menos es lo del asunto de Felipe Longo o el de Juan de Campello. La realidad más dura es que el sector dirigente de la Orden está entrando, quizá sin darse cuenta, por el camino de la institucionalización. El hermano Francisco reacciona alejándose de la dirección y haciendo toda una labor profética desde “fuera” de la organización: Nombramiento de Bernardo de Quintavalle como ejemplo para la Orden (EP 107), de la Porciúncula como casa modelo para la Orden (107), la renuncia a la dirección mostrada en forma tan profética en la escena de J. De Giano nº 17. Ante el desafecto de un cierto sector de la fraternidad, él intensifica el amor a los hermanos que lo entienden (León, Bernardo, Clara, Jacoba, etc.). El distanciamiento del hermano Francisco no está hecho de rechazo, sino del afán siempre vivo de que el grupo no abandone la senda de la primera intuición. El retiro anterior a las llagas, en 1224, marca el hito de su “gran tentación” y cómo la manera de superarla fue el aferramiento creyente al valor de la cruz y de la entrega como cauce de salvación y de vida. La parábola de la *Verdadera alegría*, en su aparente ingenuidad, refleja bien la situación de esta época: el éxito del camino cristiano es mantener el equilibrio vital cuando los caminos son oscuros o, más sencillamente, vivir en amor y en fraternidad por encima de cualquier rechazo, aunque el tal rechazo afecte a las más queridas opciones personales. Es únicamente así como la Orden podrá seguir siendo fraternidad.

b) La metamorfosis del franciscanismo

Es un período relativamente corto, unos ochenta años, en que la fraternidad se consolida en la dinámica de una Orden, en la que el franciscanismo pasa a ser minoritismo o, en palabras de G.G.Merlo, en que se pasa “de la práctica de la pobreza a la teoría de la pobreza, de la pobreza *vivida* a la pobreza *pensada*” (*Historia del hermano Francisco*, p.4). El inicio de este camino quizá sea el hecho de la aceptación de lugares estables y de la introducción de la Orden en la vida universitaria; el final cuando algunos hermanos acceden al núcleo de la estructura eclesiástica, bien sea cuando el hermano sacerdote Alberto de Pisa es elegido general de la Orden (1239), cuando el hermano León de Perego es nombrado arzobispo de Milán (1241) o, finalmente, cuando

el hermano Jerónimo de Ascoli es nombrado Papa con el nombre de Nicolás IV (1288). Mientras tanto, la refundación bonaventuriana fue la consagración del minoritismo como modo de inserción en la Iglesia. Su misma ascensión al cardenalato lo confirma. Esta metamorfosis fue posible por varias razones: la influencia de las corrientes universitarias de Europa, la clericalización como modo de inserción en el entramado eclesial, la elaboración ideológica de san Buenaventura en el marco de una espiritualidad cordialmente aceptada por la Iglesia.

c) Los valores en juego

¿Qué valores hay en juego, qué fuerzas son las que mueven todo este entramado? Aunque parezca extraño, este ha sido y sigue siendo un problema de *poder*. Las ideologías y las maneras de vivir se sitúan siempre, por causa de la dinámica relacional de la persona, en la dialéctica del poder. El hermano Francisco, quizá sin pensarlo, había soñado un modo de grupo franciscano donde la dialéctica del poder no existiera al ser todos literalmente hermanos. La cruda realidad es que esa dialéctica apareció enseguida como era normal; y también como es normal, prevaleció el poder sobre el no-poder, el minoritismo sobre el franciscanismo. Pero el sueño del hermano Francisco no fue inútil porque, por dicha dialéctica, la realidad del no-poder no desaparece por el triunfo del poder. Permanece ahí, no pocas veces como el más profético de los valores. Algo de eso creemos que ocurrió entonces y, de algún modo, se prolongó después. O dicho de otro modo: la fraternidad franciscana habría de haber supuesto un modo alternativo de vida, no sólo dentro de la Iglesia, sino de la misma sociedad, el sueño de la sociedad nueva que es la base del Reino. Pero para vivir la alternatividad es preciso cuestionar la dialéctica del poder. Es aquí donde cualquier organización encuentra un obstáculo de difícil superación. Con esto queremos decir que la solución, en la medida que existe, no es la confrontación, sino la adecuación mejor posible de las estructuras de poder a las del no-poder, las de la organización a la profecía, la del minoritismo al franciscanismo. Creemos que, no sin contradicciones, gracias al minoritismo nos ha llegado al franciscanismo pero que, cuanto más se conforme aquel con éste, tanto más se aproximará al sueño del hermano Francisco siempre en el horizonte, nunca del todo conseguido. Y en ese sueño ocupa un lugar central la pobreza vivida, es decir, la realidad social vivida desde sus lados más débiles. Con la institucionalización esos valores corren el riesgo de diluirse ya que todas las energías apuntan al logro del poder; con el franciscanismo los valores sociales emergen ya que la vida entendida desde una igualdad básica afecta a todo el hecho social. La superación de esta dialéctica quizá sea posible por los cauces de una creciente conversión social.

3. La vida franciscana convertida socialmente

De ello hablan continuamente los textos franciscanos cuando reflexionan sobre nuestro lugar en el mundo. Dice el *VI Consejo Plenario de la Orden Capuchina*: “Con toda la Iglesia reafirmamos nuestra opción preferencial por los pobres, que no se hace a discreción de cada uno de los hermanos, sino que nos interpela como fraternidad y debe manifestarse visiblemente: viviendo con los pobres para asumir todo cuanto haya de válido en su forma de crear, de amar y de esperar; sirviéndoles preferentemente con nuestras manos; compartiendo con ellos el pan y defendiendo sus derechos. Ser pobres con los pobres, fraternizar con ellos, forma parte integrante de nuestro carisma franciscano” (nº 9).

Y es que parece que de muchas de nuestras actuales aporías en la vida cristiana y franciscana solamente nos puede sacar a flote nuestra conversión a la sociedad. Por lo demás, creemos que no es otra la pretensión evangélica cuando se nos dice que el Evangelio es para tener vida (Jn 20,31), que el techo del Reino es la participación de los pobres en el devenir de esta historia (Mt 25,31-46), que el absoluto innegociable no es tanto Dios sino el hermano, por lo que la fraternidad es la ley que constituye la comunidad de seguidores (Jn 13,34-35, que el sueño de Jesús es que la persona esté erguida mientras participa en la vida con todas sus potencialidades desplegadas (Mc 3,1-7) y todo ello hasta que llegue ese estilo nuevo de relación social en la que habite la justicia (2 Pe 3,13). La sociedad es la tierra buena que añora la semilla del Evangelio (Lc 8,5-8). Mientras ambas no se fecunden, la esterilidad rondará al hecho cristiano.

a) Franciscanismo y sociedad actual

Cuando ciertos analistas de la realidad diseccionan el hecho social, concluyen que el nuestro es “un mundo de torbellinos”, una realidad en la que todas las instancias sociales están involucradas en los mismos grandes problemas que tiene delante lo humano. Esos torbellinos son justamente el ámbito en el que ha de realizarse paulatinamente nuestra conversión social.

- *El torbellino del poder*, que hoy más que nunca es un poder que deriva de la información ya que la información crea opinión. El franciscanismo puede convertirse al hecho social en la medida en que trabaje por el reparto de poder, manera de poner los cimientos de la fraternidad.
- *El torbellino de la necesidad de sentido*, porque la persona se define y sigue en su imparable búsqueda de sentido. El franciscanismo podría convertirse a este torbellino social trabajando en el empeño por decir a toda persona que, por el simple hecho creacional, tiene un lugar en el mundo y un derecho inalienable a participar de la felicidad histórica.
- *El torbellino de la pérdida de identidad* que deja a la persona sin raíces obligándola a refugiarse en nacionalismos excluyentes en los que sigue vigente el temor al otro. El franciscanismo hace una conversión al hecho social cuando trabaja en la erradicación del ancestral temor al distinto sustituyéndolo por una mentalidad universalista y plural, fraterna en suma.
- *El torbellino de la crisis del modelo patriarcal* que ha hecho saltar por los aires las opciones familiares, sexuales, de género, que han sido intocables hasta ahora. El franciscanismo se convierte socialmente si va encajando esta mutación y se pone con decisión del lado de la fraternidad social con posturas abiertas en torno a temas de moral sexual, de igualdad de género de diversidad de familia.
- *El torbellino de las migraciones* que cada vez afecta más al hecho social. Una conversión a este ámbito está pidiendo al franciscanismo no solo una colaboración en los problemas que esto plantea sino el trabajo por llegar a una mentalidad nueva donde el otro, el distinto, llegue a ser hermano, no amenaza.

b) El franciscano como “profeta social”

Entendemos mejor lo que es ser profeta desde valores religiosos, menos desde vertientes sociales. Pero es desde ahí desde don quizá el franciscano esté llamado hoy a vivir su ser profecía en el mundo.

- *Profetas de las relaciones interpersonales:* centrándose sobre todo en ese mundo donde las relaciones son difíciles: relaciones de asimetría, ámbitos del afecto paradójico, desestructuras que afectan a los más débiles de la sociedad. Siendo de quienes apelan más al valor de la persona que a la fuerza del derecho, a la necesaria compasión que a la salvaguarda del ordenamiento jurídico.
- *Profetas que excluyen a los excluidos:* lo que se traduciría en estilos de vida cada vez más desvinculados de las estructuras de poder social, estilos de vida vecinales, insertos, generadores de tejido social, inmersos en la vida, sabiendo que la significatividad no viene de la relevancia. Esta actitud pone delante la enorme tarea de cuestionar lo incuestionable, el poder. Esto podrá hacerse únicamente si se comienza por un alejamiento efectivo de los ámbitos de decisión y del mundo del honor social.
- *Profetas de la igualdad efectiva:* cosa que no se puede hacer sin una valoración positiva de lo público como lo que puede posibilitar el salto hacia la igualdad. La fraternidad franciscana habría de ser un colectivo hipersensible a los temas de igualdad social, de género, de religión, etc. La desigualdad atenta al núcleo de lo franciscano, igual que pasa con el Evangelio.
- *Profetas de la corporeidad:* haciendo una espiritualidad y una praxis donde la corporeidad sea un elemento integrante de la existencia, la verdadera perspectiva de lo que somos: tierra, cuerpo, materialidad, historia. Y desde ahí, se podrá dar el salto a los sentimientos, a las perspectivas, a las vivencias. La espiritualidad franciscana es, en el fondo, una aliada de la corporeidad.
- *Profetas de la apertura:* desde experiencias reales de universalismo que no se hacen sólo por razones evangelizadoras sino por el simple beneficio de lo humano. Desvirtúa al franciscanismo posiciones ideológicas, políticas o existenciales cerradas, tentadas de fanatismo. Por el contrario, la apertura y la acogida son la clave inicial del secreto de este carisma. Si esas claves no funcionan, el resto se bloquea.
- *Profetas de un Dios cuestionado y necesario:* porque así ha de ser el Dios del futuro: cuestionarlo desde los concretos esquemas en los que se lo presente y proponerlo como necesario desde situaciones más existenciales que religiosas. Quizá la sociedad de hoy demanda ambos componentes: un Dios de rostro nuevo, liberado de tantas ataduras ideológicas, religiosas, sistémicas; un Dios que sostiene la existencia y se une a ella, cuya compañía es necesaria para orientarse en el laberinto del vivir.

Al hablar desde el hermano Francisco de la conversión social estamos haciendo, en el fondo, una fuerte llamada a una vivencia distinta del camino humano. Vamos aprendiendo que la pasión por lo humano y la pasión por Dios no son antagónicas sino una misma. Más aún, según el NT, la primera visibiliza a la segunda. Nuestra sociedad quizá le esté pidiendo al franciscano el atrevimiento de ser humano, porque esa osadía es, en el fondo, la senda por la que Jesús ha pretendido construir el Reino. Y desde ahí será posible que este camino humano que a veces vivimos y experimentamos en la amargura, se nos torne en dulzura, la enorme dulzura de comprender que la nuestra es una vida, histórica y social, acompañada por el Padre que vive, paso a paso, nuestra misma aventura.

II LOS GRANDES RETOS SOCIALES

No ha de extrañar que en una época de creciente secularización, como la nuestra, los retos que se plantean a la espiritualidad franciscana vengan del lado social. Siempre amenazará a esta espiritualidad la tentación de vivir en una “burbuja”, de enroscarse en sus “castillos”, como diría Casaldáliga. Pero eso le llevaría a agrandar el abismo entre dicha espiritualidad y el río de la sociedad que discurre, imparable, por sus propios cauces. De ahí que no solamente por humildad, sino por elemental realismo, será preciso orientar las antenas hacia el hecho social, la profecía laica, la ética común. De ahí nos vienen los retos y, probablemente, la capacidad de renovación.

1. El gran reto de la itinerancia

Creemos que uno de los grandes retos que recibe la vida franciscana de hoy, quizá el más inmediato, es el de asumir *la itinerancia*, un elemento de nuestra espiritualidad que pocas veces ha sido tenido en cuenta. En un mundo crecientemente globalizado la itinerancia de personas y sociedades, de trabajos y producción, de trasvase de religiones y culturas, ha alcanzado cotas inimaginables hace cien años. Desde el comienzo de su existencia, la vida franciscana se ha querido itinerante, aunque históricamente haya podido desechar este componente por poco productivo. Pero en los genes de lo franciscano se encuentra el valor de la itinerancia.

a) Todo cambia

Así pregonaba, hace ya muchos años, la canción de Mercedes Sosa. La vida franciscana, por su componente sistémico, ha sido construida para durar, para pervivir. Ahora experimentamos en la sociedad de la que hacemos parte, maneras de vivir muy cambiantes, donde prácticamente no ha nada consistente ni fijo. Hemos de aprender por necesidad social lo que no fuimos capaces de aprender por espiritualidad: que vivir en itinerancia, en cambio continuo, puede ser un modo de vida muy productivo para engendrar vida, para poner el acento sobre lo importante, para construir fidelidades. Aprender la lección del cambio exige flexibilidad, desposesión, cercanía a la vida, capacidad de desinstalación, certeza de que los caminos son múltiples. Exige, en definitiva, escuchar la voz del Espíritu que “sopla donde quiere” (Jn 3,8). Tengamos *in mente* algunos ámbitos generales donde se palpa el cambio con evidencia:

- *Una nueva noción de identidad:* Por mucho que la vieja noción de identidad nacional construida sobre la diferencia y con frecuencia sobre la exclusión, aún perviva y genere mucho sufrimiento en los pueblos, está naciendo en todos los rincones de la tierra un concepto de identidad que acentúa las formas comunitarias, evitando formas cerradas, asumiendo al mismo tiempo los derechos inalienables de cada persona. El paso a esta identidad que brota de la comunión es algo que ha de marcar mucho los caminos humanos del siglo XXI. En ese caso, el ideal de fraternidad, que constituye el núcleo de la espi-

ritualidad franciscana, ha de aprender ese lenguaje de la comunión. Si no lo ha hecho por vía de la religiosidad, debería hacerlo por empuje del hasta ahora inusitado modo de forjar la identidad por la comunión. Lo que parece un axioma teórico, tiene consecuencias decisivas en el devenir de las comunidades humanas.

- *Una nueva ética de mínimos o global:* Hasta ahora creíamos que los planteamientos éticos derivaban únicamente de concepciones religiosas. Pero es la sociedad la que ahora demanda e intenta crear una ética de mínimos o global que pueda ser aceptada por cualquier ciudadano, independientemente de su componente religioso o no. Esta ética global ha de establecer los marcos de convivencia y solidaridad de las diversas comunidades existentes. Se trataría de lograr “una guía, en forma de irrenunciables éticos o principios mínimos, para poder sobrevivir y humanizar este mundo globalizado” (J. Carrera, *Identidades*, p.26). Si el franciscanismo no capta este movimiento social de fondo, sus planteamientos éticos propuestos desde perspectivas religiosas no tendrán eco y, lo que es peor, se descolgará del sentir de muchas personas e instituciones que caminan ya en esta senda profética de la ética global.
- *Una religiosidad posaxial:* Hay analistas que concluyen que la espiritualidad enmarcada en la vivencia religiosa que hemos heredado corresponde a una época de sociedades agrarias, ya que en el paleolítico no parece que haya religiones organizadas. O que esta vivencia corresponde al “tiempo axial” de la cultura humana que se produjo en el milenio anterior a Cristo, tiempo de densificación de la conciencia humana, privilegiado momento de impulso en la humanización. Desde ahí se preguntan si no estaremos en un tiempo posaxial nuevo (“deutero axial” lo llaman) en que aparecerá un tipo de experiencia espiritual más allá de las religiones, situada en experiencias personales e intransferibles de lo trascendente.

b) *En el núcleo del franciscanismo*

“La minoridad ha sido para la Orden la parte menos apreciada de la herencia otorgada por el fundador, la primera en ser dejada de lado, a pesar de ser cosa bastante inteligible y poco expuesta a complicaciones jurídicas... Toda la compleja problemática que se desarrolló en la fraternidad, después de la muerte del santo en torno a la pobreza, todas las luchas internas y las complicaciones externas, bien poco evangélicas... dependieron del empeño imposible por parte de los hijos de san Francisco por querer ‘ser pobres’ sin haber tenido la valentía de continuar siendo ‘menores’” (L. Iriarte, *Vocazione francescana*, p.136). Esta dura y profética afirmación de Iriarte podría ampliarse diciendo que nunca fue menor porque jamás fue itinerante. El lado débil de la historia franciscana es la historia de un gran fracaso pero, debido a los estudios franciscanos actuales y al clima de secularidad que vivimos, hace que lo percibamos con mayor claridad. Esto nos da una nueva oportunidad para volver sobre los componentes más originales del sueño franciscano. Efectivamente, la itinerancia está en el corazón de la primigenia experiencia franciscana. Toda la precaución de Francisco hacia los libros (1R 8,3), los estudios (SC 6), el dinero (1R 14,1), las casas (Test 24), la ropa (Test 16), etc., probablemente no tiene otra finalidad, sino la de prevenir contra la instalación que termina por ahogar la vida itinerante, aquella que llevaron Jesús y los apóstoles. La itinerancia se convierte así no sólo en el rostro externo de un indudable estilo de vida, sino también en la verdad de una opción. La vida de Francisco ha estado urdida en esa itinerancia: su andar por los caminos (1R 9,2), su manera de trabajar (1R 7,1-2), su estilo de

vivienda (1R 8,8), hasta su modo de orar (2C 96) han dependido de su opción itinerante de vida. El sufrimiento del final, su discrepancia de los derroteros que iba tomando la institución franciscana, ha tenido que ver con la institucionalización que es la cara opuesta a la itinerancia. Es cierto que el elemento itinerancia fue prácticamente arrumbado del acervo común de la fraternidad franciscana. Pero también es verdad que siempre, entre los franciscanos, ha habido quienes, desde Angel Clareno en el siglo XIII, hasta hermanos de hoy que llevan estilos de vida de fuerte componente itinerante. Es la institución como tal la que tendría planteado el problema; no tanto las personas concretas.

El franciscanismo ha querido oponer la itinerancia al sistema. Aquí se halla el problema de fondo: la pertenencia sistémica del franciscanismo a la sociedad y a la Iglesia. El estilo de vida franciscano puede ser entendido como una fraterna confrontación con el sistema. La itinerancia sería una manera de poner rostro a dicha confrontación. Desvelemos algunos matices:

1. *El modo itinerante de los primeros hermanos:* Parece que la estructura conventual, de asentamiento, no estuvo presente en los primeros pasos de la familia franciscana, aunque no tardó en llegar. El Testamento lo recuerda con vivacidad (Test 18). No conviene menospreciar las intuiciones carismáticas más básicas del Francisco que vive el Evangelio sin coacción, en total libertad, con unas estructuras casi inexistentes. Más allá de los matices que se puedan hacer a esta postura inicial, lo que no se podrá negar es que la itinerancia fue una opción natural y deliberada frente a las formas religiosas de vida estable, bien conocidas por el mismo Francisco. El sistema impuso su ley pronto y se enfiló por la estabilidad del convento, aunque fuera en maneras menos drásticas que las otras órdenes.
2. *La misión franciscana en la itinerancia:* Así fue entendida y vivida al principio. El gozo de aquella libertad es recordada también en el Testamento (Test 8). Ciertamente pudo haber abusos, pero bien se encargó el sistema de reprimirlos. Con esa represión se dio al traste con un modelo de misión de corte no sistémico, de ofrenda, de exhortación, que podría haber dado paso a una manera de evangelizar de alto componente ecuménico y social como lo reconoce G.Bini: “Una tercera característica del hermano menor podría ser la ‘movilidad’, es decir, su capacidad de inculturarse donde quiera que esté, pues donde quiera que esté allí está su casa, allí encuentra hermanos. Quizá así, presentando al hombre de hoy ésta nuestra identidad, conseguiremos deshacer la cultura de la sospecha recíproca, lograremos que los hombres se acerquen unos a otros, infundiremos esperanza a la humanidad, colaboraremos en la construcción de relaciones nuevas, transformando la hostilidad en acogida y hospitalidad” (*Fraternitas*, p.25).
3. *La obediencia franciscana como itinerancia:* El sistema exige obediencia ciega a esa “mano negra” que rige los destinos sociales y económicos y que esconde las actuaciones de los poderosos. Francisco entiende la obediencia de otro modo: no es algo exigido por razones organizativas sino una forma de garantizar, valga la expresión, la libertad de Dios y la de la misma persona. La obediencia es la libertad de pertenecer, la libertad de entrar en el camino evangélico. Por eso “el que en fe se lanza a la obediencia de la libertad para que Dios pueda actuar con libertad, hace que se liberen otras energías que no están de suyo a disposición del hombre” (K.Esser, *Temas espirituales*, p.118). Esas “otras energías” son las que pueden configurar un sistema de vida distinto, fraterno.

4. *Una nueva ciudadanía*: Ya hemos dicho que el sistema negativizado se articula sobre la vieja dialéctica dominador-dominado. El Evangelio, y el franciscanismo por evangélico, postulan una nueva ciudadanía, aquella que hace del ancho mundo y de la familia humana su verdadera casa. La pintoresca escena de Flor 11 en que Francisco hace dar vueltas al hermano Maseo para saber qué camino ha de seguir dibuja el perfil utópico del franciscano: uno que da mil vueltas en el mundo con la certeza de que, caiga donde caiga la suerte, estará en casa. Dice D. Flood que los hermanos “rehuyeron una estabilidad que supusiera una adscripción al marco social, que era lo que la política comunal quería de ellos, toda vez que, como religiosos ejemplares, habían comenzado a demostrar su valía (1 R 17,10-13). Si hubieran invertido mucho en una residencia, cualquiera que fuera la justificación de dicha inversión, pronto hubieran pasado a ser parte del cuadro social” (*Francisco de Asís*, p.117). Esa renuncia a la pertenencia sistémica es la que puede alumbrar la nueva ciudadanía.

c) Consecuencias decisivas

Si la vida franciscana asume el reto de la itinerancia las consecuencias son muchas e inmediatas. Para tomarlas en serio se precisa una actitud de fuerte disponibilidad estructural. Es decir, hay que estar dispuesto a cambiar estructuras generales que constituyen el marco real de los estilos de vida franciscana. Si se es renuente a esto, hablar de itinerancia real es hablar de música celestial. Anotemos algunas de estas consecuencias:

- 1) *Habría que ir aprendiendo a vivir en provisionalidad*, sabiendo que ése es un valor para nosotros más seguro y fecundo que el de la institución. Sería preciso conjurar el irracional miedo a vivir en marcos provisionales, ya que en ellos se pueden vivir mejor los valores franciscanos de la libertad, la creatividad y la misma fraternidad. El fin de nuestros grupos franciscanos no es durar en el tiempo, sino caminar al ritmo del Espíritu. Y para ello lo provisional es siempre mejor marco que lo institucional.
- 2) *La estructura convento* no es la que mejor se adecua a la itinerancia, por mucho que se resista al cambio e, incluso, se afiance en nuestro tiempo. Hay que pensar en marcos de vida más ágiles, más mezclados con la realidad común. La itinerancia congenia muy bien con la inserción. Y, aunque no sea hoy momento propicio para estos anhelos, el futuro apunta a esa inserción, como queda claro desde el mismo Evangelio (Mt 13,33). *Fundar*, en sentido de permanecer, de resistir al paso de los siglos, de vivir en estilos de vida inquebrantables, incambiables, no es algo que conecte bien con la itinerancia.
- 3) *Es necesaria una reorientación de lo económico* en la línea que marca el Evangelio: solidaridad, no acumular, modos alternativos de economía. Quizá en esto los Institutos religiosos comienzan a despertar. La importancia de este reordenamiento es decisiva. Cualquier posibilidad de itinerancia evangélica se bloquea ante un planteamiento económico neoliberal.
- 4) *También habrá que reorientar el honor social*, el puesto que queremos ocupar en la sociedad, las personas con las que queremos rozarnos y compartir la vida. Aunque la VR haya descendido niveles en el ranking del honor social, nuestros grupos todavía dependen mucho de esa clase de valoraciones. Es preciso captar con mucha viveza la realidad de un Jesús que vivió sin amargura en el marco de

- quienes no son honorables socialmente. Por eso, habrá que trabajar por descubrir la “belleza” de la relación menor, de la convivialidad con los débiles.
- 5) *Habrà que aprender la movilidad* en lugares, ideas, culturas para que lleguemos a creer, como Francisco, que el franciscano tiene en cualquier parte su casa. La instalación no es solamente un fenómeno geográfico, sino cultural, por eso, se precisa una apertura a la cultura moderna, una itinerancia benigna hacia los modos de entender la vida de la sociedad de hoy, abandonando posiciones de instalación que derivan de modos culturales de “centro”, sistémicos. “El concepto de inmovilismo no es solamente físico. Un inmovilismo más radical se encuentra en los hábitos de pensamiento y de valoración, que con frecuencia se convierten en obstáculos para la verdadera conversión. Estos obstáculos pueden estar constituidos por un pensamiento teológico rígido, una mentalidad incapaz de cambiar, el fundamentalismo teológico, y pueden impedir a las personas el encontrar a Dios ‘fuera del campamento’ (Éx 19, 17; 33, 7-11)” (VII CPO *Ofmcap*, nº 24).
 - 6) *Hemos de tratar de alejarnos de planteamientos políticos y económicos sistémicos*, de economía neoliberal, de políticas impositivas y excluyentes. Ya que todas las instituciones tienden a tener connivencia con el poder establecido, quien anhele modos de vida itinerante tendrá que vigilar mucho sus conexiones políticas y económicas. El ámbito político es un tema que, generalmente, no hace parte del discernimiento comunitario. Pero es muy decisivo. Un tratamiento desde perspectivas evangélicas ayudaría a planteamientos vitales de itinerancia. De cualquier manera “una vida religiosa integrada en el sistema de la sociedad dominante deja de cumplir la razón de ser que tiene la vida religiosa en la Iglesia” (J.M.Castillo, *El futuro de la vida religiosa*, p.167).
 - 7) *Habríamos de aprender la dinámica del “ir a”*, tanto en lo que se refiere a los creyentes como a los no creyentes. Está más que comprobado que, cuando la Iglesia primitiva ha decidido “ir a los paganos”, es cuando la oferta cristiana ha salido a flote (Hech 10). Por el contrario, cuando funciona el criterio de “que vengan a nosotros”, el peligro de muerte acecha a cualquier colectivo creyente. La itinerancia está relacionada justamente con el primero de los mecanismos y Francisco lo ha practicado y animado con su estilo de vida. Ello ha de llevar a recuperar “la calle” como escenario social donde habrá que intentar vivir el hecho cristiano franciscano. La clave de muchas cuestiones relativas a la itinerancia está en la apertura, mental y social.
 - 8) *Habría que tender a contactar con los alejados del sistema*, uniéndose a ellos en la medida en que son la alternativa real al sistema. Para ello, como hemos insinuado, habría que valorar la profecía laica, la capacidad de la sociedad para generar estilos de vida humanos. Más a la base, será precisa una actitud benigna ante estilos de vida sociales nuevos que nos son difíciles de asimilar. Sería preciso hacerse la pregunta evidente de si los alejaos son, realmente, ellos o nosotros. Y el buen itinerante estaría lleno de respeto hacia ellos, dejándoles ser ellos mismos en su propio alejamiento y valorando sus actitudes de fondo.
 - 9) *Sería preciso activar la creatividad* y todos los mecanismos que lleven a generar estilos de vida nuevos: imaginación, anhelo, sueño, pasión, etc. Estos dinamismos no han tenido lugar ni prestigio en la espiritualidad tradicional que los ha considerado casi inútiles, cuando no un estorbo para la vida espiritual. Y, sin embargo, tales fuerzas son las que mueven realmente los hilos de nuestra vida, las que generan los proyectos más vivos. Por eso, si se quiere vivir en modos de itinerancia será preciso apreciarlas, cultivarlas, potenciarlas. Tal vez en cosas

como éstas se halle la causa del desprestigio de la itinerancia entre los franciscanos.

- 10) *El franciscano/a habría de considerar como valor seguro el del hermano/a*, no tanto el de las estructuras. Porque en el fondo de la desconfianza ante planteamientos de itinerancia subyace una desconfianza en las posibilidades de amparo y acogida del propio hermano. Es fácil intuir que la itinerancia conlleva un cierto desamparo. Así ha sido también en el caso de Jesús (Mt 8,20). Es entonces cuando la fraternidad habría de convertirse en casa que ampara, en ánimo que renueva las fuerzas, en empuje que a nula cualquier debilidad. Por eso mismo, reafirmar la fe en la itinerancia es hacerlo también en la fraternidad.

2. La fraternidad franciscana ante el reto de la globalización

Los grandes retos sociales, y quizá el de la globalización sea el mayor, requieren respuestas interaccionadas, de comunión, de elemental coordinación. Por eso, para construir en modos adecuados la respuesta a este reto que, como familia franciscana, se nos exige hoy será preciso generar pensamiento y, sobre todo, caminos comunes, por modestos que sean. Pensar la globalización es tarea actual, y los pasos que se van dando en esta materia son muchos. Quizá nuestro esfuerzo radique en trasvasar este pensamiento a lo cotidiano de nuestras comunidades, tarea, en no pocos casos, aún por hacer. Pero, como es lógico, donde se ha de verificar si la familia franciscana va dando respuesta o no a este interrogante que nos plantea la globalización es en las estrategias prácticas, en los caminos constatables. Aquí, cualquier intento es válido, incluso el del gesto, porque los gestos hablan el lenguaje del futuro y son la verificación en el hoy de que las cosas realmente pueden cambiar. En estos momentos, lo importante no está en la capacidad real que la familia franciscana pueda tener para incidir en el enorme fenómeno de la globalización, que, sin duda, ha de ser modesta, sino en la disposición que manifestamos para apuntarnos a este trabajo. En esta actitud que cambia la cuestión de “qué podemos hacer” por la de “qué estamos dispuestos/as a hacer” se halla el quid de la cuestión.

Así es como podemos ir dando cuerpo al gran sueño, al núcleo de **la utopía franciscana** que no es otro que el del logro de la **fraternidad universal**. Como más adelante diremos, ése es el test básico de la espiritualidad y de la vida franciscana. Si nuestros límites particulares, si nuestras pequeñas batallas cotidianas, si nuestros intereses meramente inmediatos, nos hacen perder este horizonte, el empobrecimiento del carisma será inmediato.

a) La globalización “envenenada” y la “civilización de la pobreza”

No vamos a hablar aquí de lo que teóricamente es la globalización, sino de tal como hoy la estamos viviendo. No es suficiente que se nos diga que la globalización es buena en sí misma. No es bastante que se aduzcan ejemplos concretos en los que el progreso técnico puesto al servicio de los débiles ha salvado tal o cual carencia. Hay que decir que la globalización está “envenenada”. Y su veneno no es otro, como luego diremos, que el acaparamiento de su fuerza en beneficio de un exclusivo y excluyente sector del mundo que es la llamada cultura occidental. Eso contradice su sentido básico, porque una globalización para un sólo sector del mundo es una contradicción. Veamos algunas de sus nociones constituyentes:

* *La noción de “desarrollo sostenible”*: No pocos pensadores actuales, desde sociólogos hasta antropólogos, han llegado a la conclusión de que la noción de desarro-

llo sostenible se hace justamente “insostenible” porque lo que se pretende es manejar los recursos de la tierra de manera que garanticen el alto nivel de vida al que nos ha llevado el desarrollo. Por eso, cuando decimos desarrollo sostenible en realidad estamos hablando de nuestro tren de vida. Esta noción está envenenada porque supone que dicho desarrollo sostenible no se puede mantener sin el requisito de que grandes sectores del mundo queden excluidos de él. La única manera de curar esta fenomenal intoxicación es administrarle dosis crecientes de solidaridad. Si no, hablando de este tema, excluimos e injuriamos a los/as pobres.

* *La noción de “derechos humanos”*: Si hoy algo parece ser una noción global es ésta de los derechos humanos. Pero la cruda realidad es que, proviniendo de un pensamiento occidental, los derechos humanos son sistemáticamente conculcados sobre todo en los países pobres del mundo, quienes no gravitan en la órbita de la cultura occidental. Mientras los derechos humanos sean patrimonio solamente de una parte de la humanidad será una noción envenenada de los mismos la que estaremos manejando. Y, por supuesto, mientras los países poderosos invoquen los derechos humanos para perpetuar y acrecentar su opresión sobre las naciones pobres, la noción se habrá corrompido en toda su extensión.

* *La noción de “salvaguarda de la creación”*: Esta noción es muy querida en los grupos de Justicia y Paz franciscanos. De modo que la incorporan a su denominación y a su tarea. Pero, al igual que en nociones anteriores, una occidentalización de la misma hace que en los países poderosos se ponga el grito en el cielo ante el impacto ecológico de un pequeño pantano, cosa en sí loable, mientras que esos mismos países no tienen empacho en deforestar las selvas tropicales sin más criterio que el del mayor lucro. L. Boff, profeta de la ecología, dice que en la deforestación de la selva de la Amazonía brasileña se concitan todos los pecados capitales antiecológicos. Mientras no seamos igualmente sensibles al ataque a la creación que supone el trazado del AVE y la deforestación por nuestros compatriotas de las selvas del Gabón, por ejemplo, no podremos hablar de salvaguarda de la creación. Porque es claro que la creación es una sola y toda ella quiere y debe ser cuidada y salvaguardada.

* *La noción de “mercado libre”*: Porque si algo no es libre es el mercado. El acceso del mercado global a los países pobres está hoy más vedado que nunca. Mientras los países ricos controlen el 72% del comercio mundial; mientras el 80% del comercio sea Norte-Sur y solamente un 10% en la dirección contraria; mientras las grandes decisiones económicas se tomen en los países occidentales, hablar de mercado libre es un escarnio. El mercado constituye la antítesis de los derechos humanos. A quien percibe esto le va siendo muy querida la práctica del comercio justo que cada vez va tomando más cuerpo. El comercio justo se inserta en la enorme y desigual lucha por el logro de un casi imposible equilibrio entre el Norte y el Sur del planeta. De ahí le viene su limitación, porque la lucha es como la de David contra Goliath, y su grandeza, de la pretensión de su utopía.

* *La noción de “dignidad humana”*: Es la base de la moderna antropología humanista. Sin embargo, al igual que en los conceptos anteriores, una noción restringida de la dignidad circunscribiéndola a los países poderosos se convierte en la negación misma de la dignidad. El horror que suscita su violación en occidente habría de ser igual o más, porque se trata de violencia ejercida contra los pobres, en los países empobrecidos. Mientras la dignidad no sea común y total no podrá llamarse dignidad humana; mientras la dignidad sea patrimonio de los poderosos nada tendrá que ver con la verdaderamente humana que está hecha de acogida y benevolencia para con toda persona, para con todo ser viviente incluso, más allá de su pertenencia a un lado u otro del planeta.

La conclusión de todo esto es evidente: la privatización de los valores humanos que pretende la globalización actual la desautoriza y la envenena sin posibilidad de curación. Solamente su universalización podría hacer florecer los aspectos positivos que encierra en sí mismo el concepto de globalización. Dice Juan Pablo II: “Nuestro mundo empieza el nuevo milenio cargado de las contradicciones de un crecimiento económico, cultural, tecnológico, que ofrece a pocos afortunados grandes posibilidades, dejando a millones y millones de personas no sólo al margen del progreso, sino a vivir en condiciones de vida muy por debajo del mínimo requerido por la dignidad humana. ¿Cómo es posible que, en nuestro tiempo, haya todavía quien se muere de hambre; quien está condenado al analfabetismo; quien carece de la asistencia médica más elemental; quien no tiene techo donde cobijarse?” (NMI n° 50). Y nosotros nos preguntamos: ¿Cómo es posible que no nos hayamos percatado todavía que somos nosotros/as, los occidentales, quienes, por querer mantener nuestro tren de vida, llevamos siglos haciendo una obra de expolio y empobrecimiento sistemático de medio planeta?

¿Hay salida para una situación así? Puede haberla pero no a cualquier precio. Pensadores de hoy, como I. Ellacuría, nos hablan de revertir el dinamismo de la actual globalización hasta constituir lo que él llama una “civilización de la pobreza”. Afirmo programáticamente:

“Una civilización...donde la pobreza ya no sería la privación de lo necesario y fundamental debido a la acción histórica de grupos o clases sociales y naciones o conjunto de naciones, sino un estado universal de cosas en que está garantizada la satisfacción de las necesidades fundamentales, la libertad de las opciones personales y un ámbito de creatividad personal y comunitaria que permita la aparición de nuevas formas de vida y cultura, nuevas relaciones con la naturaleza, con los demás hombres, consigo mismo y con Dios” (I.Ellacuría, *El reino de Dios*, p.595).

Permítasenos explicitar esta frase para establecer lo que entendemos por bases de una civilización de la pobreza:

* *Requisito previo: la lucha contra la pobreza:* Ha de ser una lucha denodada, secular, porque no se trata de hacer pobres sino de hacer dignas a todas las personas. La dialéctica riqueza-pobreza quiebra la dignidad que se logra a base de luchar contra la pobreza. Es preciso hacerlo en todos los frentes, desde el signo minúsculo hasta el plan macropolítico. En esta lucha denodada se curte quien anhela una sociedad de estilo distinto.

* *La garantía de las necesidades fundamentales:* La civilización de la pobreza se opone tanto al empobrecimiento por quien se queda excluido como al enriquecimiento quien excluye. El criterio de la necesidad, viejo como el tiempo, sigue siendo válido. Cuando las necesidades de una vida digna, a las que es lícito aspirar, se vean colmadas se habrá dado un paso decisivo en el camino de la vida. Hoy por hoy, los obstáculos para el nacimiento de esa realidad son, sin duda, la riqueza acumulada y las personas y países que la acumulan. La reclamación continua que los pobres hacen de su parte de felicidad no lograda es su gran aportación.

* *Las otras necesidades:* Ellacuría cita explícitamente “la libertad de opciones personales”. Si la globalización, entendida en los modos del liberalismo económico, lleva a algo es a la más profunda despersonalización. Lo que rige la vida ya no es la persona, ni siquiera el Estado. La verdadera patria de esa globalización envenenada son las multinacionales que están en cuestión de presupuesto, como lo hemos dicho, e incluso en cuestión de decisiones, por encima de los estados. La civilización de la pobreza

reivindica la centralidad e innegociabilidad de la persona. Y mantiene esa certeza con la tenacidad de quien se sabe en el camino correcto.

* *Nuevas formas de vida y de cultura*: Habla también Ellacuría de “un ámbito de creatividad personal y comunitaria que permita la aparición de nuevas formas de vida y cultura”. La civilización de la pobreza no está reñida con la creatividad. Más bien es el dinero el que termina por ahogar la cultura. Las formas culturales sufragadas en modos oficiales por la cultura dominante tienen encima una gran hipoteca. Por el contrario, la pobreza superada en modos humanizadores podría dar pie a formas de cultura estables porque modifican realmente la estructura humana. Los modos de la riqueza extrema adulteran la cultura; la demanda de los pobres recuerda las posibilidades de una cultura humanista.

* *Nuevas relaciones*: No ha de extrañar que la cultura de la riqueza llegue a deteriorar las relaciones en todas sus dimensiones. Ha sido así desde la antigüedad. Mientras que la cultura de la pobreza pone las relaciones en primer plano, no solo porque ha entendido lo que significan las carencias más básicas, sino porque esa vivencia ha desatado la ternura y el amparo a los débiles. Cuando la ambición queda controlada por una perspectiva distinta de la vida y de la historia, fluye la relación. Cuando la insaciable sed de bienes resulta ser el centro de la vida, la buena relación personal y social tiene contados sus días.

¿Es posible creer en un planteamiento así? Quizá nuestra honda hermandad con el marco económico en el que vivimos, más fuerte sin duda que los cultivos evangélicos, nos lleve a esbozar una sonrisa. Pero es preciso seguir en la espera de manera lúcida y activa. Dice E. Sábató: “No podemos olvidar que en estos viejos tiempos, ya gastados en sus valores, hay quienes nada creen, pero también hay multitud de seres humanos que trabajan y siguen en la espera, como centinelas” (*La resistencia*, p.120). Uno de esos “centinelas” es, en este tema, J. Sobrino. En muchas de sus páginas quiere hacer ver a las culturas de la riqueza cómo la cultura de la pobreza encierra valores y, sin duda, mucho más trascendentales para el devenir humano. “En un mundo configurado pecaminosamente por el dinamismo capital-riqueza es menester suscitar un *dinamismo diferente que lo supere salvíficamente*. Este dinamismo proviene del mundo de la pobreza. Y esa pobreza es la que realmente ‘civiliza’, da espacio al espíritu, que ya no se verá ahogado por el ansia de tener más que el otro, por el ansia concupiscente de tener toda suerte de superfluidades, cuando a la mayor parte de la humanidad le falta lo necesario. Podrá entonces florecer el espíritu, la inmensa riqueza espiritual y humana de los pobres y los pueblos del Tercer Mundo, hoy ahogada por la miseria y por la imposición de los modelos culturales más desarrollados en algunos aspectos, pero no por eso más plenamente humanos” (*Redención de las víctimas*, p.138).

b) *El legado de un gran sueño*

Cuanto más nos adentramos en el mensaje franciscano, tanto más nos vamos convenciendo de que la mejor aportación de Francisco y Clara a la sinfonía de la vida eclesial y a la misma historia no es sino su ingenua e increíble utopía de la fraternidad universal. Es la fraternidad que crea relaciones nuevas, definitivas, no solamente entre las personas sino con el resto de los seres creados. Cuando Francisco derrama profusamente en sus escritos la expresión “hermano/a” dirigida no solo a las personas sino al cosmos entero no lo hace como quien usa un latiguillo más o menos poético. Francisco cree que el hermano débil es hermano, y que lo son también el bandolero, la muerte, la

piedra, el sol, el agua, el gusano, etc. No hace poesía sino que cree en una extraña hermandad. Esto solamente puede provenir de una persona que ha captado profundamente el “origen común” de todo el hecho creacional (Lm 8,6). Francisco cree que si tenemos el mismo origen común, el corazón del Padre que tiene características maternas, entonces toda criatura es hijo o hija. Esta mirada solamente puede brotar si uno/a logra librarse del instinto de posesión. Él se siente verdaderamente hermano porque puede acoger las cosas sin los intereses de la posesión, del lucro y de la eficacia como valor exclusivo. “Desde esa posición puede reconciliarse con todas las cosas e inaugurar una democracia verdaderamente cósmica” (L.Boff, *Ecología*, p.268).

Esta percepción cósmica de naturaleza fraterna sufre mil y un embates en el duro devenir de la historia. Francisco mismo ha creído perderla en los tiempos de su gran crisis final. Muchos franciscanos/as, fuertemente probados por la vida, han tenido sentimientos similares. Si no se mira con ojos nuevos la realidad de la persona, no es fácil que brote y se mantenga viva la utopía de la fraternidad, la fe en que la persona, más allá de sus debilidades evidentes, puede ser realmente hermano y hermana míos. Cuando se cierra el horizonte de la fraternidad, es preciso creer con firmeza renovada que “sea cual fuere el pecado que una persona cometa, si el siervo de Dios se altera o enoja por ello, y no movido por la caridad, atesora culpas” (Adm 11,2).

Esta espiritualidad se sustenta en un entramado de mediaciones que la hacen posible:

* *Una fe peculiar*: Que no es otra que la fe en la persona. Ni el Evangelio ni la espiritualidad franciscana nos demandan un tipo de fe entendida como adhesión ideológica a unos dogmas. Más a la base es preciso saber si hay en nosotros/as una fe en la persona capaz de sustentar opciones ulteriores: el amor asimétrico, el acompañamiento a los débiles, el servicio, la fraternidad igualitaria, el valor innegociable de la persona, etc. Estos son los valores que anidan en el fondo de la fe evangélica y franciscana. Quien se adhiriera a ellos sin la adhesión previa a estos valores arquetípicos de la vida y del Evangelio tendría mucha dificultad para entender la novedad y posibilidades de la fraternidad universal.

* *Estructuras de fraternidad*: No amanecerá el utópico sueño de la **fraternidad universal** si no hay quien construya estructuras, modos plásticos de vida común, que la posibiliten. En ese sentido, aún está por construir la fraternidad igualitaria que ha sido el gran sueño de Jesús (Mt 23,9). En esa comunidad no solamente las estructuras externas han de ser realmente fraternas sino también las internas: el anhelo, siempre en el horizonte, de que el corazón del hermano/a no sea un huerto vallado, sino, casa abierta, camino compartido. También en el plano social es preciso mantener el deseo de una sociedad estructurada asentada no solamente sobre la ley dictada por quien manda sino sobre la inapelable necesidad de quien tiene derecho a la vida antes y por encima de toda ley.

* *Desde el lado de las víctimas*: J. Sobrino analiza con indiscutible profundidad cómo las víctimas pueden redimir esta globalización tan desviada en su mismo centro. Dice que esta redención se verifica en tres ámbitos: a) en el de la verdad, porque las víctimas convocan a la verdad y el clamor de la represión y de la cruz rompen el silencio de la pobreza y de la injusticia, sólo así se puede luchar contra la macroblasfemia de nuestro tiempo que es que dos mil millones de personas vivan en el mundo con menos de dos dólares al día; b) en el de la solidaridad, porque las víctimas mueven a “llevarse mutuamente” hasta hacer que toda persona se siente en la mesa que iguala a los desiguales, la que construye la familia humana, para que todos lleguen a ser con ese gozo de llevarse mutuamente; c) en el ámbito de los cambios radicales, porque no se trata de incidir en la dinámica del más o menos sino en el intento de revertir la historia hasta

llegar a poner en pie la novedad de una civilización de la pobreza, o de la dignidad, que viene a ser lo mismo. L. González-Carvajal se hace esta pregunta que los franciscanos/as habríamos de recoger como nuestra: “¿Quién se ocupará de los perdedores?”. Su suerte no habría de ser ajena. No podemos mirar su dolor como si no fuera con nosotros/as.

* *En modos alternativos*: No habrá manera de ser fieles al legado espiritual del franciscanismo sin la imaginación suficiente para ir generando, en modos locales y globales, maneras alternativas de vivir la globalización. “La visión latente en la globalización compite con la visión cristiana de la ecúmene, de la unidad de la humanidad y de toda la tierra habitada...La lógica de la globalización tiene que ser puesta en tela de juicio mediante un concepto alternativo de estructuración y de vida, a saber: la comunidad en la pluralidad. Los cristianos y las iglesias están llamados a comprender el reto de la globalización como un asunto de fe, a oponer resistencia al creciente dominio de la globalización económica y cultural y a buscar formas alternativas al sistema económico actual” (H.Schalück, *La globalización como reto*, p.169). Esas maneras alternativas habrán de estar caracterizadas por modos nuevos y racionales de entender el consumo, el disfrute de los bienes, el sentimiento de propiedad del dinero, etc.

* *La utopía comunitaria*: La utopía de la fraternidad universal es absolutamente necesaria para el devenir humano. La espiritualidad franciscana está llamada a mantenerla en modos comunitarios. La comunidad franciscana es una realidad que opta comunitariamente por la suerte de los desvalidos. Han pasado ya los tiempos en los que solamente ciertas individualidades se veían tocadas por la suerte del devenir de los pobres. Ahora el interrogante se plantea al todo de la comunidad fraterna. Y la respuesta correcta solamente lo será en la medida en la que sea realmente una respuesta colectiva, de todos quienes, de un modo u otro, somos franciscanos/as.

c) Responsabilidades y tareas

Por su carácter general y una cierta inasibilidad puede llegar a pensarse que el urgente tema de la globalización no lo es tanto. Quizá la única manera de caer más en la cuenta del evidente hecho de que esta problemática concierne a todo el mundo sea sugerir algunas responsabilidades y tareas que están ante nosotros:

Responsabilidades:

- *De quienes tienen el ministerio del servicio*: Los superiores/as, tanto en el ámbito provincial como en el local están llamados/as a creer en la importancia de este tema de la globalización. No pueden ejercer su ministerio de espaldas a lo que ocurre, como si fueran meros gestores de un grupo irrelevante. Han de ser cauce de información real sobre los pasos que pueden abrir nuevo horizonte al problema. Habrían de incluir en la formación permanente, tanto provincial como local, temas como el de la globalización para fomentar la vivencia de una VR más inserta y en conexión con el hoy social.

- *De quienes orientan y administran los bienes de las comunidades*: Porque no son meros administradores, sino también orientadores/as. A ellos les corresponde administrar bien y orientar correctamente. Han de ser personas sensibles a los aspectos éticos del dinero; han de animar a los hermanos/as a dar pasos reales en una orientación social de los bienes. Es la hora de que se lancen a la práctica solidaria, no sólo limosnaria, en la orientación de los bienes.

- *De quienes tienen a su cargo la tarea de formar:* La formación habría de incluir en dosis crecientes aspectos sociales, como el que aquí nos ocupa, no sólo por causa de una correcta inserción y conexión con el hoy, sino también por seguir la orientación que marca el mismo Evangelio. Habrán de animar a incluir prácticas solidarias en los planes de estudio y cultivar en sus formandos/as una visión crecientemente universal de la realidad.

- *De quienes están al frente de centros educativos o similares:* Han de saber que la razón de nuestros centros educativos franciscanos es la formación en los valores propios de nuestro legado histórico en su traducción actual. Y lo decisivo de la globalización lo constituye tema a perpetuidad en el trabajo formativo. Ahí pueden incluirse muchos aspectos de solidaridad, de países del Sur, etc., que están en conexión directa con el tema.

- *De todos los hermanos y hermanas:* Los franciscanos/as que se sientan cada vez más tocados por esta problemática serán aquellos que se pregunten cada vez más y con mayor seriedad por el futuro de nuestro planeta. Esa pregunta podría llevar a hacer una especie de “cuarto voto”, como dice H. Schalük: el voto de servir a la vida, la paz, la justicia, la lucha contra la pobreza, el triunfo de los derechos humanos y la conservación de nuestra ‘Madre tierra’ y su biosfera. Hace tiempo que ha sonado la hora de que nuestras comunidades, tan refractarias aún, se abran a los temas de Justicia y Paz como un componente más decisivo hoy en nuestra espiritualidad que los mismos votos.

Tareas:

- *Apoyar la circulación de personas:* En modos prácticos, cercanos, organizados, amables. Acoger como un lenguaje del amor. Poner a disposición de los organismos que acogen el mayor número posible de nuestros bienes, incluso los necesarios. La tarea que se deriva es clara: hay que asomarse al doliente mundo de la inmigración en todas sus variantes.

- *Luchar contra el derecho omnímodo del dinero:* Y hacerlo con la práctica creciente de un consumo responsable y poniendo los acentos no tanto sobre los exclusivos bienes económicos sino sobre los otros bienes necesarios para la vida (la libertad, el servicio, el amor, la alegría, etc.). La tarea es ésta: dar una orientación realmente evangélica a nuestros bienes.

- *Oponerse tenazmente a un sistema económico que necesita esclavos:* Lo que llevaría a interesarse por el mundo de las relaciones laborales, a ser justos/as con aquellas personas que trabajan con nosotros/as, a apoyar crecientemente a quienes sufren las consecuencias de un sistema económico injusto y, sobre todo, a quienes se ven echados fuera del sistema con las duras consecuencias que de ello se derivan. La tarea lleva a optar por modos de vida social y políticamente justos que no pueden ser los de los gobiernos imperantes de corte totalmente neoliberal.

- *Percibir que estamos en una sociedad de los dos tercios:* En la que un tercio queda excluido, mientras que dos tercios, los que tienen trabajo y arraigo social, disfrutan de grandes comodidades. Percibir que ese esquema está totalmente invertido en las sociedades del Tercer Mundo, con lo que esa “macroblasfemia” es aún más inaceptable. La tarea apuntará a ir incluyendo nuestra vida y actividad cada vez más en ese tercio que no cuenta.

El franciscano/a, como ciudadano que es, ha de sentirse concernido/a por este decisivo tema de la globalización, pero su aportación ha de ser en la línea de globalizar no por el cauce exclusivo del dinero sino por otro más amplio, el de lo humano. Nosotros habríamos de impulsar una especie de “tercera vía”: no aquella que busca la riqueza

para salir de la pobreza sino la que entiende que la salida está en el ineludible derecho de toda persona a una vida digna. En la universalidad y en la dignidad está la medida justa del amor que el Evangelio propugna y que el carisma franciscano suscribe.

No habría de asustarnos ni hacer que nos echáramos atrás la poca fuerza o el cada vez más escaso número de personas en nuestros grupos franciscanos. Lo nuestro siempre ha sido el lenguaje del signo, que no es otro que el lenguaje de la profecía. Ese lenguaje dice con claridad que el futuro puede ser distinto y que la realidad es transformable. Por eso es tan necesario ese lenguaje para el futuro de los pobres; el poderoso, el tirano, lo teme.

Además, vamos viendo que ha pasado la hora en que cada grupo franciscano hacía su trabajo solidario en solitario. Ahora es preciso coordinarse, ampliar la acción de quienes piensan y sienten lo mismo. El tema de la globalización es un interrogante a cada comunidad y a cada persona. Pero también lo es al conjunto de los franciscanos/as, a esa sola y única familia de quienes miramos a Francisco y Clara para intentar vivir en su misma perspectiva. Esto habría de llevarnos a trabajar en modos coordinados y a apoyar a aquellas entidades unificadas que trabajan ya por una globalización en el campo franciscano y a suscitar nuevos modos mancomunados de actuar en materia de globalización.

Solamente con el Espíritu de Jesús, y el de Francisco y Clara que son lo mismo, podremos mantener la utopía de la **fraternidad universal**, base de una globalización distinta en la que el centro no sea el dinero sino la dignidad de toda persona. Se nos llama a mantener vivo ese sueño. El valor de nuestra respuesta no se mide tanto por los medios, sino por nuestra disposición.

3. La vida franciscana ante el reto de la no violencia activa

A estas alturas resulta obvio afirmar que la mayor fuente de sufrimiento en toda la historia de la humanidad ha sido la violencia. Desde las heridas más ocultas hasta los mayores desastres que ha debido encajar el género humano tienen como raíz común la de la violencia en todas sus variantes. El largo camino de lo humano, de más de cuatro millones y medio de años ha estado mezclado a la violencia, engendrando infinitos sufrimientos. Solamente en períodos muy breves, en personas muy concretas, ha anidado la paz y el gozo. Quizá eso haya sido suficiente para poder alimentar la utopía de un mundo sin violencia en el que la fuente del sufrimiento pueda secarse para siempre.

Decía J. Cortázar en *Rayuela* que “la esperanza pertenece a la vida, es la vida misma defendiéndose”. Este defenderse de la vida contra su propia violencia es el mayor apoyo que podemos tener quienes anhelamos un mundo sin violencia y por ende sin sufrimiento. De ahí brota la posibilidad de mantener la certeza de que el sufrimiento no es inagotable porque el mal no ha de tener la última palabra. Estos sueños, tantas veces venidos abajo y conculcados sin piedad, son lo más puro de la esencia humana, aquello que nos reconcilia con nuestra propia vida. Sin ellos, ¿qué sería del futuro de la vida?

Jesús de Nazaret ha sido un no violento en tiempos de violencia bélica, sistémica y mesiánica. Él ha rechazado explícitamente el mesianismo de Elías que no es otro que el de la fuerza, el del hacha en la raíz y el biello para aventar, el de la degollación de los sacerdotes de los baales. Jesús ha visto con claridad que ese camino era un fracaso. Y por eso, su mesianismo está asentado sobre el respeto y la paz y su mayor trabajo consiste en acercarse a las fuentes del dolor para cerrarlas. Nosotros que, como dice K. Rahner, somos gentes de superficie, pensamos que porque aún siguen corriendo las aguas del sufrimiento y de la culpa no se las ha vencido en el manantial del que brotan.

Jesús resucitado está en cada lágrima y en cada muerte como el júbilo y la vida escondidos que vencen cuando parecen morir. Por eso Jesús nos enseña a amar esta tierra, aunque todavía nos torture con su penuria y su sometimiento a la muerte.

Francisco y Clara de Asís han vivido en el oscuro y violento mundo del medioevo. Quien leyera la realidad de sus vidas superficialmente pensaría que la amargura y el sufrimiento no les han tocado. Nada más lejos de la realidad. Sólo personas como ellas, que no han temido bajar al sótano del dolor humano, han podido engendrar cantos a la vida tan hermosos como el *Cántico de las criaturas*. Dice el poeta C. Mestre, en tonos algo dramáticos, que “en lo aullado da inicio la fragancia”. Podríamos decir que Francisco ha “aullado”, permítasenos la expresión, ha gritado su dolor y el dolor de la misma creación viviendo una densa noche oscura. Es entonces cuando ha brotado la fragancia del amor y de la amplia fraternidad. Como dice L. Boff, “se sintió en el reino, símbolo de la total reconciliación del ser humano con su corazón, con los demás, con el cosmos y con Dios. Se levantó. Se detuvo a meditar por un momento. Y entonó el himno a todas las criaturas” (*Ecología*, p.270). ¿Cómo una vivencia tal no va a resultarnos paradigmática, iluminadora, apoyo para nuestras búsquedas?

Quienes quieren vivir en modos franciscanos esta existencia, don de Dios, que les ha sido regalada no pueden menos de intentar repetir en nuestro hoy los valores honrados de aquella utopía que soñaba la hermosa realidad de una **fraternidad universal** ajena a cualquier sufrimiento. Desde ahí habrán de interrogarse sobre las situaciones de violencia que les rodea y sobre su propia violencia. Quizá puedan contribuir no solamente a hacer que disminuya el caudal de sufrimiento que hoy anega la tierra, sino también a ofrecer una alternativa de paz y de no violencia que vaya secando las marismas del mal hasta hacer que brote la tierra firme, el jardín hermoso a que están llamadas a ser esta pobre tierra, nuestra hermana, y esta familia única que es la familia humana, aunque ambas estén hoy tan heridas.

a) Escenarios de violencia

En el fondo de la estructura humana anida una fiera. No ha de extrañar que los viejos autores de la Biblia, buenos analistas de la realidad, describan la primera relación entre hermanos, la más paradigmática, como algo que no puede menos de acabar en un asesinato. La persona lleva dentro un Caín, insaciable de violencia y de odio, que a veces queda amarrado por la cultura, por la misma religión, por los intereses, por el amor. Pero a nada que esas defensas dejen una brecha abierta, surge sin piedad el Caín agazapado y hace estragos en su realidad circundante. Los círculos del mal pueden anegar en llanto y sufrimiento áreas casi inabarcables, de proporciones cósmicas. El odio cainita no es sino el reflejo último de nuestra propia estructura personal y social. Ya dice R. Girard que toda sociedad empieza siendo asociación para matar. Quizá el mirar de frente, el sostener la mirada a esa fiera, sea la única manera de poder afrontar el problema hondísimo de la violencia y del dramático sufrimiento que engendra.

Y si resulta cierto que es algo que pertenece a la estructura humana ¿es posible cambiarlo? ¿No estamos prometeicamente condenados a ser violentos y a hacernos daño para siempre? Por suerte para nosotros la realidad no es tan compacta y la vida deja fisuras por las que pueden colarse elementos que inicien mutaciones capaces de poder imaginar utopías. Y así resulta, como muy bien señala J. Sobrino en sus *Reflexiones a propósito del terremoto*, que en los escenarios de muerte brota imparable la vida. Y de esa “santidad de vivir”, obediencia a la primordial y quizá única vocación que viene de Dios y que no es otra que vivir y dar vida, surge el anhelo del bien y con él la evidencia

de que los humanos podemos enjugar nuestros llantos y hacer brotar un horizonte de sufrimientos menguados.

Es desde esta doble certeza, la de tener escondido en la estructura de lo humano un Caín y la de vivir en modos samaritanos, desde la que nuestra mirada busca luz y nuestro corazón ánimo en las páginas del Evangelio y en la figura de Jesús, en los escritos de Francisco y Clara y en sus vidas entregadas. Quienes apreciamos la espiritualidad franciscana tenemos en ella un buen apoyo para cultivar la utopía de un mundo sin sufrimiento, para alimentar el sueño de una verdadera fraternidad en la que la igualdad sea la base y el apoyo de una vida sin opresión y, en consecuencia, sin sufrimientos añadidos a la dura batalla de conquistar nuestra libertad y de erguirnos en la medida de nuestra talla. Recurrir al Evangelio y a la espiritualidad franciscana no es eludir el problema áspero de la realidad del sufrimiento. Se trata de encontrar apoyos para encararlo y para asumirlo, para, en definitiva, intentar su derrota.

Antes que nada, para tener una panorámica, vamos a describir los principales escenarios de violencia que afectan a nuestro momento histórico. La violencia descubre su rostro más inhumano en los detalles, pero las grandes panorámicas nos ayudan a percatarnos del volumen del problema.

1. *La estructura económica que mata lentamente*: No cabe duda que la mayor de las violencias del siglo XX, siglo de guerras en que, solamente en Europa, perdieron la vida en tales conflictos más de cien millones de personas, ha sido la injusticia socioeconómica. “El sistema económico que se ha impuesto en este último siglo, desde que las potencias europeas y Estados Unidos decidieran dominar el mundo para superar su crisis de crecimiento, es un gas que mata lentamente a quienes no tienen dinero para comprarse la máscara protectora” (J.Sols, *Cien años de violencia*, p.19).
2. *Nacionalismos e imperialismo*: Es la divinidad laica que lo justifica todo. Puede haber un nacionalismo humanista; pero, con frecuencia, el nacionalismo es la divinización de la patria, de modo que todo aquello que atente contra ella deba ser criticado, rechazado y hasta eliminado. El nacionalismo es, incluso, social, tendiendo a barrer a los grupos sociales que me molestan. Esto se puede hacer, además, en el marco de un formalismo democrático. Un mundo de violencia se desata en estos entornos.
3. *La exclusión social*: Aquella se formula diciendo: “Tú no eres de los nuestros”. Se da cuando el “tú” y el “nosotros” empiezan a ser utilizados para fabricar vergonzosos muros sociales, auténticos guetos. “La identificación con un grupo o con una ideología simplificadora acaba rechazando al “otro”, condenando la pluralidad por imposible, y defendiendo una penosa uniformidad” (J.Sols, *Cien años de violencia*, p.22). Este proceso no llega a fraguar sin grandes dosis de violencia socialmente justificada, aunque inaceptable desde la más elemental ética humana.
4. *Tortura en el hogar, violencia en la escuela*: Dos escenarios de violencia doméstica, cercana, entre gente que se ama o se amaba, entre conocidos, entre compañeros/as. La liberación de la mujer no ha sido bien encajada por no pocos varones, suscitando una respuesta de actuaciones violentas. La dificultad para marcar límites y transmitir valores hace de la escuela un lugar propicio para brotes incontrolados de violencia entre iguales.
5. *Religiones que matan*: El mecanismo religioso está muy próximo de los mecanismos de violencia. Hay quien asegura que es la causa misma de la violencia. Pero no hay tal. Saber el origen de la violencia es casi imposi-

ble y, desde luego, es una realidad anterior al hecho religioso. Pero “la religión es muy peligrosa. No es la causa del fuego, sino la gasolina que hace aumentar el incendio” (J.Sols, *Cien años de violencia*, p.27). Muchos movimientos actuales de violencia hablan el lenguaje religioso. Esto traiciona al ser íntimo de cualquier religión que es un movimiento de apertura a lo trascendente del ser humano y que, por lo mismo, únicamente podrá darse en el marco de la más elemental humanidad.

6. *Democracias esquizofrénicas*: Humanistas de día y sangrientas de noche. Solidarias de cara a la galería, insensibles ante las grandes hambrunas del mundo aumentando el precio de los alimentos. Proclamando de día la inutilidad de las guerras y vendiendo armas por la noche a los grupos en conflicto. Llenándose la boca de planes de desarrollo para los Países del Sur y vetando luego el acceso de sus productos a los mercados internacionales. Hablando del derecho de autodeterminación de los pueblos y sojuzgándolos luego con mecanismos económicos como el BM y el FMI que hacen imposible el más mínimo paso de estos pueblos hacia un desarrollo inicial. Proclamando a los cuatro vientos una filosofía de paz, mientras se cargan los bombarderos de bombas utilizadas en guerras que los poderosos consideran “justas”. Una hipocresía democrática que se lleva por delante millones de vidas y de proyectos. Una violenta iniquidad.
7. *Último paso: el genocidio*: Que no es sino la simple eliminación del otro para erradicar colectivos que se consideran sin derecho a vivir. Es el grado extremo de violencia, el cainismo a escala global. Se trata de acabar con todos, empezado, claro está, por los más débiles, los más desamparados, desarmados. Y hay que hacerlo no solo con violencia, sino incluso con sufrimiento. Los genocidios surgen de decisiones tomadas fríamente, lo que los hace, si cabe, más violentos en su propia esencia. “El deseo de desaparición de ‘todos los malos’ no es más que la cuna del espíritu paranoico y genocida, que cobró vida en Hitler, Stalin, Pol Pot, Reagan, Milosevic o Karadzic” (J.Sols, *Cien años de violencia*, p.29). No nos olvidemos de Bush y adláteres.

b) Paradigma franciscano

Describamos ahora las coordenadas en las que se han movido la vida y la espiritualidad de Francisco y Clara de Asís en relación con el tema de la violencia. Hay personas que no sólo marcan sendas de novedad sino que ellas en sí mismas son nuevas. Lo mejor de los anhelos humanos se concentra en ellas y por eso iluminan, aunque históricamente hayan desaparecido. Recibir su legado y actualizarlo es contribuir a la enorme empresa del logro de una vida más significativa.

La violencia sistémica

Francisco ha sufrido en sus propias carnes la violencia del sistema en una de sus formas más puras: contribuyendo a la guerra. Efectivamente, como hemos indicado más arriba, él participó de forma activa en la batalla de Collestrada en la que el ejército de Asís fue vencido en 1202, al comienzo de una larga guerra contra Perusa. A resultas de ella estuvo prisionero casi un año y volvió a su casa enfermo del cuerpo y, a pesar de textos tan optimistas como TC 4, derrotado en el alma. No obstante ese que-

branto no fue suficiente para hacerle desistir en su insensata búsqueda del triunfo. A los pocos años de estos hechos se unió a la expedición del conde Gualterio de Brienne, el llamado “conde Gentile”, en la guerra contra la Pulla. Una fuerte experiencia de desorientación vital unida a la enfermedad le hizo volver rápidamente a Asís. ¿Qué le hizo entender que el camino de la guerra era un callejón sin salida? TC 6 habla de “la fuerza de la visión” en aquella noche decisiva. No explicita más, pero hay aquí algún tipo de discernimiento hecho con notable lucidez.

A partir de ahí su vida será una apuesta concreta y activa por el camino de la paz. Intervendrá en diversos conflictos de las ciudades de su entorno: Asís, Gubio, Perugia, Siena, etc. Su mediación se asienta sobre la certeza de que el único camino para solucionar diferencias ha de ser el diálogo, el respeto y la comprensión. Cuando, por ejemplo, hable de la violencia en la ciudad de Arezzo, tratará a los contendientes de “endemoniados” y la paz será similar a la expulsión de demonios, dice LP 108 i. Por otra parte, su opción por un pacifismo vital se plasmó en el saludo de Paz, firmemente recogido en la Regla y que Francisco defendió proféticamente cuando los hermanos creían que esa actitud no era salvaguarda realista contra los ataques de quienes les confundían con gente sospechosa. Todo ello está indicando su visión de un modo de vida anclado en la paz. Es proverbial y cosa conocida por todo franciscano el gesto profético que acompañó su participación en las Cruzadas cuando la toma de Damietta en febrero de 1219. Dice san Buenaventura (LM 11,3) que el consejo de Francisco a las tropas cristianas para que abandonasen el camino que les iba a llevar a la ruina no fue escuchado. El desastre fue total “de modo que el número de muertos y cautivos ascendió a seis mil”. Se despreció la “sabiduría del pobre” y el resultado fue la ruina.

De estos sucintos datos se desprende que la reacción de Francisco ante la violencia del sistema, y en la que él mismo ha llegado a participar, es la que hoy denominaríamos como *no violencia activa*. La opción de Francisco, en efecto, no puede diluirse en un pacifismo interior que no se concreta en nada. Es cierto que quizá fuera más pacífico que pacifista, en el moderno sentido de la palabra. Creemos que no es correcta la visión de un san Francisco, tal como lo hace por ejemplo el clásico y conocido libro de H. Felder *Los ideales de san Francisco*, pacificador de todos los opuestos sociales, llegando a una especie de paz en la que quedan enmascarados los problemas sociales y, a la larga, ocultos sus sufrimientos. Como dice José A. Merino, Francisco desarrolló una especie de estrategia pacifista. Así queda mostrado en la Regla de la Tercera Orden en la que prohíbe a los franciscanos seglares, llevar ninguna clase de armas, hacer juramentos de componente bélico y le anima a testar para evitar el abintestato que lleve a engrosar las arcas de los señores de la guerra.

La violencia social

Las fuentes franciscanas han sido prolijas al dibujar las actitudes de Francisco en relación con las comunidades de violencia, los grupos minoritarios en el medioevo. La relación con *los leprosos* constituye el núcleo de su conversión. En la solidaridad con ellos, se da en Francisco un cambio de perspectiva vital, una especie de opción de clase, aunque autores como Roggen digan que no se da en él esta opción en sentido técnico. Pero la sintonía con ellos indica la dirección del sufrimiento asumido y de la solución de liberación de la marginación que se proponía. Con *los fuera de la ley* su posición es clara: dice en su Regla que el franciscano ha de estar contento cuando vive con gente de baja condición y despreciada, con los pobres y los débiles, y con los enfermos y leprosos, y con los mendigos de los caminos. La total solidaridad es la respuesta a los colectivos marcados por el sufrimiento que engendra la violencia social.

Con *la mujer*, que ha sufrido en la Edad Media por el abuso de todos los instrumentos de poder, incluida la Iglesia, más allá de los documentos formales donde impera la sensibilidad opresora de la época, Francisco ha tenido un trato humanizador e igualitario. Con *los herejes*, ante los que Francisco ha tenido tanta prevención, no se encontrarán ni en él ni en sus compañeros (caso de san Antonio, paradójicamente canonizado como *malleus hereticorum* cuando en sus sermones no habla nada de ello) ninguna condena ni maltrato sino una actitud pacífica ante el hostigamiento ante el que a veces fueron objeto. Con *los sarracenos*, ámbito de violencia y fuerte fundamentalismo en el medioevo, más allá de la reiteración de las fuentes, tanto propias como extrañas, en afirmar el fervor misionero ante los musulmanes y el consiguiente menosprecio de su religión, lo cierto es que tanto Francisco como la tradición franciscana más pura han guardado un manifiesto nivel de tolerancia y de aprecio al mundo islámico. Con *los hermanos díscolos*, aunque les aplica la dura normativa vigente en sus documentos legales, en otros más fraternos, como la *Carta a un Ministro*, deja ver el verdadero fondo de acogida y de tolerancia con quien anda por las sendas del extravío fraterno. Francisco nunca dejará de considerar hermano a quien se aleja del grupo.

A nuestro modo de ver, todas estas actitudes tienen a la base una percepción de la persona que provoca un tratamiento novedoso: se mira al otro *desde el lado de la dignidad y la igualdad*. Francisco cree que, dado que la dignidad la otorga el mismo Dios, no puede perderse ni siquiera por comportamientos cuestionables morales o religiosos. Y si la igualdad es piedra sobre la que se asienta la verdad de la vida, en el fondo, todos estamos hechos con los mismos componentes y autoafirmarse poniéndose por encima del otro no deja de ser una insensatez. Esta manera de pensar es la que le posibilita a Francisco una conexión con los colectivos minoritarios en los que se ceba la violencia social y lo que le hace tratar de vivir en maneras que mantengan la utopía de la dignidad y la igualdad en esos colectivos marcados y oprimidos.

La violencia comunitaria

Todo el mundo es sabedor que los peores años de la vida de Francisco han sido los últimos a causa de las relaciones con la fraternidad global de hermanos. El proceso de institucionalización de la Orden, con el peligro evidente de hacer naufragar la intuición evangélica que es motor de este carisma, creó profundas tensiones y ulteriores violencias en el seno de la fraternidad. Francisco no se vio libre de ellas, como lo demuestra la dura página de TC 1. Para una persona como él, de esquemas vitales y creyentes simples e inmediatos, el excesivo número de hermanos, que ya en tiempos de su vida se vio atraído por la oferta franciscana, fue algo inmanejable. Sin embargo, tenaz como todos los carismáticos, él siguió aferrado a la idea de que los hermanos, fueran cuantos fueran, podían vivir en los moldes de una vida evangélica. La imposibilidad práctica con la que se topó este anhelo le hizo dudar del acierto de su opción. Fue la noche oscura de Francisco y su ahondamiento en la entrega de la cruz, junto con el apoyo de sus hermanos cercanos y de Clara, evitaron el desastre que habría sido el abandono y la ruptura.

Efectivamente, Francisco responde ante la violencia que engendra la tensión en la comunidad *siendo hermano*. Más allá de su hondo sufrimiento, por encima de las incomprensiones y menosprecios que hubo de encajar, permaneció siempre sólida su fe en la fraternidad, la certeza de que es la comunidad la que engendra y da consistencia a las opciones de fe. Por causa pues de la fe, por la evidencia de que la comunidad vehicula la opción por Jesús es por lo que Francisco ha estado dispuesto a encajar cualquier

sufrimiento derivado del hecho comunitario y a seguir aportando todo su caudal de amor a la fraternidad.

La violencia que brota de la persona misma

Para valorarse a sí mismo, cada uno necesita que el otro le valore y de esa forma, buscando el reconocimiento recíproco, se enfrentan ambos y uno acaba dominando al otro, de manera que le mata o le esclaviza. Este movimiento de afianzamiento de uno mismo por vía de exclusión del otro no se ha dado en Francisco probablemente porque jamás ha tenido pretensiones sobre nadie. Él quería vivir el Evangelio; de modo que se quedó sorprendido cuando muy pronto se le unieron compañeros ilusionados con el mismo empeño. La extrañeza llegaría a su colmo cuando las mujeres quisieron andar similares caminos. Nunca había pensado Francisco en fundar ningún grupo religioso sino en vivir, sin más, en los modos de vida apostólica que el Evangelio marca. Cuando Francisco ha estado libre de toda opresión sobre nadie es cuando ha construido un interior acogedor y tolerante, libre de cualquier acto de violencia. Su manera pacífica de ser brota de un fondo que logró llegar a fuertes cotas de despojo de cualquier pretensión ante el otro.

Por eso, los temas de la acogida al débil, de *la benignidad*, la comprensión y la constante cercanía al hermano impregnan escritos tan luminosos como *Las Admoniciones*. Cree Francisco que la comunidad se construye solamente con acogida, con ausencia total de violencia. Y que las palabras duras, mentirosas, calumniosas, destruyen la comunidad. Tal vez no sea cierta la pintoresca noticia que reporta 2 Cel 182 en que se dice a un superior que averiguase la veracidad de una supuesta calumnia contra un hermano y que si, efectivamente, era una calumnia se entregara al detractor a las manos de fray Juan, el púgil (boxeador) florentino. Eso muestra no tanto las actitudes violentas de Francisco, inexistentes como decimos, sino la gravedad de destruir la comunidad por el afán de apropiarse de la fama de otro para medrar uno mismo.

Concluimos, pues, que los parámetros en los que, según la espiritualidad franciscana, habría que encajar y vivir el sufrimiento que brota de la violencia son éstos: a) la *no violencia activa* que sabe conjugar la pasión por la paz y la conciencia de que siempre se puede aportar algo al logro hoy inabarcable de un horizonte de paz y de tolerancia; b) la *dignidad* y la *igualdad* como base irrenunciable en el tratamiento de los conflictos humanos para saber mirar la realidad de la persona por encima y más allá de sus comportamientos morales huyendo de una mentalidad justiciera y, a la postre, vengativa; c) la certeza de que *la fraternidad* es la vocación básica de la vida humana por muchos que sean los ultrajes que a nivel personal y cósmico infiramos a la familia humana y a la creación; d) *la benignidad* que sabe calibrar el fallo con lucidez y justeza, pero que sabe también envolver ese fallo en la dinámica del amor y darle una orientación nueva. Este camino es, lo reconocemos, una utopía que no pocos tacharán de angelismo. Pero ahí se halla justamente el desafío del franciscanismo.

c) Caminos de no violencia activa

A lo largo de nuestra reflexión hemos sugerido caminos de no violencia activa que, puestos en práctica, darían, sin duda, resultados óptimos. Pero permítasenos concretizar más alguna de esas maneras que, en modos plásticos, pueden acercarnos a la utopía de una sociedad sin violencia ni sufrimiento:

- *Un lenguaje curativo*: “Si las palabras curan, que hablen...”, dice M. Rosell. Porque las palabras, cuando van llenas de verdad y de amor, tienen un gran valor terapéuti-

co. Los caminos de la violencia y del hondo sufrimiento que genera necesitan palabras ajustadas, verdaderas, amables, perdonadoras, curativas. Muchos de los conflictos humanos tienen en su origen la realidad de palabras duras e hirientes que activan el problema y desencadenan una ola de sufrimientos que amenaza con anegar el todo de la vida.

- *Una presencia participativa:* Porque el daño solamente puede repararse allí donde se sufre ese daño, los franciscanos/as no habrían de temer insertarse en esos lugares del mal necesitados de curación. La profecía solamente puede ejercerse desde los lugares de periferia en los que se instala la necesidad y en donde se descubren las posibilidades ocultas. Esa presencia colaboradora habría de apuntar, en principio, a todos los campos de la realidad social, incluido el político, cuya peligrosidad sería preciso desmitificar.
- *Desde una vida apasionada:* A las grandes violencias no se les ataja con argumentos mediocres; los sufrimientos de hondo calado no se curan con rutinas. Por eso mismo, la pasión ha de animar todo el trabajo por la justicia y la paz de los franciscanos/as. Todas las familias franciscanas reconocen que la espiritualidad de la justicia y paz no hace todavía parte del acervo espiritual de nuestros colectivos. Honrosas excepciones nos reconcilian con esa percepción. Por eso, mientras no abramos la cabeza, el corazón y nuestros planes de vida a esta espiritualidad, lo que podamos decir serán poco menos que palabras al aire. Aquí la pasión es la medida de nuestro verdadero interés y sin ella todo esto queda desleído.
- *Una reorientación en el sufrimiento:* Muchos grupos franciscanos han trabajado y trabajan en el ancho campo del sufrimiento humano. Su tarea es de un valor incalculable. Pero tal vez la sociedad nos empuja hoy a entender el tema del socorro al sufrimiento en modos reorientados. Ya no sería tanto trabajar en esos ámbitos por causa de la caridad (aunque ésta siempre será necesaria) sino, sobre todo, por causa de la justicia. Con el conocido ejemplo: no se tratará solamente de dar pescado sino de enseñar a pescar e, incluso, de denunciar por qué en el río de los pobres casi nunca hay pescado mientras que en el de los ricos sobreabunda. Cuando se empieza a dar esa reorientación no sólo no se hace una obra de mitigación del sufrimiento sino que, al abrirse más el horizonte, las posibilidades de que las raíces de ese sufrimiento sean curada son mayores. Esta espiritualidad se alimenta de la fe en la dignidad de la persona como realidad innegociable.
- *La fuerza política del amor:* Ninguna formación política incluirá en su propaganda el amor como eje central de su manera de ver la vida. Sería impopular y no produciría ningún voto. Y, sin embargo, el amor tiene una fuerza imparable y, de hecho, lo más válido del mundo se mueve gracias a él, aunque los opresores crean que es la fuerza y el dominio quienes controlan las vidas. El franciscano/a habría de creer, como lo hicieron Gandhi y otros “políticos del amor”, que amar no es solamente un acto de virtud sino de política. Es decir, activar el amor lleva a elaborar planes concretos de actuación capaces de perforar la coraza de la violencia y de limitarla disminuyendo así su capacidad destructora.
- *La imaginación al servicio de la paz:* Una evidencia de que un movimiento social o religioso es una realidad viva es que sus actuaciones sorprenden por su alto contenido imaginativo. Analicemos, por ejemplo, las actuaciones del profético grupo Greenpeace. Nos sorprenden por su forma y, sobre todo, por su contenido que supone un claro posicionamiento y un análisis muy lúcido de lo que ocurre. Por esa línea habrían de caminar los grupos franciscanos que tienen por animador a un Francisco de Asís altamente imaginativo para acercarse al dolor y para mediar en situaciones de violencia. Sin imaginación no puede florecer la paz y tampoco el amor.

- *La internacionalización de los problemas de la violencia:* En la era de la globalización y de la información es preciso conectar todos los procesos de violencia precisamente para hacerles frente de manera más eficaz. Las familias franciscanas, con los múltiples medios que les da la vida en comunidad, habrían de animarse a construir redes de información en los que los hechos violentos cobren una dimensión planetaria y puedan ser atacados desde lados muy diversos. Hemos de salir de nuestro pequeño ámbito para trabajar en la realidad de un mundo interconectado precisamente para el logro del bien, para la erradicación de la violencia y todas sus dolorosas secuelas. En ese camino está todo prácticamente por hacer y se presenta ante nosotros como un reto de beneficios incalculables.
- *Creadores/as de utopía:* Hace tiempo que los augures del neoliberalismo vaticinaron la muerte de las ideologías y de las utopías. Pero lo cierto es que las utopías mantienen en vida este pobre cuerpo de la historia tan maltratado. Ciertamente que las utopías sin caminos concretos de vida serían un engaño y provocarían todavía un desaliento mayor. Pero la vida sin utopías está expuesta a las mayores opresiones. Por eso, los franciscanos/as, herederos de un legado, aquella “sabiduría del pobre” que tampoco en tiempos de Francisco tuvo mucho éxito, habrían de trabajar por el mantenimiento y puesta en práctica de cualquier utopía que lleve al hermoso logro de la erradicación de la violencia y a la extinción del sufrimiento.

Mirando a Francisco y Clara de Asís vamos entendiendo que el verdadero núcleo de su espiritualidad no es ni la pobreza, ni la contemplación, ni la alegría, etc., con ser estos valores centrales de su carisma. Es en el anhelo de la **fraternidad universal** donde se halla la cota más alta de su mensaje. La certeza, verdadera fe, en que las personas podrían ser hermanas entre sí e incluso con la creación es lo que ha alimentado el sueño más íntimo de la vida evangélica de los hermanos primeros. Así lo han experimentado muchos franciscanos/as sacudidos fuertemente por la duda de la imposibilidad de ese logro. “Este hombre luminoso, escribe el franciscano E. Leclerc que convivió con la muerte en largos años de prisión en los campos de concentración nazis, puso en mi corazón el sol y, junto con el sol, toda la creación. Yo me he vuelto hacia él y le he preguntado por el secreto de la verdadera fraternidad humana” (*El sol sale sobre Asís*, p.12). Quizá ese secreto no sea otro sino aquel que cree en la enorme verdad del valor innegociable de toda persona dotada de dignidad por el amor del Padre.

Desde ahí quizá sea posible mantener vivo el sueño increíble, y más increíble cuanto más se sufre, de una sociedad sin violencia y sin sufrimiento, sin llanto ni dolor, como dice y sueña Ap 21,4. Francisco y Clara de Asís nos empujan hoy en esa dirección.

4. El reto de las causas de la pobreza

Es viejo y verdadero el aforismo escolástico de que “no hay efecto sin causa”. La pobreza ha sido una acompañante del caminar humano, en variadas modalidades y con consecuencias distintas, siempre adversas. Muchas entidades humanitarias han trabajado denodadamente para paliar los devastadores efectos de la pobreza. Su mérito es grande, aunque los resultados hayan sido pequeños. Pero pocas de esas personas se han preguntado con seriedad sobre las causas de la pobreza, sobre los mecanismos sociales estructurales que generan pobreza y pobres. El sistema se frota las manos cuando ve que mucha gente trabaja con denodo contra la pobreza pero no apunta sus dardos a los causantes reales de tales pobreza. Los afectados por la pobreza se manifiestan y hasta

se revuelven contra sus respectivos gobiernos exigiéndoles que arreglen tamaña injusticia. Pero en realidad, hoy en día, los causantes de la pobreza no son los gobiernos, aunque con su mala gestión puedan incrementarla, sino las grandes multinacionales, las enormes empresas alimenticias, las grandes corporaciones petrolíferas, los fabricantes y vendedores de armas, etc. Estas personas-entidades salen indemnes de cualquier vaivén y generalmente aumentan sus beneficios a resultas de las crisis que ellos mismos provocan. Cuando la crisis alimenticia mundial es más álgida y muchos gobernantes de todo el mundo se reúnen en Roma auspiciados por la FAO en 2008 para tratar el problema, se sabe, antes de que termine la reunión, que los alimentos acaban de encarecerse más. Parece un sarcasmo, pero es una realidad.

Hay quien apunta en la dirección de las causas, como lo hizo el suizo J. Ziegler en la citada reunión de la FAO: “Las instituciones de Bretton Woods (Banco Mundial y FMI), con el gobierno de Estados Unidos y la Organización Mundial del Comercio, incluso se niegan a reconocer la existencia de un derecho humano a la alimentación e imponen a los Estados más vulnerables el consenso de Washington que favorece la liberalización, la desregulación, la privatización y la reducción de los presupuestos nacionales de los Estados. Este modelo, que genera aún más desigualdades, (...) tiene consecuencias especialmente catastróficas en el derecho a la alimentación en tres de sus aspectos: la privatización de las instituciones y servicios públicos, la liberalización del comercio agrícola y el modelo de reforma de la propiedad de la tierra basado en el mercado”. Pero la gran parte de quienes podrían decir una palabra en este tema, miran para otro lado.

¿Y la Iglesia? ¿Y los franciscanos/as? Hay que reconocer que, en general, también la vida cristiana, a veces incluso en connivencia con el sistema, ha trabajado con denuedo en los efectos de la pobreza, pero ha ignorado las causas. Quizá se piense que ese campo no es el nuestro, pero, como decimos, ahí está la fuente de los mayores dolores de la humanidad. Se cree, con cierta ingenuidad, que el hambre el que mata, pero lo que realmente mata es la desigualdad que lo provoca. ¿Estamos todavía a tiempo para escuchar este reto? Sí lo estamos, aunque necesariamente nuestras actuaciones hayan de ser modestas. La magnitud del reto no habría de oscurecer la exigencia de respuesta.

a) De señuelos y pescadores

Vamos a comenzar con una definición de señuelo tomada de un manual de pesca: Los señuelos tienen una composición estructural que corresponde a presentar estímulos cuyo fin es incitar o despertar algunos de los sentidos de los peces que están asociados al acto de la alimentación, esto es morder y tragar. O sea, si es que entendemos bien:

- Los señuelos tiene una “composición estructural”: hay alguien que los prepara, que los manipula, que tiene unos planes sobre el resultado de la pesca, unos planes de control, exterminio planificado y utilización en su propio provecho. El “compositor estructural” del señuelo es el pescador y sus planes.
- Para que el pez pique, el señuelo presenta “estímulos” que despiertan algunos sentidos orientados a la alimentación. Es decir, no muere el pez por la boca, sino por su estómago, porque el señuelo le despierta sus ansias estomacales. El pescador sabe dónde dar: lleno un poco su estómago, pero me quedo con todo el pez.
- Por eso, el éxito de la pesca está en que el pez “muera y trague” creyendo que ha comido, cuando, en realidad, es a él a quien se van a comer entero. Creía, con

buena voluntad, que mordiendo y tragando procuraba por su vida, cuando lo que ocurre es que le arrebatan la vida a él.

La conclusión es lógica: ojo con los señuelos y, sobre todo, ojo con los pescadores que están detrás de ellos.

Se cumplen 40 años de la *Populorum Progressio* escrita por Pablo VI en tiempos de descolonización, como apoyo a los países que alcanzaban la libertad y reivindicaban “un nuevo orden económico internacional”. Los “pescadores”, los países egoístas y desarrollados, celosos de lo que llaman “estado de bienestar” (un bienestar para unos pocos no deja de ser una realidad envenenada), han ido lanzado una serie de señuelos para que la gente de buena voluntad, peces inocentes, vayamos picando y, en definitiva, ese nuevo orden económico se posponga hasta el día de la parusía por la tarde. Pueden ser estos y algunos más:

- *El 0,7 %*: Fue lanzado por la ONU. Solamente se impuso en países y ámbitos de decisión muy escasos. Pero ha servido de señuelo propagandístico para que muchos de nosotros nos apuntáramos a esa lucha dejando para un segundo momento los trabajos por la modificación de las causas estructurales de la pobreza. En el subconsciente se piensa que eso es imposible, inalcanzable y que, de hecho, no me implica a mí. Aunque se desmarca bastante de la caridad tradicional, la noble lucha por el 0,7 está muy lejos no solamente de conseguirse, sino de apuntar realmente a esas causas estructurales. Más aún, quien tenga implantado el 0,7 corre el peligro de pensar que ya ha llegado a una meta en el tema del desarrollo de los países empobrecidos.
- *Los 8 Objetivos del Milenio*: Juan Pablo II volvía en 1987 sobre el tema de los imperialismos explotadores en la *Sollicitudo rei socialis* que conmemoraba el 20 aniversario de la *Populorum*. Esta reivindicación caló en ciertos sectores de la opinión mundial y empezaron a llover críticas a la banca internacional, al FMI, al BM e, incluso, a la misma ONU por su inoperancia. A los pocos años, en 2006, de nuevo la ONU lanza un señuelo de mucho mayor calado: conseguir para el 2015 los ocho Objetivos del Milenio, el primero de los cuáles es la erradicación de la pobreza extrema y el hambre. De nuevo parece ser que lo que predomina es cómo reparar los destrozos, atrasos, insuficiencias, carencias, que se manifiestan en el tejido económico y social de los países empobrecidos, pero las preguntas sobre las causas de tales desaguisados (y que apuntan a los “pescadores”) quedan de nuevo en la sombra.
- *Los proyectos de desarrollo inmediato*: Nos referimos a los pequeños proyectos, cercanos, concretos, que manejan muchas de nuestras ONGs. Hemos dado, ciertamente, un paso de gigante al entender la solidaridad no meramente como acción caritativa (quizá siempre necesaria), sino también como ayuda al desarrollo, a crear posibilidades de emancipación económica. Pero de nuevo el ámbito de las causas parece poco tocado por nuestras ONGs. ¿Será un nuevo señuelo para que ese ámbito quede intacto? ¿Cómo es, si no, que muchas entidades bancarias y administrativas que se significan por su connivencia con las multinacionales que controlan el mercado y por el desarrollo desigual del planeta sean, con frecuencia, las mejores colaboradoras de nuestras ONGs?

Cuando se quiere hablar de la posición del franciscanismo (no solamente del franciscano/a) ante el cuarto mundo y sus pobreza, es de algo de esto de lo que hay que hablar.

b) Una nueva visión de la pobreza franciscana

Generalmente, cuando se habla de la pobreza franciscana, nos referimos casi siempre a la experiencia personal de Francisco y sus primeros hermanos en torno a este asunto. Raramente se habla de la tal pobreza en las estructuras franciscanas. Se mira únicamente a Francisco para concluir que fue un creyente que ancló su vida en una experiencia auténtica de pobreza. Pero, tomando sus mismas palabras, habría que advertir que “es grandemente vergonzoso para nosotros, los siervos de Dios, que los santos hicieron las obras y nosotros, con referirlas, queremos recibir gloria y honor” (Adm 6). No es buen síntoma que se promoció tanto la pobreza de Francisco, porque quizá sea una estrategia de “pescador” para dejar en lo oscuro nuestras tremendas responsabilidades, como personas y creyentes, ante la realidad de las pobrezas.

Por lo demás, queda fuera de duda que la experiencia de pobreza ha sido decisiva en el proceso creyente de Francisco. Él provenía del mundo de la riqueza emergente y ha entendido (como tantos movimientos laicales de su época) que la vida en pobreza era la puerta que le abría al secreto del Dios que, pobre él también en su darse a la persona, acoge su vida y la plenifica. Le ha abierto también el secreto de un Jesús, pobre y entregado, al que ha querido imitar y vivir hasta en su forma de vida. Y también le ha abierto el secreto del corazón del hermano y del suyo propio, en ese misterio de debilidad que anida en el fondo de la realidad personal y que contiene una parte principal de su mayor verdad. Por todo esto ha sido tan decisiva y marcante su experiencia de vida pobre: una herramienta formidable para el logro de su fin primordial, la vida creyente. No es de extrañar que la recomendara a sus hermanos con una fuerza próxima al mandato inapelable.

Pero hay que decir, todos lo sabemos, que la pobreza de Francisco (como cualquier pobreza) ha estado hecha de soledad, dureza, frío, mordedura del hambre, desamparo, perplejidad. Una pobreza auténtica, no de salón, no lírica, de las que no huele bien (que diría Benedetti: limpia, nuevita, bien desinfectada), sin otro amparo, en ocasiones, que el que proviene del amor del Padre (“sin otro calor que el divino” TC 39). Para asimilar esa dureza elaboró toda una mística en torno a “dama Pobreza”, siguiendo un poco el gusto de la época. No hay que confundirse: la pobreza es dura y muerde; Francisco no hace lírica en torno a ella, sino que despliega su imaginario caballeresco para tratar de asimilar de la manera más humana algo que es, en sí mismo, inhumano. No entiende Francisco la pobreza como un valor sino, como lo que es, una enorme limitación. Si la envuelve en mística juglaresca es para poder asimilarla y para descubrir, más allá de su inevitable negatividad, las posibilidades de vida a las que abre (la fe, el aprecio de Jesús, el corazón del hermano).

¿Trabajó Francisco el tema de las causas? Explícitamente no. Hubiera sido necesaria en la época la mentalidad de un auténtico revolucionario social, cosa que no podemos pedir a Francisco. Sin embargo, quizá sin pretenderlo, hizo una pequeña siembra de inquietud por las causas en su idea de vida fraterna: tal vez creyera que si sus grupos de hermanos podían vivir en una relación fraterna y solidaria asumiendo la vida en pobreza, quizá la sociedad también podría algún día vivir esa nueva relación en que las causas de las pobrezas queden controladas. Él tenía la convicción de que “el enemigo va dentro” de cada uno (Adm 10,2) y que si se controla al tal enemigo brota la fraternidad y, con ella, la justicia. Posiblemente sin darle el calado que nosotros le damos, haya que constatar aquí sus trabajos “estructurales”, políticos, por el logro de la paz (en Asís, en Gubio, en Siena, en Bolonia, etc.), trabajos que parece que dieron un cierto resultado positivo. Quizá sea algo poco relevante para el tema de las causas. Pero, pedirle más, sería, tal vez, deformar su perfil histórico.

De todos modos, si Francisco no ha trabajado el tema de las causas, tal como lo entendemos hoy, es a nosotros a quienes nos tocará ampliar el horizonte de la espiritua-

lidad franciscana recibida con elementos que, de alguna forma la adecuen a nuestra situación actual. Eso es a lo que VC ha llamado *fidelidad creativa*, porque es una fidelidad que mira más al futuro que al pasado. (“reproducir con valor y audacia la creatividad y la santidad de sus fundadores como respuesta a los signos de los tiempos que surgen en el mundo de hoy”: VC 37).

¿Y la pobreza de los/as franciscanos/as? Esto es harina de otro costal. Lázaro Iriarte solía decir que la Orden Franciscana abandonó pronto el camino de la pobreza porque no quiso ser menor. O sea, que el camino de la pobreza y la vida franciscana, por mucho que la experiencia evangélica primigenia de Francisco haya estado enmacetada en esa pobreza, han caminado paralelamente cuando no divergentemente. Sí que se ha dado un cierto toque personal y aun comunitario en el asunto de la pobreza (si lo comparamos con otros grandes grupos religiosos). Incluso ha habido una cierta mística y un indudable lirismo en torno al tema; pero de ahí a pensar en afrontar los problemas enormes que engendran las pobreza en cada época de la historia hay un gran paso. Por eso, hay que decir de salida que el tema de las pobreza estructurales sigue siendo asignatura pendiente para el franciscanismo de hoy.

Es cierto que siempre ha habido hermanos (gracias a ellos) que han arbitrado respuestas individuales de socorro solidario, incluso de una cierta promoción. Pero eso, han sido casi siempre respuestas individuales, “toleradas” en el mejor de los casos por la estructura general. Algo nos dice que esa respuesta no es suficiente para el problema planteado. Por eso, en las actuales orientaciones ideológicas del franciscanismo se apunta más a planteamientos colectivos. En eso, creemos que se atina. Y ahí es donde se mide la debilidad de la respuesta junto con el gran reto que se pone delante de los grupos franciscanos.

Toda la VR, y con ella la vida franciscana, tiene delante el reto de la reconversión de la ideología sobre la pobreza (también es importante) y, en consecuencia, de sus prácticas colectivas históricas. O’Murchu habla de este voto como de un “voto de mayordomía” y las consecuencias que esto puede tener en el tema de las causas: “Necesitamos desarrollar la habilidad para el compromiso político y social, desconocido por las anteriores generaciones de religiosos y todavía anatema para las iglesias oficiales” (*Rehacer la vida religiosa*, p.111). Lo importante sería colaborar a lograr una gestión atinada de los bienes, que no es otra sino aquella que se hace con la orientación del Evangelio: vender para acompañar el camino de los débiles (“Vende y dalo a los pobres”: Mt 19,21). Esta orientación lanza una pregunta aún no respondida sobre las estructuras económicas de los grupos franciscanos y sobre su colaboración en el posible cambio de las condiciones estructurales de la sociedad. Quizá de ahí pudiera venir una fuerte renovación y haría “vendible” ese voto y su mensaje. Otros (J. I. González Faus) dicen que el voto de pobreza (con su orientación ascética) ha de cambiarse por un voto por los pobres (con sus rostros concretos). Esto, dice, tendría una capacidad subversiva en una sociedad del pensamiento único, del dogma de que no hay nada que hacer y de la desautorización como utópicos de todos los discursos globalmente solidarios. Asegura, gráficamente, que este voto habría de ser en la sociedad como un “tábano”.

Pero, en concreto, ¿responde la espiritualidad franciscana de hoy a los actuales problemas estructurales de las pobreza (económicas, sociales, políticas)? Que sepamos, no hay respuestas elaboradas a nivel de grupos franciscanos. Quizá haya que reseñar el intento de *Franciscans International* como la única herramienta a nivel de grandes grupos franciscanos que trabajan en el nivel de las causas. Y todos sabemos que es una estructura casi desconocida por los mismos dirigentes de los grupos franciscanos. Y por lo que hace al interés de los hermanos/as por este grupo, a todos nos consta que, en Es-

pañá en concreto, estuvo a punto de desaparecer porque no había quién se hiciera cargo de la gestión. Un pequeño grupo de laicos franciscanos “salvó los muebles”.

c) Posibilidad de respuestas personales y colectivas

Seríamos injustos si, al hablar de la respuesta de los colectivos franciscanos a las causas estructurales de las pobrezaas, no consignáramos el esfuerzo que algunos grupos están realizando en esa dirección. Es un trabajo vacunado contra el desaliento, intentando abrir brecha en el muro, a veces muy compacto, de la indiferencia. Pero es preciso poner dos anotaciones a estos hermosos trabajos: a) necesitan más coordinación: todavía da la impresión que cada grupo franciscano hace en temas de JPIC un poco la guerra por su cuenta. Se precisa más coordinación por dos razones: para ser más efectivos, para ser más fraternos. b) una segunda acotación es que, leyendo los informes de estos grupos empeñados en trabajar las causas de las pobrezaas, se tiene la impresión de que, cuando se apunta a problemas de gran calado (refugiados, vivienda, agua, calentamiento global, mercados, etc.), el resultado es muchas veces el mismo: no se ha podido hacer tal o cual iniciativa. Está ahí un verdadero “muro” compacto que es difícil abordar. Desde aquí valoramos más el esfuerzo de estos colectivos. Con ellos, entramos en el terreno de la utopía. La utopía es valiosa aunque no se cumplan sus anhelos. El simple hecho de soñar un mundo distinto y de darse a la tarea, muchas veces poco productiva, de dar cuerpo a ese sueño ya vale la pena. Desde ahí sugerimos, sobre todo para pensarlo:

- *Continuar el apoyo a organismos como FI o la oficina de JPIC de Washington para América Latina:* El apoyo tiene que concretarse en algo real, en colaboraciones con rostro. Habría que comenzar por conocer su labor, aproximarse a sus anhelos, acoger su dinamismo. ¿Cómo vamos a apoyarlos si los situamos en el terreno de lo desconocido? Estos organismos habrían de encontrar en la Interfranciscana una casa donde ser escuchados y donde sus iniciativas sean secundadas. No es tampoco baladí el necesario apoyo económico que requieren estas instituciones y que no puede venir únicamente de “subvenciones” oficiales. También las comunidades concretas están llamadas a sostenerlas.
- *Una “Universidad social”:* Las familias franciscanas tienen una serie de universidades y centros de estudios eclesiásticos en Roma (Antoniano, Seraphicum, San Buenaventura, etc.) y en otras partes del mundo (Murcia, New York, México, Madrid, Mönchengladbach, etc.). En todos se explica, más o menos, las mismas materias y todos tienen las mismas dificultades de los centros teológicos actuales. Habría que forzar a los organismos pertinentes para que alguno de estos centros se transformase en una Universidad Social Franciscana para formar agentes franciscanos especialistas en el tratamiento de las causas de las pobrezaas. La formación teológica tendría que mezclarse cada día más con la sociología y las ciencias económicas y políticas. Por ahí puede haber camino.
- *Desplazamiento de los organismos de solidaridad hacia el cuarto mundo:* Ya que estos organismos están anclados, geográficamente y quizá en parte ideológicamente, en el primer mundo y, cuando se trata de organismos franciscanos, casi siempre en Roma. Se dice que deben estar “en los centros de decisión”. Pero la profecía franciscana se hace desde las periferias. Hay que creer en el poder de lo marginal. Un desplazamiento explícito hacia el cuarto mundo, hacia los submundos de las pobrezaas, les daría otra perspectiva mental y, sin duda, otra manera de enfocar los temas de las pobrezaas.

- *Presencia explícita en grupos que se implican en el tema de las causas:* Porque los hay, aunque no sean de componente religioso explícito (Ciudades contra la Pobreza, Programa STEP, Pobreza Cero, etc.). De alguna manera habría que hacer un esfuerzo colectivo para poder estar ahí, colaborando y aprendiendo, para luego poder mentalizar a los hermanos desde bases sociales (no únicamente desde planteamientos religiosos). La red de colectivos que se mantiene en el anhelo de una sociedad más justa se amplía diariamente, aunque el sistema imperante trate de ahogar su voz.
- *Reestructuración del componente económico de los grupos franciscanos desde una perspectiva de solidaridad real:* Porque se están haciendo trabajos en esa dirección, pero aún son muy modestos. Los grupos franciscanos de más raigambre histórica arrastramos una mentalidad económica de un cierto componente economicista. Quizá porque provenimos de épocas de pobreza no hemos elaborado una espiritualidad de la solidaridad real. Resulta aún raro ver que los presupuestos de nuestros grupos franciscanos incluyan de manera decidida el dinero solidario y ético entre sus otros dineros. Es preciso ir cambiando esta tendencia hacia planteamientos económicos de corte más solidario. No se trata de argumentar desde la cantidad, sino desde la capacidad de signo.
- *Asumir como corriente franciscana el reto de la no violencia activa:* No únicamente como personas individuales o como comunidades aisladas. No son muchas las entidades franciscanas que se han animado a montar algún centro de estudio, reflexión y acción en torno a la paz (Centro por la Paz de Aranzazu). La gran pregunta a la VR y a la vida franciscana que se nos hará en el futuro será: ¿Qué hicisteis por la paz? Si no hay una respuesta colectiva, quizá hayamos traicionado algo del núcleo del más primigenio franciscanismo.

También a nivel personal hay más posibilidades que nunca porque el margen de actuación a nivel inmediato, individual incluso, es mayor que nunca. De hecho podemos decir que, tanto a título comunitario como individual, es cada día mayor el número de hermanos y hermanas empeñados en la causas de la justicia; no mengua la inquietud por una sociedad distinta, aunque mengüen nuestras fuerzas y estemos en épocas de reducción; cada vez trabajamos con más eficacia en temas de humanización, aunque nuestros trabajos sean muy modestos. Desde estas certezas sugerimos:

- *Se puede trabajar en el 0,7%, en los Objetivos del milenio, en ONGs sin picar en el anzuelo:* No como quien tontamente muerde un señuelo, sino como quien, sin apearse del sentido crítico, entiende todos estos trabajos como pasos previos de un gran viaje. Desde ahí, cualquier esfuerzo es siembra de días mejores. El trabajo individual en cualquiera de estos campos, si es bien acogido, puede ser una siembra de anhelos por la justicia y la paz en el seno de las fraternidades y grupos franciscanos. No habría de ser óbice la modestia de las tareas.
- *La revolución en casa:* Porque todos/as sabemos que si nuestra actuación no es local, nuestro pensamiento global queda cuestionado. Creer en la capacidad de signo de pequeños programas de acción medioambiental (como las tres “erres”: reducir, reutilizar, reciclar); creer en las aportaciones modestas a todo proceso de paz para el logro de un día de fraternidad; creer en el sentido que tiene en sí mismo el trabajo por asimilar conflictos; creer, en definitiva, en las posibilidades de las personas y de las estructuras para el cambio.
- *El lenguaje de los signos:* No desistir de ellos. Los signos no derrocan el sistema (sería un chollo); pero hablan de la posibilidad de mundo distinto si nos damos a

la tarea. No despojan las cuevas de Alí Babá (como dice E. Galeano), pero ponen un poco más contra las cuerdas al expoliador. Por eso los teme el sistema. Quien aspira a modificar las causas de las pobreza no tendrá muchas veces otra herramienta a mano que la de los signos. No utilizarla aboca al bloqueo.

- *Contagio y oferta:* Muchos/as hermanos/as no respiran aún estos aires; hay incluso a quienes no les parecen convenientes. Quien va entrando por esta sensibilidad ha de intentar contagiar ánimo y hacer continuas ofertas, siempre repetidas aunque no sean escuchadas. Una manera negativa e improductiva de luchar por esta causa es tratar de imponer, de presionar, de anatematizar. Nada de eso ha dado nunca resultados positivos. Hacer ofertas pacientemente, teniendo la pasión por la justicia como motor de actuación personal más que como látigo para fustigar. La paciencia es senda que abre a contagios y ánimos ulteriores. Despertar la sensibilidad de los hermanos/as es la primera tarea de quien piense que estas sendas tienen futuro.
- *Mantener dos certezas:* Aquella que, por un lado, nos asegura que entrar en estos caminos nos abre una ventana sobre el ancho mundo de la necesidad de hoy y nos descubre la problemática verdadera sobre la que se asienta el futuro de lo creado. Esto, además, abriría nuevos horizontes vitales a los grupos franciscanos, tentados, a veces, de encerrarse en su burbuja religiosa. Y, además, nos conduciría a una vía nueva de comprensión del Evangelio, porque una lectura más social de la Palabra (camino aún poco utilizado) devuelve al Evangelio un vigor que tal vez haya perdido con el modo rutinario y secular de una mera lectura espiritualista y moralista.
- *No temer a una espiritualidad histórica:* Porque hay quien dice que todo esto es muy “de tejas abajo”. Efectivamente, pero es que el mismo Evangelio es de tejas abajo: no ha sido ofertado a ángeles, sino a personas históricas. Es preciso colaborar en la creación de una “mística horizontal”, de ojos abiertos, que entienda que no es necesario salirse de la historia para construir la fe, sino adentrarse en ella llegando hasta el fondo de su herida, de su verdad.

Resumimos en cuatro asertos finales las conclusiones a las que nos pueden ir llevando este tipo de reflexiones:

- 1) *Es también por nosotros:* Es preciso tener en cuenta que las preocupaciones que albergan estos planteamientos no son solamente por causa de los demás, de los pobres. También es por nuestra causa, también nuestro futuro depende de estos logros. Lo decía muy bien Lily Watson, un activista aborigen que dijo a un cooperante: "Si usted ha venido para ayudarme, usted gasta su tiempo. Pero si usted ha venido porque su liberación está unida con la mía, entonces podemos trabajar juntos".
- 2) *No a la parálisis, sino al ánimo:* Que esta clase de reflexiones no nos lleven a la parálisis, sino al ánimo. La envergadura de los problemas, la abrumadora falta de medios para atajarlos, la marginación en que se mueven quienes aspiran a un mundo más humano, no tiene que llevarnos al bloqueo, sino al aliento compartido, sabiendo, como diría Casaldàliga que “es tarde, pero es madrugada si insistimos un poco”.
- 3) *¿Qué estoy dispuesto a hacer?:* Que la enormidad de la batalla de las causas de las pobreza no nos impida ver que, en parte, quizá en pequeña parte, está a nuestro alcance. Que no nos abruma el clásico interrogante ¿Qué puedo hacer? Que lo cambiemos por aquel otro: ¿Yo qué estoy dispuesto/a a hacer? Que a este

interrogante lo sustente la certeza de que la realidad es transformable. Y que a esa certeza mezclamos esta otra como dice J. Saramago: “No cambiaremos la vida, si no cambiamos de vida”.

- 4) *Hagamos fraternidad*: Porque ésta no se construye únicamente en la oración y las expresiones religiosas. Los trabajos en las causas de la pobreza y en la JPIC pueden ser elemento generador de fraternidad cuando el grupo franciscano se anima a entrar unido por estas sendas. No lo dudemos: son las sendas del más puro Evangelio.

5. El reto creciente de las migraciones

Aunque la emigración siempre se ha dado en la historia humana porque, como dijo el sabio, los hombres no son como los árboles porque tienen pies, lo cierto es que, debido a la creciente diferencia entre los países del Norte y del Sur, asistimos hoy a un boom de la emigración de alcance universal, porque no solamente vienen de África sino de América, del Este de Europa, de todo Asia. Creemos que para entender un poco todo esto, para empezar a asimilarlo, para prestar apoyo sobre todo, la espiritualidad puede ser una gran ayuda. Y en ese caso, la espiritualidad franciscana, aunque lejos en tiempo del problema, contiene semillas interesantes que, desarrolladas, pueden dar lugar a la forja de criterios y de actitudes.

Efectivamente, como ocurre con las personas que han vivido en hondura, Francisco y Clara pueden ser instancias de iluminación para la persona de hoy. No se trata de trasvasar experiencias en directo sino que será preciso elaborarlas desde nuestra realidad. Pero lo cierto es que, con esa luz que dimana de quien ha vivido en honda humanidad, los caminos difíciles de hoy, el de la emigración en concreto, quizá puedan ser recorrido con más gozo y con menos costes.

a) Inmigrantes: ¿invasores o ciudadanos?

Hay muchas maneras de tratar el tema de inmigración: desde lados técnicos a maneras populares. Para tener una visión general, nosotros vamos a tomar ese segundo derrotero: queremos percibir el fenómeno de las migraciones desde los tópicos que cotidianamente se manejan en nuestras calles.

- *Una avalancha*: Eso dicen con frecuencia los medios de comunicación: nos invade una “avalancha” de subsaharianos. En realidad, esa avalancha son 500 africanos que tratan de saltar la valla de Melilla. Los miles, casi millones, de turistas que se instalan en la costa del Mediterráneo no entran en los parámetros de la avalancha. Hay dos maneras de medir. Antes de emplear esa clase de términos, habría que pensar que los factores de salida del propio país y los de atracción a nuestro país (efecto llamada) se pueden entender teniendo en cuenta las desigualdades internacionales que el primer mundo ha contribuido decisivamente a crear.
- *Políticas selectivas*: El primer mundo vive en una paradoja, cuando no en una hipocresía. España, por ejemplo, necesitaría 800.000 trabajadores inmigrantes en los próximos diez años para mantener su crecimiento económico, si supera la crisis financiera y su consiguiente desempleo laboral. Por otro lado, los gobiernos parecen ser remilgados a la hora de la contratación porque el miedo (y aun el rechazo) al extranjero vende políticamente. Más aún, los estados de la UE planean políticas de inmigración selectiva por las que darían muchas facilidades a

los emigrantes titulados superiores y sus familias siendo renuentes a los contratos de personal no cualificado. Con ello, la sangría a los países pobres es doble: se les arrebató la mano de obra y, además, la cualificada.

- *Regularización por arraigo:* Dicen muchas personas, políticos de nivel incluidos, que los procesos de regularización en general y del procedimiento de arraigo en particular son un “coladero” de inmigrantes incontrolados. No es deseable un flojo de emigrantes descontrolado. Por eso, los procesos extraordinarios habrían de ser los menores posibles. Pero también es cierto que, mientras esto no se dé, los procesos de regularización por arraigo dignifican la vida de personas que soportan condiciones de extrema dureza y benefician al sistema económico privado y público.
- *Discriminación positiva:* Así consideran algunos ciudadanos a las ayudas que en servicios sociales y sanitarios se dan a la población inmigrante. Es preciso funcionar con humanidad en la fase de acogida para paliar las graves carencias con que llegan los emigrantes más pobres. Y en la fase de asentamiento el acceso a las prestaciones sociales debe plantearse en igualdad de condiciones para toda la población. Si hay alguna política específica, habría de ser con la intención de ayudar a conocer el sistema de funcionamiento social, económico y cultural y en cuestión de aprendizaje del idioma.
- *Hay que acabar con las mafias:* Así debiera ser. Pero esto no se puede lograr únicamente y sobre todo por vía policial, ya que las causas sociales y económicas que provocan la inmigración persisten. A quienes quieren eludir los controles fronterizos al margen de los procedimientos administrativos habría que ofrecerles una agilización en las vías de inmigración regular. A quienes trafican con personas habría que aplicarles sanciones penales estrictas. De cualquier manera, más allá del fenómeno de las mafias, hay que seguir preguntándose por las causas que mueven a las personas a emprender la arriesgada aventura de la emigración.
- *No nos quitan el trabajo, pero ¿qué hacer en tiempos de crisis?:* Quizá se ha dado un paso en muchos ciudadanos (en otros no) al comprender que los inmigrantes no nos quitan los puestos de trabajo, sino que han creado empleo y que están sosteniendo las arcas de la Seguridad Social. Pero ¿en tiempos de crisis? Habrá que salvar el principio de igualdad entre españoles y extranjeros, tanto en la cotización como en las prestaciones. Hay que evitar ver a la población extranjera como chivo expiatorio del malestar social.
- *Competencia desleal:* Se dice que la mano de obra y el empresariado inmigrante hacen competencia desleal a los trabajadores y empresarios españoles y que eso hace peligrar las conquistas sociales alcanzadas con tanto esfuerzo. Es evidente que el empleo por el que, en general, ha competido la inmigración es aquel que no ha querido realizar la población española joven que aspira a puestos más cualificados. No han incrementado la economía sumergida, enfermedad crónica en España. Entienden el comercio en formas nuevas, ligado a la población inmigrante, y crea puestos de trabajo nuevos. En cualquier caso, las políticas laborales deben velar por la igualdad de oportunidades.
- *Trato difícil:* Es lo que se dice de los emigrantes, sobre todo cuando acuden a los servicios sanitarios: además de coparlos, tienen un trato difícil con los profesionales. Quizá el desajuste provenga en parte porque se han incorporado cuatro millones de usuarios al servicio nacional de salud y al sistema le cuesta asimilar esos desajustes. Son personas que no solamente trabajan, sino que también, como todos, enferman. El servicio sanitario ha de hacer un esfuerzo de adaptación

llegan a un equilibrio posible para el sistema y saludable para el enfermo inmigrante.

- *Alumnos molestos:* Así son para algunos centros, sobre todo en la concertada, los alumnos hijos de inmigrantes. Parece que la afluencia de estos alumnos a los centros públicos es mayor porque éstos se hallan situados en barrios de mayor acceso a la vivienda por parte de los colectivos de inmigrantes. De cualquier modo, es preciso arbitrar políticas de apoyo que no discriminen, sino que integren. Además, debido a sus carencias sociales, habrá que ayudar con políticas económicas adecuadas a la población escolar inmigrante.
- *Aumento de delincuencia:* Es otro tópico manejado por muchas personas: las cárceles están llenas de inmigrantes. Los datos reales no avalan esta afirmación tan general: los porcentajes generales de población reclusa inmigrante es al día de hoy del 33%. El 67% es nacional. Además, téngase en cuenta que muchos de los penados extranjeros están en la cárcel en modos preventivos porque no tienen estructuras sociales de apoyo que les permitirían estar fuera de la cárcel hasta el momento del juicio. Por otra parte, a mayor integración, menos delincuencia. Hay que ayudar a la población emigrante delincuente doméstica lo mismo que la población nacional.
- *Amenaza contra la identidad:* Ciertos ámbitos sociales son muy sensibles al tema de la identidad nacional. Ven al inmigrante, con sus costumbres distintas, como una amenaza para tal identidad. No tiene por qué ser así cuando se trabaja por insertar el sistema de valores democráticos en su tradición religiosa viva, para enriquecerse mutuamente.

En resumen: Es preciso cambiar la percepción del inmigrante visto como un invasor de nuestro ámbito social y cultural, para pasar a entenderlo como un ciudadano diferente con capacidad de integración en una sociedad multicultural. La tarea no es fácil, pero la dinámica mundial impuesta por la globalización apunta en la dirección de la integración, más allá de las fuertes resistencias aún existentes. Ahora bien, los inmigrantes se rebelan, con razón, cuando en lugar de integración con el consiguiente respeto a su lengua, cultura y tradiciones (siempre que no entremos en litigio con los derechos humanos básicos) lo que se pretende es asimilarlos a la cultura del país receptor. Estamos en los albores de una interculturalidad abierta a resultados que aún no podemos calibrar.

b) Francisco y la exclusión, el racismo y la extranjería

El marco socioeconómico en el que se mueven Clara y Francisco es, ciertamente, muy distinto del nuestro. Pero en algunos puntos puede haber una coincidencia. El tema de la mendicidad ha sido en ellos una opción de enorme novedad respecto al tipo de Vida Religiosa de la época. El “no apropiarse de nada” (2R 6) y el “vivir sin posesiones” (RCl 6,12) han sido innegociables en Francisco y Clara. Eso, ciertamente, no ha sido un simple modo económico de situarse en la sociedad, sino una auténtica experiencia de marginación. Vivir como vivían los excluidos era, según lo creían, un camino asegurado al núcleo del Evangelio. Ellos han tenido esta certeza y el increíble vigor para vivirla con inmediatez a pesar de cualquier oposición.

Por eso hay autores que hablan de Francisco como de un auténtico excluido (M.A.Santaner, *Francisco de Asís y de Jesús*, pp.127-143). Ha sufrido la exclusión del ámbito social influyente, de su municipio para el que los pobres no contaban, de la misma institución eclesial que no ha llegado nunca a comprender sus caminos últimos, de sus propios hermanos que han derivado pronto hacia estilos de vida distanciados de la profecía de la pobreza. Clara y sus hermanas han añadido a esto la enorme incom-

prensión de sus compaisanos que rechazaban sus comportamientos tan extremos (RCI 6). Hoy es fácil para nosotros hablar de esto pero, sin duda, que la garra hiriente del desprecio ha tenido que ser superada en Francisco y Clara con mucho equilibrio interior y con cultivos muy fuertes de Evangelio.

De cualquier forma, el tema de los excluidos de la época, más allá de su dureza, ha tenido en Francisco un componente de gozo hondo, hasta hacerlo recomendable a todos sus hermanos. Francisco ha entendido que la exclusión que no llega a descubrir algo hermoso en la misma realidad del excluido termina por abandonarse; tan duro es ese rostro. Pero si se llega a una tal sintonía de destino con el naufrago que se convierte en luz para la vida en oscuridad existencial, el mundo de la debilidad empieza a destilar el gozo único de la vida valiosa, más allá de la pobreza, por incomprensible que parezca.

En cuanto al racismo, quizá sea tópico citar las ya conocidas posturas respecto a las gentes de mal vivir, bandidos, infieles, sarracenos, herejes, etc. Pero sería base suficiente para justificar cualquier postura tolerante y desde ahí animarse a un trabajo franciscano en favor de la abolición del racismo y su progenitora la xenofobia.

Más a la base, la mirada de Francisco a la realidad de la persona es de tal respeto y acogida que, vivida en integridad y en consonancia con el momento actual, podría servir para trabajar una espiritualidad franciscana contra el racismo. Así, en Adm 27,1 se dice: “Donde hay caridad y sabiduría, no hay temor ni ignorancia”. Es decir, donde hay una valoración acogedora del hermano, el temor se disipa como las sombras. Y donde hay sensatez para leer lo bueno de la vida, la ignorancia de los valores del otro queda conjurada. El temor y la ignorancia son los que generan toda exclusión; la acogida y una sensata valoración de cualquier persona abren las puertas a la fraternidad universal.

Y, además de esta espiritualidad de fondo, están ahí los principios innegociables de la visión sanfranciscana de la vida: no juzgar, no despreciar (2R 2,17; 3,10; Adm 26,2; 1R 11,10). Adentrarse en ese mundo de la valoración del otro por encima de la coyuntura histórica que lo envuelve es dar con el núcleo de quien sabe que toda persona está llamada a una hermandad de fondo que, por Jesús, nadie podrá destruir.

Esta apertura del espíritu es la que hace que la casa del hermano menor esté abierta y que sólo por razones tácticas de oración haya que guardar espacios personales (REr; 1RCI 5). Semillas de humilde pero fecunda siembra.

Por lo que respecta a la extranjería, es preciso constatar que este tema tiene en Francisco, por así decirlo, un arraigo cristológico. Para él, que ha descubierto en modos verdaderamente innovadores la humanidad de Jesús, no es de extrañar que conceptúe a este como “pobre y huésped” (1R 1,9). No se trata de que Jesús haya “pasado” por este mundo como un huésped sino que efectivamente lo ha sido, experimentando el desarraigo, la itinerancia, incluso la transeúncia, como lo han hecho tantos pobres de todas las épocas. Pertenece a su vida el vivir en modos de hospedaje. Esto fundamenta las opciones concretas del estilo de vida que propondrá Francisco a sus seguidores.

No ha de extrañar que Francisco y Clara hagan de 1 Pe 2,11 un lema de su vida: “Amigos míos, como peregrinos y extranjeros que sois...portaos honradamente”. La 1 Pe es una carta que trata de decir a los creyentes emigrados a países paganos que tienen en la comunidad su verdadera patria, pero que han de aceptar su ser extranjero tratando de vivir con honradez para que la integración con su nuevo contexto social se haga con el menos precio posible. Y si sienten la herida de su ser extranjero, la comunidad será su bálsamo y su amparo. Quizá más al fondo de todo esto hay un sentimiento de fuerte itinerancia histórica que afecta a todo ser humano. El AT ya lo había formulado a su manera: “La tierra no se venderá sin derecho a retracto: porque es mía, y en lo mío sois

forasteros y extranjeros”, dicen las leyes levíticas del año jubilar (Lev 25,23). Hay aquí como una fuerte experiencia de humanidad: la aventura humana es “pasar”, ir hacia algún sitio, hacia alguna plenitud. La fuerte aventura de lo humano, vieja ya de 4,4 millones de años, es una aventura de formidable paso, de mutación increíble, de suma no cerrada de itinerancias y caminos siempre abiertos. Quizá en Francisco haya algo de esta profunda experiencia, y en sus escritos dos veces y en los de Clara una aparece explícitamente el texto de 1 Pe 2,11.

Efectivamente, es en torno al tema de la limosna cuando aparece tanto en Francisco como en Clara el texto cetrino (2R 6,2; RCl 8,2). En ese caso, pedir limosna no es solamente un modo de subsistencia propio de épocas de carestía económica como lo era la edad media. Es una manera de mostrar el ser itinerante de la persona, su esencial desarraigo y la verdad hermosa de que quien emigra solo puede encontrar verdadero amparo en la solidaridad de otras personas que, en sí mismas, también son gente migradora. Así, la condición itinerante deja ver que la única casa real de la persona no es tanto su tierra sino el corazón de otra persona, la solidaridad que ampara. Se da pues un formidable paso: de la itinerancia, como estructura personal e histórica, a la solidaridad como solución a la asperezas del ser itinerante.

En parecida tesitura hay que entender el texto del testamento de Francisco que dice que los frailes no deben recibir ni iglesias ni construcciones que no lleven la marca de la pobreza y de la sencillez (Test 24), aludiendo de nuevo al texto de 1 Pe 2,11. Porque si hicieren lo contrario eso mostraría que no han comprendido su estructura itinerante y ya no necesitarían buscar el corazón de la persona que ampara, ya no anhelaría construir la **fraternidad universal**, la verdadera casa en la que se alberga la aventura humana.

Toda esta espiritualidad puede concretarse en unos pocos principios pueden ser extrapolables al hecho actual de la extranjería:

- No hay que avergonzarse de la extranjería, porque de algún modo, todos lo somos. Y, por lo mismo, no hay que avergonzar a los extranjeros recordándoles una situación de la que de algún modo hacemos parte todos/as.
- Es preciso mantener un sentido del hospedaje, no sólo para construir bien el camino histórico, sino para calibrar correctamente la temporalidad y, sobre todo, para hacernos más flexibles a la hora de abrir nuestras casas, nuestras estructuras sociales, a quienes hoy tienen que emigrar.
- Quien entienda a Francisco habría de flexibilizar y relativizar el sentido de la propiedad. Eso es lo que podría dar pie a un compartir más amplio y al sentido evidente de que la propiedad de lo humano es el colectivo humano, no unos particulares sobre otros.
- Finalmente, la evidencia de que la verdadera casa de la persona no es ni su país, ni su posición social, ni su dinero sino, el corazón de la persona, verdadera casa cálida que acoge y hace crecer a los humanos.

c) Una llamada a los/as franciscanos/as

Si recordamos toda esta espiritualidad no es para retrotraernos sin más a épocas pasadas sino, porque, de algún modo, creemos que aquí se encierra una llamada a los franciscanos/as de hoy. Desvelamos varios campos de actitudes:

Actitudes ideológicas

- El gran don de Dios a la vida es la creación. Por ella nos viene la filiación divina (no por actos religiosos) y la dignidad. Eso quiere decir que es preciso incorporar la dignidad a la espiritualidad creyente y hacer una lectura del hecho migratorio desde el lado de la dignidad mantenida a quien emigra. En el fondo se trata de una manera de valorar distinta, aquella que pasa por encima de construcciones raciales, culturales y económicas y desvela el valor básico de la dignidad de la persona sin ninguna clase de matices.
- Por lo tanto, quien es creado tiene derecho a sentarse en el banquete de la vida. Si ha sido despojado de su puesto en ese banquete no ha sido por obra de Dios sino por obra humana. Por eso, si los humanos hemos hecho el tremendo entuerto de que la mayor parte de la humanidad no se puede hoy sentar a esta banquete,, es preciso que nosotros arreglemos lo mal hecho.
- Desde ahí será posible mantener en modos colaboradores la utopía evangélica y franciscana de la **fraternidad universal**. Es preciso dar cuerpo histórico al lema conocido de “toda persona es mi hermana” como una verdad del hecho humano.

Actitudes sociales

- Tienen derecho: es preciso hacer a quienes emigran hoy aquí (y a cualquier parte) sujeto de todos los derechos. Despojar de derechos es otra infamia añadida al despojamiento de bienes que se ha efectuado con los países de procedencia en épocas de auténtico banditaje colonial.
- Muchas cosas dependen del ambiente: los medios de comunicación social crean un ambiente que termina por hacer ley. Por eso, en la medida en que se pueda es preciso contrarrestar ese ambiente que nos dice que todos los que vienen a nosotros son poco menos que delincuentes y que como tal han de ser tratados, y de los que hay que defenderse con uñas y dientes.
- Crear redes: porque las acciones puntuales de solidaridad se estrellan contra la red tremenda del aparato neoliberal y bienpensante. Por eso es preciso crear redes, establecer solidaridades, unirse en acciones que puedan hacer que el hecho social cambie respecto al problema de la emigración. Las acciones puntuales, por el clásico divide y vencerás, pueden quedar muy reducidas en sus efectos.

Actitudes personales

- Cambiar la mirada: porque muchos de nuestros movimientos vitales pasan por el filtro de la mirada. Si ese filtro es benévolo, flexibilizado, con sentido de la justicia, compasivo incluso, el enfoque del problema de las migraciones puede ser entendido en formas creativas y diversas.
- Decidirse a hacer: porque se trata de un problema práctico y el decidirse a hacer es la manera única de que esto pueda entrar por los cauces de humanidad que deseamos. Por eso, como en otras cosas, aquí también la pregunta correcta, como dijimos anteriormente, no es tanto “¿yo, qué puedo hacer?” sino más bien “¿yo qué estoy dispuesto a hacer?”.
- Aprender a andar en el filo de la ilegalidad mientras las cosas estén así: a veces, para nuestra sorpresa, hemos oído voces eclesíásticas autorizadas que alientan a una cierta ilegalidad. Nos parecen voces proféticas. Contratar a personas “sin papeles” facilitándoles así no solamente los anhelados papeles,

sino haciendo ver que ningún ser humano es ilegal, facilitar los permisos haciendo, aunque en algún punto haya que hacer declaraciones no del todo exactas, practicar la acogida sin más aun arriesgando las penas que prevé una para estos casos una ley injusta, quizá sean formas proféticas para los más arriesgados/as, pero que sin duda entroncan con la profecía evangélica y franciscana

Las conclusiones son claras:

- 1) Los franciscanos/as habríamos de situarnos en este problema en maneras proféticas. Las gentes de orden ya trabajarán por sus ideas. Pero nosotros/as habríamos de estar sin más al lado de quienes vienen en todas sus reivindicaciones.
- 2) Habríamos de hacer campaña y desear que vengan a miles, todos los más posibles, no sólo para paliar el derecho del que han sido despojados sino para que sacudan nuestras certezas y resitúen nuestras maneras de entender la realidad y la misma fe.
- 3) De alguna manera habríamos de hacer nuestro el lema “Nosotros también somos emigrantes”, porque en el fondo lo somos y si entendiéramos el hecho humano desde la extranjería y desde el amparo único que podemos ser los unos/as para los/as otros/as sin fijarnos en exterioridades, el camino humano caminaría mucho más rápido hacia la plenitud.
- 4) Finalmente, éste es un momento decisivo para la historia de nuestros pueblos. Esto no va a ir a menos porque las diferencias Norte-Sur van a más. No os cerremos a este momento de profecía social. Sería como cerrarse al Evangelio.

III

LOS NECESARIOS RETOS ECLESIALES

Esta clase de retos los hace la vida franciscana a la comunidad cristiana, o los debería hacer en virtud de su componente profético. Los grupos religiosos no habrían de renunciar a ese “aguijón apocalíptico” que los hace ser fuerza de shock dentro de la vida eclesial. “La Iglesia necesita algo así como un shock apocalíptico, que no puede ser ciertamente recetado desde el consultorio de la teología, ni será tampoco aportado por zelotas sectarios. La acción de este shock debe ser desencadenada en el seno de la Iglesia por aquellos que están abiertos al exterior, hacia las zonas marginales y que, libres de todo temor, tienen capacidad de distinción de espíritus” (J.B.Metz, *Las órdenes religiosas*, p.95). La espiritualidad franciscana no podría renunciar a esta labor por una malentendida fidelidad a la Iglesia.

Además, y como es lógico, la vida franciscana se ve implicada por su misma pretensión de ser profecía dentro de la Iglesia. Eso le hace tomar posicionamientos concretos que, de manera resumida, se centran en lo no sistémico, en la marginalidad. Mientras los franciscanos hagamos parte central del núcleo del sistema eclesiástico, mientras seamos colaboradores inmediatos de las estructuras religiosas, no es fácil que el espíritu de la profecía surja con fuerza. Efectivamente, la vida eclesial es sinfónica: cada uno ha de tocar la “melodía” que le corresponde para que el conjunto sea armónico. La VR ha de tocar la melodía de la profecía y, dentro de ella, a la vida franciscana la de la profecía de la fraternidad en todas sus variantes. Si no aporta esa melodía propia, la vida de la Iglesia se empobrece. Desde la profecía de la fraternidad la vida franciscana reta y es retada por la sociedad de hoy.

1. Los retos de la profecía de la fraternidad

Dice VC 20 que “el primer objetivo de la vida consagrada es hacer visibles las maravillas que Dios realiza en la frágil humanidad de las personas llamadas”. Es decir, el primer objetivo de la VR es entender y vivir la fraternidad en el marco frágil de la historia de una manera visible. ¿Y por qué ha de ser visible? Porque en esa visibilidad radica la profecía de la fraternidad. Ahí es donde se dice a la sociedad que, por extraño que parezca, vistas las innumerables y profundas heridas que nos hacemos los humanos, la vida en fraternidad, en buena relación, es posible. Y que no se pueda aducir como obstáculo la manifiesta debilidad histórica: la fraternidad es posible en la debilidad. Ésa es la gran profecía a la que está llamada la vida franciscana.

a) Una vida en comunión

Nada será comprensible si, como base, no se entiende la relación humana y creyente como una vida en comunión. Los diversos grupos que pueblan la Iglesia entienden la comunión en maneras diversas. De ahí la posibilidad que engendra la pluralidad y el conflicto mismo. ¿Cómo son, de manera sucinta, estos grupos dentro de la Iglesia? Esbozemos una panorámica general:

- Existen movimientos, grupos o comunidades de excelente voluntad, que viven replegados sobre sí mismos y al margen de la marcha de la historia. Con frecuencia apelan al Espíritu Santo como clave de su existencia; pero incurren en una *honda contradicción entre la universalidad del Espíritu y su propio espíritu de gueto*. Cuando, en nombre del Evangelio, se les pide abrir los ojos al mundo, responden “nosotros no somos una ONG”.
- Existen movimientos de un fundamentalismo cada vez más difícil de disimular, que pretenden salvar a la Iglesia recurriendo al poder y al dinero. Se da en ellos una *inversión entre el Espíritu y la materialidad de lo institucional*: de modo que el soplo del Espíritu sólo parece servir para robustecer la institución, en lugar de ponerla al servicio de la libertad y universalidad de Dios. Si el grupo anterior tendía al gueto, éstos tienden a la secta.
- Hay grupos y comunidades que, ante la crisis eclesial, han tomado la valiente decisión de no avergonzarse de ser cristianos, convencidos de las enormes riquezas que el cristianismo posee y puede aportar. Pero esta actitud valiente parece *confundir el no avergonzarse con el no tener de qué arrepentirse*. La idea de una necesaria reforma de la Iglesia es vista por ellos como falta de “amor a la madre”. Por eso suelen degenerar en posiciones más conservadoras de lo que ellos mismos querían.
- Hay además infinidad de cristianos “sociológicos” que lo son más por inercia que por auténtica opción y convicción creyente, que se suelen limitar a un cumplimiento más bien externo y que, en situaciones difíciles de conflicto o de prueba, buscarán *más bien sortear la dificultad que sentirse llamados a la generosidad*.
- Simétricos de éstos, aunque distintos y más sinceros, aparecen infinidad de “*cristianos en crisis*”, que suelen decir que ya no saben si creen o no. Se mueven a veces por impresiones afectivas pero, sobre todo, soportan solos la enorme dificultad de ser creyentes en medio de una sociedad más bien hostil o alejada. A éstos, “el traje de la fe” con el que fueron catequizados, se les ha quedado como el traje “de primera comunión”: no pueden ponérselo ya, pero no tienen otra prenda religiosa con que vestirse.
- Hay también grupos heterogéneos de cristianos profundamente descontentos con la institución eclesial. Debemos decir –aunque escandalice– que quizá es entre ellos donde se dan las mayores vetas de calidad cristiana. En unos casos sobrevive su fe porque, a raíz del Vaticano II, se produjo en ellos un encuentro personal con Jesucristo, que ha orientado y sostenido sus vidas y los mantiene en pie a pesar de la soledad eclesial en que viven la fe. En otros casos, ese descontento ha llevado a una asunción acrítica de todos los valores y desvalores de la Modernidad social, como si fuese ésta el verdadero sujeto de la verdad revelada. A estos últimos les cuesta mucho menos desautorizar una verdad oficial de la Iglesia que una verdad oficial del progresismo ambiental. Por lo general, estos últimos grupos coinciden con otros varios en los que a veces se apoyan, y que son los verdaderos testigos del cristianismo del siglo XX y XXI. En ellos ha habido figuras eximias tanto a nivel de magisterio teológico como de compromiso cristiano (el cual ha llevado incluso a martirios conocidos, y menos conocidos, vividos muchas veces en una dolorosa soledad y desamparo institucional).

¿Cómo construir una espiritualidad de la comunión entre esta diversidad? Quizá haya que volver a las raíces del NT para llegar a consensos no tanto ideológicos, cuanto vitales. Desde ahí se podría esbozar la posibilidad de marchar por una senda común.

Siguiendo el pensamiento de X. Pikaza (*Sistema, libertad, Iglesia. Instituciones del NT*), esbozamos estas ideas generales:

- “El evangelio ofrece una comunicación igualitaria y gratuita, donde la misma comunidad dialogal resuelve sus problemas, sin instancias exteriores de tipo secreto o jerarcas que sólo deberían responder ante Dios o su conciencia, por encima del diálogo comunitario” (401). El diálogo es imprescindible para la construcción de la comunidad. Obviarlo, saltárselo, ir por el atajo, es retroceder en la construcción del ideal comunitario.
- “La verdad de la iglesia es la misma comunión de palabra y de acción de los creyentes, expresada como encuentro personal y transparencia humana” (401). Una comunidad que no llega al encuentro es difícil que engendre un plan de vida, un camino común. La realidad de una vida eclesial sin la perentoria necesidad del encuentro común que desautorizada.
- “El Evangelio nos permite rechazar una lógica del sometimiento y sacralización del sistema” (402). Este sometimiento y sacralización son un cañonazo en la línea de flotación del anhelo comunitario, sobre todo cuando esos movimientos se dan para defender situaciones de poder.
- “No queremos defender una iglesia invisible, sino todo lo contrario, bien visible, presente en todos los caminos de la vida, pero no como poder, sino como fermento de vida, no como estructura sacral objetivada, sino como experiencia compartida de amor que se abre a todos los humanos” (404). Esto es lo que dará vigor a la profecía de la fraternidad, plan de vida con poder de contagio para el hecho social. La profecía de la fraternidad, de la comunión, apunta no tanto al ámbito religioso, cuanto al social.
- “Va allegar una generación nueva de cristianos, liberados para un tipo de ministerio laical, no jerárquico, a partir de las mismas comunidades, sin condiciones de celibato, sin discriminación de sexo, una generación de servidores del evangelio que no sean sacerdotes, ni tengan poder sagrado, ni puedan convertirse en grupo o casta por encima de los fieles” (405). Quizá sea esto aún un sueño, pero este anhelo tiene raíces evangélicas en el sueño de Jesús y el de Francisco, un sueño de fraternidad y de comunión indudable. No se trata de destruir lo que ya existe, sino de trasformarlo en la línea de comunión que es el núcleo de la novedad de Jesús, su sueño de nueva comunidad, de nueva sociedad.
- “Sólo recorriendo en libertad sus caminos las iglesias aprenderán a dialogar de forma evangélica, sin los miedos y reservas actuales, creando formas de vinculación, que irán surgiendo en el mismo camino... Es posible que la iglesia en cuanto tal tenga que dejar la mayoría de las obras propias para mostrar mejor lo que es: comunión gratuita de personas, sin nada propio... De esta forma la iglesia se ocupará de las cosas de Dios, pero podrá dialogar con el sistema, promoviendo instituciones en línea de gratuidad y ayuda social pero sin identificarse con ellas, ni identificarlas con su más honda verdad, pues ella es comunión gratuita, signo de perdón y amor liberador” (468). La comunión es apertura a la sociedad, no cerrazón en la burbuja de la religiosidad. Por eso, si el franciscanismo la ejerce, le hará conectar mejor con el hecho social, indudable beneficio de cara al futuro.
- “Crear unidad en comunión, no imposición; ésta es la esencia y la tarea de la iglesia. Normalmente, nuestro mundo sólo conoce la unidad de la jerarquía (donde el superior unifica a los de abajo) o de un sistema que impera sobre todos. Pues bien, en contra de eso, Jesús ha fundado una iglesia que es *unidad de comunión*, no jerarquía ni sistema, sino diálogo de individuos o grupos, personas o culturas. Ciertamente *en plano de imperio* se requiere mando unificado, para que funcionen de un modo impersonal, unificado, los soldados. *En plano del sistema* es necesaria la unidad que se consigue por la ciencia, que organiza el dinero y la burocracia, utilizando a las per-

sonas y englobando a todos los usuarios. Pues bien, la unidad de la iglesia sólo puede expresarse y realizarse en forma de *comuni3n*. La tradici3n israelita haba destacado *el principio esperanza*, un camino hacia la reconciliaci3n final (E. Bloch). Los cristianos, sin embargo, sabiendo que el Esp3ritu de Dios ya se ha expresado en Cristo, acent3an el *principio comuni3n*, la vida compartida. Otras autoridades influyen en la historia, pero la definitiva es el di3logo de amor entre personas. Por encima del *nosotros-comuni3n* no hay en la iglesia autoridad alguna: en su base est3 el *carisma*; de su interior pueden brotar y brotan los diversos ministerios de la instituci3n eclesial (453). El anhelo de comuni3n no puede representar un peligro para la unidad de la Iglesia. Al contrario, el peligro de disgregaci3n va parejo a la debilidad de la comuni3n. Mantener la cohesi3n por v3a normativa lleva a una “comuni3n” de fr3gil cimiento y, desde luego, no a la comuni3n que dimana del sue1o de Jes3s.

- “La comunidad que ha tenido esta experiencia (de que la verdad libera) sabe que *no necesita autoridades externas*, jerarqu3as sacrales, obediencias impuestas...La comunidad del Disc3pulo amado solo reconoce la autoridad de ese Esp3ritu, que anime y dirija en amor mutuo a los creyentes, como muestra en el Discurso de la Cena, que empieza con la experiencia del amor mutuo (13,1-17) y culmina en la oraci3n por la unidad (Jn 17), centr3ndose en la palabra clave sobre el amor interpretado como amistad y conocimiento compartido” (323). La comuni3n del NT no elimina el servicio de la autoridad, sino que lo demanda. Eso s3, al ser “autoridad fraterna”, se ve libre de todas las lacras que afectan a la din3mica del poder.

b) Retos desde la espiritualidad franciscana

Vamos a describir algunos de estos retos que nos parecen m3s acuciantes en este momento en materia de fraternidad dentro de la comunidad eclesial. El campo es ancho y la llamada a la profec3a persistente.

- *La fragilidad de la misericordia frente a la fuerza del derecho*: A estas alturas de nuestra vida eclesial y social podemos decir que el Derecho es quien rige los destinos de las personas y de los creyentes. La Iglesia no tiene como norma real al Evangelio sino a las leyes emanadas del Derecho. Algo parecido ocurre en la sociedad: las leyes priman sobre la persona. La profec3a de la fraternidad es aquellas que se aferra a la fragilidad de la misericordia antes que a la fuerza del Derecho. Por eso sabe poner entre par3ntesis la inapelabilidad del Derecho y situarse en el 3mbito de la misericordia. Y hace esto porque es en ese 3mbito donde se encuentra realmente con la persona d3bil. Profetizar la misericordia, la piedad, la compasi3n, en una sociedad y en una Iglesia regidas por el Derecho es un reto para quien ha entendido que la misericordia es la 3nica manera de tratar la dureza del coraz3n, un reto que le llevar3 a mirar la realidad social y eclesial desde una perspectiva distinta a la del sistema (Adm 27,6).
- *El viento de la libertad frente a la fuerza opresora de la costumbre y de la norma*: Hablar de libertad en tiempos de tanta coacci3n social suena a nostalgia de otras 3pocas. Pero, en realidad, el canto de la libertad sigue sonando en todos los rincones del planeta. La profec3a franciscana habr3a de sentirse cercana a ese canto e incluso abanderar en el 3mbito cercano todo movimiento de libertad (vecinal, eclesial, pol3tico). Si algo admira de Francisco el mundo de hoy es su libertad y su pobreza hechas de intemperie y de fraternidad. Los trabajos por la libertad son inversamente proporcionales a la sumisi3n a la norma y a la costumbre. Relativizar la norma, que es la manera de situarla en su verdadero lugar, se convierte en un trabajo constante

para quien opta por el reto de la libertad. El franciscano/a no habría de hacer parte nunca del círculo de las “gentes de la norma” y sí de los incondicionales de la libertad. Esto le habría de llevar a situarse en esos contextos sociales donde la norma impera y los derechos de la persona son supeditados a ella para gritar su desacuerdo y para colaborar en la lenta obra de liberación y de futuro que haga amanecer la aurora de la necesaria libertad.

- *El reto de la comunión sin sumisión:* Difícil reto en una estructura, la social y la eclesial, que piensa que vivir en la libertad de pertenecer, no en la de la norma impuesta, es romper la necesaria comunión. Como decía Juan Pablo II, la Iglesia, y la VR dentro de ella, han de ser escuela de comunión (NMI n.43). Pero eso no quiere decir que la comunión se identifique con unas estructuras a las que estar sumiso y obediente. La Iglesia y la sociedad han de entender que la VR entiende la obediencia como una “libertad de pertenecer”, no como un corporativismo impuesto por la autoridad (T.Radcliffe, *El manantial de la esperanza*, p.77). Algo de eso quiere decir Francisco cuando hablando de la relación entre los frailes menores y el Papa habla no de sumisión sino de “obediencia y reverencia” (1R 1,3). La reverencia brota de un aprecio y hasta de un amor; la sumisión de un temor. Por eso, la manera libre de vivir el franciscanismo, el afán por conectar con los márgenes, no han de ser nunca interpretados como una deslealtad para con la Iglesia, sino como la manera de hacer comunión desde la profecía de la fraternidad y la itinerancia. Es preciso estar dispuestos a afrontar las contradicciones que esto suscita frente al poder establecido.
- *El reto de una fe madura ante vivencias mediáticas de la religión:* Ha surgido en nuestro tiempo una forma nueva de vivir el hecho religioso que cobra cuerpo en las manifestaciones religiosas amparadas y ofrecidas por los *mass media*, por la TV sobre todo. Son reuniones multitudinarias, manifestaciones de calado internacional, shows litúrgicos perfectamente orquestados y ejecutados. Aun respetando esas opciones, la vida franciscana camina más por la modestia de una fe madura, actualizada y mezclada “en el interior de la masa” (Lc 13,21). Los franciscanos/as, siempre en formas fraternas, no habríamos de apoyar esos espectáculos religiosos sino más bien aquellas opciones que, en la sencillez y en lo secreto, van construyendo el proceso de la fe que lleva a una fe madura.
- *El reto de insistir sin temor en las verdades:* Las verdades no tanto ideológicas, sino aquellas que afectan a la vida de los débiles: insistir en la centralidad de los derechos humanos, en la necesidad de que los pobres y desplazados ocupen un puesto en el banquete de la vida, en lo inadmisibles de una cultura que excluye y desiguala, en una globalización real donde los países pobres encuentren un sitio, en un desarrollo que lo sea de verdad sobre todo para los menos empobrecidos. Gran parte de nuestra sociedad neoliberal escucha con dificultad esta clase de mensajes porque cuestionan su modelo de sociedad y sus prácticas de consumo. El franciscano/a, más con su estilo de vida y con signos visibles que con meras denuncias de palabra, habría de insistir, sin temor (o con el miedo asimilado), en esas “verdades” que siguen demandando los excluidos y que apuntan a un nuevo horizonte de humanidad.

c) Derivaciones:

Son consecuencias que, de alguna manera, derivan de la profecía de la fraternidad. Tomadas aisladamente no representarían el anhelo antes descrito. Pero, como parte de un conjunto, pueden sugerir los caminos de dicha profecía:

- *Profetizar la misericordia en ámbitos de lejanía* de la fe, de duda moral, de desestructuración personal. Hacerlo amparando, defendiendo, acompañando,

estando. Porque la fraternidad no puede brotar sin el necesario amparo de la misericordia. Una fraternidad despojada de ese valor termina siendo una organización administrativa.

- *Acoger la profecía de la fraternidad* que viene de quien se entrega al otro sin reparar en aspectos externos. Valorar todas las entregas como elemento sustancial de la fraternidad humana y creyente. Abrir los oídos y el corazón a todos los caminos de fraternidad social que bullen en nuestro mundo.
- *Relativizar sin temor las normas* sabiendo que, efectivamente, son relativas por muy sagradas que algunos las pretendan. Para el creyente en la comunidad de Jesús la única “norma” intocable el Evangelio, porque es el sueño de Dios sobre la historia. El resto, hasta lo considerado más intocable, no lo es y queda siempre al servicio de la comunidad.
- *Sentirse a gusto* en lugares donde se respira el viento (frío, a veces) de la libertad, ya que sin libertad la verdadera comunidad es imposible. La profecía de la comunidad tendría que ir habituándose al vértigo y riesgo de la libertad, aprendiendo a asimilarlo con entereza. La llamada de la profecía va unida a la audacia del profeta. Una profecía temerosa termina por esfumarse.
- *Vivir una idea de comunión eclesial y social* mezclada a la creatividad. Porque sin ésta, todo termina en la rutina y el adormecimiento. Es preciso avivar la capacidad con creadora de la que Dios ha dotado a la historia humana. Hay que hacer producir la “capacidad” que el Padre ha sembrado en la historia para llegar a estratos de plenitud y de dicha (Jn 1,12).
- *Alejarse fraternamente* de planteamientos sistémicos, viviendo en modos alternativos conectados al Evangelio. La alternatividad es el rostro de la profecía. Y, además, una comunidad creyente no alternativa, asimilada por el sistema, no es la comunidad de Jesús. Si algo queda claro en la Biblia es que Israel ha sido llamado a la alternatividad, aunque ha terminado siendo “como los otros pueblos” (1 Sam 8,7). Esa antorcha de lo alternativo la recoge la comunidad cristiana. Si ese componente, el empobrecimiento y el riesgo de ser abducidos por el sistema son reales.
- *No dar respaldo* a los modos mediáticos de vivir la religión. La espiritualidad franciscana no se sitúa en el escaparate, sino en lo humilde y lo oculto porque tiene fe en una profecía que arraiga en lo modesto. No se trata de no vivir una fe que se testimonie explícitamente. Pero ese testimonio no ha de hacerse desde la grandilocuencia, desde las grandes tribunas, desde el despliegue de los grandes medios de comunicación, sino desde lo oculto, lo personal, en el contacto real con la vida de las personas.
- *Trabajar por ayudar a construir* verdaderos procesos de fe, no fogonazos de religiosidad. Y todos sabemos que los procesos de fe son tan largos y tortuosos como el propio caminar personal. No cansarse de acompañar esos procesos que pueden llevar a anhelar una vida en comunión fraterna. Ése es el banco de pruebas del verdadero profeta.
- *Seguir insistiendo fraternamente* en la centralidad de los derechos humanos como base ineludible para la construcción de una verdadera comunidad humana. No dar su cumplimiento por supuesto. Saber, más bien, que los sesenta años de la Declaración de los Derechos Humanos se han saldado con una fuerte dosis de fracaso. Y que, por lo tanto, la profecía de la dignidad, base de la comunión y de toda fraternidad, es más imprescindible que nunca.

2. El persistente reto de la misericordia

Por muchas que sean las vicisitudes por las que pase el concepto de misericordia y sus contenidos, la realidad es evidente: en un mundo tecnificado como el nuestro, la persona sigue anhelando que se le comprenda, se le trate y se le considere con misericordia, con benignidad, con respeto, con aprecio. La misericordia, poner la pobreza del otro, su situación de debilidad, en el propio corazón (*miseri-cordia*), sigue siendo una necesidad hondamente humana.

Más aún, la misericordia es considerada por la sociedad de hoy como algo más que un valor religioso. Es un valor simplemente humano. Y esto es lo que le da carta de naturaleza, porque el arraigo antropológico hace que la virtud tenga sentido. Ante las muchas tropelías que cometemos los humanos contra nosotros mismos, no es infrecuente ver en la prensa la apelación al necesario sentido de la piedad humana. Esa necesidad de piedad, de misericordia, de acogida, siempre estará en la estructura humana. “Nos interesa recalcar la primariedad y ultimidad de la misericordia como acto primordial del espíritu. Que sea algo primero y último significa que la misericordia no se jercita por ninguna razón más que por el sufrimiento ajeno entrañado, interiorizado” (J. SOBRINO, *Espiritualidad y seguimiento de Jesús*, p.455).

Pero la misericordia no es un simple sentimiento humano que nazca y crezca por generación espontánea. Como todos los valores, como todas las virtudes, también se aprende. Una de las maneras que tenemos los creyentes de hacerlo es a través de la contemplación, del retiro: mirar la Palabra y mirar los Escritos franciscanos para aprender un poco más el necesario valor de la misericordia que es parte del núcleo del Evangelio. Esa mirada que profundiza es camino útil para que vaya quedando en nosotros/as la certeza de que la misericordia es camino de vida hoy útil.

a) Reflexión antropológico-cristiana:

Es bueno reconocer que hay mucha gente, ignorada y oculta, que practica la misericordia como un comportamiento “natural”. Son personas que nos reconcilian con la vida y que mitigan las grandes heridas que nos hacemos los humanos. Les debemos mucho, aunque sus nombres nos sean desconocidos.

Por cosas como éstas, es preciso aceptar y reconocer, incluso aunque los acontecimientos parezcan decirnos lo contrario, que el mundo va a mejor, que los días amanecen con más luz. Es muy difícil vivir una mística de misericordia en la conciencia de que vivimos en un mundo que marcha a su ruina.

Hay que celebrar la bondad de las personas, los pequeños logros de la justicia, los avances en la solidaridad, los triunfos de los pobres, las alegrías de quienes cuentan poco en el devenir de la historia. En definitiva, éstos son los grandes motivos de la celebración de la misericordia, porque los motivos del sistema no están en la línea de la misericordia.

Hay que percatarse que la ambición es una realidad que llevamos pegada a nosotros/as como una sombra. Muy difícil de deshacerse de ella. Nos acompaña a todas partes. Se esconde y parece que no está. Pero, a nada que nos miremos, aparece en cualquier pliegue. Es un enemigo persistente en la vida cristiana y en la vida sin más. La única manera de tenerla algo controlado es hacer continuos ejercicios de generosidad, de desprendimiento, de ofrenda. Si no, ella nos come todo el terreno.

Porque el egoísmo no es solamente un fallo moral, es una estructura personal, hace parte del basamento de nuestra manera de ser. El Evangelio tiene una tremenda pretensión: quiere transformar nuestra estructura egoísta en una estructura generosa, creyente,

sensible a la necesidad del otro, misericordiosa. No lo tiene fácil el Evangelio en nosotros/as. Pero es de admirar su pretensión, porque no es sino el anhelo de Dios sobre nuestra vida, su sueño de hacernos personas con entrañas, creyentes con sensibilidad.

Por eso hay que decir que la misericordia es la mejor terapia contra el egoísmo. La misericordia nos ayuda en una labor que nos cuesta mucho: poner al otro en el propio horizonte vital, percibir que las situaciones de vida de los demás (sobre todo las más duras) no pueden sernos ajenas, que, como dice el aforismo, nada de lo humano me es ajeno. La misericordia nos abre a los demás y disipa las tinieblas del egoísmo que se vuelve únicamente sobre sí mismo. En ese caso, tampoco la misericordia es meramente un valor moral o religioso: es un beneficio para nuestra estructura personal y comunitaria, es una benefactora de la vida.

Enmarcar la vida en la misericordia de Jesús no es únicamente un anhelo espiritual. Es, también, copiar su generosidad, la única forma de que nosotros y los demás giremos en la dirección de la bondad humana. Cuando se entiende a Jesús como instancia de misericordia en modos hondos, toda la perspectiva evangélica cambia y la vida cristiana toma el color de la novedad.

La justicia y la paz se besan, dice el Sal 84. En ese beso brilla la misericordia compasiva y creativa de Dios sobre la vida. Celebrar el encuentro de la justicia con la paz, del derecho con la acogida, del respeto con la benignidad, esas son las maneras de una liturgia de misericordia. Todo lo que se haga en esa dirección es beneficio para la vida.

Hemos de tener agradecimiento explícito a quienes trabajan por la misericordia, la comprensión, la libertad, la acogida. Hemos de colaborar con ellos/as cuanto podamos. Hemos de sostener sus causas y agradecerles su trabajo. Tenemos que sacudirnos la inercia de quien hace poco y apoya a quien hace. Tomar parte en la liturgia de la misericordia lleva implícito el remangarse para contribuir al triunfo de la misericordia sobre el juicio.

b) Dos iconos franciscanos de misericordia:

1) Silvestre: La misericordia más allá de egoísmos

“Creo que no será impropio añadir a esta narración la conversión del mencionado Silvestre, cómo le movió el Espíritu a entrar a la Orden. En consecuencia: Silvestre era aquel sacerdote secular de la ciudad de Asís a quien el hombre de Dios había comprado en aquel entonces piedra para reparar una iglesia. Viendo en su día que el hermano Bernardo –la primera plantita de la orden de los Menores después del santo de Dios- se despojaba de todos sus bienes y los daba a los pobres, atizado por voraz codicia, mueve pleito al varón de Dios acerca de las piedras que hacía tiempo le vendió, como si no las hubiera pagado todavía. Francisco sonrío viendo el ánimo del sacerdote, inficionado por el veneno de la avaricia. Pero con el fin de apagar de alguna manera la maldita pasión, le llena las manos de monedas, sin contarlas siquiera. Se alegró el presbítero Silvestre con lo que se le dio, pero se admiró aún más de la liberalidad del donante; de vuelta a casa, recapacita una y otra vez sobre el hecho, comenta entre sí con atinada acusación que él, siendo anciano, se ve amador del mundo, y queda estupefacto al observar de qué manera aquel joven llega a despreciarlo todo. Pero ya desde ahora, impregnado del buen olor, Cristo le abre el seno de su misericordia” (2 C 81a).

- Es preciso percatarse, en primer lugar, del modo como Silvestre va a entrar en la Orden: se cambia su espíritu de avaricia por un sentirse acogido por la misericordia de un Dios que recibe a todos. Por eso no es de extrañar que diga que “le

mueve el Espíritu”, y sus dones: la generosidad, la acogida, la ausencia de juicio, el perdón, la comprensión. Ésas son las sendas de la misericordia.

- Cuando pinta tan bien a un Silvestre “atizado por la codicia” está dibujando el perfil de quien está lejos de la misericordia, en el polo opuesto. Está mostrando una estructura personal, común, porque la avaricia, en sus mil ramificaciones, nos define. Más allá de su alcance concreto, apunta a una manera de ser de toda persona.
- Podemos creer que la sonrisa de Francisco no es irónica ni despectiva, sino fraterna, la que tiene la certeza de que hasta de ese “material” se puede sacar un hermano sin se acoge a la misericordia del Padre. Desde ahí podrá convertirse, él también, en hermano de misericordia. Francisco tiene esa visión positiva y posibilitadora de la persona porque no se enreda en la mera exterioridad.
- Es interesante ver que la única manera de apagar “la maldita pasión” es a fuerza de generosidad, con tal de no contabilizar la entrega con la que uno se da al otro/a. Si se aplica la medida de lo normativo, la sola justicia, lo que se debe, no se termina por desatar el mecanismo de la generosidad.
- Dice que admira la generosidad del donante, es decir, queda en Silvestre una posibilidad para conectar con el dinamismo de la generosidad y, con él, de la misericordia. En toda persona, por alejada que esté de la misericordia, hay un destello de generosidad, de amor y de piedad. No es fácil creer en esto cuando la maldad “hace su agosto”.
- Hay también en él una posibilidad de recapacitar, de vuelta a casa, volviendo sobre sus propios pasos, mirándose en su propia realidad. No son nunca inútiles los gestos de generosidad, quedan en el fondo del alma, y dejan un poso, un terreno apto para que surja la misericordia. La generosidad desbanca la ambición y engendra misericordia.
- El final de todo el proceso es hermoso: Cristo le abre el seno, el secreto, de su misericordia. Entra en el terreno de la misericordia aquel que funcionaba a base de egoísmo. La generosidad, el desprendimiento, la fe en la persona, han obrado el milagro. Desde ahí, el avaro Silvestre está dispuesto a ser misericordioso y a engendrar misericordia en otros.

2) León: La misericordia reconocida y celebrada

En los comienzos de la Orden estaba una vez San Francisco con el hermano León en un eremitorio donde no tenían los libros para rezar el oficio divino. Llegada la hora de los maitines, dijo San Francisco al hermano León:

-Carísimo, no tenemos breviario para rezar los maitines; pero vamos a emplear el tiempo en la alabanza de Dios. A lo que yo diga, tú responderás tal como yo te enseñaré; y ten cuidado de no cambiar las palabras en forma diversa de como yo te las digo. Yo diré así: "¡Oh hermano Francisco!, tú cometiste tantas maldades y tantos pecados en el siglo, que eres digno del infierno". Y tú, hermano León, responderás: "Así es verdad: mereces estar en lo más profundo del infierno".

-De muy buena gana, Padre. Comienza en nombre de Dios - respondió el hermano León con sencillez columbina.

Entonces, San Francisco comenzó a decir:

-¡Oh hermano Francisco!; tú cometiste tantos pecados en el mundo, que eres digno del infierno.

Y el hermano León respondió:

-Dios hará por medio de ti tantos bienes, que irás al paraíso.

-No digas eso, hermano León - repuso San Francisco - , sino cuando yo diga: "¡Oh hermano Francisco!, tú has cometido tantas cosas inicuas contra Dios, que eres digno de ser arrojado por Dios como maldito", tú responderás así: "Así es verdad: mereces estar con los malditos".

-De muy buena gana, Padre - respondió el hermano León. Entonces, San Francisco, entre muchas lágrimas y suspiros y golpes de pecho dijo en voz alta.

-¡Oh Señor mío, Dios del cielo y de la tierra!; yo he cometido contra ti tantas iniquidades y tantos pecados, que ciertamente he merecido ser arrojado de ti como maldito.

Y el hermano León respondió:

-¡Oh hermano Francisco!; Dios te hará ser tal, que, entre los benditos, tú serás singularmente bendecido.

San Francisco, sorprendido al ver que el hermano León respondía siempre lo contrario de lo que él le había mandado, le reprendió, diciéndole:

-¿Por qué no respondes como yo te indico? Te mando, por santa obediencia, que respondas como yo te digo. Yo diré así "¡Oh hermano Francisco granuja! ¿crees que Dios tendrá misericordia de ti? Porque tú has cometido tantos pecados contra el Padre de las misericordias y el Dios de toda consolación, que no mereces hallar misericordia". Y tú, hermano León, ovejuela, responderás: "De ninguna manera eres digno de hallar misericordia".

Pero luego, al decir San Francisco: "Oh hermano Francisco granuja!...", etc., el hermano León respondió:

-Dios Padre, cuya misericordia es infinita más que tu pecado, usará contigo de gran misericordia, y todavía añadirá muchas otras gracias.

A esta respuesta, San Francisco, dulcemente enojado y molesto sin impacientarse, dijo al hermano León:

-¿Cómo tienes la presunción de obrar contra la obediencia, y tantas veces has respondido lo contrario de lo que yo te he mandado?

-Dios sabe, Padre mío - respondió el hermano León con mucha humildad y reverencia - , que cada vez me disponía a responder como tú me lo mandabas; pero Dios me hace hablar como a Él le agrada y no como yo quiero.

San Francisco se maravilló de esto y dijo al hermano León:

-Te ruego, por caridad, que esta vez me respondas como te he dicho.

-Habla en nombre de Dios, y te aseguro que esta vez responderé tal como quieres - replicó el hermano León.

Y San Francisco dijo entre lágrimas:

-"Oh hermano Francisco granuja! ¿crees que Dios tendrá misericordia de ti?

-Muy al contrario - respondió el hermano León -, recibirás grandes gracias de Dios, y El te ensalzará y te glorificará eternamente, porque el que se humilla será ensalzado. Y yo no puedo decir otra cosa, porque es Dios quien habla por mi boca.

Así, en esta humilde porfía, velaron hasta el amanecer, con muchas lágrimas y consuelo espiritual. En alabanza de Cristo. Amén. (Floreccillas, cap.IX)

- Las Florecillas son relatos apócrifos, pero contienen un fuerte e interesante fondo franciscano. La "liturgia de las horas" que aquí se celebra está hecha de pobreza, oración, fraternidad y sentido de la misericordia. Con esos ingredientes se puede celebrar una "liturgia franciscana"; desde ahí se puede celebrar y reconocer la misericordia como camino de vida.
- La visión "negativa" que Francisco tiene de su persona y la "positiva" que tiene León desvelan la realidad de toda persona. Con ambos elementos está llamado a

celebrar la misericordia de Dios. No se celebra únicamente en la bondad ni únicamente desde la compunción. La misericordia de Dios actúa en la realidad completa de lo que somos.

- El primer elemento que se celebra en esta liturgia es el “hacer el bien”. Quien vive en marcos de misericordia tiene el hacer el bien por un simple ideal de vida. Vivir desde la bondad más elemental es desvelar el rostro misericordioso de Dios en el caminar humano. Quien hace bien habla el lenguaje de la misericordia.
- El segundo elemento es “ser bendecido y bendecir”. No se puede vivir en modos de misericordia diciendo mal, hablando mal, hiriendo con el lenguaje, tratando al otro/a con menosprecio. Un lenguaje de bendición hace referencia a una manera positiva y benigna de enfocar al otro. La actitud que dice bien del otro aleja de sí muchos males, porque lo mal dicho de otro termina por volverse contra el maldeciente.
- El tercer elemento de celebración es la misma misericordia que Dios tiene con la persona, que siempre es más grande que el pecado, porque la persona es mucho más que sus debilidades y pecados. Dios quiere “añadir muchas más misericordias” a la vida de una persona, quiere que se trabaje ese camino de la misericordia porque de ahí solamente pueden brotar bienes.
- El cuarto elemento es el ensalzamiento del humilde, la valoración de lo pobre, el aprecio de lo que no cuenta. Porque ésa es la manera como Dios derrama su misericordia con la historia y porque por ahí puede haber un camino abierto a una vida misericordiosa.
- Dice el hermano León que “Dios habla por su boca”. Es que la misericordia es el lenguaje de Dios, su mejor manera de relacionarse con la persona, la forma más adecuada de desvelar su propuesta de amor.

c) Derivaciones:

Quizá haya que comenzar por encajar, más que luchar contra, los egoísmos personales, ese entramado, a veces muy tupido, de ir a lo nuestro, de inhibiciones de las que sacamos provechos, de no haber pasado al lado de la comunidad, de llamarse Aldana ante la necesidad comunitaria. Podemos estar muchos años en la VR y el egoísmo estructural quizá se ha consolidado y reforzado. Es preciso ser muy crítico/a en todo esto para no vivir en la pura irrealidad religiosa.

También habrá que analizar los egoísmos sociales, institucionales, las cerrazones de grupo, los desentendimientos cuando las cosas nos van bien, la poca capacidad para lo “inter”, la perpetuación del carisma en base a número no en base a vigor espiritual. Los egoísmos institucionales pueden llegar a ser consagrados por el sistema. Hay que andar muy listo para no dejarse atrapar por ellos.

También cuestiona el Evangelio los egoísmos sociales y eclesiales. Creer que una cultura está por encima de la otra, que unos valores son mejores que otros, que un país o una religión son superiores a otros. Son grandes bloqueos (que tienen su influencia en nosotros/as) para el ejercicio de la misericordia, de la acogida y la solidaridad. Lo mismo de cara a la Iglesia, a la manera de vivir la fe en comunión con otra clase de creyentes. Persisten los egoísmos que nos dicen (¡todavía!) que nuestra verdad es la única, la de más calidad.

Hay que poner a funcionar todos los dinamismos de la generosidad para que derive en actitud misericordiosa: una creciente generosidad, una fe en el otro a prueba de decepciones, no llevar cuenta de todo lo que hago en bien de los demás, el olvido de los

agravios como paso previo a cualquier acercamiento, el *do ut des* como medida de comportamiento con los demás... Todo un mundo de actitudes siempre necesarias si realmente queremos que surja la misericordia como un torrente.

Tenemos que usar con más generosidad el lenguaje laudatorio (no vanamente halagador). Quien no alaba nunca al otro por las cosas buenas que tiene, dice o hace, es que, quizá, no ha entrado en la liturgia de la misericordia, de la fraternidad. Esta liturgia usa siempre un lenguaje benigno, positivo y valorativo del otro/a.

Hay que ir aprendiendo la no fácil lección de alegrarse por otros. Parece que únicamente sabemos alegrarnos de lo bueno que nos ocurre o tenemos cada cual. Pero la alegría por otros/as es el rostro festivo de toda liturgia de misericordia. Sin esa alegría es difícil percibir lo bueno que anida en la realidad del hermano/a.

Siempre hay personas más sensibles a celebrar la y vivir la misericordia (como el hermano León). Apoyémoslas, apreciémoslas, tengámoslas como una suerte para el grupo fraterno. No les echemos jarros de agua fría cuando proponen actuaciones misericordiosas, no apaguemos su fuego cuando nos sugieren caminos de solidaridad poco comunes.

Vivir positivamente no es únicamente una actitud psicológica, es también un valor espiritual. Aprender a trabajar los aspectos positivos de la existencia cotidiana, sentirse a gusto en la celebración de los pequeños valores, disfrutar en modos sencillos de lo que tenemos a la mano, son sendas que llevan a la vivencia de la misericordia.

3. El reto de afianzarse en Jesús y de mantener la prioridad de las opciones de conciencia de los creyentes

Aunque parece que el temporal remite algo, ciertos sectores de la iglesia jerárquica española han abundado en la manifestación de que se sienten perseguidos por la sociedad o, más concretamente, por el gobierno del País. A esa “persecución oficial” se une la evidencia de la irrelevancia social de la Iglesia: la Iglesia católica es la institución peor valorada en España, por detrás de la policía, el ejército, la monarquía, el defensor del pueblo, los ayuntamientos, el tribunal constitucional, los gobiernos autónomos, el gobierno central, el tribunal de justicia. Sumen ustedes a estos datos el hecho de que, para no pocos, existe una división en el mismo seno de la Iglesia entre cristianos y teólogos conservadores y otros más abiertos y progresistas. Unan a esto la “herejía emocional” (A. T. Queiruga) del comportamiento de muchos creyentes que viven su fe al margen de las indicaciones de la jerarquía. Tomen todos estos datos y nadie pondrá en duda el pensamiento común de que la Iglesia está en crisis.

Pero ¿lo está de verdad? Una lectura detenida lleva a pensar que lo que está realmente siendo zarandeada es la institución eclesiástica, pero que la fe en Jesús, el aprecio a sus valores, la densidad de su utopía, la vigencia de sus sueños, siguen intactos. Incluso la interpelación de su persona es más fuerte que nunca. Basta ver la cantidad de obra literaria que, desde una u otra perspectiva, se publica sobre la figura histórica de Jesús. Si la fe en Jesús estuviera en crisis, sería desde ese lado por el que las crisis mejoran el resultado final. Más aún, nos parece que la crisis de la institución empuja fácilmente a la crisis de Dios, pero no a la de Jesús. La crisis de Dios es una crisis del universo moral, de la cultura recibida, del mismo lenguaje sobre Dios (J.B.Metz). Pero hasta de esta crisis sale viva la figura de Jesús.

Por eso mismo, para manejar correctamente los hilos de esta gran crisis eclesiástica, para sobrenadar esta tormenta que acarrea la secularidad, la propuesta es clara: afianzar al creyente en la persona de Jesús. Afianzar, según el diccionario de la RAE,

significa en sus acepciones derivadas: afirmar o asegurar con puntales, cordeles, clavos, etc.; apoyar, sostener; asir, agarrar; hacer firme, consolidar algo. Estos trabajos son los que pueden configurar el terreno sólido sobre el que solventar cualquier tipo de crisis adquiriendo la correcta perspectiva, la evangélica, que puede ser luz para el creyente en esta vicisitud histórica.

En Lc 22,32 se dice a Pedro: “Tú, cuando te conviertas, afianza a tus hermanos”. Esa es justamente la tarea que tiene asignada hoy la comunidad cristiana, y los franciscanos/as dentro de ella, inmersa en una de las crisis más profundas de Iglesia, de Dios y de sociedad. La espiritualidad franciscana, por su centralidad evangélica, puede ser una herramienta valiosa para el afianzamiento en la persona de Jesús y para la revalorización del primado de la conciencia a la hora de cualquier actuación moral. Esa conciencia, dentro del franciscanismo, es una realidad totalmente ligada al hecho Evangélico. De esa manera, afianzamiento en Jesús y primacía de la conciencia son realidades interaccionadas. Desde esa conexión puede ser profecía dentro de la Iglesia, tanto en lo que respecta a la centralidad de Jesús como en lo que concierne a prioridad de la actuación en conciencia.

a) Una vida normada por el Evangelio

- *La vuelta al Evangelio:* Ante los desafíos más cruciales, ante las crisis más hondas, sectores significativos de la comunidad cristiana han elaborado como respuesta la vuelta al Evangelio. En la antigüedad fueron los priscilianos, los cátaros o los franciscanos. En la actualidad puede ser la teología de la liberación, las comunidades cristianas de base, el movimiento de “redes cristianas”. Volver al Evangelio es asirse a la “roca abrupta del misterio” (U. von Baltasar), a eso último sobre lo que hacer pie cuando realidades consideradas secularmente como sagradas caen desplomadas. Los grupos cristianos de componente más profético invocan la figura y pensamiento de Jesús como su más firme razón de ser. Para ellos, el Evangelio sigue siendo una realidad viva y actual, de tal manera que se convierte en el referente máximo, indiscutible. Volver al Evangelio es algo gozoso para ellos, un redescubrimiento, una auténtica novedad. En las catacumbas de muchas parroquias humildes, en las salitas de estar y hasta en las cocinas de algunas casas se reúnen tercamente grupos de creyentes que ponen en medio de sus vidas el Evangelio. Lo leen, lo releen y creen encontrar en esas viejas palabras la fuerza y la luz que necesitan para sortear cualquier crisis, para vivir con gozo por encima del sobresalto. La vuelta al Evangelio es una realidad palpable en el seno de nuestra sociedad. Es el milagro de la semilla sembrada que germina y crece sin que nadie sepa cómo ni porqué (Mc 4,26-29). Nadie duda, a estas alturas, que el Evangelio es la norma suprema que regula la vida de Francisco. Lo dice desde el preámbulo de su 1R 1,2. Si algo caracteriza el movimiento franciscano es por su afán de reproducir el género de vida de los apóstoles volviendo a una lectura ahondada (quizá en la forma de la literalidad) de la palabra evangélica. Esta vuelta al Evangelio se concretiza en el seguimiento de Jesús como camino posible para toda persona, siempre que acepte los dictados de Jesús.
- *El Evangelio como norma:* Los sistemas no pueden subsistir sin normas. Más aún, si son sistemas religiosos consagran sus normas, lo que les da un plus indestructible de legalidad. Sin embargo, la evidencia de la fragilidad de toda norma es tal que su conculcación está al orden del día. En esa conculcación se muestra su verdad: la norma es frágil, relativa, tocable, finita. Hoy ya nos hace esbozar una sonrisa la actitud de quien se ancla en la norma por ella misma. Esa norma le morderá en sus entrañas en cualquier momento de la vida. Hay sin embargo creyentes que se proponen

hacer del Evangelio su norma de vida. Con ello están afirmando, por un lado, la cuestionabilidad de cualquier norma, por muy sagrada que se considere. Por otro lado, proclaman la intocabilidad del mensaje de Jesús no por ningún a priori imperativo, sino por la simple adhesión a la persona de Jesús. Ahí está el quid: en la adhesión. Una vivencia del hecho creyente desde la norma tiene bajos niveles de adhesión. Por el contrario, una vivencia desde la adhesión hace que cada vez el Evangelio conforme el caminar del creyente, se convierta en luz y norma de vida para él. En el Evangelio de Juan se propone claramente a Jesús como inspirador y norma de vida (Jn 6,41-59). Tomar a Jesús por norma no es caer de nuevo en la dinámica de la legalidad sino entrar en el torbellino del amor, una manera nueva y distinta de mirar la realidad. Por ese amor se significará la comunidad cristiana (Jn 13,34-35) y será la ley que conforme al grupo creyente (Jn 13,1-11). Por eso ocurre frecuentemente que quien se refiere a la norma del Evangelio descubre, a la vez, las profundidades del amor y quien se remite a la norma como soporte del sistema cae en perspectivas de desamor para mantener viva la legalidad. Esto ha sido una realidad en la vida de Francisco. Su vida ha estado normada por el Evangelio; la suya ha sido, principalmente, una obediencia al Evangelio. Y esto se ha concretizado en acciones sencillas, cotidianas: en 1 R 5,13-15 viene a decir que hablar bien del otro y servirse de buen grado es “obedecer a Jesucristo”. Así de sencillo y de manera tan elemental.

- *El Evangelio garantía de verdad:* Es propio de toda crisis el confusionismo que lleva a que los perfiles se diluyan y la senda a seguir se pierda en el intrincado bosque de la vida. Las crisis conllevan formidables despistes que arrastran en su caída las convicciones que parecían más sólidas. Pues bien, el Evangelio es garantía de verdad en la zozobra de la crisis, certeza de que detrás de la niebla luce un hermoso sol. ¿De qué verdad da fe el Evangelio? No de la verdad del sistema que se asienta sobre la coacción y la amenaza, sobre la exclusión. El Evangelio de Juan dice que Jesús es quien da testimonio de la verdad (Jn 18,37). ¿A qué verdad se refiere? A una muy simple: a aquella que dice que la humanidad, la creación, tiene salida, que está destinada a la plenitud, que hay horizonte para la existencia, que la vida tiene vocación de futuro. Esta verdad a favor de la persona tiene como base la certeza de que lo humano es lo absoluto, mientras que la norma tiende a hacernos creer que es lo divino lo absoluto y que sobre ese absoluto se basa su autoridad. No. El Evangelio es la garantía de la verdad del valor de lo humano, el Evangelio es aliado de lo humano, su mejor aliado. Por eso, quien recurre al Evangelio tiende a humanizarse; quien se aferra a la norma cae con frecuencia en posturas de inhumanidad. Para Francisco de Asís el Evangelio ha sido garantía de verdad en la concreción de la cruz. Efectivamente, cuando ha sufrido la más dura crisis de su existencia al final de su vida, ha resuelto esa aporía abrazándose a la cruz de Jesús. En ella ha comprendido que se encerraba la verdad más elemental: que, más allá de toda prueba, es preciso seguir siendo hermano sin abandonar el camino de la fraternidad por doloroso que sea. El Evangelio ha garantizado la verdad de la fraternidad, como lo prueba la parábola de VerAl.
- *El Evangelio profecía de dignidad:* La espiritualidad de la dignidad ha llegado tarde al mundo eclesial (hay que esperar hasta la *Pacem in terris* de 1963 para oír hablar de derechos humanos). Todos sabemos que la Iglesia no firmó la Carta de los Derechos Humanos de la ONU por parecerle un documento laico. No supieron ver el aire evangélico que recorre todas y cada una de sus cláusulas. Es cierto que el Evangelio no elabora una doctrina sobre la dignidad. Pero sus páginas están atravesadas por ella: los milagros son, en realidad, reinserciones sociales de gente débil apelando así a una conciencia solidaria de la sociedad; los encuentros de Jesús con gente excluida

encuentran su justificación, por encima de leyes y de normas morales, en la evidencia de que, para Jesús, toda persona es digna por el simple hecho de ser creada; la evidencia de que Jesús no demanda la conversión para su encuentro con los pecadores deja ver que su mirada atraviesa el muro de la legalidad y descubre el valor hondo de dignidad que anida en el fondo de toda persona. Vivir con la norma del Evangelio es vivir con la dignidad cada vez más activada. Por eso muchos colectivos desheredados de esta tierra echan la mirada al Evangelio: es casa donde cobijarse, tribunal al que acudir, recurso contra el latrocinio. Devolver el Evangelio a los excluidos quizá sea una forma de devolverles la dignidad, y viceversa. Esto es lo que ha hecho que Francisco viera en el rostro desdibujado de las pobrezas la mirada penetrante del Jesús del Evangelio. Esto es lo que le ha ayudado a no pararse en lo externo de las personas y a hacer brotar una confianza tangible en cualquier persona, fuera de la condición que fuere. “Todo aquel que vena a los hermanos, amigo o adversario, ladrón o bandido, sea acogido benignamente”, dice 1 R 7,14. El Evangelio le ha llevado a la vivencia de la dignidad y viceversa.

- *El Evangelio defensa de la comunidad creyente:* Hay comunidades cristianas que se amparan en el Evangelio por dos razones: porque saben que la norma no les puede cobijar y porque han desvelado en la mirada de Jesús la misericordia que necesitan para leer su vida y su situación desde un lado acogedor. La norma se ríe de la apelación del creyente al Evangelio porque basa su fuerza en el sistema. Pero en realidad, como dice Mt 18,19-20, esa apelación a Jesús activa su presencia en el seno de la comunidad cristiana y de la misma Iglesia. No es vana dicha apelación, no es inútil recurrir al Evangelio, a Jesús, como defensor (1 Jn 2,1). Puede que la norma menosprecie ese argumento porque tiene “la sartén del poder por el mango”. Pero en el Evangelio anida una fuerza indestructible que se asienta en la raíz de la existencia. Por eso se les suele llamar a estas comunidades radicales, y en verdad lo son: tienen en la raíz un grito de Evangelio que nadie podrá sofocar. La norma desciende vertiginosa al abismo de la condena; el Evangelio mantiene tenaz al creyente ante ese torbellino y le confirma íntimamente en su amparo, en su abrazo. También para Francisco, una comunidad que cumple el Evangelio es una comunidad fuerte. Y si no lo cumple, se debilita hasta ponerse en riesgo de desaparición. Como queda claro en 2 C 208 el abandono del Evangelio desnaturaliza a la Regla, porque ésta es la médula misma del Evangelio, un concentrado del mismo.

b) Una conciencia que no condena

- *Vigencia de la conciencia, personal y colectiva:* Hasta la moral más tradicional y el Magisterio más clásico han dicho siempre que la conciencia es criterio indiscutible de actuación moral (P. Loidi). El valor de la conciencia sigue vigente, por mucho que parezca oscurecido por manipulaciones sociales, por costumbres que cambian o por forzados dictámenes religiosos que pretenden imponerse a la conciencia. La conciencia es el fondo de la persona, su manera de situarse ante la realidad, las opciones vitales que salen de dentro. Todo eso es un cúmulo tan respetable, aunque pueda ser discutible, que no puede ser avasallado en base a verdades objetivas que estén por encima de la conciencia. En el fondo, es de nuevo el valor de la dignidad el que está en juego. La dignidad y el respeto, porque todo avasallamiento de la conciencia es una falta de respeto a la persona que abre la puerta a cualquier desvarío. Esa conciencia que permanece vigente es personal y también colectiva. Las comunidades gozan, de algún modo, de una conciencia, de un saber profundo, de unas intuiciones metidas dentro, que han de ser respetadas. Siempre se ha dicho que la con-

ciencia ha de estar bien formada, bien orientada. Es cosa del todo deseable. Pero, al final, formada mejor o peor, la conciencia ha de ser respetada por causa de la dignidad de la persona, por causa de la dignidad de la comunidad. Esto es un reto, incluso un riesgo. Es el riesgo de la libertad, del dejar ser al otro, del poner por delante de todo el valor de la persona concreta. Si no se corre ese riesgo se cae en un peligro peor: el del avasallamiento de la libertad, de la creatividad, de la intuición, de la pasión. El riesgo del empobrecimiento personal y colectivo, el riesgo de la muerte. La CtaL de Francisco lo muestra con claridad: se deja al hermano un margen de actuación personal casi total. Esta honda libertad de conciencia no hace inútil el socorro de la fraternidad: ésta sigue siendo acompañante y amparo de cualquier decisión que el hermano tome. Pero nunca la pertenencia fraterna anulará las decisiones que la persona vaya tomando en su proceso vital y creyente.

- *La conciencia como criterio de actuación ética:* Salvo patologías, la conciencia es criterio de actuación ética (J. Fernández). Si esto es cierto, es preciso intentar mantener esa certeza en uno mismo y en los demás. Cuando una persona llega a una convicción profunda, a que algo de lo que está haciendo o viviendo es lo mejor para él, cuando esa convicción ha sido purificada en el crisol del sufrimiento, es preciso respetar y acoger tal decisión, aunque no coincida con mi visión de la vida. Por mor de las apariencias sociales se pueden mantener posturas distintas a las de la propia conciencia. Pero en el silencio, en ese ámbito donde no hay que dar cuentas ni a Dios ni al diablo, donde uno es él mismo en verdad, la “voz de la conciencia” reclama su verdad. Hay que escuchar esa voz, acogerla, respetarla al máximo, reconocer que tal vez se ha obrado por otros intereses, por otros lucros, llegar a poner sobre la mesa el contenido de la propia conciencia para explicar el tipo de actuación que se ha tenido. Escuchar la conciencia: un gran trabajo en tiempos de inconsciencia. Francisco fue un arriesgado seguidor de su propia conciencia: en EP 35 intentar cortar un trozo de su propio hábito para darlo a un pobre “a ocultas del guardián para que no se lo prohibiese”. Él ve con claridad que la necesidad del pobre está por encima de cualquier prohibición y obra en consecuencia sin ningún remordimiento. Su propia libertad le hace ver que el camino de su conciencia es el camino que le marca el Evangelio.
- *Antes y por encima de la norma:* Así es la conciencia. El ideal es que conciencia y norma no entren en litigio. Pero muchas veces no es así. En tales casos es preciso defender, desde el punto de vista humano y cristiano, la primacía de la conciencia, porque es la primacía de la dignidad y del valor intrínseco de la persona. Hay quien ha llegado a hacer del cumplimiento de las normas la campaña de su vida. Hay quien ha tenido por ideal que no se conculcara en su Diócesis el Código de Derecho Canónico. ¿No habría sido un ideal de mucho más calado humano y creyente que no se conculcara la conciencia, que no se conculcara el Evangelio? Sin caer en extraños pesimismo, la realidad nos dice que la estructura eclesial está regida más por el Código que por el Evangelio. Reproducimos los viejos esquemas legalistas del fariseísmo que conocemos por el Evangelio. Es una aspiración legítima, que las normas rectoras de la vida creyente puedan ser, ante todo, la conciencia y el Evangelio. No estamos por principio en contra de la norma. Pero si ésta es necesaria, ha de adecuarse a la realidad de la persona, del Evangelio y de la comunión creyente. La vigencia de una norma que se desliga de estas realidades nos llevaría a caer en las garras de una legalidad opresora y, como diría san Pablo, la muerte de Jesús, muerte por la libertad, habría sido en vano (Gal 3,4). Francisco y Clara fueron gente por encima de la norma. En 3CtaI 29ss Clara alecciona a Inés de Praga sobre la práctica del ayuno. En la Edad Media, quien no ayunaba no podía aspirar no ya a la santidad,

ni siquiera a la reputación de un buen religioso. Clara dice que hay que ayuna todos los días, como es propio de la buena religiosa del tiempo. Pero hace un montón de excepciones: los domingos, los jueves, Navidad, las Pascuas, las fiestas de María y los Apóstoles. Más de la mitad del año. Es decir, la norma del ayuno, cualquier norma, va siempre detrás de la persona, de la espiritualidad, del sentido común.

- *Una conciencia que se nutre de la Palabra:* Así es la conciencia creyente: se nutre de la Palabra. En las llamadas “Cartas Católicas” (Cartas de Juan, de Pedro, de Judas y Santiago) los elementos que orientan el actuar ético del creyente son tres: la experiencia de Jesús, la vigencia de la conciencia en el marco de la fe común y un comportamiento ético humanista-fraterno. La Palabra es, en tal caso, una mediación para alimentar, nutrir y orientar la conciencia de la comunidad. Pongamos un solo ejemplo: en Jn 14,1ss se quiere responder al planteamiento siguiente: ¿cómo ser cristiano ahora que el Jesús de la historia ya no está entre nosotros? ¿Cuál es el paradigma en que es preciso enmarcar la conciencia cristiana? La respuesta es la siguiente: has de considerar a Dios como un Padre, en una relación hogareña; después, has de animarte a andar el camino que es Jesús con la conciencia de que, si lo recorres, te topas con Dios; Jesús te ayuda con su oración en ese empeño. Y una vez hecho todo esto, comprenderás que la historia es una realidad habitada por el amor del Padre y de Jesús que dinamizan el fondo de la vida. “Vendremos a él y pondremos nuestra morada en él” (Jn 14,23). Es la cumbre de la mística joánica. En tal caso, es preciso enmarcar la conciencia en la certeza de que el Padre y Jesús están del lado de la vida, dinamizándola, iluminándola en sus lados más oscuros, más “bestiales” (A. Damasio), en su más honda necesidad. Una conciencia enmarcada ahí, nutrida con esa clase de alimento, ha de ser, sin duda, una realidad serena, dinámica, animosa, creyente en la vida, colaboradora en los procesos de creación humana. Sí, la conciencia puede nutrirse de la Palabra. Francisco de Asís une su conciencia al Evangelio. En EP 3 se trata del contencioso de tener libros o no, con lo que eso suponía de institucionalización de la Orden y de riesgo de pérdida de la minoridad. Francisco, en un marco cultural distinto al nuestro, era claro partidario de ejercer un férreo control sobre los libros y sus consecuencias. Y formula su posición con claridad: “Yo no quiero, ni debo, ni puedo ir contra mi conciencia ni contra la perfección del Santo Evangelio, que hemos prometido observar”. Sus actitudes de conciencia brotan de la Palabra y se orientan a ella. Sin el Evangelio, la conciencia creyente de Francisco pierde su norte.

c) Gnosis versus moral evangélica:

- *La raíz del asunto:* No es otra sino la comprensión de la propuesta cristiana más como una gnosis, como un conocimiento, como un conjunto de verdades que como una moral evangélica de actuación ética desde el presupuesto del amor. El modelo moral es más amplio y ajustado al mensaje de Jesús, ya que integra los dos aspectos que la historia separó (la ideología y la praxis). Jesús reveló la verdad, pero, como hemos dicho, esa verdad no era gnóstica, ideológica, sino práctica, no llamaba a la mera contemplación sino a la acción que integra la contemplación (J. A. Marina). Es el viejo problema de la ortodoxia o la ortopraxis. La propuesta de Jesús, su mismo estilo de vida, se inclina por esta segunda: una praxis que no excluye una manera de pensar, una ideología, una contemplación, sino que las supedita a los comportamientos éticos, al amor actuante, a la solidaridad eficaz y real que imbuje la actuación cristiana. Mientras este dilema siga insoluble, el resultado será el mismo: la supre-

macía de lo ideológico, y con ello de la norma, sobre la vida en sus diversas formas de actuación.

- *Los excluidos, modelos de ortopraxis:* Así parece deducirse de las páginas del Evangelio. Es prototipo de hombre del reino el publicano que, aunque pecador, reconoce ante Dios su limitación (Lc 18,9-14); es prototipo de mujer del reino, la pobre (nunca se dice que fuera una santa) que echó de su falta para socorrer al débil incluso en una mediación tan discutible como el templo (Lc 21,1-4). Personas excluidas que son propuestas como modelos de ciudadanía en el reino. Mientras no veamos en las pobreza más que una maldición (que la tienen y contra la que hay que luchar a brazo partido) no habremos descubierto las posibilidades de ortopraxis que se encierran en ellas. Efectivamente, en las pobreza hay sueños incumplidos, gritos por la justicia, utopías alimentadas, perdones ofrecidos, solidaridades mantenidas (J. Sobrino). Desvelar esos elementos puede hacer que miremos el mundo de las pobreza como ámbito no solamente de caridad y de socorro, sino también de ortopraxis, de maneras de hacer vivo el mensaje de Jesús.
- *Una llamada de urgencia:* Es la que se hace a la comunidad a propósito de la ortopraxis. Hoy es un problema agudo (quizá siempre lo haya sido) el de la transmisión de la fe en una sociedad secular como la nuestra. Tal vez, como dice J. M. Bautista, la raíz de la crisis de evangelización, de que la Iglesia tenga la peor valoración de su historia, de los peores índices de práctica religiosa entre los jóvenes, del vacío vertiginoso en las parroquias, de la crisis vocacional, tenga un epicentro: estamos transmitiendo un imaginario rancio de lo religioso. Es preciso remodelar ese imaginario, cosa que no podrá hacerse sino con una apertura general al hecho social (sigue vigente el “abrir las ventanas” de Juan XXIII). Las pautas de actuación práctica no vienen de nuestra supuesta conversión sino desde la capacidad de ponernos en situaciones sociales que nos muevan necesariamente al cambio. La puerta del corazón se abre por fuera, dice J. Melloni. Es cierto: son las situaciones sociales las que, asimiladas, pueden actualizar la propuesta cristiana. Ya decía 1 Jn 2,7-8 que el mandamiento del amor es nuevo y viejo: viejo porque está anclado en la vida de Jesús; nuevo, porque es preciso actualizarlo en mezcla directa con el componente social.
- *La santidad de vivir:* Una espiritualidad de la ortopraxis que aparece en los momentos de más desolación humana (J. Sobrino). No es la santidad oficial, ni la que se venera en los altares. Es ese afán, instinto casi, de cumplir la vocación primordial, base de toda otra, que se explicita en aquel “creced y multiplicaos” de Gen 1,28. Es la vocación a vivir, a sobrevivir con dignidad, que aparece en las situaciones de vida más dura. Esa santidad de vivir desata la ternura del corazón de Dios. ¿No podría apuntar en esa dirección la ortopraxis cristiana? ¿No ha sido la obra y vida de Jesús un trabajo entregado para que el vivir de sus contemporáneos fuera más digno, más humano? ¿No es la propuesta de su reino una propuesta a favor de la dignidad de los seres humanos y de la misma creación? Esta santidad es la verdadera santidad evangélica, aquella que está al alcance incluso de quien es pecador, de quien tiene hábitos morales cuestionables, de quien experimenta duramente la mordedura de la limitación.

Los desafíos nos vienen de la sociedad, del mundo, de la historia. Quizá en otras épocas fue la Iglesia la que, desde su prepotencia, desafiaba a la sociedad. Ahora, con humildad vital, hemos de acoger y encajar los desafíos que la sociedad propone a las comunidades cristianas. Estos desafíos podrán asimilarse mejor desde:

- *Una vivencia nueva del Evangelio:* Novedad que ha de consistir en, despojado de la manipulación institucional, creer que la propuesta de Jesús puede producir realmente un beneficio personal y social en el tejido humano. Un Evangelio más antropológico, más social, y por eso, más hondamente espiritual, menos religioso. Aunque esto puede parecer un desviacionismo de la primitiva espiritualidad franciscana que trata más literalmente el texto, en realidad es encontrarse con ella por otro camino más actual.
- *Una revalorización de la conciencia personal vivida en comunidad:* Cosa que conlleva, en primer lugar, una revalorización del mismo hecho comunitario. Y luego, que la comunidad creyente pueda ser, por la palabra compartida y por los caminos comunes, un marco formador de la conciencia en la línea del Evangelio, conciencia para la dignidad, la tolerancia y el amor a lo creado. En este sentido el franciscanismo está llamado en estos tiempos a ejercitar la profecía de la primacía de la conciencia, a la vez que lo está a tratar de amasar esa conciencia en los valores del Evangelio.
- *Una llamada a una praxis en libertad:* Porque, como dice J. Jiménez Lozano, la Iglesia es casa de libertad y sólo una opinión pública absolutamente libre en ella puede liberarnos de esa herejía, peligrosa entre todas las herejías, que es la cripto-herejía, el cripto-pensamiento: esos pensamientos envenenados por el miedo a la prudencia. El franciscanismo, si se aleja del sistema social y eclesiástico, estará en condiciones de ejercitar la profecía de la libertad en el seno de la comunidad y de la misma Iglesia. Esta libertad no será un perjuicio para la comunidad creyente, sino un indudable enriquecimiento.

4. El reto de una Palabra palpitante

Cuentan que en una antigua escuela rabínica los maestros, para enseñar a leer la Ley a los niños, dejaban caer sobre las letras un hilo de miel. Los chiquillos debían pasar por ellas su pizarrín y llevárselo a los labios. Así, al tiempo que aprendían a memorizar las letras, saboreaban la miel que había en sus trazos.

Es que reflexionar sobre la Palabra es algo más que una mera abstracción religiosa. Es atreverse a comer, devorar con ansia el texto. Con qué pasión lo dice Jer 15,16 en sus “confesiones” cargadas de pathos vital: “Cuando encontraba tus palabras, las devoraba; tus palabras eran mi gozo y mi alegría íntima”. Devorar la Palabra porque ella es fuente de gozo y alegría íntimos. He ahí el presupuesto y la meta a la que había de llevar la VR cuanto se vuelca a la Palabra.

En realidad, no es sino la continuación de viejas experiencias que la misma Escritura desvela. ¿No dice Ez 3,3 que cuando comió el rollo “supo en la boca dulce como la miel? ¿No afirma Ap 10,9 que el librito “en la boca te sabrá dulce como la miel y amargo en el estómago? Aluden estos textos a experiencias hondamente personales, dulces, impactantes, ardientes incluso. Así queda reflejado también en Lc 24,32 cuando aquellos dos de Emaús sintieron que “su corazón se abrasaba” mientras les hablaba por el camino.

Hablar de la Palabra sin pasión, sin dulzura, sin sentir dentro su cosquilleo; hablar de ella atrapados en la coraza de hierro de la rutina o de la costumbre; querer verla como fundamento y ánimo de la vida desde meras perspectivas ideológicas es quitarle su verdadero dinamismo. Una Palabra leída sin pasión, sin deslumbramiento, sin contener la respiración podrá ser una manera de construir mensajes religiosos, pero le faltará la chispa que genere el incendio en que arda el corazón. Con razón decía Mme. De

Chatêlet que había que pedir pasiones a Dios. Más que nunca a la hora de hablar de la Palabra.

Ésta es la manera profética con que la vida franciscana habría de plantear el reto de la Palabra en el conjunto de la Iglesia: cómo vivir y trabajar la Palabra en maneras “ardientes”, palpitantes, deseadas. Si no, el peligro de la rutina, de la lectura precientífica, de la manera de entender la Biblia separada de la vida se apropiarán de la misma Palabra, la domesticarán, la empobrecerán. Es cierto que no somos nosotros quien damos vida a la Palabra; ella misma tiene la vida dentro y nos la ofrece a nosotros. Pero si no se la recibe, propaga, y ofrece en modos palpitantes, el corazón de la Palabra “deja de latir” y su vigor queda prácticamente estéril. La Palabra habría de ser para la Iglesia una profecía que late al mismo ritmo de la vida para, precisamente, ser causa de vida plena.

a) Tres interrogantes cotidianos

Antes que nada es preciso afirmar que los franciscanos/as de hoy, en general, tenemos mejor formación bíblica que nunca. Ello viene dado no solamente por el gran número de personas religiosas que figuran en las listas de exegetas católicos sino, a nivel más sencillo, por el uso, aprecio y valoración del texto bíblico que hacen los religiosos en su liturgia, en su oración personal y en su trabajo pastoral. La VR de hoy no duda en afirmar: “La presencia de lo divino en la realidad es una peculiaridad cristiana siempre en trance de ser tragada por la voracidad de lo religioso cúllico. Hoy más que nunca, los religiosos y religiosas nos sentimos llamados a vivir el misterio de Dios encarnado por los caminos seculares del mundo. Para ello nos apoyamos en la Biblia, el libro de la Palabra, el testimonio de la Palabra de Dios pronunciada en Jesús” (TESTIMONIO, *Biblia y Vida Religiosa*, editorial).

Todo lo cual no obsta para que, a la hora de la reflexión y antes de exponer el ánimo que la VR recibe continuamente para trabajar en la Palabra de los documentos de la Iglesia; antes de confirmarnos en la certeza de que la Palabra es fundamento profético y ánimo existencial para la vida fraterna; antes de hablar de las tareas bíblicas que tenemos por delante en nuestra cultura secular, apuntemos a ciertos interrogantes cotidianos que habrá que ir solventando para caminar en la buena dirección de la acogida viva al Mensaje

- *¿Por qué se nos cae de las manos?:* Hay que reconocer que gran número de religiosos/as provenimos de un “tiempo sin Palabra”. En la mayoría de nuestros hogares de la posguerra española no disponíamos de una Biblia. Nuestros padres/madres, muy religiosos ciertamente, no tuvieron el amparo de la Palabra leída en casa. La misma liturgia se hacía en latín con lo que, si el cura no la traducía, el acceso al texto bíblico era limitadísimo. Muchos de los candidatos al sacerdocio, aun en tiempos del Concilio, tuvieron su Biblia personal en los últimos cursos de teología. Seguramente que en el caso de las religiosas la dificultad era aún mayor. Nuestra experiencia creyente inicial se ha gestado sin el arrullo de la Palabra.

Es un déficit que el Vat.II quiso ayudar a superar. Por eso dijo taxativamente en PC 6: “Tengan, ante todo, diariamente en las manos la Sagrada Escritura, a fin de adquirir, por la lección y meditación de los Sagrados Libros, el sublime conocimiento de Jesucristo”. En ese *diariamente* está la posibilidad y la dificultad. Porque el darse diariamente a la Palabra supone una mística, unos porqués profundos, unos anhelos nunca satisfechos, un apuntar a la profundidad. Y ahí la superficialidad, la rutina, el cansancio, hacen mella, de no ser que esté

activado el anhelo. Es cierto que la lectura en común de la Palabra en el esquema litúrgico (Laudes, Vísperas, Eucaristía) sigue siendo un punto positivo en casi todas las comunidades. Pero el otro aspecto, la lectura personal, la meditación ordenada, el trabajo sistemático con la Palabra es, en no pocos casos, asignatura pendiente. En lugar de tener en las manos la Palabra diariamente, todavía es una realidad que a la VR, en general, se le cae de las manos.

La experiencia cotidiana nos dice que una comunidad que trabaja la Palabra en maneras activas, cultivadas, buscadas, preparadas, actualizadas, tiene mejor porvenir que una comunidad que se echa en brazos de la rutina religiosa. Tener en las manos *diariamente* la Palabra exige planes de formación comunitaria concretos, auténticas “inversiones” de tiempo y de medios para que todos los componentes de la comunidad tengan acceso real a un acercamiento cotidiano al Mensaje. No es por razones de piedad por lo que se le demanda a la VR este esfuerzo, sino por razones de sentido. Sin esta clase de trabajos el sentido de nuestra presencia en el mundo se oscurecerá y, con él, nuestra aportación creyente y profética al conjunto de la Iglesia: “Sin la inmersión en la Palabra, las palabras que pronunciemos carecerán de significado, de fundamento y de inspiración” (J.Chittister, *El fuego en estas cenizas*, p.188). La VR sigue necesitada de una “inmersión” en la Palabra que le haga abandonar las superficiales aguas de la rutina, del historicismo y del moralismo.

“La Palabra de Dios acompaña al hombre desde la creación hasta el fin de su peregrinación en la tierra” (Sínodo de los Obispos, *Lineamenta*, Prefacio). No es de recibo enmarcar el Mensaje únicamente en una ideología, en un paradigma religioso concreto. Es todo el caminar histórico el que se ve amparado por el Padre que se revela en el Mensaje. Por eso, se puede decir que hay una espiritualidad bíblica más allá de toda ideología, anterior a cualquier opción de VR. Esa espiritualidad no es sino la certeza de que la historia es una realidad acompañada, con “marido” (Is 62,4).

- *¿Es tan imprescindible?:* Es algo que muchos/as religiosos/as, de indudable buena voluntad, preguntan: ¿Es tan necesario conocer la Escritura para llegar a la santidad? Y aducen: muchos religiosos de otras épocas, iletrados que no han leído personalmente la Biblia, han llegado a la santidad. La respuesta es simple: a) el acceso a la Biblia es también problema cultural, y resulta que hoy tenemos un nivel cultural y mucho más favorable que en épocas pasadas; b) estas generaciones no han tenido la oportunidad que hemos tenido nosotros/as, luego es preciso ser responsable con los medios que nos ha dado en nuestros días; b) saber cosas de Biblia es imprescindible para generar auténtica adhesión al Mensaje de Jesús; el problema de la salvación es otra cosa.

Es posible que estas razones u otras que se aduzcan no sean suficientes para mover a otra actitud ante la Escritura. En ese caso, hay que sospechar que lo que late de fondo es la formidable pereza que da encarar el largo y difícil acceso a la Escritura, tan largo y tan difícil como todo proceso de asimilación humana. De todos modos, los papas de los últimos tiempos, así como en mismo Vat.II no han dudado en apropiarse aquella contundente frase del apasionado san Jerónimo que reza: “Desconocer las Escrituras es desconocer a Jesucristo” (DV 25).

Debido a la “apropiación” que los expertos en la Palabra han llegado a hacer del Mensaje, el creyente de a pie se ha considerado exento del trabajo hermoso que es palpar el *textum*. El término *textum*, que significa tejido, urdimbre de distintos hilos que forman una misma unidad, se relaciona con el verbo *texo*, tejer, trenzar, entrelazar. Entrar en el texto es adentrarse en su estructura, palpar su

constitución, comprobar su hechura. Si se quiere generar una lectura correcta del texto bíblico y, consiguientemente, una espiritualidad viva, se hace imprescindible adentrarse en la textura, en la hechura interior de la narración bíblica. Ese esfuerzo no se lo puede ahorrar ningún lector/a sensato. Pero lo que en realidad ha ocurrido es cosa muy diferente: “La tradición de la crítica textual sobre el texto bíblico, sobre un modelo sagrado cuyos ‘hilos’ había que analizar con esmero, sirvió, tal vez, para sacralizar una forma de aprendizaje, de dogmática pedagógica, que se ha popularizado, por cierto bajo la forma de libro de ‘texto’ y en el que, paradójicamente, no se trata de seguir el entramado que lo forja ni analizar su textura, cuanto de aceptar su tejido como un compacto bloque de información” (E.Lledó, *El silencio de la escritura*, p.39). Esta postura no puede llevar sino a un empobrecimiento de la espiritualidad, ya que ésta se halla en directa conexión con la manera de leer, de palpar el texto. Una VR que no acepte el desafío de una lectura personalizada puede verse amenazada de fanatismo. Por eso, por “salud textual” y para generar una espiritualidad saneada, se precisa tener la osadía de palpar el *textum*, de lanzarse a una hermenéutica biográfica.

- *¿No conocemos ya el Evangelio?:* A causa del perviviente historicismo del que luego hablaremos, hay no pocos/as religiosos/as que piensan que ya conocen el Evangelio. Efectivamente, saben de memoria, a causa de su reiterada participación en la celebración litúrgica, el componente narrativo de muchos pasajes bíblicos. Pero si les pidiéramos hacer pequeñas síntesis personales del Mensaje se verían quizá perdidos: ¿qué pensaba Jesús del dinero, de la familia, del mercado, de la oración, de la trascendencia, de la mujer, etc.? Responder personalmente a esta clase de cuestiones demanda haber personalizado los textos, haberlos rumiado muchas veces en el propio interior, haber llegado a sintetizarlos de la mejor manera que uno cree conveniente. Esta saludable “apropiación” de los textos es harina de otro costal.

Por esto mismo, nuestro conocimiento del Evangelio se muestra que es “estrecho” si hacemos un elemental experimento: si se pide a un grupo de religiosos/as que hagan una lista de citas bíblicas que a ellos les sean más elocuentes, tendremos como resultado que es muy posible que no haya casi ningún texto del AT o del mismo san Pablo y que los textos evangélicos que se citen, con ser hermosos e importantes, sean los “de siempre” (bienaventuranzas, el hijo pródigo, el buen samaritano, el padrenuestro, etc.). Por supuesto, sería extraño que se citara algún pasaje de Apocalipsis, de las Cartas Católicas o de Hebreos. Son textos vitalmente ignorados, aunque se escuchen en la lectura litúrgica. Los pasajes que realmente entran en el ámbito del corazón son escasos. No ocurre esto en la vida de los grandes creyentes, aunque éstos hayan sido personas sencillas. San Francisco de Asís, por ejemplo, en sus breves escritos, cita a Mt 76 veces, a Mc 14 veces, a Jn 42 veces, a Lc 59 veces; los salmos 142 veces; los textos paulinos más de 50 veces; las cartas de Pedro 21 veces y hasta el Apocalipsis 20 veces.

Es preciso, también en este tema, leer personalizada y creativamente el Mensaje de tal manera que se amplíe y profundice la asimilación de la Palabra. Sí, también en esto estamos necesitados de creatividad. La creatividad toma su inspiración del texto bíblico y lo expande al ámbito de lo cotidiano iluminándolo y suscitando caminos que generan comportamientos nuevos. El concepto de “fidelidad creativa” que se aplica a otros aspectos de la vida espiritual podría ser también utilizado en este caso. La espiritualidad bíblica ha de mantener fidelidad al camino de la fe recorrido por las comunidades cristianas y, sobre todo, al camino

histórico de Jesús. Pero ha de esforzarse por leerlo y vivirlo en modos de creatividad, de conexión social, de adecuación cultural para que esa lectura no quede en una mera remembranza. Esta doble tarea es hoy necesaria, con la conciencia de que es en la creatividad donde radica nuestro mayor problema.

b) La Palabra fundamento profético de la vida franciscana

Dando un paso más en esta línea de hacer de la Palabra un dinamismo profético de la vida eclesial nos preguntamos con Francisco de Asís cómo el Mensaje puede ser propuesta profética en la espiritualidad de la Iglesia. En épocas pasadas, sin llegar a desprenderse del todo del historicismo de los relatos bíblicos, se ha querido ver en determinados textos evangélicos una justificación del “estado” religioso. Así por ejemplo, en la escena del hombre rico, Mc 10,17-22, se ha leído, en ese “ve a vender todo lo que tienes y dáselo a los pobres”, no solamente el fundamento del voto de pobreza sino de la misma opción de VR. En realidad, el texto habla más de una opción de acompañamiento, de entrega al débil, que de una manera de situarse en el conjunto de la comunidad eclesial. En otras ocasiones se ha querido deducir de textos como Mt 19,12, los eunucos por el reino de los cielos, no únicamente la razón del voto de castidad, sino de la misma opción de VR.

Si se toma la Palabra desde una concepción más dinámica, en su capacidad iluminadora, inspirativa, tal vez se puedan llegar a otros resultados. Efectivamente, la Palabra no es solamente una realidad inspirada, sino, además, *inspiradora*. Es decir, aunque en el Mensaje no se hallen nuestras opciones históricas de vida sí que se puede encontrar en él luz, inspiración, sentido. El texto bíblico es para la vida cristiana en general y para la vida franciscana en particular una instancia de sentido. Es desde ahí desde donde puede brotar la profecía, componente necesario para la opción de VR, ya que ésta es su aportación a la sinfonía de la comunidad cristiana.

Desde esa perspectiva ponemos delante dos textos inspiracionales:

- a) Mt 23,8-12: “No os dejéis llamar maestro, porque uno sólo es vuestro maestro”: Este texto ha tenido mucho eco en Francisco y así ha quedado plasmado en la gran exhortación fraterna que es 1 R 22. En 34-35 se cita explícitamente el pasaje. El gran ideal de Jesús es el de una comunidad, una sociedad incluso, fraterna, igualitaria. Es el gran “sueño de Dios” que atraviesa las páginas de la Escritura. Jesús quiere que su comunidad funcione por el mecanismo de la comunión no por el de una jerarquización social o religiosa. Para ello hay que tener claro que “nadie en la comunidad es más que nadie, a no ser el excluido del sistema, ni nadie es menos: todos son hermanos, no como un orden que marca de manera autoritaria el lugar de cada uno, sino como comunión donde todos tienen y comparten la palabra” (X. Pikaza, *Sistema, libertad, Iglesia*, p.402). Este sentido de igualdad es básico para la VR. Esta, como lo dice VC 20, es una “fábrica de fraternidad”, un grupo que no pierde nunca de vista la certeza de que Dios hace su obra en aquel que es hermano, aunque sea frágil: “Primer objetivo de la vida consagrada es el de hacer visibles las maravillas que Dios realiza en la frágil humanidad de las personas llamadas”. Si este objetivo de elemental fraternidad no se da en el grupo franciscano no solamente su sentido elemental se tambalea, sino que también su aportación profética a la Iglesia y a la sociedad se deslíe. Porque la profecía de la fraternidad es aquella que dice hoy, en estilos de vida con-

cretos, que vivir como hermanos es posible, más allá de las innumerables heridas que nos inferimos los humanos.

- b) *Jn 14,23: “Vendremos a él y pondremos nuestra morada en él”*: Francisco cita este texto en sus escritos varias veces: 1 CtaF 1,6; 2CtaF 48; 1 R 22,27. Este texto, culmen de la espiritualidad joánica, viene a decir que la muerte no ha sido para Jesús el duro obstáculo ante el que ha sido vencido. Por el contrario, después de su “irse”, de su muerte, ha vuelto al seno de la comunidad, al fondo de la historia, para hacer ahí una formidable obra de reorientación y de animación. La Palabra confirma a la VR en esta verdad: la historia no está sola, desamparada, a la intemperie. Es una historia cuidada, acogida, abrazada, “con marido”, como dijo la vieja profecía. La lectura espiritual de los textos bíblicos nos confirma, una y otra vez, en esta certeza. Quien leyera la Palabra y no experimentara que su desamparo vital mengua, que las nieblas de sus indecisiones se diluyen, que el ánimo surge modesto pero imparable, no habría leído bien. Quien utilizara las páginas del texto bíblico y no naciera en él la certidumbre de saberse sujeto de un gran don, de ser amado en la evidencia de haber sido llamado a la aventura de vivir, de creer que esa aventura está iluminada por la Palabra, habría desperdiciado una ocasión de vida y el desaliento podría derribarlo. La certeza de la presencia de Jesús y del Padre en el fondo de toda existencia ha de llevar a un ánimo inquebrantable. De esa certeza y de ese ánimo ha de ser la vida franciscana profecía en nuestra sociedad de hoy.

c) *Cauces de actuación profética desde la Palabra*

La Palabra siempre ha estado muy ligada a la acción profética. Hoy sigue estándolo. Más aún, la vida eclesial sin la profecía que dimana de la Palabra pierde su vigor y es presa fácil de cualquier rutina e institucionalización. Devolver el vigor profético a la acción bíblica es, ya lo hemos dicho antes, una tarea de la vida franciscana porque es una necesidad para la vida de la comunidad cristiana. Proponemos algunos cauces de actuación:

- *Tomar la Palabra como materia de apostolado*: No únicamente como fuente de espiritualidad personal que nutra el propio proceso de fe. Se puede plantear la posibilidad de que los franciscanos/as seamos personas que, por exigencia profética, trabajemos por la difusión, conocimiento y aprecio de la Palabra. Y este trabajo podría hacerse en maneras colectivas, no únicamente dejándolo a la libre voluntad de los individuos. Ciertos grupos de franciscanos lo han intentado en algunos países (Portugal, México, etc.). Los resultados pueden ser modestos, pero siempre necesarios en la sinfonía eclesial.
- *Creación de Centros Bíblicos Populares*: Porque Centros Bíblicos de alto nivel ya existen en la Iglesia. Pero la gente sencilla, la que no puede acudir a esa clase de grandes centros, tiene también derecho a nutrirse de modo serio y profundo, adecuándose a su citación personal y labor, del don de la Palabra. Tendrían que ser centros no solamente de tratamiento “piadoso” de la Palabra, sino de verdadera profundización, siempre, como decimos, adecuándose al nivel y a la situación de las personas.
- *Grupos de formación de adultos*: Porque esta clase de grupos siguen siendo “la cenicienta” de nuestros planes pastorales. Es cierto que tales grupos no tienen el “escaparate” ni el brillo de otros. Se realizan y viven en lo oculto, en lo modesto, en el lento acompañar de los procesos de las personas. Por eso mismo, por su ca-

rencia de boato, habrían de ser ámbitos privilegiados de la acción pastoral de los franciscanos. Ahí habría de tratarse, de modo sistemático, la palabra en maneras vivencias y palpitantes que nutran la vida de los creyentes que tienen interés en hacer de su camino cristiano una parte seria de su vida.

- *Oración bíblica compartida:* Porque puede ser un modo muy bueno de hacer amar la Palabra el orarla con alma, con vigor, con corazón. Es ahí donde se percibe que la Palabra tiene corazón, que los textos palpitan en nuestro propio camino humano. Cualquier esfuerzo que se haga por trasvasar la Palabra al molde orante será un beneficio para los creyentes. Y también lo será para el grupo franciscano porque colaborará a sacar la oración de una penumbra que con frecuencia es presa de la rutina y hasta del olvido.
- *Experiencias nuevas en torno a la Palabra:* No solamente para no caer, como hemos dicho varias veces, en la perviviente tentación de la rutina. Sino porque el dinamismo de la Palabra no se agota en las fórmulas litúrgicas. Muchos grupos cristianos (jóvenes, trabajadores, creyentes que buscan, etc.) anhelan esta clase de experiencias en torno a la Palabra que alimenten su anhelo creyente más allá del marco de la Palabra institucionalizada. Las largas conversaciones en torno a Jesús, en torno a textos, los momentos nocturnos en que se lee la Palabra sin la presión del reloj, los intercambios informales con el Evangelio delante, pueden ser cauces óptimos de avivamiento de la experiencia creyente para personas que buscan en una cierta marginalidad.
- *Sacar la Biblia a la calle:* Ya que la hemos circunscrito en exceso a los ámbitos religiosos creyendo, erróneamente, que ése es su lugar propio, su único lugar. La Palabra, el Evangelio, ha sido escrito para toda persona y para poder se leído, ofrecido, compartido, en cualquier ámbito ciudadano. No tenemos experiencia en esta clase de tareas. La profecía franciscana habría de derrochar imaginación y audacia para, sin caer en ninguna clase de fanatismo religioso, poder sacar la Palabra del cauce de lo eclesiástico y hacer ver que ahí late un corazón que está en la misma sintonía con el corazón bondadoso de cualquier ciudadano. Incluso más: habríamos de creer que, desde la Palabra, el diálogo con las personas no religiosas es posible. Porque éstos, aunque con frecuencia reniegan de la Iglesia oficial, al mismo tiempo se sienten cercanos de los valores humanizadores del Evangelio.
- *Apoyo a biblistas censurados:* Últimamente los estamentos eclesiásticos censuran a teólogos y biblistas causando no poco dolor en el corazón de tales personas. Los franciscanos, precisamente por su amor a la totalidad de la Iglesia, habrían de estar cercanos a esas personas. Quizá no tanto para defender sus teorías, tal vez puntualizables, sino para decirles que su afán por ofrecer la Palabra en modos nuevos tiene acogida en la profecía franciscana, para alentarles a seguir trabajando sin desaliento y a hacerlo en los parámetros de la comunidad cristiana. No se trata de ser rebeldes, sino fraternos y eclesiales, en la conciencia de que la Palabra no es la causa de nuestras divisiones, sino que es elemento de unión. Las divisiones y los sufrimientos vienen, generalmente, por otros motivos.

La conclusión es clara: las Palabras de Jesús, de la Biblia, corren el riesgo de quedar cubiertas por una gruesa capa de polvo, de olvido, de manipulación, de rutina, de cansancio. A la profecía franciscana le corresponde limpiar hoy ese polvo hasta desvelar el corazón palpitante, el del mismo Dios, que late en ellas. Puede pa-

recer un reto de poca envergadura. Pero la vida de la comunidad cristiana y también, en parte, del hecho social depende de ello

IV LOS RETOS AL INTERIOR DE LA COMUNIDAD FRANCISCANA

El interior de la vida franciscana también se ve sacudida por el momento presente. El tipo de respuesta que es preciso dar no viene dada de épocas pasadas; es preciso construirla en la actualidad. Una visión estática de nuestras estructuras nos ha llevado a pensar que no precisan de reformas estructurales de gran calado. Pero la evolución de los tiempos, las perspectivas eclesiales nuevas, los caminos humanos tan diversificados hoy, conllevan la pregunta sobre el cambio profundo. Aceptar estos retos no es signo de debilidad, sino, por el contrario, de solidez carismática.

1. El reto de un ecumenismo franciscano

Lo que ocurre en la familia franciscana probablemente ocurre también en el resto de las familias religiosas. Por un lado, observamos una fuerte fragmentación. Desde los comienzos, y por razones muy diversas, los grupos han sido numerosos y diferenciados. Por otro lado, ha pervivido y se ha cultivado un indudable espíritu de pertenencia y de familia. Más que las estrategias comunes, lo que realmente ha mantenido el sentido de familia ha sido la convicción del valor del carisma franciscano, único para todos/as. Modernamente incluso, no pocos grupos de inspiración franciscana han reencontrado el cauce para entrar en la gran familia de los seguidores/as de Francisco y Clara no por vía de acuerdos o de leyes, sino por el hermoso camino del redescubrimiento de la espiritualidad franciscana. Cada vez se impone más la sensación de que, en esta relación dialéctica entre lo diverso y lo común, es esto último lo que va tomando más cuerpo. Efectivamente, numerosos grupos franciscanos se sienten cada vez más una única familia. Esto es un filón que hay que explotar, tanto en relación con la espiritualidad como con las estrategias evangelizadoras de cara al mundo de hoy.

Esta constatación de la elevación del nivel familiar en la realidad franciscana nos lleva a subrayar la necesidad de la coordinación, que es la gran asignatura pendiente de todos los grupos eclesiales. Decir que somos cada vez más familia por redescubrimiento carismático es algo que puede quedarse en agua de borrajas si no lleva a una coordinación explícita, no solamente en estrategias de evangelización sino, incluso, en perspectivas de vida. Una de las peculiaridades del franciscanismo, ya desde los viejos tiempos de fray Junípero, es el mantenimiento de nuestras maneras de vivir, a veces un tanto pintorescas. Eso ha dado pie a que franciscanos/as concretos hayan abierto brechas nuevas en la historia de la fe. Pero, sin restar fuerza a esos anhelos individuales, lo cierto es que hoy, por múltiples razones, eclesiales y sociales, se impone la coordinación, el trabajo en grupo, la conciencia de que el futuro habla más en el ámbito de lo múltiple que en el de lo particular.

Este sentimiento del valor de lo común y de lo coordinado puede ser una formidable herramienta para hacer frente a los retos de la cultura secular de hoy, uno de ellos, del todo cercano, el de la globalización. Éste es un asunto de tal magnitud, incluso en estos comienzos en los que lo estamos viviendo, que esbozar respuestas no puede estar al alcance de una sola persona o de un grupo reducido. Cuanto más coordinado esté el colectivo, mayores posibilidades de respuestas adecuadas. Bien lo saben quienes quie-

ren utilizar el fenómeno de la globalización para su exclusivo lucro. Por eso tienden no solamente a anular los efectos de quienes piensan en maneras distintas, más cargadas de humanismo, sino a dispersarlos. Es el viejo “divide y vencerás” siempre vigente. Caer en esa trampa del particularismo es hacer el juego a los modernos explotadores de lo humano. La historia del franciscanismo nos dice que ésta, en su lado oscuro, ha sido la historia de muchos alejamientos, divisiones, desconexiones, haciendo cada grupo un poco “la guerra” por su cuenta (cuando no en contra de otro grupo). La evidencia de nuestros encuentros interfranciscanos demuestra que esos tiempos han pasado definitivamente y que los rescoldos que quedan han de ser tratados para llegar a que la profecía de la fraternidad, núcleo del franciscanismo, se viva ya en los mismos grupos franciscanos. Esto tendría dos vertientes:

a) Cuando la globalización llama a la puerta

La globalización es un fenómeno que hace tiempo superó el estricto ámbito económico y mercantil para influir en todos los aspectos de la vida moderna. Por eso, se puede decir que es una realidad que está llamando a las puertas de nuestras instituciones, de nuestras casas, de nuestras mismas personas. Podríamos decir, recordando a Juan XXIII que decía que la sociedad es el mejor instrumento del Espíritu, que es la voz de Dios en los signos de los tiempos la que debe ser escuchada en este imparable fenómeno globalizador.

- *Pasar del horizonte de uno al horizonte de todos:* Esta frase de P. Eluard encierra muy bien el talante de nuestros esfuerzos globalizadores a nivel de fusiones inmediatas. La utópica unidad de la familia franciscana ha de gestarse en las uniones de base. Si no, será casi imposible. Para lograrlo es preciso flexibilizarse en la percepción de que mi pequeño horizonte vital es el único posible. Es necesario ver que hay un “horizonte de todos”, un marco en el que puedo ser yo con mis anhelos en el más amplio campo de un todo benefactor. Mientras no se dé este cambio, los intentos de fusión entre provincias, entre proyectos, entre congregaciones incluso, serán prácticamente imposibles. En ese “pasar”, como ocurre en la comunidad del Éxodo, está el éxito de la nueva comunidad.
- *El valor de los proyectos comunes:* No está del todo superada la dialéctica entre proyecto personal y proyecto común. Puede uno/a vivir muchos años en la vida fraterna sin haberse percatado de que su estructura vital sigue anclada en su propio proyecto personal. Descubrir el proyecto común como un marco que potencia mi propio proyecto personal es una clave necesaria para entender la vida en común y, por ende, la vida franciscana. Más aún, ese mismo descubrimiento puede llevar a pensar que existe un marco todavía más amplio que es el carisma franciscano que no es solamente una ideología espiritual, sino una posibilidad de estilo común de vida. Si se intuye esto, quizá se esté en disposición de caminar en la dirección de una globalización del carisma franciscano y de sus correspondientes instituciones.
- *Para que la profecía de la fraternidad sea eficiente:* Además, todos sabemos que el núcleo del franciscanismo es la profecía de la fraternidad. ¿Cómo va a ser una profecía que se escucha, que se aprecia, que se valora, que impacta, que arrastra, si los grupos franciscanos están fragmentados en un inacabable mosaico? No se trataría, sin más, cosa imposible por lo demás, de engendrar una absurda uniformidad y unicidad. Pero es preciso pensar que la profecía de la fraternidad se desvirtúa cuando quien la propone percibe, en sus propias estructuras grupales, que vivir como hermanos no es posible. Esto no queda resuelto ape-

lando a una fraternidad espiritual que luego no sabe o no puede concretarse en modos de vida fraternamente unificados.

- *Globalizar el carisma:* Antes que hablar de fusiones de grupos, quizá haya que comenzar por desear globalizar el carisma. Esto no puede ser únicamente el común aprecio de la figura de Francisco y Clara o de los documentos básicos de la espiritualidad franciscana. Globalizar el carisma quiere decir entrever la posibilidad de modos de vida conjuntos, aun conservado, hoy por hoy, las peculiaridades históricas. Lleva a acercarse a los diversos grupos franciscanos, no solamente con una mirada colaboradora, sino de auténtica hermandad. Empuja a imaginar caminos de confluencia tanto en actividades apostólicas como en meras maneras de vivir.

b) *Un reto muy concreto*

El que hoy no sea posible, ni quizá recomendable, no quiere decir que haya de ser arrancado sin más del horizonte franciscano: la posibilidad de llegar a una sola familia. Si es familia, quiere decir que las peculiaridades históricas podrían, de algún modo, quedar englobadas. Si es una sola familia, se podría descubrir una estructura de unidad para estos tiempos nuestros de globalización. Si el imperativo evangélico “que todos sean uno” (Jn 17,20) no ha cobrado aún cuerpo real en nuestros estilos de vida familiar franciscana, que nos empuje el viento (el Espíritu) de este mundo globalizado.

- *Caminar hacia la unidad de los tres grupos primitivos de hermanos:* Diversos avatares históricos nos han llevado a los tres grupos tradicionales de hermanos (conventuales, menores y capuchinos) a vivir en estructuras distintas cuando no encontradas. Creo que lo que motivó la escisión ha prescrito hace mucho tiempo y que, dada nuestra real cercanía y amistad, ha llegado el momento de iniciar el camino del reencuentro. El año 2009 es el VIII centenario de la aprobación de la regla de los hermanos menores. El hno. Carballo, ministro general de los menores ha animado con esta ocasión a descubrir “*La gracia de los orígenes*”. Yo creo que entre las “actividades” propuestas habría de estar la de querer volver a los orígenes, a los de una sola fraternidad por la que Francisco y muchos de los suyos sufrieron antes que instalar en ella ninguna división. Así se haría realmente creíble el mensaje de la fraternidad que el franciscanismo toma como núcleo de su opción. Si no, siempre penderá sobre nosotros el interrogante de quien, llamado a la fraternidad, no hace intentos por lograrla en el seno de su propia familia.
- *Caminar hacia un ecumenismo fraterno entre todos los grupos franciscanos:* Es cierto que cada vez estamos más cerca y más unidos los diferentes grupos religiosos de inspiración franciscana. Pero aún resulta útil insistir en ese “ecumenismo fraterno” que nos habría de llevar a tomar posturas comunes en torno a los problemas sociales y eclesiales que nos rodean. Quizá no percibamos el potencial que tenemos si fuéramos capaces de aunar nuestros puntos de vista y tomar posiciones conjuntas respecto a temas o problemas de hoy. Parece que, socialmente hablando, el movimiento globalizador es imparable. Si tal cosa se aplica al hecho social, también habría que hacerlo a nuestras vivencias franciscanas. Eso no quiere decir que cada grupo ha de renunciar a sus peculiaridades. Éstas pueden quedar insertas en un gran movimiento franciscano que hable eloquentemente de la fraternidad como lazo de unión entre todos los grupos que derivan de la misma espiritualidad.

- *Objeciones que no lo son tanto:* Estos planteamientos suscitan un sinnúmero de objeciones que no lo son tanto, aunque, como antes dijimos, la verdadera objeción es el paso del proyecto individual al colectivo. Se suele decir que una fusión de esta índole traicionaría el espíritu de los grupos franciscanos. Y respondemos: al contrario, porque el verdadero espíritu franciscano, el núcleo, es la fraternidad. Y todo lo que sea unir, hermanar, caminar juntos, proyectar desde la comunidad, es favorecer el carisma y aumentar la fidelidad al mismo. Otra objeción que se aduce es que se perdería el indudable valor que cada uno de los grupos ha amasado a lo largo de su historia. Muy al contrario, la suma de los valores potenciaría el resultado final. Sumar valores nunca empobrece, sino, por el contrario aumenta la riqueza. Una tercera objeción: perderíamos identidad. Si se entiende la identidad desde presupuestos individualistas, evidentemente. Pero si entendemos la identidad desde el hecho evangélico, desde la vocación a ser hermanos/as, se ganaría profundamente en identidad al acentuar de maneras universales la fraternidad. Finalmente, y desde un punto de vista pragmático, se aduce la dificultad que entrañaría para el gobierno el hacer sumas de tantos miembros en un único colectivo. Hay que decir que las viejas maneras de gobierno (un superior único) no son las únicas. Desde siempre han surgido en los grupos maneras colegiadas que hoy son más posibles debido a la enorme facilidad de comunicación existente en todo el planeta. Por eso, se podrían encontrar maneras de coordinar a una familia tan numerosa.
- *Al amparo de un carisma común:* A ese amparo podrían acogerse muchos grupos de creyentes que, sin haber profesado la VR, sigue a Francisco y Clara de manera más o menos organizada. Si se estructura la vida franciscana como una familia, los límites familiares son tan anchos como el horizonte. Más aún, el acoger a estos grupos de laicos franciscanos en la dinámica de una sola familia sería muy esperanzador, porque algo nos dice que la transmisión del carisma ha de hacerse en el futuro más por la vía del laicado que por la de los grupos religiosos. De cualquier manera, basándonos en la espiritualidad de la fraternidad, estos grupos no solamente no podrían quedar excluidos sino, tal vez, puestos en el centro por su menor amparo institucional.

c) Posibles consecuencias:

Tal vez, sea en este momento, consecuencias más para pensar que para actuar, más para soñar que para iniciar caminos concretos, más para animarnos antes de dar pasos en una dirección. Cualquier signo que se haga es valioso, porque los signos hablan el lenguaje del futuro:

- *Fortalecer los lazos de colaboración real:* Ya que hay caminos para ello. Apremiar lo que ya se hace en modos conjuntos (por ejemplo: *Franciscans International*, *JPIC de Washington*, etc.). Tratar de impulsar pequeños proyectos de acción apostólica de componente intercongregacional franciscano. Fomentar los encuentros festivos, culturales, formativos, entre diversas familias franciscanas. Hacer semanas de oración y planificación conjunta (Provinciales Franciscanos de Italia). La creatividad, valor propio del franciscanismo, ha de ser puesto a prueba en beneficio de una más amplia fraternidad.
- *Instancia a los superiores/as generales de las familias franciscanas:* Para que elaboren una agenda de trabajo conjunta, de tal manera que el horizonte de la unidad sea cada vez una posibilidad más a la mano. Animarles a abandonar el

hermetismo y hasta una cierta animosidad histórica que ha pervivido en ciertos grupos para dar pie a una mirada fraterna que ha de manifestarse en gestos sencillos y verdaderos de cercanía y en palabras fraternas que sean luz para el colectivo de hermanos/as.

- *Potenciar con el apoyo y colaboración las estructuras franciscanas del país:* Llámense Interfranciscana, Grupos Franciscanos, Franciscans International sede nacional, etc. Colaborar en las pequeñas iniciativas que nos demanden; apoyar sus iniciativas aunque a veces creamos que no influyen mucho en la vida real de las comunidades; sumarse a las campañas de oración o de acción social que promueven. Son realidades que todavía están muy en ciernes, pero que sin el apoyo de todos los colectivos franciscanos nunca madurarán.
- *Entrever la posibilidad de proyectos apostólicos y de vida de carácter intercongregacional:* Ciertamente no es fácil, viniendo de donde venimos. Pero los pequeños intentos que otras congregaciones está haciendo con buenos resultados y la evidencia de que el futuro pertenece a quien se une, no a quien se mantiene aislado, habrían de animarnos a entrever esta posibilidad no solamente como una salvaguarda del carisma para el futuro, sino como una concreción de la fraternidad en el presente. Los peligros que pudieran acarrear estos planes de vida quedan asumidos en las grandes posibilidades que pueden abrir al carisma estos nuevos cauces históricos.
- *Un nuevo pensamiento franciscano:* Porque ya no puede ser el que cada grupo elabore su pensamiento en base a sus particularidades históricas. Esto, con ser valioso, es algo muy limitado y el futuro no le perteneces. Sin embargo, un pensamiento franciscano común, que deje en segundo lugar a los componentes históricos, puede ser potenciador de la vida franciscana y nunca enemigo de los valores particulares. Aunque pueda parecer algo artificial, quizá sería bueno pensar en una Orientación Espiritual de la Familia Franciscana que, sin suplir en un primer momento a las propias reglas, caminara en la dirección de un marco espiritual común para quien desee hoy vivir el seguimiento al modo de Francisco.
- *Ante la variedad de ONGs franciscanas:* Muchos grupos franciscanos hemos llegado a crear ONGs que proyectan su trabajo en los países empobrecidos del Sur del mundo. Esto es encomiable. Pero quizá, por mor de la globalización y del espíritu de fraternidad, haya que ir pensando en crear estructuras unificadas no solamente para ser más eficaces, sino para ser más fraternos. Si en otras épocas cada grupo ha hecho la guerra por su cuenta por motivos religiosos, esto puede perpetuarse aduciendo motivos sociales. Si se hace así, el interrogante de la fraternidad sigue sin solucionarse.

La conclusión general de todo esto la formulamos en cuatro asertos que pueden servir para cualquier deseo de crecimiento en la espiritualidad de la fraternidad cuando ésta se toma no solamente como un tesoro heredado, sino como un reto actual:

- *Una buena dosis de utopía:* Es la que se necesita para mantener vivo el anhelo de responder y acoger los retos del momento presente. Por eso, abstenerse gente “realista” que descarta cualquier sueño. Por el contrario, los franciscanos/as habríamos de ser aquellos “portadores de sueños” de los que habla G. Belli. Si muere la utopía, la **fraternidad universal** se hace imposible.
- *En lo cotidiano:* Porque los retos se entremezclan a lo cotidiano y es en los pequeños retos de cada día, no únicamente en los grandes, donde se discierne la capacidad de respuesta de una espiritualidad como la franciscana. Por eso, no

habría de ser excusa para la actuación la envergadura de los retos, porque éstos se plantean muchas veces en el marco de la más elemental cotidianeidad.

- *Apoyo fraterno:* Porque únicamente con la mediación del apoyo fraterno, de la colaboración, de las posibilidades puestas en común es como se podrá dar respuesta a los desafíos del momento presente. Sin ese apoyo, nos puede el desamparo y la desbandada es la respuesta lógica.
- *Un siglo de retos globales:* Así parece que va a ser el siglo XXI. Siempre la sociedad ha planteado retos a cualquier espiritualidad. Pero quizá en este momento nuestro la globalidad es el denominador común de muchos de ellos. La vida franciscana habría ser sensible a esta nota de nuestro momento histórico para intentar colaborar en la respuesta a tales retos, tanto dentro como fuera de la estructura franciscana. Por eso hemos de incentivar el abrazo franciscano, la colaboración, el ecumenismo.

2. El reto de abandonar de estilos de vida monásticos

Hay quien dice que la historia pesa, que es un metal pesado. Y hay también quien añade que, además de pesado, es tóxico. Lo cierto es que no podemos desprendernos de nuestra historia sin más. Y no deja de ser verdad que la historia encierra una verdadera lección de vida. Pero eso no ha de llevar a obviar el saludable y necesario discernimiento. La historia del franciscanismo, sobre todo la de los grupos más antiguos, ha sido calificada con una cierta ironía como la de “un monasticismo de bajo nivel”. Lo cierto es que por influencia histórica, por degeneración eclesial o, incluso, por rol social, el franciscanismo ha sufrido una indudable monastización que se compagina difícilmente con la peculiaridad de sus orígenes.

Habrà quien sostenga que una tal valoración pertenece a otras épocas. Pero mirando a nuestro hoy franciscano, incluso a las nuevas generaciones de hermanos/as, se observa como una especie de paranoia: por un lado, se conecta con la vieja historia franciscanas, cosa que aparece en una especie de romanticismo actualizado en el estilo de vestir, en el look, en ciertas formas religiosas, incluso en la vuelta al hábito religioso. Por otro lado, esas mismas personas viven inmersas en maneras consumistas, en múltiples artilugios electrónicos, en estilos de viaje y diversión cuestionables que nada tienen que ver con la historia monástica a la que se adhieren en otros momentos. Hay personas que, incluso, consideran el abandono de ese monasticismo como una traición al mismo carisma.

Si queremos sanear estos comportamientos, un camino adecuado es el simple abandono de esos modos pseudomonásticos que, ni encajan con nuestro carisma, ni tampoco conectan con los nuevos caminos de la espiritualidad actual. Abandono no significa empobrecimiento del carisma; más bien, todo lo contrario: se abandonan para tratar de enfrentarse a lo nuclear, para potenciar lo fundamental, para poner rostro hoy a los viejos anhelos de Francisco. Es un reto doméstico, al interior mismo de nuestros estilos de comunidad.

a) Discernimiento ante las viejas estructuras

No quiere decir que esas estructuras no tuvieran vigencia y fueran adecuadas en otras épocas. Pero desde nuestra experiencia social y creyente de hoy, tal vez haya que hacer un discernimiento ante ellas.

- *La estructura convento*: Quizá potenciada, incluso en estas épocas de reducción. Hoy es una estructura que queda cuestionada por un simple hecho: impide la inserción, imposibilita la cercanía ciudadana, genera una idea de vida religiosa encastada, metida en la burbuja de lo religioso, hace creer que las personas que viven ahí son especiales porque se han alejado de la vida. Es cierto que hay comunidades donde no se dan estos signos a pesar de vivir en estructuras conventuales. Pero miremos a la generalidad. La conventualización como fenómeno aislante es hoy una estructura revisable si se quiere apuntar hacia maneras de vida fraterna con futuro.
- *La persistente clausura*: Fuertemente persistente en los monasterios de clausura y vitalmente persistente en muchas de las casas. Es cierto que la clausura puede tener un sentido en cuanto espacio necesario para la oración, el silencio o el trabajo. Pero lo que percibimos es que se ha convertido, mayormente, en otra estructura de alejamiento que genera un estilo de vida donde no llegan al cuarto (al a la “celda”, persiste el vocablo) ni los ruidos, ni las prisas, ni los gritos, ni los sobresaltos, ni los horarios trastocados, ni las alegrías comunes de la gente. Uno llega a pensar si la clausura es una manera de que me dejen realmente tranquilo para mis actividades. Si así fuera, esto es cuestionable de cara a un futuro.
- *Las comunidades numerosas*: Como lo son las comunidades monásticas que, casi siempre, son numerosas. Se ha pensado que la fortaleza de una comunidad le viene del número. De tal manera que una comunidad pequeña, minúscula, es débil. Hoy existe la tendencia monástica a reforzar las comunidades aumentando su número. Pero la vida nos dice que la vivencia comunitaria, la relación y el seguimiento de Jesús, muchas veces no depende del número sino de otros factores. Hay comunidades “monásticas” que han durado siglos; si se computara su nivel de fracaso relacional y creyente, sería posiblemente grande, más allá de su número y su pervivencia en el tiempo. Hay comunidades frágiles, pequeñas en número, que han logrado vehicular el seguimiento de Jesús y vivir su relación en maneras encomiables.
- *La figura del superior*: Una estructura obediencial que, en no pocos casos, es más causa de desajuste entre los hermanos/as que herramienta de acompañamiento y activación del proceso creyente de los franciscanos/as. En esto hay que volver a las fuentes originarias: para el franciscano/a el superior es un hermano que sirve, que anima, que alienta, que muestra el camino del Evangelio, que perdona con el perdón de Jesús. La monastización nos ha llevado a considerar al hermano superior como un gestor de la comunidad. Alguien tiene que hacer ese trabajo; y hay que tardarlo. Pero, desde la espiritualidad franciscana, el superior es otra cosa, tiene otros fines.
- *Los apostolados desde “el monasterio”*: Son aquellos que se hacen con los que vienen a nosotros, a nuestras misas, a nuestras parroquias, a nuestros colegios, a nuestras obras. Es cierto que hay que trabajar lo mejor posible con esas personas. Pero ese sistema nos ha imposibilitado para el “ir a” (y el “ir con”), para el tema de los alejados, para la conexión cultural, para la ciudadanía. Desde los tiempos de las primitivas comunidades cristianas, se ha comprobado que, cuando se ha puesto en marcha el dinamismo del “ir a”, el proyecto de Jesús, el Evangelio, ha salido a flote. Y cuando se ha ido en la otra dirección, el riesgo de empobrecimiento ha sido muy grande.

b) Posibilidad de estructuras más insertas

Hay quien piensa que las estructuras heredadas son inamovibles. La vida demuestra palpablemente que esto no es totalmente cierto. Hay muchos ejemplos de viejas estructuras que han recibido interesantes correctivos cuando el grupo fraterno se ha animado a dar un giro a las cosas.

- *Casas insertas*: Aunque a menor ritmo que en otras épocas, se siguen construyendo conventos. Habría que ejercitar el discernimiento para no caer, sin más, en la estructura conventual. Los fines que se propone una comunidad fraterna, bien de trabajo, de oración, de estudio o de reposo, pueden ser satisfechos en estructuras más insertas que hagan parte del entorno ciudadano en que se instalan. La inserción de las casas es, sin duda, una herramienta buena para iniciar despegues en una dirección más renovada. Es ciertamente algo que no puede ser impuesto, como nada del Evangelio lo puede ser. Pero, como dice C. Boff: “La vida religiosa inserta permite vivir de una forma no sólo nueva, sino especialmente eficaz los valores esenciales de la consagración como la oración (unida al pueblo), la pobreza (en conexión con la pobreza real de las clases humildes), el propio carisma congregacional (redescubierto junto a los pobres)” (*Comunidades insertas*, p.891).
- *Casas abiertas*: La posibilidad de ejercitar la acogida es tan amplia como lo sea el corazón de los hermanos/as de comunidad. Además, el lenguaje de la acogida es necesario y demandado por la gente que convive con los religiosos/as. Invitar a la mesa, a la oración, a la casa, al plan de vida, es síntoma de una comunidad viva. Lo contrario, es síntoma de una comunidad aislada. La buena acogida demanda no solamente poner a disposición del visitante algunas cosas, sino ponerse como persona a su servicio. Esta agilidad necesaria para acoger es la que puede abrir la puerta de la comunidad a las personas que vienen a nuestra casa. Ésta, junto con la evidencia de que el grupo fraterno se ama, es una de las formas primordiales de apostolado, por encima de su modestia.
- *Apostolados más ágiles*: Que únicamente podrán serlo en la medida en que estén ligados a estructuras ágiles, e incluso a las que no son “nuestras”. Los apostolados “al servicio de “ son auténticamente franciscanos: al servicio del clero (como colaboradores en los equipos parroquiales), al servicio de las ONG (como voluntarios), al servicio de la educación (como profesores a sueldo), al servicio de la sociedad (como trabajadores sociales), etc. El trabajo por cuenta ajena puede ser una forma muy buena de renovación de las estructuras monásticas.
- *Solidaridad con rostro*: Porque la lejanía borra el rostro de las personas como el perfil de las cosas. La cercanía, en cualquiera de sus formas, es la que nos da la verdadera dimensión de la persona. Por eso, habríamos de crear estructuras orantes, económicas, de acogida, etc., que contengan cada vez más el rostro y la vida de personas concretas. Una comunidad que se relaciona con el barrio, con la ciudad en modos genéricos no llega a comprender el drama de la existencia ni a disfrutar el gozo de las alegrías concretas.
- *Comunidad audaz*: Las comunidades franciscanas, lógicamente, se contagian de todos los miedos sociales. Posiblemente nunca como ahora la nuestra ha sido una sociedad tan segura. Y, sin embargo, nunca como ahora florecen los miedos: miedo a los pobres que nos miran a los ojos, a los inmigrantes que nos demandan un sitio, a la crisis económica que nos despoja de nuestros privilegios, a los violentos que se cuelan en nuestras casas, a los jóvenes a quienes no entendemos bien. Por eso, florecen las empresas de seguridad que controlan nuestras calles, nuestros bancos, nuestras tiendas, hasta nuestras iglesias. El miedo ha crecido en nuestra sociedad, vende bien, genera una industria próspera. Y, como decimos,

bien mirada, nuestra vida es más segura que nunca. Cualquier época de la historia fue más vulnerable. Quizá aminore el miedo si hacemos un esfuerzo por mirar la realidad del otro, no solamente la nuestra. Tal vez descubramos ahí el perfil del rostro de uno que puede ser hermano, y entonces nuestros miedos, o bastantes de ellos, se desvanecerán como humo.

c) *Caminos abiertos*

Son caminos ya existentes, en parte. Los intentos son modestos, pero muy luminosos. Quizá habría que recabar ánimo de quien ya se ha lanzado a estas sendas y poner entre paréntesis a quien sostiene que lo nuestro es atrincherarnos en los “castillos” de nuestros conventos.

- *Trabajo en marginalidad y frontera:* Es otro gran campo de actuación para las comunidades franciscanas. Son trabajos que, lógicamente, demandan una inserción y una evidente cercanía al mundo de las pobreza y de los márgenes. Pero este plan de vida conecta perfectamente con los más puros ideales del primitivo franciscanismo (1 R 9,2) y con el mismo Evangelio. Una estructura monástica difícilmente se ocupará de estos menesteres. Una estructura fraterna puede llegar hasta donde llegue el anhelo franciscano.
- *Misión y vida:* Es posible, ya que se hace, ofrecer a laicos/as vivir con la comunidad religiosa franciscana en maneras de elemental igualdad compartiendo casa, oración, comida, misión. Ciertamente que no todas las comunidades pueden aceptar este plan de vida. Pero algunas de ellas, sí. Esto es un gran beneficio para los laicos y también para los religiosos/as. Ciertamente que entraña algunas dificultades que se solventarán en el correr de la experiencia. Pero la mayor de todas es la posible cerrazón hacia planes nuevos de compartir vida y misión. Estas dificultades vienen, con frecuencia, de hermanos/as que no solamente no participan en estos proyectos, sino que ni siquiera los conocen ya que no han querido ni hacerles una visita de información y reconocimiento.
- *Formación social:* Los franciscanos/as, mayoritariamente, estamos formados en teología. Pero para conectar con la vida quizá nos sean necesarios hermanos/as formados en sociología, psicología, política, etc. La vida franciscana necesita más formación social porque, frecuentemente, nuestro talante ideológico nos ha llevado a desconexiones que nos impiden hoy una comprensión del hecho humano con futuro.
- *Recuperación de la itinerancia en modos cotidianos:* Porque, como ya lo dijimos, la itinerancia, que, en sí misma, hace parte del núcleo de la espiritualidad franciscana, nunca ha sido un elemento decisivo a la hora de elaborar planes de vida. Si hiciera su aparición en modos cotidianos, sencillos, diarios, nos ayudaría a desmontar estilos de vida consagrados por los años y a proponer caminos de vida marcados por la novedad.

La conclusión puede ser ésta: el abandono, o al menos la relativización, de estilos de vida monásticos, podría ayudar al franciscanismo al logro de su gran objetivo final, tanto dentro como fuera de la comunidad, la constitución de la comunidad fraterna. El lógico sufrimiento que provoca el cambio de parámetros habría de verse compensado por el gozo de dar a luz un nuevo estilo de franciscanismo que mire más al futuro que al pasado, que crea que la fidelidad se juega más en lo que se nos ha prometido que en lo que nosotros/as hayamos podido prometer.

Y una nota final: las valoraciones aquí vertidas no pretenden minusvalorar, en modo alguno, la indudable aportación del monacato dentro de la pluralidad de la Iglesia. Es una realidad valiosa, aunque mediatizada por su cercanía a la Iglesia oficial y a los gobiernos de turno. Únicamente queremos decir que esa no es la vía por la que ha de discurrir el carisma franciscano. Es algo que quedó claro desde los inicios de la aventura franciscana.

3. El reto de ser humanos en los conflictos

Cualquiera que mira la realidad de nuestros grupos humanos y de nuestras comunidades religiosas tiene la impresión de que son colectivos que elaboran difícilmente los conflictos o que miran para otro lado queriendo hacer y hacerse ver que no existen tales conflictos, cuando en realidad, en el subsuelo, están como es natural y, a veces, en modos agudos. El trabajo de análisis de tal realidad demanda unas fuertes dosis de sentido crítico y de capacidad de revisión de vida. De ambas cosas ha adolecido, al menos hasta ahora, la VR tradicional, ya que se consideraban tales actitudes como indisciplina próxima a la desobediencia. Por eso se arrastra un déficit de análisis y de vigor de cara a un enfoque humanizador de la realidad conflictiva en la que se mueven las personas y los grupos religiosos.

Quizá ha sonado la hora de encarar estos aspectos olvidados de la dinámica comunitaria porque las cotas de adultez a las que va accediendo la VR son crecientes. Efectivamente, elaborar conflictos con humanidad es una característica honda, trascendente, del ser humano. Él provoca la mayoría de sus conflictos y él ha de irlos solucionando con humanidad, cosa que contribuirá, sin duda, a que aminore el número de esos mismos conflictos. La vieja mística de la santidad, tan divulgada antaño, ha sido sustituida por la mística de la humanidad, de la horizontalidad, como diría D. Mollá. En realidad, se trata de la misma realidad, porque a la santidad, según el proyecto de Jesús, se accede por vía de un ahondamiento en la realidad humana. Su *kénosis* en la vida nos lo demuestra palpablemente.

La misma Escritura viene en nuestra ayuda: Sab 12,19 afirma que Dios nos ha enseñado con su proceder benigno en relación con los malos que “el justo debe ser humano”. La justicia, y por ello la vida fraterna, ha de estar imbuida de humanidad. Todo lo que se haga por curar las heridas que indefectiblemente nos hacemos en materia de humanidad será una aportación impagable a la espiritualidad y a la vida de nuestra opción comunitaria.

a) El conflicto en la Vida Religiosa

Dado que en este capítulo del libro apuntamos más a la vida de comunidad, queremos referirnos a su mundo de conflictos, no tanto al de los conflictos sociales en general. En realidad, la mecánica de discernimiento y de asunción también podría aplicarse a estos.

Toda la vida de la Iglesia, y la de la VR con ella, como la de cualquier grupo humano, han estado marcadas por el conflicto. Las raíces de la conflictividad en la vida de la fe vienen de lejos. Pero, por paradójico que parezca, no se puede defender que el conflicto sea algo que, sin más, atente a la comunión fraterna. Esto puede ser un argumento por parte del poder que quiere imponer “su” comunión, su norma y su orden que no sabe encajar la dificultad histórica. Ser hermano/a como hermano con litigios puede ser una manera, dolorosa pero muchas veces fecunda, de encontrar el verdadero camino

que la fe habría de seguir. El conflicto está ahí, ni es deseable ni deja de serlo, y tratarlo con humanidad puede llegar a convertirse en un dinamismo de crecimiento y de vida.

Los conflictos de la VR son de una tipología muy diversa:

1) Conflictos a nivel personal:

Además del cúmulo de conflictos personales, más o menos acentuados, que cada persona lleva como parte íntima de su estructura personal y que aquí no tratamos (aunque ése es un mundo decisivo para el ulterior desarrollo de la vida fraterna), nos permitimos señalar tres conflictos de la persona con la realidad comunitaria:

- *Los votos como conflicto:* Para muchos hermanos y hermanas los votos se han convertido más en un problema que en fuente de espiritualidad. El conflicto aflora pujante en torno al tema de la obediencia, porque apunta a la relación entre persona y comunidad. Quizá sea éste uno de los mayores pesos que hay que soportar y un ámbito de conflictividad muy fuerte. Eso está indicando que hay que repensar ese ámbito para que pase de la conflictividad a la ayuda.
- *La integración real en la comunidad:* Lo muchos años de vida fraterna no llegan a veces a obrar en algunas personas su integración real en los planes comunitarios. La fraternidad sigue siendo percibida como un “enemigo” del que me tengo que defender. Es preciso asumir este conflicto para intentar pasar a la orilla de la comunidad.
- *Las diversas experiencias de fe:* Nunca se ha vivido la fe en modos absolutamente iguales porque eso se mezcla a las experiencias vitales y éstas son harto diferentes. Por otra parte, un sector de la jerarquía se apoya en movimientos cristianos de componente conservador. Esto causa perplejidad y conflicto en la vida fraterna, ya que hay personas que viven su fe en parámetros de fuerte componente tradicional, mientras que otras propenden a un estilo de experiencia de fe más abierta y actualizada. Este conflicto tiene dimensiones personales y también comunitarias.

2) Conflictos a nivel comunitario:

- *El persistente conflicto de la relacionalidad:* Este asunto es connatural al camino de la vida fraterna, aunque se haya avanzado notablemente respecto a épocas anteriores. El hermano/a siempre será un “problema”, aunque es también nuestra posibilidad. El peligro es que transcurra la vida comunitaria sin que esa posibilidad aparezca como el sentido de la VR. Todo conflicto de relación, tratado, se puede convertir en un impulso; no tratado, es arena en el engranaje de la vida fraterna.
- *Déficit de confianza:* Este conflicto viene también de lejos. Se debe, en parte (y más allá de indudables aspectos personales), a la evidencia de que la VR se ha organizado más como una estructura religiosa que como una familia de hermanos/as. Los aspectos administrativos, organizativos, estructurales han primado sobre los vitales, utópicos, cordiales. El déficit de confianza genera una dinámica de “frialidad” en las relaciones comunitarias.
- *Diversidad de experiencias sociales y políticas:* Lo que podía ser una riqueza, se ha convertido en no pocas comunidades en un conflicto grave: la diversa opción política condiciona la mirada social y establece entre los her-

manos/as una división que, por el bien de la paz, se acuerda en pasar de ella como de puntillas para evitar el conflicto. Pocas son las comunidades capaces de abordar esta diferencia de manera civilizada y fraterna.

He aquí todo un volumen de conflicto que es preciso tener presente a la hora de proponerse elaborar teorías y estrategias para encajar este lado débil, pero posibilitador, de la VR. Aquí se verifica aquello de que construir la vida fraterna es más difícil que hacer grandes obras de ingeniería: es construir el camino de acceso al otro/a con todas sus posibilidades y dificultades. La envergadura de la tarea no le resta hermosura.

b) Mecanismos de solución

Un conflicto es la contraposición de necesidades, objetivos, intereses o percepciones entre dos o más partes. Intentar elaborar una teoría que apunte al trabajo por encajar el conflicto es ya un comienzo de solución. Efectivamente, elaborar conflictos no es solucionarlos ni dictar sentencia entre los contendientes. Es empezar a caminar en direcciones comunes, a entrever la posibilidad de acuerdos elementales sobre bases compartidas. Es el comienzo de un posible entendimiento. “La propuesta de ‘elaboración ética’ no es una fórmula de solución de conflictos, tampoco pretende dar una respuesta absoluta, exhaustiva y acabada de todas las vertientes y variantes de las contiendas. Sólo es un punto de partida... Sólo un punto de partida para suscitar procesos de cambio personales, colectivos o sociales aprovechando el escenario que nos brindan los conflictos...a modo de hilos de los que tirar” (J.Fernández, *Ser humano en los conflictos*, p.22).

- **Bases éticas:** Se trata de cambiar las bases éticas de un conflicto destructivo por las de un conflicto constructivo. Aquellas son: el valor absoluto de mi causa, el principio de que el fin justifica los medios, el objetivo de vencer y/o derrotar, el uso y abuso del ojo por ojo, el empleo de la fuerza como método, la percepción del enemigo sólo como enemigo despojado de su valor de persona. Estas bases habrían de ser cambiadas por las de un conflicto constructivo que son: ante todo, la premisa irrenunciable que es la del valor supremo de la dignidad humana, con el derecho inviolable a la vida. Además sería preciso mantener que la ética es lo que justifica el fin y los medios y entender que el objetivo no es vencer, sino convencer y/o acordar. Estas bases se lograrán con dificultad si no se asume el compromiso de luchar codo con codo con aquel con quien se disiente, basados en lo productivo del pluralismo. Para poner en pie estas bases serán necesarias unas determinadas estrategias (mediación, diálogo, resistencia) de las que más tarde hablaremos.
- **Dilemas:** La acogida de conflictos plantea una serie de dilemas que han de ser preguntados y resueltos de forma positiva. Son cuestiones que se dirigen principalmente a la persona concreta, ya que mucho de la buena acogida de los conflictos está en uno/a mismo/a. He aquí algunos de esos dilemas: ¿Recibo el conflicto de manera receptiva o defensiva? Recibirlo de la primera manera abre las puertas a la posibilidad de un camino; recibirlo de la otra forma es cerrar las puertas a cualquier posibilidad de acogida y, por ello, de solución. ¿Es mi reacción ante el conflicto de ira o de paciencia? Los procesos conflictivos requieren altas dosis de paciencia. La ira agudiza el planteamiento negativo. ¿Entiendo el conflicto desde el prejuicio o desde la complejidad? Casi todos los conflictos son complejos; los prejuicios simplifican y

desenfocan el planteamiento. ¿La intención de fondo es la de imponerse o la de dialogar? Porque el resultado del proceso será muy diverso en cada caso. ¿Trato el conflicto con rigidez o con flexibilidad? Ya que la flexibilidad es verdadero bálsamo para las heridas del conflicto.

- **Herramientas:** Existen una serie de herramientas que pueden ayudar mucho a la hora de iniciar un proceso de tratamiento del conflicto. La primera de ellas es *la escucha*, ya que una actitud escuchante abre puertas y mitiga las aristas iniciales. Además es muy necesaria la *mirada al sufrimiento* del otro, ya que en los conflictos todos sufren, también el otro. En tercer lugar es preciso *escuchar a la propia conciencia* porque, salvo patologías, nuestra conciencia siempre tiene a nuestra disposición y ante cualquier circunstancia una propuesta justa y ética. El problema es si somos capaces de escucharle y hacerle caso. En cuarto lugar es preciso mantener *la esperanza en los conflictos*, porque la esperanza no es creer que todo va a salir bien, sino saber que tiene sentido lo que hacemos al margen de los resultados. No sabemos si podemos lograr lo que nos proponemos, pero lo que sí sabemos es que podemos crear condiciones que lo hagan posible. Finalmente, la última herramienta es *la reconciliación*, que no significa volver a ser amigos, sino volver a respetarse. Significa recuperar la normalidad: una convivencia basada en el respeto y en la aceptación mutua implica hacer un sitio en mí a la verdad del otro. Y junto a la reconciliación, *el perdón*, porque este elemento juega un papel fundamental en un proceso de reconciliación, pero para no perder su esencia solamente puede ser sincero y voluntario y no debe plantearse como obligación o condición previa.

Todo esto puede parecernos utópico y hasta angelical. Dice J. Fernández: “Soy consciente de que la acogida ética de conflictos no está de moda y que incluso puedo ser tachada por algunos de invitación trasnochada de tono intimista o semiespiritual. Sin embargo y a pesar de ello, tengo la convicción de que recuperarla es una necesidad básica y elemental del tiempo que nos toca vivir” (*Ser humano*, p.138).

c) Actitudes personales ante los conflictos

Tratando de aterrizar de esta “teoría” en los caminos más cotidianos en los que se mueve la existencia de la VR vamos a esbozar algunas actitudes personales ante los conflictos que suelen ser comunes y de cuyo posicionamiento depende no poco el buen encauzamiento y aun la solución de los conflictos:

- *Facilitar, no agravar:* Los conflictos tienen un lado dramático que, con frecuencia, tendemos a exagerar. Ya es suficiente con la gravedad que ellos mismos encierran. Resulta insensato cargar las tintas porque eso no hace sino desenfocar el asunto y no facilita en modo alguno la solución.
- *Incluir, no excluir:* Ya que la solución de los conflictos mediante la exclusión de la “manzana podrida” da poco resultado, sobre todo porque esa “manzana” es, con frecuencia, la persona del hermano. La exclusión parece que remedia algo las cosas pero, con frecuencia, hace un desaguado mayor.
- *Cooperar, no competir:* Pues la competencia genera más conflicto, mientras que la cooperación engendra humanidad y, por ello, facilita la elaboración de los conflictos. No puede haber cooperación sin una mirada fraterna a la

realidad del hermano. En ese cambio de mirada radica gran parte del éxito en el tema de los conflictos fraternos y sociales.

- *Insistir, no desistir:* Porque podría haber motivos para el desaliento al ver que los conflictos se enquistan hasta un punto que parece que el avance es imposible. Desistir no es el buen camino, ya que incluso eso es, a veces, lo que buscan los mismos litigantes. La moderada y sensata insistencia puede quebrar ese muro de inmovilismo con el que algunos contendientes quieren rodear los problemas.
- *Hablar, no enmudecer:* Ya que el mutismo puede ser interpretado como un abandono del campo. Simplemente exponer los personales sentimientos ante el conflicto puede ser algo de gran ayuda. Más aún, al hablar perfilamos nuestra situación ante los conflictos y eso ya es un gran logro para uno/a mismo/a.
- *Lanzarse a la arena, no quedarse en la barrera:* Porque resulta muy fácil quedarse fuera y hablar, criticar, cuestionar, desautorizar a quien se mueve en la abrasadora arena del conflicto. Pero si se quiere colaborar a su encauzamiento y superación es preciso implicarse. Resulta desalentadora, desde el punto de la VR, la postura del hermano/a que, una vez que ha estallado el conflicto, dice que lo veía venir pero antes no dijo nada al respecto.
- *Sentirse afectado, no intocable:* Ya que quien no es parte constitutiva del conflicto tiene a tratarlo como si a él no le tocara por ningún lado. Pero esto no es así, porque cualquier conflicto entre hermanos/as (e incluso entre la VR y la sociedad) afecta al conjunto de la fraternidad y, desde ese punto, hemos de sentirnos siempre concernidos por él.
- *Creer en la posibilidad de arreglo, no asentarse en la imposibilidad:* Y más cuando la vida nos enseña que muchos conflictos, cuando son mínimamente elaborados y tratados, encuentran una cierta solución. Partir de la imposibilidad es abocarse al fracaso. Creer con realismo en la multiplicidad de soluciones que ofrece un conflicto es ya colaborar a su solución.
- *Mantener la adhesión, no la ruptura:* Cuando ocurre que el conflicto no ha llegado a una solución satisfactoria, habríamos de mantener la adhesión a las personas considerándolas tan valiosas (aunque heridas) como antes del conflicto. Si tras él, rompemos con la persona afectada, le retiramos nuestra confianza, le desposeemos de la valía con la que antes le habíamos considerado, demostramos con ello no haber entendido los mecanismos de la fraternidad y, con ello, los de la misma humanidad.

La vida de Francisco ha estado inmersa en conflictos sociales y, sobre todo, fraternos. La crisis del final ha sido, en este sentido, dramática. Él ha podido encontrar una manera de asimilar los conflictos con estos presupuestos: no apropiarse de nadie, no desdeñar a nadie, no juzgar a nadie. Teniendo controlados estos dinamismos se ha visto capacitado para el ejercicio de la misericordia. Como queda de manifiesto en textos como la Ctal o la Adm 26, Francisco ha sido de quienes creen, con Santo, que “la misericordia echa fuera al juicio” (San 2,13). Para él, no hay nada más allá de una mirada y de una actitud compasiva y misericordiosa. Desde ahí ha puesto en pie muchas estrategias como las anteriormente descritas. Ello le ha llevado a poder afrontar los conflictos de su época y a convertirlos, verdadera maravilla, en motivos de ahondamiento fraterno.

V LOS RETOS COTIDIANOS

Son retos de cada día y que afectan a cualquier hermano/a. No son cosas extraordinarias, pero ahí se desvela si se va encarando la realidad con la mirada nueva del hermano Francisco. Es en lo cotidiano donde se verifican y se hacen creíbles las grandes opciones. Porque las espiritualidades corren el riesgo de construir superestructuras, pero la verdad de lo que se vive se visibiliza en las actuaciones diarias. Hay una fuerte tendencia a situar la espiritualidad en el marco de lo cotidiano para librarla de la falsa ilusión y, en definitiva, del vacío.

La misma vida del Jesús evangélico está enmarcada en lo cotidiano: en los ciclos de la tierra, en las relaciones domésticas, en la economía diaria de supervivencia, en las relaciones que provoca la elemental convivencia. No es una espiritualidad sublime, de escuela, propia de una ideología científicamente sublime. El Evangelio es para personas sencillas, aunque profundas, porque lo cotidiano no está exento de profundidad, de raíces hondas. Una cierta elaboración teológica y espiritual ha despojado al Evangelio de su elemental cotidianeidad haciendo de él la base de una formidable construcción ideológica que, ante nuestra mirada perpleja, habla sobre Dios en modos técnicos y suficientes. En realidad, no sabe de qué habla. La cotidianeidad es el mejor marco para entender al Dios de amor que acompaña la existencia humana.

Algo de esto pasa en el franciscanismo: no ha sido Francisco un fundador de escuela que haya plantado los principios de una nueva corriente de pensamiento. Es uno que ha intentado vivir el Evangelio en los caminos, en las relaciones menores, en las angustias y gozos en que se ve envuelta y mezclada la vida de los humanos. Por eso mismo, redituvar la espiritualidad franciscana en los retos cotidianos es proporcionarle el dinamismo más suyo.

1. El reto de los “otros valores” franciscanos

Normalmente se hace hincapié en los valores franciscanos básicos: la paz, la minoridad, la alegría, la fraternidad, la sencillez, etc. Esos son, ciertamente, los grandes valores franciscanos. Pero hay otros como escondidos, menos decisivos, que quizá alguno de ellos no merezcan para muchos la categoría de “valores”. Creemos que están ahí y que pueden ser muy sugerentes. De hecho, conectan fácilmente con situaciones de hoy. Se verifica, una vez más, la capacidad iluminadora del espíritu franciscano.

Esos valores se presentan en muchas ocasiones no tanto como una realidad lograda, sino como un reto que, generalmente desde la sociedad, se nos hace a los franciscanos/as. Son retos humildes, que, por ello, corren el riesgo de ser desechados. Pero, como decimos, ahí se llega a verificar si la espiritualidad cobra rostro o es una realidad desencarnada y estéril.

a) Los valores de la sociedad de hoy

Cuando las encuestas sociológicas desgranar los valores que rigen en la sociedad de hoy los valores que arrojan son los siguientes (Ver: [obrasocial.lacaixa.StaticFiles](#)):

Tener unas buenas relaciones familiares	8,59
Mantener y cuidar la salud	8,22
Obtener un buen nivel de capacitación cultural y profesional	7,82
Tener éxito en el trabajo	7,82
Ganar dinero	7,81
Tener una vida sexual satisfactoria	7,75
Cuidar el medio ambiente	7,72
Superarse día a día	7,68
Tener muchos amigos y conocidos	7,63
Llevar una vida moral y digna	7,51
Respetar las normas	7,47
Respetar la autoridad	7,30
Disponer de mucho tiempo libre / ocio	7,06
Vivir como a cada uno le gusta sin pensar en el qué dirán	6,86
Preocuparse por lo que ocurre en otros lugares del mundo	6,54
Hacer cosas para mejorar mi barrio o mi comunidad	6,16
Invertir tiempo y dinero en estar guapo/a	5,43
Arriesgarse ante cosas nuevas e inciertas	5,12
Vivir al día sin pensar en el mañana	4,92
Preocuparse por cuestiones religiosas o espirituales	4,47
Interesarse por temas políticos	4,09

Un sencillo análisis nos daría como resultado esta clase de reflexiones:

- Predominan los valores materiales: salud, nivel profesional, éxito en el trabajo, dinero ocio, belleza, disfrute del presente. No es difícil percibir que el materialismo, que siempre ha estado presente en la vida humana, tenga hoy un lugar de preferencia, aunque sus manifestaciones concretas sean algo distintas.
- Hay también una serie de valores sistémicos: respeto a las normas, a la autoridad, etc. Aunque poco presente en las listas de valores, la pertenencia al sistema, la imposibilidad de escapar de él, la connivencia explícita con los valores al uso es, así mismo, un ámbito de valores presente.
- Pero entre los valores hay también un buen número de inquietudes relacionales: la familia, el medio ambiente, la amistad, la mejora del barrio o de la comunidad. Es un mundo de altruismo y generosidad que no logra oscurecer ni el materialismo reinante ni el egosísmo consagrado. No quiere decir que sean valores logrados pero, al menos, son valores anhelados. No es poco.
- Existen también valores de claro componente espiritual: una vida moral digna, preocupación por el otro, preocuparse por temas religiosos o políticos. Esto indica que el “espíritu”, el humano, no ha muerto aunque pueda estar en peligro

Ante este panorama se puede alimentar la esperanza que describe muy bien E. Sábato: “Les pido que nos detengamos a pensar en la grandeza a la que todavía podemos aspirar si nos atrevemos a valorar la vida de otra manera. Les pido ese coraje que nos sitúa en la verdadera dimensión del hombre. Todos, una y otra vez, nos doblegamos. Pero hay algo que no falla y es la convicción de que –únicamente- los valores del espíritu nos pueden salvar de este terremoto que amenaza la condición humana” (*La resistencia*, p.13). De esta manera podremos conjurar el real peligro de que la espiritua-

lidad humana (base de cualquier espiritualidad) pueda morir. Dice A. Mutis y J.M. Ruiz Portella en su *Manifiesto contra la muerte del espíritu*: “Lo que nos mueve no es la inquietud ante la muerte de Dios, sino ante la del espíritu: ante la desaparición de ese aliento por el que los hombres se afirman como hombres y no sólo como entidades orgánicas. La inquietud que aquí se expresa es la derivada de ver desvanecerse ese afán gracias al cual los hombres son y no sólo están en el mundo; esa ansia por la que expresan toda su dicha y su angustia, todo su júbilo y su desasosiego, toda su afirmación y su interrogación ante el portento del que ninguna razón podrá nunca dar cuenta: el portento de ser, el milagro de que hombres y cosas sean, existan: estén dotados de sentido y significación” (p.3).

b) Los otros valores franciscanos

Son, como decimos, valores que se convierten en retos, en propuesta concreta de vida. No pueden darse por logrados, sino que son posibles caminos para poner rostro en el marco de lo cotidiano a la espiritualidad franciscana:

- *El arte de disfrutar con poco*: La espiritualidad medieval hacía del ayuno y la mortificación prácticamente el núcleo de la verdad religiosa. Francisco no es un hombre de ayunos (recordar 3CtaI). Es sencillo y pobre en sus modos de vida, pero sabe disfrutar de eso sencillo, verdadero arte vital, ya que siempre la persona ha creído que para disfrutar mucho había de tener mucho. Disfrutaba con la música y le gustaba cantar (el vocablo canto tiene muchas acepciones en el índice de las biografías: antes de su conversión, en su enfermedad, en su corazón, en el camino, en francés, las alabanzas de Dios, los salmos y letrillas para Clara); había descubierto el valor de una mesa sencilla pero bien dispuesta (EP 66); por supuesto, era persona de captar la belleza enorme de ser parte de la tierra (Cánt); por eso era capaz de disfrutar incluso con los pobres de los caminos (1R 9,2: “deben gozarse cuando conviven...”).

Quizá el franciscano/a esté llamado/a hoy, particularmente entre los jóvenes que son por naturaleza quienes tienen más ansias de disfrute, a ver que la vida (incluso la vida cristiana) es algo para disfrutar. Habrá que romper esa idea de que lo cristiano es triste, para amargar al personal, para estropear la fiesta. Todo lo contrario, la fe y el disfrute han de ir de la mano, disfrute sencillo, eso sí. No es fácil aprender a disfrutar de la vida. Es preciso ser generoso, profundo, con capacidad de sorpresa, dejándose deslumbrar, con sentido del detalle. Disfrutar y enseñar a disfrutar de lo sencillo, he ahí el estilo de evangelización franciscana.

- *La marginalidad entendida como libertad*: Francisco es un marginal, no un marginado. Es uno que ha sabido vivir en el duro y estrecho límite de los márgenes, sociales, religiosos y aun fraternos. Pero ese estar en el margen es lo que le ha posibilitado el vivir en libertad. Desde ahí puede ser leída la *itinerancia*: el andar por los caminos, el no tener casa fija, el sufrir intemperies y aun desprecios (a veces de los propios hermanos, no olvidemos VerAl) ha forjado en él el talante de una persona libre; las *dudosas compañías* de las que Francisco a veces se ha rodeado, de pobres, leprosos, gente inculta, los campesinos de la época, le han capacitado para tratar a los poderosos con respeto pero con una cierta distancia, como diciendo que globalmente él estaba realmente en la orilla de los pobres (sus amistades con ricos (Jacoba, el conde Orlando son pocas, para los usos de la época); la *indocumentación* en la que él y sus frailes han vivido ha generado situaciones de mucho riesgo (la misión de Alemania), pero ha traído consigo épocas de total libertad para los menores; el no

tener *vivienda propia* ha creado en él y sus primeros compañeros una mentalidad de **fraternidad universal** y les ha “obligado” a mirar más al corazón de la persona.

Esto es lo que puede hacer ver que el franciscano/a si quiere realmente ser profeta en tiempos como los nuestros ha de cultivar un acendrado sentido de marginalidad, de periferia, de distanciamiento de los ámbitos de lo institucional. No habría de temer la intemperie que conlleva la libertad porque el verdadero amparo y techo del hermano menor es su propio hermano; es decir, la marginalidad habría de hacer crecer la fraternidad. Esto es lo que hace que el franciscano/a viviendo en la marginalidad no sea un marginado e, incluso, no se le amargue el corazón ante lo duro de la vida. Por estas mismas razones, la marginalidad le habría de llevar al franciscano/a a mirar con más benevolencia a los que también andan en la marginalidad y, con muchos menos recursos fraternos. Mucho de una nueva valoración del mundo de las pobreza comienza por una mirada nueva. Mientras no aprendamos a mirar con ojos nuevos, a pensar con mentalidad distinta, es muy difícil que el mundo de las pobreza nos sea asimilable.

- *La resistencia como fidelidad:* Podríamos decir que Francisco, como todas aquellas personas que han tenido claro un ideal de vida, ha sido un auténtico resistente. Resistió filialmente contra los Papas y los grandes eclesiásticos que no veían que aquel géneros de vida tuviera pies y cabeza (en el caso de Clara la resistencia será “lucha”, de ahí el singular documento del “privilegio de la pobreza, RCl 6); resistió ante sus propios hermanos al final de su vida cuando la Orden cobrara otros derroteros que los iniciales y se institucionalizaba yendo por un camino diverso al inicial (nunca cedió ante la conspiración contra la Regla, LP 106); resistió ante el empuje del dinero que siempre hacía mella en sus hermanos/as (caso del cesto y el novicio: LP 104).

El franciscano/a habría de desarrollar modos alternativos de vida que hagan frente a las maneras exclusivas, al pensamiento único, que usa como una de sus mayores armas esta sociedad de consumo nuestro. Habría de desactivar el argumento inconsistente de “todo el mundo...”. Informes con el PNUD o el FOESSA habría de ser de lectura habitual entre nosotros. El franciscano habría de generar pensamiento y actitudes en torno a sí para creer que las cosas en nuestra sociedad son como son, pero podrían ser de otra manera. Muchas veces la única forma de decirlo será con el lenguaje de los gestos. Los gestos no cambian la orientación general de la sociedad, pero es un lenguaje de futuro y por tanto temido por los poderosos. El franciscano/a habría de ser persona que mantuviera viva la utopía de una sociedad otra, distinta, donde toda persona pueda tener su parte de felicidad que Dios ha dado a todo ser creado.

- *La saludable disidencia:* Todos sabemos que Francisco puso mucho empeño en que él y sus frailes “fueran católicos” (1R 19,1-2), es decir, que no estuvieran mezclados con los movimientos heréticos laicales de la época. Pero él no es un hombre de curias y cabildeos. De alguna forma es un disidente fraterno, uno que incordia cordialmente. Lo vemos en su actitud con el Papa a quien dice en 1R prólogo 3 que hay que tener “reverencia”. Eso quiere decir: que se aprecia al Papa y lo que representa por causa de la fe, porque Francisco cree que la institución eclesial es mediación necesaria para el cultivo de la fe. No se aprecia a la estructura por su poder o por los beneficios que de ella se pueden sacar, sino porque ayuda al camino cristiano. Francisco es, así mismo, un disidente en la misma concepción de la VR. Él sabe, ha probado en sus carnes (quizá, como dice H. Felder, Francisco fuera recibido como oblatto en la Iglesia de san Damián que era un benedictino; recordar EP 68)) y no quiso su fraternidad estuviera estructurada en clases como lo estaban los monasterios; lo suyo era vivir en igualdad, en fraternidad. Es un disidente ante el tema de participar

en la estructura eclesial, puesto que no quiere que sus frailes sean obispos (2C 148). Es un disidente ante la estructura militar, no solo por su talante pacifista a ultranza, sino hasta por ciertos signos: dice que los frailes no vayan a caballo (1R 15,1-2) no sólo por la prepotencia económica que ello indica, sino también porque es el modo de los guerreros, de los que arrasan la tierra con sus guerras.

No habría que temer a una saludable disidencia dentro de la sociedad y de la Iglesia. No olvidemos que la fe cristiana tiene como origen a un disidente del judaísmo. La disidencia cuando se la mezcla a la fraternidad y a la acogida puede ser un elemento muy bueno para crecer en la fe evangélica. Porque la disidencia fortalece la comunión, ya que una comunión que es capaz de asimilar diferentes puntos de vista es una comunión fuerte; ayuda a la búsqueda, ya que la disensión es, con frecuencia, la respuesta a muchas preguntas fuertes; alumbra nuevos planteamientos, porque la disensión saludable no es algo cerrado sino que tiende a situaciones más humanizadas. Las adhesiones cordiales a priori y sin más se parecen un poco a las adulaciones de los “profetas de corte” que hacen la profecía que quieren escuchar los oídos del rey porque éste es quien realmente les paga. La disidencia dentro del hecho social no ha de llevar a una inhibición de nuestras obligaciones sociales sino, justo lo contrario, a construir una ciudadanía participativa y crítica, interesada por lo que pasa en la ciudad pero siempre desde la perspectiva de los criterios evangélicos. El franciscano/a no ha de ambicionar salir en la foto sino, más bien, construir una espiritualidad ciudadana que ayude a que todos los vecinos puedan disfrutar de una vida humana digna.

- *La experiencia de indignación:* R. Darío calificó a Francisco de “mínimo y dulce”, pero a veces, no lo parece tanto. Cuando Francisco, al final de su vida, ve que la Orden va por caminos que él no desea, reacciona como puede y no exento de una profética indignación. Renuncia al generalato (EP 106) pero no por su gusto sino como gesto indignado frente a quienes aspiran a puestos de relevancia; nombra a fray Bernardo ejemplo de la Orden (Flor 4) porque él dio toda su fortuna, mayor que la de Francisco, a los pobres; nombra la Porciúncula como convento modelo de la Orden en el momento en que los frailes se instalan; renuncia a la palabra y a los puestos de honor (capítulo contado por J. Giano) en el momento en que todos ambicionan puestos; renuncia al hábito a la hora de la muerte, queriendo morir desnudo, no tanto por causas de pobreza y humildad sino para echar en cara a los religiosos el tráfico de reliquias que se preparaba con él y que, al parecer, era una fuente de divisas en la edad media. Estos gestos de dureza profética nacen de una fraterna experiencia de indignación ya que no se tiene otra manera a la mano de decir que no se está de acuerdo.

La experiencia de indignación es, dicho de forma sencilla, sentir y dar cuerpo a un ¡basta ya! ante las situaciones de fuerte opresión que nos rodean y de las que hacemos parte. La indignación no es un enrrabietamiento estéril sino un dinamismo, una fuerza para percibir la institucionalización de tres grandes pecados actuales: el insulto a los pobres, la ignorancia culpable y la tomadura de pelo que es la pretendida globalización. Dice J. Sobrino: “si hemos perdido la capacidad de captar dónde hay ‘insulto’ entonces es que lo primigeniamente humano está en trance de extinción”. La indignación sólo puede ejercerse de verdad si se hace contra los propios intereses. Es decir, estar indignado por lo que otros hacen a los pobres sin que eso modifique mis modos de vida concretos es una hipocresía. Por eso la indignación hay que ejercerla en cosas lo más cercanas posible, para que no se desvirtúe, porque una indignación teórica, de salón, sólo para mítines de ocasión, es cosa de bien poco fundamento. Quien se indigne de situaciones sociales injustas ha de saber mirarse a

sí mismo, no para frenar su indignación social sino para crecer en coherencia y lograr así que la denuncia sea más fuerte, más posibilitadora.

c) *Franciscanos/as en lo cotidiano:*

El entramado diario, como hemos indicado, hace brotar una serie de retos que el franciscano/a haría bien en acoger. Ello da pie a actitudes que pueden hacer que esos retos prosperen. Enumeramos algunas de ellas:

- *Difundir la espiritualidad del disfrute sencillo:* Ya que no ha tenido buena prensa, aunque en el arte del disfrute sencillo se encierra una gran capacidad de conexión con lo elemental, lo diario de la vida. Desde ahí, el franciscano, él mismo, ha de ser una personas disfrutante y favorecedor del disfrute. Es preciso mostrar que estamos hechos más para la alegría que para el trabajo, más para el gozo que para la organización.
- *No abandonar las trincheras cercanas:* Porque la vida de los sencillos está llena de pequeñas “batallas” de las que depende su supervivencia y su sentido. Son trincheras comunes: la vivienda, el trabajo, la enfermedad, etc. No huir de esas trincheras de cada día; tratar de colaborar en modos lo más eficientes posible en tales luchas.
- *Encajar pacíficamente las consecuencias de una actitud crítica:* porque el sistema no es manco y a quien lo cuestiona en la arena de la calle, en el marco de lo diario, fácilmente se le excluye, se le censura y hasta se le calumnia. No abandonar el sentido crítico, la denuncia social, aunque pueda haber represalias.
- *Mostrar indignación:* No guardarla en el cuarto oscuro del propio corazón o en el pequeño ámbito doméstico de puertas cerradas. Manifestar la indignación cuando está en juego la vida de los débiles. Indignación pública contra el hambre, contra la guerra, contra la explotación de los colectivos débiles y minoritarios. Indignación ante la falta de misericordia, de equidad, de amparo a quien está más desprotegido. No está reñida esta indignación con el talante franciscano.
- *Una disidencia fraterna:* Porque no podemos olvidar que provenimos de un disidente (Jesús) y de un hermano, Francisco, que, en formas fraternas, reverenciales, ha sabido mantenerse en un estilo de vida que en sí mismo constituía una fuerte crítica al sistema social y eclesiástico. No temer llevar el sambenito de disidente, de quien va en contra de la corriente, de “descontento”. El sistema estigmatiza a quien no marcha en la misma dirección que todo el mundo.
- *La primacía intocable de la persona:* Antes que cualquier norma, antes que cualquier ordenamiento jurídico, antes que la fuerza del derecho. La persona vive en la cotidianeidad, por eso es preciso optar por ella si se quiere uno/a situar en lo diario. Esta “profesión de fe” en el valor innegociable de la persona es, por evangélica, necesaria para la espiritualidad de lo cotidiano.

Ante estas reflexiones, posiblemente se aduzca, todavía, su inconcretez. Y, efectivamente, son planteamientos inconcretos. Necesitan esa verificación en los polvorientos caminos de cada día. Pero, de cualquier modo, el franciscanismo pretende vivir su utopía en los caminos más sencillos, en las plazas y calles de la ciudad, en la soledad del campo, en los ámbitos sociales más conflictivos, más necesitados de horizonte. “El franciscano tiene gran fe y esperanza en el futuro y, aunque esté seguro de que nunca

alcanzará el ideal utópico, no por ello desistirá de ir tras él y de acercarse lo más que pueda. Es por naturaleza optimista y no deserta de las posibilidades divinas y humanas que se le ofrecen. Por eso siempre lo encontramos en camino y actitud de desarraigo y de despedida, siempre abriendo nuevos derroteros y nuevos campos de acción y siempre dispuesto a cederlos a otros para que lo continúen y hasta lo disfruten” (J.A.Merino, *Humanismo franciscano*, p.304-305”.

2. El reto de controlar los miedos para que brote la esperanza

Es preciso caer en la cuenta, de entrada, cómo la fe cristiana, hecha para liberar, ha colaborado a aumentar los miedos ancestrales. Éstos son anteriores, estructuralmente profundos, enraizados en los albores de lo humano. Pero el hecho religioso los ha exacerbado, los ha mantenido verdeantes. Dice el escritor U.Eco: “La risa sigue siendo algo inferior, amparo de los simples, misterio vaciado de sacralidad para la plebe...La risa distrae, por algunos instantes, al aldeano del miedo. Pero la ley se impone a través del miedo, cuyo verdadero nombre es temor de Dios...Al aldeano que ríe, mientras ríe, no le importa morir, pero después, concluida su licencia, la liturgia vuelve a imponerle, según el designio divino, el miedo de la muerte” (*El nombre de la rosa*, pp.677-698). El Evangelio que estaba hecho para ahuyentar miedos, mediante el mecanismo religioso, los ha exacerbado. Ha vivido Jesús sin ningún miedo a las personas, ni siquiera ante quien llegó a traicionarle. Por eso, es llamativo que el Evangelio no opone la fe a la incredulidad, sino que lo contrario a la fe es el miedo. De ahí que Jesús no se canse de decir a los suyos: “No tengáis miedo” (Mt 10,26-31; Mc 4,40). Para él, quien tiene miedo, tiene débil la adhesión a él; quien mira al otro con aprecio y lo trata sin temor está demostrando que ha entendido que el reino es la nueva relación entre las personas, sin temor, sin rechazo, con acogida constante. Por eso, para el Evangelio alejar el temor es sinónimo de crecer en la fe.

Como dice J.A.Marina, el miedo es un sentimiento proliferante y contagioso que varía según la experiencia, que afecta a ámbitos individuales y también colectivos en indudable interacción, que pueden ser innatos y adquiridos, normales y patológicos. El miedo se basa en la ignorancia, en el desconocimiento; se teme aquello que se ignora, con lo cual temer puede ser como una forma de preguntar. Pero también resulta evidente que el miedo va emparejado con la esperanza (J.A.Marina, *Anatomía del miedo. Un tratado sobre la valentía*, pp.13-41). No es fácil controlar el miedo, vivir en valor y fortaleza. El temor anida en las estructuras más elementales de lo humano, se ha filtrado en los componentes básicos de la intimidad más personal. Quizá sea imposible vivir sin el sentimiento de miedo, pero ¿por qué no aspirar a un cierto control? ¿Por qué no trabajar por aquellos mecanismos sociales que, utilizando el miedo, hacen su agosto? ¿Por qué no intentar construir un tipo de espiritualidad y un estilo de vida donde la confianza sea el elemento directivo y el miedo tenga que someterse a él? ¿Por qué no entender la espiritualidad franciscana como una escuela donde controlar los miedos para que brote más límpida la esperanza?

a) La industria del miedo

El sentimiento de miedo ha amparado siempre mil opresiones. Ahora, en nuestros días, ha generado una próspera industria que es preciso desenmascarar. Si no, los viejos miedos ancestrales se mutarán hoy en actividades económicas que tendrán un efecto dominante, devastador, sobre el camino humano. Vivimos en una sociedad asus-

tada. Vamos creciendo en miedos, son acumulativos. Nos estamos convirtiendo en una sociedad gobernada por ellos en una sociedad, como hemos dicho, obsesionada por la seguridad. Cuanto más seguros objetivamente estamos, más inseguros subjetivamente nos sentimos y demandamos una mayor protección haciendo crecer una paradójica espiral. Cuando uno alcanza ciertos niveles de seguridad y de protección aspira a una seguridad absoluta. Vivimos un tiempo de incertidumbres que nos hacen sentir vulnerables, que a lo mejor no sabemos nombrar ni definir, que tiene que ver con lo social, lo económico, lo afectivo y al final lo derivamos a otro tipo de inseguridades o amenazas más evidentes, cuando realmente la incertidumbre es otra. Desvelamos algunos parámetros de esta industria del miedo:

- *Miedo a la pérdida de bienestar:* Antigamente le miedo básico era el de perder la vida. Hoy, al menos en los países desarrollados, el miedo es a la pérdida del bienestar, del tren de vida al que nos hemos subido. Para conjurar este miedo, para que ese bienestar no peligre, los países ricos son capaces de las mayores tropelías en materia de mercados, de medio ambiente, de flujos migratorios. La imposibilidad de llegar a las propuestas del 0,7% o de los Objetivos del Milenio está demostrando con evidencia que no estamos dispuestos a renunciar a nuestro bienestar ni un ápice. Todo aquello que amenaza este bienestar es visto como enemigo y tratado como tal. Se genera así un temor planetario inducido por nuestra incapacidad para engendrar modos de vida más igualitarios.
- *El miedo como arma política:* Es una forma tremenda de control. El sentido de todo poder político es que la ciudadanía se sienta amenazada, y se van actualizando esos miedos porque necesitan que nos sintamos vulnerables. Es un uso político que evidencia cómo el estado ha fracasado en aquello de lo que prometía protegernos. Para ello, nos distrae de las preocupaciones reales y nos hace pensar en otras como si fueran más graves. Gran parte de la política mundial tiene como objetivo mantener altos los niveles del miedo para poder así conservar el poder. Y, desde ahí, se entiende que se engendre una gigantesca industria del miedo concretizada en la industria de las armas, de toda una serie de productos bélicos, de increíbles presupuestos para la defensa, etc. Hay quien llega a decir que únicamente la guerra es la que reactiva la economía.
- *Una información que amedrenta:* Los grandes medios de comunicación actúan, con frecuencia, como informadores y mensajeros de los señores del miedo. Más aún, el temor es algo muy atractivo para los medios informativos porque saben que al otro lado está un lector temeroso y la información sobre el temor vende, hace subir el número de suscriptores, de audiencia. Es la industria informativa del miedo que no teme desenfocar la realidad y generar una información perversa con tal de venderse. Es evidente que los medios desempeñan un papel fundamental a la hora de difundir y magnificar el miedo.
- *El temor a la pérdida de trabajo:* Un miedo que maneja el capitalismo con todo descaro: si usted rechaza este trabajo precario, otro lo tomará. Y si se queda sin trabajo, se ha subido usted al tren de la marginación, de la exclusión, del no ser. Repetido este mensaje por activa y por pasiva, desconsiderada la persona en otros valores que sean distintos al meramente productivo, la sociedad del bienestar cae bajo este temor y llega a estigmatizar, como a un auténtico marginado, a quien ha sido desechado del mundo del trabajo. El esfuerzo por mantenerse en ese ámbito laboral lleva a las mayores indignidades y a las opresiones más rechazables.
- *Las florecientes empresas de seguridad:* Que aumentan sus efectivos en toda clase de lugares públicos y privados. Nos estamos acostumbrando a ver cámaras

de vigilancia hasta en las mismas iglesias. Las humillaciones que el ciudadano medio sufre en los registros de estaciones, aeropuertos, tiendas, etc., no las habría aguantado un hombre de la edad media. El ciudadano cree que, cuanto más protegido está por tales empresas, más seguro está. Pero en realidad, y por la dinámica expansiva de cualquier empresa, éstas buscan que la inseguridad persista y aumente, para que aumente también su propio negocio. Así, el ciudadano que se creía más seguro, cae en las redes de una mayor inseguridad ya que estas empresas, por su afán lucrativo, se convierten, de algún modo, en una amenaza más.

- *El miedo a la crisis económica:* Miedo que justifica la intervención del Estado con cantidades exorbitantes para paliar la ambición de los “señores del dinero” mundiales, con la evidente sospecha de que es el ciudadano normal quien va a pagar semejante intervención. Pero el desarrollo entendido como crecimiento económico hace que no solamente los políticos, sino los sindicatos, los grupos ciudadanos, la Iglesia por supuesto, y el mero ciudadano medio, callen como muertos mientras los que han llevado a esta situación se frotan las manos porque ven que su avaricia no va a ser causa de su condena, sino de un nuevo resurgir económico. Este mecanismo infernal no hace sino atrapar a la persona, despojarle de los mecanismos de la dignidad, paralizarle para idear maneras distintas de entender y vivir el hecho económico.

b) Una espiritualidad alejada del temor

Francisco de Asís es una persona que ha llegado a controlar sus miedos porque ha mirado al otro como hermano, no como enemigo que acecha a la puerta. Por eso ha escrito en su 1 R 7,14: “Y todo aquel que venga a los hermanos, amigo o adversario, ladrón o bandido, sea acogido benignamente”. Esto también lo ha aprendido Francisco de Jesucristo. Él ha acogido a todos sin temor porque veía más allá de las apariencias sociales o morales. ¿Cómo ha llegado Francisco a vivir sin temor? Ciertamente porque ha copiado en su vida las actitudes de Jesús. Y, como decimos, la vida de Jesús ha sido una vida valiente no por un arrojo especial, sino por su inquebrantable fe en el valor y dignidad de toda persona. Pero, además, Francisco ha logrado superar el miedo porque ha eliminado de su vida todo juicio condenatorio sobre las personas, porque no ha tratado nunca con desdén a nadie, porque ha controlado el afán de apropiarse del otro, porque ha conseguido sobrepasar las meras apariencias de las personas para ver qué hay más allá de ellas descubriendo el rostro de una persona amable a quien era necesario acoger, amparar, abrazar. Vivir así tiene que ser una maravilla. Por eso nos atrae tanto la vida, insignificante y pobre, del hermano Francisco. Veamos algunos textos:

- *No les tengáis miedo:* Cuando en 1 R 16,17-21 Francisco anima a los hermanos a ir por el mundo “abandonando sus cuerpos al Señor Jesucristo”, es decir, poniendo en manos de Jesús la confianza que puede hacer que su visión de la vida sea realmente fraterna, cita el texto de Lc 12,4: “No les tengáis miedo”. Ir con miedo sería como ir sin confianza. Y sin ésta, todos los fantasmas del temor se levantan y paralizan al creyente. La confianza de Francisco está hecha de una mirada benigna sobre la realidad, como una vuelta a la bondad original de la persona que piensa que en el fondo de toda realidad puede brotar la fraternidad.
- *Ni temor ni ignorancia:* Francisco ha meditado hondamente los mecanismos de la estructura humana. Y ha llegado a la conclusión de que para alejar el temor y la ignorancia, que es su hermana, no hay otro cauce que la “caridad y la sabidu-

ría” (Adm 27,1). Es decir, los temores se controlan con una visión fraterna de la realidad y con el sentido crítico activado. Amar la realidad con ojos abiertos, acoger la historia con un abrazo que sabe distinguir, entender los días con benignidad pero también con sentido común. Alejar temores, engendrar esperanza, es obra de una persona que ha transitado los caminos del amor hondo y de la conciencia lúcida. Aunque, en definitiva, y como diría el mismo san Pablo, la cuestión está en la caridad, en el amor, en la benignidad: “La santa caridad desbarata... todos los temores carnales” (SalVir 13).

- *Actuaré con confianza y no temeré*: Francisco, todos lo sabemos, compuso el OfP desde su más honda experiencia de Dios. Al apropiarse las frases de los salmos o de otras partes de la Escritura, desvelaba sus grandes anhelos. En OfP 14,2 dice con Isaías 12,2: “Tú eres mi Dios y salvador, actuaré con fianza y no temeré”. La profundidad de su experiencia de Dios ha abierto para él el camino de la confianza y ha cerrado las sendas del temor. No ha sido la suya una mera experiencia religiosa, sino vital que ha configurado su manera de pensar y, sobre todo, su manera de vivir. Si su vida no hubiera estado marcada por la turbación, podríamos sospechar que estas palabras suyas eran meras expresiones religiosas. Pero habiendo sufrido, sobre todo al final, una auténtica “noche oscura”, es preciso dar a estas manifestaciones toda su densidad.
- *Llégate a mí confiado*: Según 1C 49-50, el hermano Ricerio, compañero de Francisco, estaba pasando una época de grandes temores. Francisco le llamó y le dijo: “Hijo, no te turbe ninguna tentación, ni pensamiento alguno te atormente, porque tú me eres muy querido, y has de saber que, entre los que estimo particularmente, eres digno de mi afecto y familiaridad. Llégate a mí confiado cuando gustes y háblame apoyado en la familiaridad que nos une”. Es el lenguaje no solamente del cariño, sino también de la total confianza. Ésta es capaz de conjurar los temores que anidan en los pliegues del alma.

Puede que estos pocos rasgos no constituyan una espiritualidad sobre la confianza bien armada y suficiente para conjurar los grandes temores que nos afligen en nuestro caminar de hoy. Pero puede servir para incitar a la confianza, para contener el avance del temor que tiende a copar todos los nichos del existir humano.

c) Una vida franciscana audaz

VC 63 habla de una respuesta “audaz” de la VR a los desafíos del momento presente. Y añade: “Las dificultades provenientes de la disminución de personal y de iniciativas, no deben en modo alguno hacer perder la confianza en la fuerza evangélica de la vida consagrada”. ¿Qué riesgos habría de correr la vida franciscana para que fuera reflejo de esa confianza honda en quien se dice que confía? Señalamos:

- *Vivir el riesgo de cerrar y de abrir*: Ya que cada día se impone con más premura la reordenación de las presencias, por mucho que se desarrollen estrategias que tiendan a retrasar este momento. Le hace falta a la VR un vigor para “morir” que viene del mismo Espíritu de Dios. Por eso mismo, cerrar es ya signo de profecía. Y también lo es la confianza para abrir, para apreciar los nuevos caminos, mirando todo esto con flexibilidad para no confundir el fracaso con la agilidad e inmediatez de los planes de vida.
- *Vivir el riesgo de los grupos reducidos*: Más allá del no disponer de más miembros, de contar con fuerzas exiguas, los grupos pequeños vehiculan mejor el seguimiento con Jesús, porque éste funciona con estructuras sencillas y

aun frágiles. En estos grupos reducidos las dinámicas fraternas que llevan a construir procesos de vida fecundos encuentran para ello un marco más propicio, cosa que en los grupos grandes encuentra dificultades insalvables.

- *Vivir el riesgo de los lugares despojados:* dejar los centros, optar por los barrios, por la periferia. La profecía, incluso la social, se genera en los márgenes. El avasallador fenómeno del urbanismo no tendría que engullir a los grupos franciscanos. Como Francisco, han de encontrar su sitio en las periferias e incluso en los mundos abandonados, rurales, donde el fenómeno del urbanismo ha sembrado la sal del olvido.
- *Vivir el riesgo de una historia por hacer:* No anclarse en la nostalgia de los tiempos pasados, en los museos, centenarios, bodas de plata/oro/diamantes/platino, en las canonizaciones, etc. Todo esto habrá que recogerlo, pero quedarse ahí sería malgastar fuerzas. Apasionarse por la historia nueva que va surgiendo hoy, incluso por la futura. Leer con pasión este momento de la sociedad, lo vivo de los movimientos humanos.
- *Vivir el riesgo de la fusión:* Porque es muy difícil sustraerse a la sensación y a la evidencia de que hay demasiados modos de vida franciscana iguales, demasiados ideales parecidos, demasiados planes calcados unos a otros, aunque tengan su lado peculiar. Quizá sea más fácil fundir espiritualidades que fundir congregaciones. Y todo esto no habría de hacerse por razones de eficacia sino, sobre todo, de eclesialidad, de familia universal, de aprecio de los ámbitos grandes de la fe, más allá de los pequeños límites de la parcelita del propio carisma.
- *Vivir el riesgo de una nueva visión de lo económico:* Ha llegado la hora de ir poniendo conciencia al dinero, una conciencia en la línea de la humanización y de la solidaridad. Para ello, hay que comenzar por asumir las responsabilidades personales en todo este asunto, suscitando la conciencia de pertenencia a este mundo de lo económico. Y, junto a ello, el cultivo continuado y práctico de la generosidad a todo nivel, ya que, según el Evangelio, la generosidad puede iluminar situaciones de vida complicadas y temerosas (Lc 11,34).
- *Vivir el riesgo de una Vida Religiosa mezclada:* Porque, como hemos dicho más arriba, estamos demasiado aislados, demasiado desconectados, demasiado en nuestros “castillos”. Y no olvidemos que la lejanía no hace sino aumentar los temores, mientras que la cercanía engendra confianza. La mezcla con otros ámbitos no puede disminuir la intimidad, porque el grupo vivo sabrá encontrar esos momentos necesarios para sus cultivos más peculiares.
- *Vivir el riesgo de una nueva espiritualidad:* En torno a una idea de Dios nueva, no intervencionista, mezclado a la vida, sustento de nuestros movimientos más básicos; en torno a una nueva idea de historia, más ahondada, entendida como “trasmisión tradente” (Zubiri) como realidad viva que se me entrega y que voy a entregar a otros/as; en torno a una nueva idea de persona, con la solidaridad activada y actualizada. El inmovilismo ideológico engendra fantasmas, mientras que la flexibilidad mental termina por cercar a los miedos..
- *Vivir el riesgo de las pasiones activadas:* Dado que la Vida Religiosa ha estigmatizado la pasión, habría que pedir pasiones a Dios, vida activada, afán de búsqueda, interrogante, imaginación positiva. Y, por supuesto, vivir, como Pablo, la pasión por Jesús, por la evangelización y, sobre todo, por la comunidad, por la ancha comunidad del mundo. El miedo mata la pasión; y, si ésta muere, el temor se desborda y copa todos los rincones.

Podría que estas estrategias no lograrán contener la avalancha del temor tal como hoy se da en nuestra sociedad. En realidad, el franciscano/a no está llamado a ser “salvador” del mundo, sino simple colaborador de un estilo de vida distinto. En ese sentido, lo importante no será la cantidad de confianza que pueda aportar para contrarrestar el mundo del temor, sino la calidad de tal confianza, su hondura, su benignidad, su resistencia para no claudicar ante las avalanchas del miedo. Y desde ahí, pensamos que la espiritualidad franciscana tiene su lugar.

Por otro lado, la mirada sin doblez de Francisco sobre la vida puede ser hoy un bálsamo social si los franciscanos/as logran contagiar confianza. Mirar el mundo en maneras franciscanas requiere sobrepasar cualquier limitación y situarse en ese terreno extraño y hermoso donde brotan la bondad y la belleza. Y, desde ahí, entender que toda realidad es amable y hermana. La aparente ingenuidad de un planteamiento tal, no habría de desbancarnos de su verdad y de su necesidad. En el marasmo de temores que azota nuestra vida se escucha también la demanda de quienes piensan que la confianza es nuestra única salida.

3. El reto cotidiano de la paz

La vida cotidiana es el espacio donde se manifiesta en cada acción y cada comportamiento las relaciones que hemos establecido con los demás y con la naturaleza para satisfacer nuestras necesidades en un momento histórico determinado. Es el ámbito donde la vida se concreta en mil acciones que se repiten a diario y que tomamos como algo tan familiar y conocido que no nos paramos a pensar que es lo que se esconde detrás de esta realidad tan normalizada y naturalizada, incluso hasta el punto de que la vivamos como la única realidad posible.

Pero la cotidianidad oculta detrás de esa aparente normalidad un campo lleno de conflictos y malestares invisibilizados que no solemos analizar más allá de sus efectos. Solamente una actitud crítica frente a esa "normalidad" nos puede proporcionar claves de comprensión sobre la génesis de este espacio de lo cotidiano donde se funden y se concretan los procesos macro y micro sociales de nuestra formación social y donde somos simultáneamente producto y productor de nuestro entorno. La vida cotidiana representa por tanto un campo idóneo para, desde una concepción multidisciplinar intervenir, investigar y trabajar para una transformación social profunda hacia la construcción de una Cultura de Paz.

Por eso, no nos ha de extrañar que situemos el tema de la paz en el marco de los retos cotidianos. Es en lo diario donde hay que ir verificando si esa Cultura de la paz va haciéndose vida en nuestras actuaciones personas y comunitarias. Francisco de Asís no ha elaborado ninguna teoría sobre la paz ciudadana y social. Él, simplemente, ha actuado en conflictos ciudadanos tratando de aportar un poco de cordura y de sosiego para que brotara la rara planta de la paz. Francisco de Asís se llega hoy hasta nuestras calles, entra en nuestras casas impregnadas de violencia, en nuestros estadios de fútbol tan agresivos, en nuestras asambleas sociales tan crispadas, en nuestro propio interior tan extraño a veces y nos anima a alejarnos lo más posible de los modos de la violencia, a tener por una certeza incommovible que la paz es más productiva que la violencia y que el destino de lo humano es la fraternidad, cosa que se logra en el trabajo por erradicar toda suerte de violencia. Si por algo sigue viva la figura de Francisco en nuestra sociedad es por haber sido hombre de paz, que es lo mismo que decir hermano de todos sin distinción. Esa ha sido su mejor aportación al caudal de vida de la historia.

a) La paz en el camino de la VR

Leyendo en una revista religiosa un artículo titulado “Contribución camaldulense por la paz” nos encontramos con esta frase: “Es posible imaginar que la VR contribuye, en su pequeñez, a formar hombres y mujeres apasionados por la paz y, por lo tanto, determinados a hacerse operadores de la paz en el contexto fuertemente conflictivo de nuestro tiempo”. Me llamó la atención que esto lo afirmaran los camaldulenses que parece que viven aislados en el yermo. Pero si aun estos hermanos que viven la vida eremítica han entendido que la pasión por la paz es elemento decisivo de su vida, cuánto más lo será para los religiosos/as que bregamos en contextos ciudadanos de vida. Apasionados por la paz. Solamente con esa pasión pueden entenderse bien las bienaventuranzas de la Biblia: “Dichos los que aman la paz” (Tob 13,16). “Dichosos los que trabajan por la paz” (Mt 5,9).

No cabe duda de que los religiosos/as somos amantes de la paz. Deseamos la paz, rezamos por ella, nos lamentamos y sufrimos por las violencias y las guerras. Tampoco cabe duda de que siempre ha habido entre nosotros, y en todas las épocas, verdaderos apóstoles de la paz, gente que sembradora de paz y pacificadora de vidas y pueblos. Pero hemos de reconocer que, como colectivo social, nuestros trabajos por la paz ni están coordinados ni llegan a cobrar el rostro social que necesitan. Personalmente somos gente de paz; colectivamente no influimos en los conflictos sociales. Nuestros carismas son múltiples; pero muy pocos grupos religiosos tienen a la paz en el centro de su carisma. Hacemos mil aportaciones humanizadoras a la sociedad, pero, como colectivos, son muy pocos los que se deciden a hacer mediación de paz (aparte de las comunidades de san Egidio, ¿conocéis alguna otra?). Hay aquí una senda por descubrir.

Además, un análisis global, poco matizado, escuchado con frecuencia en nuestras casas es que la paz está ausente en nuestro mundo. Y en gran parte es cierto: basta abrir las páginas de cualquier periódico o asomarse a la venta de un telediario para percibir con estremecimiento cómo nuestro mundo está mezclado a la más dura violencia. No solamente las guerras (más de 33 conflictos armados, bullentes, en nuestro mundo), las violencias a los débiles (mujeres pobres, niños explotados, desplazados sin arraigo), la enorme violencia (la mayor de todas) de un anunciado encarecimiento de los alimentos que, según dicen, va a durar 10 años, cosa que pone a millones de personas literalmente al borde de la muerte. Estremecedor.

Pero los religiosos/as, para animarnos, para animar, habríamos de poner también en la balanza las sendas de paz que lentamente andan los humanos, los pequeños logros que vamos consiguiendo. Es fácil que, siendo gente que ama la paz, ni siquiera nos hayamos percatado de ellos, no los racionalicemos y pensemos, no los celebremos. Voy a consignar tres muy recientes:

- En mayo de 2007 se forma un gobierno de paz en Irlanda del Norte. Cuarenta años de guerra fratricida; más de tres mil muertos, miles y miles de heridos, innumerables familias destrozadas. Y, sin embargo, tras un calvario tan largo, ¡se llega a la paz! ¿Qué comunidad religiosa celebró ese día este acuerdo, quién agradeció al Señor por los “artífices” de esta paz? Aquel día el corazón del Padre, ansioso de paz, se estremeció de amor por sus hijos los hombres que, a pesar de todo, siguen buscando la paz.
- En noviembre de 2007 se firma en la ONU una moratoria de la pena de muerte, rogando a los países que aún la tienen en la legislación que no la apliquen. Imaginemos que llegamos a la abolición de la pena de muerte legal. Un paso enorme hacia aquel mundo nuevo soñado por Ap 21,4 en que ya no habrá “*ni muerte ni*

luto ni llanto”. Si abolimos una causa de muerte, quizá podamos soñar con abolir todas. ¿Cuántas de nuestras comunidades se estremecieron de júbilo ante una noticia así? No creamos que estamos hablando de poca cosa: en el 2006 fueron ajusticiadas legalmente más de dos mil quinientas personas en el mundo. Es cierto que hay otras muchas causas de muertes (guerras, terrorismo, violencias de género, etc.). Pero si “taponamos” una de las bocas de la muerte, su dentellada será menos dura, el día del Reino estará más próximo.

- En mayo de 2008 se llegó a un acuerdo internacional que veta las mortíferas bombas de racimo. Una victoria para la humanidad, aunque haya países, como USA, que no firmen el acuerdo. ¿Quién de nosotros/as se alegró de esto por todos los niños que van a ver salvada su vida por este acuerdo? ¿Quién se siente “encogido” cuando le dicen que uno de los fabricantes de estas bombas era Expal (Explosivos Alaveses)? ¿No merece la cosa una acción de gracias ante Dios por quienes trabajan a estos niveles por la paz?

Habrà quien crea que éstas son cosas que nos superan. Y, además, hay que dar la razón a quien dice que la obra de paz hay que hacerla, primeramente, en el propio corazón y luego en el entorno, “a un kilómetro de casa”. Esto es totalmente cierto y, sin ello, hablar de paz es música celestial. Pero también hemos de ser profetas de la paz en nuestra sociedad contra viento y marea, contra nuestro propio viento de egoísmo y falsa tranquilidad y contra la marea de una sociedad que, no pocas veces, funciona en parámetros de violencia. Gente de paz que profetiza la paz y que contribuye, de alguna manera, a que sea efectiva en nuestra sociedad. Para ello es preciso estar crecientemente interesados, crecientemente formados, cada vez más sensibles. Hemos de aprovechar todos los cauces a la mano para llegar a tocar esa fibra sensible de la pasión por la paz y animarnos a poner nuestro grano de arena en este edificio aún por construir que es la paz entre los humanos. El Instituto de Vida Religiosa puede ser este año una instancia de elaboración de espiritualidad de paz.

La gran pregunta que las generaciones futuras harán a la VR no será cuánto rezasteis, cuántas vocaciones tuvisteis, cuántas obras llevasteis adelante, cuántos santos salieron de vuestras filas. La gran pregunta del futuro será ésta: ¿Qué hicisteis por la paz? La VR de Euskalherria, salvo honrosas excepciones, no ha llegado a responder colectivamente a esta pregunta. Aún es tiempo. Hemos de animarnos, porque para entrar las sendas de la paz, de la no violencia activa, de la pasión por la fraternidad siempre es tiempo. Los trabajos por la paz son trabajos bien pagados: nos abren a una nueva visión del Evangelio y a una nueva visión de la sociedad. Con ello, adquirimos sentido y, sobre todo, concretamos el seguimiento de Jesús. Todo ganancias.

b) Francisco, constructor de paz

La espiritualidad franciscana, espiritualidad de piedad y de acogida, puede ser un antídoto contra el componente violento de nuestra estructura. Francisco, hombre que ha participado en la violencia de la época pero que percibió con claridad la inutilidad de tal camino entregándose de lleno a la paz y a la ternura, puede ser luz para nuestros a veces difíciles caminos. Veamos algunos de sus rasgos:

- Francisco puede enseñarnos sobre esto porque ha ahondado notablemente en el interior de la persona. Por eso dice en Adm 10,2: “*Cada uno tiene en su propio interior al enemigo*”. No hay que ir lejos para descubrir las raíces de su violencia más personal. Por lo que es necesario hacer un continuo trabajo de discerni-

miento, de control, de curación de ese interior herido para que brote la paz y la tolerancia como caminos que abren a una verdad nueva sobre la persona.

- Más aún, san Francisco sabe que el secreto de esto se halla en la mirada, en la perspectiva con la que enfocamos a las personas. Depende de cómo se valore a las personas y a las cosas, tendremos como resultado el amor y la acogida o el rechazo y el menosprecio. Por eso dice en la conocida CtaM 9: *“Que no haya en el mundo hermano que, por mucho que hubiere pecado, se aleje jamás de ti después de contemplar tus ojos sin haber obtenido misericordia”*. Esa nueva mirada al corazón de la persona es la única que puede mantener a raya la violencia.
- No creamos que todo esto es en Francisco un lirismo vacío. Él participó en peligrosos procesos de pacificación personal. Es ejemplar aquel de la enemistad profunda que reinaba entre el Obispo de Asís y el Podestá, el Alcalde, tal como se narra en EP 101. Suena un poco a ingenua florecilla franciscana, pero a la base hay algo hermoso: el Alcalde y el Obispo, feroces enemigos, se reúnen en una mesa para escuchar el Canto de las Criaturas de Francisco que cantan sus compañeros. Es un canto que declara dichosos *“a quienes perdonan por tu amor”*, a quienes entran en la senda del perdón y se apartan de la inquina y la violencia. Y el milagro del perdón, siempre sorprendente y nuevo, se produce. Porque si son capaces de unirse para escuchar aun hombre de paz, eso quiere decir que ellos mismos, en el fondo, anhelan vivir en paz. El diálogo deshiela los corazones abriendo vías insospechadamente nuevas para la solución de los conflictos y sus violencias.
- Dice san Buenaventura en LM Pról.1 que Francisco estaba destinado *“a preparar al Señor un camino de luz y de paz en el corazón de los fieles”*. Dar luz y paz, he ahí la obra de Francisco: luz para percatarse y discernir con claridad lo que somos y lo que hacemos; paz para aceptarnos en nuestra limitación y cobrar ánimo construyendo una senda de benignidad y hermandad.

Recientemente decía el cardenal Carlos Amigo que “la máxima ley de la Iglesia es la misericordia, incluso cuando los errores son muy graves”. Así debiera ser porque quien es capaz de ejercer la misericordia, aun en caso de errores graves, siembra paz y conjura la violencia. No pocas de nuestras reacciones violentas son derivaciones de evidentes faltas de acogida y de amor. Cuando éstas se dan, la violencia personal y social se desactiva. No nos pueda el desánimo creyendo que es imposible desalojar a ese inquieto violento que está de siempre en nuestro corazón. Dice J. A. Marina: “La historia de la humanidad es la historia de sus múltiples naufragios. Pero como escribió el sentencioso Séneca: ‘El buen piloto, aun con la vela rota y desarmada y todo, repara las reliquias de su nave para seguir su ruta’” (J. A. Marina, *La lucha por la dignidad*, p.13).

c) Tareas franciscanas de paz en la vida diaria

Necesariamente han de ser comportamientos sencillos, de corto alcance. Pero esas pequeñas aportaciones son las que contribuyen a construir la artesanal obra de la paz.

- *Decidirse a construir la paz*: Salir de esa situación de pasividad que nos hace, sí, lamentar la violencia pero no movernos en maneras prácticas en dirección de la paz. Contagiarse esa decisión y saber que, mientras no actuemos, el edificio de la paz no progresa. La simple decisión irá desvaneciendo la paralizante pregunta

de “yo qué puedo hacer”, para dejar ver que siempre hay posibilidad de colaboración en esta tarea enorme de construir una vida pacificada.

- *Tener palabras benignas y ajustadas:* Porque los caminos de la paz dependen mucho del tipo de palabras que se emplean en el ámbito familiar, comunitario. Que sean palabras benignas que pongan la misericordia y la comprensión como valores primeros e irrenunciables. Que, así mismo, sean palabras ajustadas, no deformadas, exageradas, deliberadamente desenfocadas, porque los problemas se agrandan con las palabras que no son justas.
- *Pretender actuaciones pacificadoras comunitarias:* No dejar las tareas de la paz únicamente a la inspiración personal. El conjunto de la comunidad franciscana queda hoy emplazada a los trabajos de la paz. Por lo tanto, el tema ha de hacer necesariamente parte de los proyectos comunitarios y provinciales sintiéndose realmente interpelados por las carencias de paz que están en el propio entorno.
- *Participar en colectivos pacifistas:* ya que, muchas veces, nuestros grupos franciscanos no tienen el vigor necesario para engendrar respuestas útiles ante los delicados problemas de paz social o política. No temer implicarse en grupos que, aunque no tengan una coloración religiosa o cristiana, trabajan de hecho de manera probada y profética en labores de pacificación.
- *Hacer trabajos sencillos de mediación:* Porque la mediación, aunque de poco éxito, es muy importante a nivel sencillo, cotidiano, para que los problemas no degeneren en auténticas violencias. La mediación no quiere distribuir justicia, sino poner frente a frente a los contendientes de manera pacífica llegando a ver, si es posible, que, aun manteniendo las diferencias, hay caminos de posible colaboración o, cuando menos, de poder vivir en un humano respeto al distinto.
- *Vivir en casas de paz y ofrecerlas como lugares que engendran paz:* Porque si las casas franciscanas adolecen de este componente hondamente humano y evangélico, es casi inútil que pretendan ayudar a construir los caminos de la paz. Un corazón pacificado, una comunidad pacificada, son imprescindibles para abrir las puertas de una casa pacificada. Uno de nuestros mejores apostolados fraternos es que quienes viven en nuestro entorno perciban que somos un grupo que vive y disfruta en paz. Desde ahí es posible cualquier otro paso en la dirección de la paz.

Son retos éstos tan sencillos y humildes que casi pierden esa denominación de desafío. Pero lo son en la medida en que se quiera poner rostro diario a una espiritualidad como la franciscana. Aunque los trabajos por la paz se pueden ejercer en ámbitos de decisión internacional (como *Franciscans*), lo más propio del menor de a pie es poner rostro al anhelo de paz de Francisco en las situaciones de vida que a uno le toca vivir. Es así como se va siendo “instrumento de paz”.

VI LOS RETOS CULTURALES

Una espiritualidad no puede ser vivida al margen de la sociedad. Sería su muerte. Un franciscanismo de espaldas al hecho social sería un franciscanismo aguado, sin vigor, sin fuerza interior. Conectar con el hecho social, cultural, es una exigencia de la espiritualidad. Juan Pablo II decía que la escucha del mundo de hoy “es la base no sólo de la inagotable profundización teológica de la verdad cristiana, sino también del diálogo cristiano con las filosofías, las culturas y las religiones” (NMI 56). Por eso, el diálogo fe-cultura sigue siendo un reto general de la Iglesia y de toda comunidad creyente.

Para entrar en ese diálogo es preciso amar el mundo, la historia, el momento en que nos ha tocado vivir. Una visión negativizadora de lo creado y de la historia impide todo diálogo porque desenfoca la realidad, no siempre tan negativa como se dice, y muestra que hay una carencia de amor. Desde ese amor será posible plantearse el valor y la posibilidad de encajar los retos de la cultura actual.

El franciscanismo no ha destacado en la Iglesia por su aportación cultural desde el lado técnico, más allá de honorables individualidades. Lo suyo es la cercanía al pueblo hecha de sencillez, de acompañamiento y de amparo. Eso mismo le exige vivir una cultura popular, tratar de situarse evangélicamente en los retos de una cultura que se enraíza en la vida del pueblo. La cultura popular tiene que ser dignificada y apoyada. Quizá por esos caminos tendría que caminar el franciscano/a atento/a a los signos de los tiempos.

1. El reto de vivir la fe en una sociedad laica

Es un asunto que cada vez va siendo más luminoso, porque la fe cristiana ha hecho un largo camino desde la Ilustración hasta la Posmodernidad. Los creyentes van aprendiendo algo tan elemental como que la sociedad es plural y que es preciso que aprendamos convivir creyentes y no creyentes, ateos y personas religiosas, agnósticos y gentes que hambread la trascendencia. La evidencia que se va imponiendo es que esa convivencia resulta posible. Pero, cuando un gobierno socialista intenta aplicar unas normas de componente laico, sea en cuestión económica o en temas de enseñanza, se desatan los viejos fantasmas y percibimos que el camino recorrido no era tan largo como pensábamos. Es entonces cuando se requiere volver a la sensatez y a la doctrina sólida de la comunidad eclesial.

Podemos recordar a este propósito unos cuantos textos del Vaticano II: “Una conciencia más viva exige hoy establecer un orden político-jurídico que proteja mejor la dignidad y derechos de la persona, entre los que se encuentra el de profesar privada y públicamente la religión. Se intensifica el afán por respetar los derechos de las minorías y crece el respeto hacia los que tienen opinión o religión distinta. La Iglesia no se confunde con la comunidad política ni está ligada a sistema político alguno. Ambas son independientes y autónomas. La Iglesia no pone su esperanza en privilegios dados por el poder civil, renunciando incluso al ejercicio de ciertos derechos legítimamente adquiridos tan pronto como conste que su uso puede empañar la pureza de su testimonio o las nuevas condiciones de vida que exijan otra disposición”. “Toda forma de discriminación en los derechos fundamentales de la persona, ya sea social o cultural, por motivos de sexo, raza, color, condición social, lengua o religión, debe ser vencida y eliminada por ser contraria al plan divino. La Iglesia proclama los derechos del hombre y reconoce y estima en mucho el dinamismo de la época actual, que está promoviendo por todas par-

tes tales derechos. Toda persona tiene derecho a la libertad religiosa. Los padres tienen derecho a determinar la forma de educación religiosa que se ha de dar a sus hijos, lo cual implica que el poder civil se lo reconozca a la hora de elegir las escuelas u otros medios de educación". "Las cosas creadas y la sociedad gozan de leyes propias y valores que les confieren derecho a una legítima autonomía. Son, a este respecto, de deplorar ciertas actitudes que, por no comprender bien el sentido de la legítima autonomía de la ciencia, se han dado algunas veces entre propios cristianos. En el intercambio con el mundo actual, la Iglesia necesita de modo muy peculiar la ayuda de quienes por vivir en este mundo, sean o no creyentes, conocen a fondo las diversas instituciones y disciplinas y comprenden con claridad la razón íntima de todas ellas. La valoración de las voces de nuestro tiempo servirá para que la Verdad revelada pueda ser mejor percibida, mejor entendida y expresada en forma más adecuada. La Iglesia reconoce agradecida la ayuda recibida de parte de los hombres de toda clase o condición. Más aún, confiesa que le han sido de mucho provecho y le pueden ser todavía la oposición y aun la persecución de sus contrarios". (Textos éstos que se pueden leer en los documentos del Vaticano II: *Gaudium et spes*, 33-45, 73-77, y *Dignitatis humanae*, 2-5).

a) Algunas evidencias

La mayoría de los franciscanos/as provenimos de una sociedad indiscutiblemente religiosa y cristiana. Sin embargo, la evolución de nuestra sociedad nos ha llevado a convivir con personas (familiares, vecinos, amigos) que, siendo generalmente respetuosos con nuestras vivencias de fe, no conectan ya con nuestros valores y nuestras prácticas religiosas. La evidencia de que si queremos convivir, amar incluso, a nuestros seres queridos hemos de flexibilizarnos en materia religiosa se impone. Por supuesto, queda también patente que ningún "frentismo" tiene futuro, Por eso, entender nuestra opción de fe en maneras militantes contra nuestros propios amigos es algo que casi siempre nos aboca a la amargura y a la esterilidad. Es preciso reaprender aquello de ser "levadura en la masa" (Lc 13,20-21) para no pretender que toda la masa sea levadura.

Constatemos algunas evidencias en torno a la laicidad:

- *La laicidad no equivale a irreligiosidad o ateísmo:* Ya que también hace parte de nosotros, los creyentes. Por otra parte, en personas de fuerte componente laico descubrimos profundas actitudes de fe y prácticas religiosas muy acrisoladas. Por eso, por paradójico que parezca, los cristianos debemos defenderla como garantía de la libertad de conciencia y aun de las mismas creencias.
- *La laicidad tiene relación con la secularización:* Y también conviene entender este término en maneras humanizadoras y positivas, no en los modos militantes de quien la rechaza a priori. En este sentido hay que decir que a la Iglesia no le compete indicar o definir el orden político de la sociedad, ya que cualquier intervención directa en este sentido sería una injerencia en un terreno que no le corresponde. El Estado tiene todo el derecho a defender su autonomía y libertad a fin de no convertirse en rehén de la jerarquía religiosa. Sin embargo, laicidad no significa que el hecho religioso debe replegarse al ámbito privado, renunciando a toda presencia en la vida pública, entendiendo "lo privado" como algo que no debe contar en la ciudadanía.
- *La laicidad lleva a la valoración de una ética laica:* No puede hablarse de una ética deducida directamente de la fe. La ética es laica, fruto de la razón humana, expresión de la conciencia individual y social, que nos concierne a todos. La re-

lación de la fe cristiana con la ética se sitúa en el campo de las motivaciones y de la fundamentación, que no necesariamente tienen que ser religiosas. La tarea del creyente ha de ser colaborar a esa ética con las motivaciones del Evangelio que abundan en la misma dirección.

- *La laicidad se sustenta en saberes autónomos:* La vivencia de la fe cristiana requiere incorporar saberes autónomos que proceden de los diferentes ámbitos del conocimiento y del quehacer humano. Sólo teniendo en cuenta estos saberes se puede responder éticamente a los desafíos de cada momento histórico.
- *La laicidad es el marco jurídico y político en el que caben todas las ideas y creencias religiosas:* Los cristianos y cristianas están llamados/as a colaborar en la construcción de un Estado laico que haga posible una sociedad justa y solidaria, sin discriminaciones por razones religiosas, culturales o sociales. Los movimientos sociales constituyen la mediación necesaria para que el laicismo y el cristianismo sean motores de transformación social y de propuestas alternativas, y no se queden en una ideología legitimadora del orden establecido, como ha sucedido con frecuencia a lo largo de la historia.

b) Actitudes franciscanas

Francisco de Asís ha vivido en un contexto histórico y religioso muy distinto al nuestro. Su mundo era, globalmente hablando, un mundo religioso. Pero espigando en sus escritos podemos desvelar unas actitudes que nos pueden ser de mucha utilidad para llegar a construir la alternativa social a la que empuja el franciscanismo:

- El encabezamiento de la 2CtaF reza así: *“A todos los cristianos, religiosos, clérigos y laicos, hombres y mujeres; a cuantos habitan en el mundo entero, el hermano Francisco, su siervo y súbdito: mis respetos con reverencia, paz verdadera del cielo y caridad sincera en el Señor”*. Hay aquí todo un programa de actuación con las personas que, en la sociedad, pueden conectar o no con el hecho religioso. Se requiere, en primer lugar, *respeto con reverencia*: si no se ve en otro a alguien del todo respetable, con quien se puede estar de acuerdo o no, pero siempre digno de *reverencia*, de aprecio sincero de dignidad, el diálogo y la convivencia no serán posibles. Si se desea vivir con todo ciudadano/a *la paz verdadera del cielo*, esa paz, como ha sido la de Jesús, que va al fondo de la persona y que no se detiene en aspectos exteriores o en posiciones sociales, hacer que la vida en común sea algo útil y valioso para todos los ciudadanos/as. Si se tiene una *caridad sincera*, si se va con la palma desnuda que no oculta ni armas ni trampas, es cuando convivir es una empresa posible.
- Más allá del tono algo conminatorio de la CtaA en que Francisco escribe a los jefes de los pueblos para que honren al Señor, hay un cierto tono ecuménico que, para la época, resulta valioso. Dicha carta concluye con esta frase: *“Los que retengan consigo y guarden este escrito, sepan que son benditos del Señor Dios”*. Es decir, Francisco cree que puede haber autoridades a quienes el mensaje religioso que él les manda no resulta de su gusto o no conecta con su vivencia religiosa. Por esas razones no pasan a ser “enemigos” de Francisco, sino que habrá otra oportunidad y otro tiempo favorable. Para convivir en armonía ciudadana es preciso respetar los ritmos de cada cual sin presionar ni imponer nada, porque la fe impuesta es algo tan insensato como el amor obligado.
- En aquella escena de 2 C 44 en que el médico de los frailes participa de una mesa bien repleta que sustituye a la del ayuno que habían preparado los hermanos, el médico dice esta frase: *“Ni vosotros los hermanos, como debierais, ni noso-*

tros los seglares comprendemos la santidad de este hombre”. Es decir, la postura creyente tiene un elemento connatural de incomprensibilidad. No se puede pretender que toda la sociedad entienda y comparta los posicionamientos de la persona creyente. Si se tiene esta pretensión, fácilmente se degenera en fanatismo. Por eso, se necesita una fraterna flexibilidad para que no se desvirtúe el hecho de la fe y para que no cruja la convivencia común.

- Hemos dicho que Francisco es una persona que ha conseguido erradicar de su vida en sentimiento de juicio al otro. Con ello se ha capacitado sobremanera para poder entablar relaciones fraternas con toda persona, fuera creyente o no tanto. En las recomendaciones que hacía a sus frailes reunidos en capítulo, tal como lo relata TC 58, dice: *“Amonestaba también a los hermanos que no juzgaran a nadie, ni despreciaran a los que viven con regalo y se visten con lujo y vanidad, porque Dios es Señor nuestro y de ellos, y los puede llamar hacia sí y, una vez llamados, justificarlos”*. Es la actitud de quien valorar profundamente el interior de la persona y lo considera sujeto de la actuación de Dios más allá de su frágil humanidad. Con esa “fe en la persona” es posible construir una convivencia fructífera entre personas de distinta sensibilidad y de diferente planteamiento religioso.

c) Profetas de la laicidad

Por extraño que parezca, el franciscano/a tendría que animarse a ir siendo profeta de la laicidad. No habríamos de creer que una postura así desvirtuaría nuestra experiencia creyente y franciscana. Quizá podría, sí, ser una sacudida a nuestros “ídolos” intocable que necesitan, con frecuencia, una reorientación. Pero el meollo del Evangelio saldría, sin duda, fortalecido.

Para hacernos una idea de cómo habría de ser la profecía de la laicidad hacemos una “lectura franciscana” del *Manifiesto por la laicidad* del colectivo *Redes cristianas* publicado en septiembre de 2008:

- *Denunciamos los Acuerdos de 1979 del Estado español con a Santa Sede -en vigor desde hace casi 30 años -y no proponemos su renovación porque, nacidos en situación de privilegio confesional católico, están afectando hoy día a una sociedad religiosamente plural y ampliamente secularizada y son causa de muchos de los conflictos que afectan a la convivencia ciudadana. Y, en consecuencia, exigimos que las entidades dependientes de la Iglesia y demás confesiones religiosas se acojan al derecho civil que regula la vida asociativa en el Estado. Esto habría que tener el valor de llevar esto a nuestras reuniones fraternas, a nuestros Capítulos Provinciales, para que brille con fuerza la libertad necesaria para una vivencia nueva de la fe. Por otro lado, posiciones claras en cosas como éstas nos capacitan para la profecía. Lo contrario, nos maniatan.*
- *Apostamos por una laicidad plena que reconozca la autonomía de lo político y civil respecto a lo religioso y camine hacia la separación definitiva de la Iglesia y el Estado, reconociendo la igualdad de derechos y deberes, sin privilegios ni ventajas eclesásticas y garantizando el ejercicio de las libertades fundamentales para todos y todas. La Iglesia será libre sólo cuando esté clara y definitivamente desligada del Estado y se ponga decididamente al servicio de los pobres y excluidos de este mundo. El franciscanismo necesita un plus de libertad para poder vivir el ideal de Francisco. En ese sentido, todo lo que se haga por la simple igualdad, redundará en fraternidad.*

- *Abogamos por un “pacto por la laicidad” entre confesiones religiosas y el Estado, que de lugar a un “estatuto de laicidad” que regule la presencia y las actuaciones de los poderes políticos en las ceremonias religiosas y de las jerarquías religiosas en los actos políticos, suprimiendo los símbolos religiosos en el espacio público civil. No hemos de tomar esto los franciscanos/as como un desatino. La fe no depende de unos símbolos o unas manifestaciones, sino de la adhesión a Jesús. Mezclar actuaciones religiosas y prácticas políticas nos ha llevado, con demasiada frecuencia, al fanatismo.*
- *Exigimos que el funcionamiento democrático interno, la participación de las bases y la transparencia sean criterios a tener en cuenta por parte del Estado a la hora de establecer marcos de colaboración con las entidades sociales. Consecuentemente, denunciamos el clericalismo y la discriminación por razones de género y orientación sexual, aún presentes en la Iglesia católica y otras confesiones. Nunca, por ello, el franciscano/a habría de hacer parte en comités, grupos directivos u otros que impongan prácticas que los ciudadanos concretos no admitan. Por el contrario, su labor habría de ser la de acompañar, amparar y abrazar el dolor humano para conseguir una libertad común que dignifique a la persona.*
- *Defendemos una “laicidad escolar” que posibilite la formación integral de la persona, el aprendizaje, la socialización y la inculturación sin proselitismos ni adoctrinamientos, y que responda a principios de igualdad, libertad y formación crítica para todas las personas. Reconocemos el pluralismo religioso y cultural existente, y, en consecuencia, denunciamos la actual presencia de la religión confesional católica en el sistema educativo y en la escuela pública y concertada. Este pluralismo religioso habría de llevar, en los centros franciscanos a valorar el hecho religioso común. Pero la forja de una experiencia creyente tendría que hacerse en el seno de las familias cristianas y en el de la comunidad creyente.*
- *Apostamos por una sociedad secularizada y pluralista, organizada democráticamente desde la aconfesionalidad y sin permitir interferencias confesionales en el espacio político, ni privilegios que, desde los principios de justicia y equidad, causan agravios comparativos con el resto de las instituciones. Desde aquí denunciamos el actual sistema de financiación de la Iglesia católica por el Estado español. La profecía franciscana, profecía enmacetada en la pobreza, habría de alejarse de fórmulas estatales de subvención económica. No habrá que olvidar que la profecía es áspera y duele en la misma vida del profeta. Querer ser profetas en una vida amparada por el sistema es pretender lo imposible.*
- *Abogamos por mantener la autonomía de la ética en una sociedad laica en todos los ámbitos propios de una sociedad secular (en el tejido social, político, productivo, cultural, científico...), sin necesidad de acudir a motivaciones religiosas para legitimarla. Y, en consecuencia, denunciamos las presiones de la jerarquía católica para imponer su moral sobre la ética pública. El franciscano/a suscribe la expresión de Juan Pablo II de que “la fe se propone, nunca se impone”. Por lo tanto se aleja de prácticas impositivas en cualquier ámbito de la moral.*
- *Defendemos la presencia de las confesiones religiosas en los medios de comunicación. Pero denunciamos a la Conferencia Episcopal Española por el intolerable abuso del derecho de la Libertad de Expresión que está haciendo la Cope. Exigimos a la Conferencia Episcopal Española el cambio radical en su línea editorial y al Gobierno mayor firmeza en la garantía del respeto a los derechos de los ciudadanos. Aunque estos medios sean bastante escuchados por los franciscanos/as, la profecía de la laicidad habría de hacernos levantar la voz, en los medios eclesiásticos y en los*

otros, por la dignidad, el respeto y la tolerancia. Sin estos valores elementales, una propuesta de fe cae en el vacío.

Quizá pueda parecer esto excesivo. Lo proponemos, sobre todo, como materia de reflexión seria. Los retos son siempre ásperos, porque un reto que no nos sacude profundamente es una melodía para adormilarse. Lo relativo de esta clase de propuestas reflexivas no habría de llevarnos a los franciscanos/as a desecharlas con un gesto de superioridad o una palabra mordaz.

Hace años G. Steiner publicó un libro titulado *Nostalgia de lo absoluto*. Es un texto que nace de una reflexión, a raíz de un ciclo de cinco conferencias emitidas por la radio canadiense en el otoño de 1974, sobre el vacío moral y emocional que ha dejado en la cultura occidental la decadencia de los sistemas religiosos institucionales. Con la refinada erudición que le caracteriza, no exenta, como es usual en él, de cierto tono intempestivo e irónico, Steiner examina las mitologías sustitutivas de las religiones tradicionales que ofrecen la filosofía política de Marx, el psicoanálisis de Freud y la antropología de Lévi-Strauss, sin olvidar la astrología, el ocultismo y los cultos orientales, todos ellos intentos fallidos de dar una respuesta universal a la crisis de sentido que afecta al hombre. Esto quiere decir que la ausencia de religiosidad objetiva no significa carencia de espiritualidad. Muy por el contrario, el buen lector/a de la realidad sabe desvelar los caminos de la espiritualidad actual que hacen posible la buena y productiva convivencia de quien vive desde la perspectiva religiosa y de quien no.

De cualquier modo, para un franciscano/a la cosa queda clara: la manera de convivir en esta sociedad es ir creando una ciudadanía alternativa, humanista, aquella que no enfoca la convivencia humana desde posiciones ideológicas sino desde adhesiones del corazón. Cuando se descubre que los corazones pueden convivir, más aún, cuando se descubre que desde antiguo Dios ha sembrado la semilla de la fraternidad en la persona es cuando se puede pensar en el hermoso futuro de una convivencia respetuosa, fraterna y constructiva.

2. El reto de acercarse a las generaciones jóvenes

Este reto parte de dos evidencias: estamos lejos de los jóvenes y no les entendemos. Son realidades que se implican la una con la otra. Por otro lado, son cuestiones que afectan no únicamente a la VR, sino, más a la base, a la vida familiar. Efectivamente, estamos lejos. El mundo de los jóvenes, su lenguaje, sus comportamientos, sus maneras de divertirse, sus caminos, nos resultan ajenos, casi incomprensibles. La lejanía los vuelve aún más impenetrables. Ellos mismos, para marcar distancias, para generar identidad, se alejan de los adultos. Alejamiento sobre alejamiento. Si a ello añadimos que el componente religioso no está particularmente presente en gran número de ellos, se agiganta la distancia porque nosotros/as, los franciscanos, provenimos en nuestra mayoría y estamos insertos en el marco religioso.

Todo esto nos lleva a la evidencia de que no les entendemos. Y con tal evidencia, tiramos la toalla no solamente del acercamiento, sino también de cualquier intento de comprensión. Muchos adultos hemos renunciado a acercarnos y mirar a ese mundo, a tratar de interpretar sus crípticos signos y sus comportamientos distintos. Hemos renunciado casi hasta a hablar con ellos.

¿Se puede hacer algo? Cualquier intento de comprensión y de valoración pasa por el acercamiento. Por eso, el reto inicial es el del simple acercarse, el dirigir la mirada sin violencia, sin deseos de imposición, sin rechazo, sin censura hacia un mundo que

no entendemos. Mientras este benevolente acercarse no funcione, todas las otras puertas permanecerán cerradas.

a) Qué les queda por probar a los jóvenes

La pregunta denota ya una cierta desconfianza y lejanía. Pero es bueno plantearla. La radiografía de la juventud española que ofrecen los estudios sociológicos más recientes presenta curiosas paradojas. Por una parte, nunca han tenido tantas posibilidades formativas, alternativas de diversión, capacidad económica o menores restricciones a la libertad. Las encuestas señalan el sorprendente hecho de que algunos jóvenes manifiestan que tienen “demasiada libertad”. Por otra parte, la desorientación, la falta de motivación y un distanciamiento escéptico respecto a las grandes causas, las preguntas existenciales o el bien común, parecen indicar que esa libertad “de” no acaba de convertirse –para muchos de ellos– en una libertad “para” como diría Erich Fromm. Cuando se les pregunta si son felices, las contestaciones muestran también una curiosa disparidad: la mayoría manifiesta estar bastante o muy satisfecho con su vida pero, al mismo tiempo, cuando se describen a si mismos ofrecen un panorama, más bien poco estimulante. Según señala Javier Elzo, “en los estudios llevados a cabo desde 1999 hasta la actualidad, entre el 81% y el 89% de los jóvenes se dicen felices (muy o bastante). Pero: En los datos de 2005 los jóvenes señalan que los rasgos que más les caracterizan son ser “consumistas”, “pensando sólo en el presente”, “egoístas” y “con poco sentido del deber y del sacrificio”. Por contra parece que los rasgos que menos mencionan son “maduros”, “generosos”, “tolerantes”, “trabajadores”, “solidarios” y “leales en la amistad” (*Los jóvenes*, p.175).

Para los jóvenes actuales, es difícil encontrar la *verdad* (muchos dudan que exista) por eso prefieren descubrir *lo verdadero*, es decir, aquello que haya pasado por el criterio de verificación de la propia experiencia. Sólo dan por bueno lo que ellos mismos hayan comprobado que enriquece su vida. Por eso, en la actualidad, desde una perspectiva cristiana, el problema de la evangelización de los jóvenes presenta al menos dos desafíos. El primero viene de la sociedad, que sólo ofrece un horizonte de sentido centrado en el disfrute de un bienestar cada vez más elevado vivido en clave individualista. El clima social hace muy difícil descubrir la dimensión trascendente de la vida y comprender que el verdadero acierto en la realización de la existencia consiste en entregarse al amor y a la justicia, en lugar de vivir centrado en uno mismo y las propias necesidades. El segundo reto, se encuentra en el interior mismo de la comunidad eclesial: ¿dónde pueden experimentar los jóvenes “en directo” la verdad, alegría, fecundidad y belleza del Evangelio? ¿Cómo podrán descubrir el “tesoro” que vale más que la vida si se encuentra, tantas veces formulado en unas categorías teóricas e instituciones prácticas tan alejadas de la sensibilidad juvenil?

Tenía razón Mario Benedetti cuando se preguntaba:

“¿Que les queda por probar a los jóvenes
en este mundo de paciencia y asco?
¿Sólo grafitti? ¿Rock? ¿Escepticismo?
También les queda no decir amén,
no dejar que les maten el amor,
recuperar el habla y la utopía,
ser jóvenes sin prisa y con memoria,
situarse en una historia que es la suya,
no convertirse en viejos prematuros.

¿Qué les queda por probar a los jóvenes
 en este mundo de rutina y ruina?
 ¿Cocaína? ¿Cerveza? ¿Barras bravas?
 Les queda respirar, abrir los ojos,
 descubrir las raíces del horror,
 inventar la paz así sea a ponchazos,
 entenderse con la naturaleza
 y con la lluvia y los relámpagos,
 y con el sentimiento y con la muerte,
 esa loca de atar y desatar.

¿Qué les queda por probar a los jóvenes
 en este mundo de consumo y humo?
 ¿Vértigo? ¿Asaltos? ¿Discotecas?
 También les queda discutir con Dios,
 tanto si existe como si no existe,
 tender manos que ayudan,
 abrir puertas entre el corazón propio y el ajeno.
 Sobre todo les queda hacer futuro
 a pesar de los ruines del pasado
 y los sabios granujas del presente”.

A los jóvenes nuestra sociedad les da “a probar” muchas cosas que, por lo general suelen ser llamativas, espectaculares, baratas, gratificantes y cómodas. Pero como saben psicólogos, educadores y maestros de la espiritualidad: en la vida humana todo lo bueno es caro (entendiendo por tal no lo que precisa dinero, sino lo que reclama esfuerzo, profundidad, entrega y riesgo). ¿Podrá la espiritualidad franciscana colaborar a esa felicidad elaborada y humana que puede satisfacer la vida de los jóvenes y abrirles un camino más ancho hacia el futuro?

b) Francisco y los jóvenes

Francisco nunca quiso hacer un especial proselitismo entre la juventud (quizá el único caso fue cuando quedó prendado de aquel “caballero cortés” del que habla Flor 37 y que logró que entrara en la Orden). Pero lo cierto fue que no solamente se le unieron al poco tiempo del inicio de su camino evangélico un buen puñado de jóvenes de Asís, sino que, posteriormente, vinieron a la Orden tantos jóvenes que, al final, casi fue más un obstáculo que una gracia, como parece reconocerlo TC. No obstante, hay rasgos de su vida que nos iluminan sobre su actitud con los más jóvenes:

- Un primer rasgo es la comprensión: para Francisco, el joven que viene a la Orden ha de ser tratado no como alguien a quien hay que hacer sufrir los rigores que los adultos esquivan, sino que es preciso recibirlo como alguien que necesita apoyo y amparo. Por eso, en 1 R 2,8 se lee: *“Ya su regreso, concédale el ministro (al postulante) para un año las prendas del tiempo de la probación: dos túnicas sin capucha, el cordón, los calzones y el capotillo hasta el cordón”*. Francisco era muy mirado en cuestiones de vestimenta para que no se perdiera la minoridad en quienes había renunciado a vestirse como señores. Pero a los postulantes les da “dos túnicas”, “en contra” del precepto evangélico que dice “no llevéis dos túnicas” y que a Francisco tanto había impresionado. Les da también los calzones para que el rigor del frío sea menor y un capotillo hasta la cintura como prenda supletoria de abrigo. Puede parecer poco, pero, conociendo a Fran-

cisco, todo esto no puede ser leído más que bajo el signo de la benignidad y la comprensión para con los jóvenes.

- Un segundo rasgo es que Francisco siempre tomó en serio a los jóvenes. Para él, su opinión era tan valiosa como la de uno que llevaba muchos años en la fraternidad. Quizá, por su estancia en el monasterio benedictino de Monte Subasio, se había contagiado de aquel dicho de la regla de san Benito que dice “Dios inspira a menudo a los jóvenes lo que es mejor” (RB 24). Por eso decía en 2 C 151 que *“al novicio de una hora que s me diera por guardián, obedecería con la misma diligencia que a otro hermano muy antiguo y discreto”*. Esto indica que en su mirada incluía la misma valoración del joven que el adulto.
- Además, Francisco siempre mantuvo ese vigor personal que es el que puede hacer conectar con los jóvenes, con los planteamientos idealistas y luminosos del principio. No fue persona desencantada que, en su propio desencanto, incluye el menosprecio que quien viene con ganas y con anhelo al camino del Evangelio. Dice 2 C 159: *“Aun después de haber acumulado en los tesoros del Señor méritos incontables, se le veía siempre con el mismo ánimo que al principio, cada vez más dispuesto a ejercitarse en las cosas del espíritu”*. No se pegó a él esa nube del cansancio vital que hace mirar a la vida con desgana y a los jóvenes con desconfianza. Su vigor interior le hizo ser cercano de cualquier hermano o persona, más allá de su situación particular o de su edad.
- Pero también sabía ser crítico con los aspectos limitados de ciertos jóvenes. Es proverbial la escena de EP 4 en que un novicio pretendió que Francisco aprobara el que tuviera un salterio para rezar, con el consiguiente peligro de que luego *“te sentarás en el sillón como un gran prelado, y mandarás a tu hermano diciendo: ¡tráeme el breviario!”*. El riesgo de perder la minoridad también lo tenían los jóvenes. Y Francisco, como hacía con los adultos, era fuertemente crítico con ellos ya que pensaba que se jugaban en ello el sentido mismo de su opción evangélica.

c) Un reto al que se puede intentar responder

Así ha de ser el reto de acercamiento a los jóvenes. Es cierto que estamos hablando de un mundo difícil, pero se puede iniciar la respuesta del mero acercamiento, de la más elemental acogida. Puede parecer un reto que no nos afecta. Pero habrá que preguntarse si nuestra lejanía es el rostro de nuestra comodidad. He aquí algunos posibles caminos.

- *Acogida incansable*: Porque para acoger no es necesaria una formación académica ni científica. Es cuestión de corazón, de aprecio, de paciente atención. La falta de acogida cierra la puerta a cualquier otra acción ulterior. Quizá los jóvenes llaman a nuestras puertas muy esporádicamente. Si entonces sabemos recibirlos con aprecio, con buena cara, con deseos de cercanía, es fácil que se abran otros posibles caminos. Si el alejamiento, la desconfianza y el menosprecio son nuestros sentimientos, ellos lo captarán y el distanciamiento está asegurado.
- *Intentar contribuir a su felicidad*: Quizá sea mucho decir, pero es preciso intentar contribuir a su felicidad, no tanto a su “conversión”. Nuestra contribución como franciscanos/as no ha de ser echar más leña al fuego del, a veces, insensato modo de buscar la dicha (como nosotros, los adultos, también la buscamos por caminos insensatos). Habría que intentar hacerles ver que la dicha se encuentra en las cosas simples, en los placeres elementales, en los encuentros más modestos. Ellos quizá puedan llegar a entender que una conversación agradable, un ca-

fé tomado en buen plan, una colaboración solidaria o cultural, un deporte que fomente la amistad, encierran un potencial de disfrute.

- *Estar presentes en lo que viven:* Los jóvenes, como es lógico, tienen su mundo. Pero no es tan hermético como, a veces, nos lo parece. A algunas de sus cosas, de sus maneras de divertirse, de vivir la cultura, nos dejarán asistir y participar. Más aún, se verán contentos de que estemos presentes porque, aunque nos vean como adultos y por ello algo lejos, nos siguen apreciando. El mejor regalo que, quizá, podamos hacer a unos jóvenes sea aceptar la invitación que implícitamente nos hacen en ocasiones a estar con ellos. La fraternidad tiene que ser activada para poder estar aunque sus modos, ritmos y formas no sean los nuestros. Quizá nos pueden “perdonar” que seamos mayores, un poco anquilosados, estructurados; pero nos perdonarán menos el que, seamos como seamos, no estemos donde ellos quieren que estemos.
- *Acompañar procesos de fe:* La juventud es una realidad muy diversificada. Y aunque muchos de los jóvenes no respiran en religioso, otros sí (quizá un sector minoritario). Habría que plantearse la posibilidad de acompañar los procesos de fe de los jóvenes creyentes. Eso quiere decir: hacer caminos juntos, participar de sus andanzas a lo largo de los años, estar siempre disponibles para la colaboración. Nuestra manera de evangelizar suele ser más puntual, por eso nos cuesta tanto participar en procesos. La maduración de fe de los jóvenes, como toda maduración, requiere tiempo y paciencia.
- *Oración vocacional implicada:* Desde la cercanía es desde donde se puede hacer una oración por las vocaciones con un mínimo nivel de implicación. Muchos franciscanos/as oran incansablemente por las vocaciones. Pero lo hacen desde el alejamiento real de la vida de los jóvenes cuando no desde una crítica y desacuerdo fuertes. ¿Cómo va a tener algún efecto una oración hecha desde ahí? Quien ore por las vocaciones ha de ser persona que, de algún modo, quiere implicarse en el mundo de los jóvenes o, al menos, quiere acercarse con benignidad. Si no, una oración sin deseos de conexión, resultará estéril. Confiar en el Espíritu sin acercamiento es tentarlo.
- *Creer en ellos hasta ofrecerles nuestro plan de vida:* Quizá la desconfianza de algunos franciscanos/as hacia los jóvenes es el rostro de otro problema más de fondo: nos parece que nuestro plan de vida es inofertable. Entonces achacamos la lejanía y la escasez vocacional al ateísmo o a la comodonería de la juventud. Pero, en realidad, nuestro estilo de vida es tan cuestionable que carece de enganche con los anhelos de un/a joven. ¿Qué ocurriría si nuestro estilo de vida, aunque modestamente, tuviera un componente de dinamismo, de búsqueda, de deseo de conexión con el mundo de hoy, de experiencia de fe actualizada? Quizá nos sorprenderíamos de que algunos jóvenes, en principio alejados de nuestros planteamientos, mirarían el camino de la espiritualidad franciscana como una realidad susceptible de enriquecer su propia vida.
- *¿Y con los jóvenes increyentes?:* Todos sabemos que la increencia, la secularización, afecta a amplios sectores de la juventud (en España solamente el 12% es practicante). ¿Podemos los franciscanos/as acercarnos a ese mundo, aún más lejano? Quizá pueda haber algún camino si abandonamos el presupuesto, metido en las entrañas, de “convertirlos”, de “traerlos al redil”. Hemos de ser respetuosos para creer que el camino de los jóvenes, aunque difícil de entender por nosotros, tiene un valor en sí mismo, sin el añadido de lo religioso. Si no hay una valoración de sus estilos de vida sin necesidad de que sean cambiados, no habrá posibilidad de conexión. Eso sí, desde esa acogida básica, y si la ocasión lo pro-

picia, nosotros hemos de hacer nuestra propuesta creyente y franciscana. Como han visto que se les acepta como son, quizá también ellos nos acepten como somos y el intercambio pueda ser útil para ambas partes.

Terminamos como empezamos: estamos hablando de un reto que parece que nos supera (siempre son así los desafíos). Pero, en realidad, hay maneras de encajarlo siempre que hagamos acopio de benignidad, aprecio y acogida. No queremos que los jóvenes sean como nosotros. Lo que deseamos es caminar con ellos para un mutuo enriquecimiento. Por eso, mientras el colectivo de la juventud se halle lejos de la VR no habremos logrado formar la comunidad humana que nos nutre y nos apoya. Además, nos parece que la espiritualidad franciscana, cuando se la concreta en planes de vida, es ofertable a los jóvenes de hoy. Pensamos que la minoridad, aunque aparentemente no demandada por la sociedad, es un valor que no pocos jóvenes aprecian en el fondo de su ser. Desvelar este anhelo es parte del reto que nos ocupa.

3. El reto de acompañar con ternura en los problemas éticos

Somos conscientes de que el ámbito de lo que llamamos problemas éticos es muy resbaladizo. Temas como la sexualidad en todas sus variantes, la problemática en torno a la muerte, el ancho y entrecruzado mundo de la afectividad, el interrogante cada vez más agudo de la nueva ingeniería genética, etc., son realidades de una complejidad que se nos escapa. Cuando hablamos de que el franciscanismo ha de aceptar este difícil reto de nuestra cultura de hoy queremos situarnos en otro terreno, en el acompañamiento, la comprensión, el socorro fraterno y, en definitiva, la ternura.

Creemos que, efectivamente, una de las maneras de tratar de responder a este complejo reto es situarse en el terreno de la escucha, la cercanía, el acompañamiento sin juicio, aun cuando no se entiendan ni se compartan posturas o experiencias. Necesitamos hacerlo desde la ternura, desde ese sentimiento en que, quizá sin muchos argumentos, el interior conecta con la situación complicada de una persona y se establece una sintonía de acogida, de amparo y de aprecio. Más aún, esta ternura no brota de un sentimiento paternalista de superioridad, sino de la percepción de que, de alguna manera, todos estamos en la misma situación y que, salvadas las distancias, toda persona está necesitada de similar amparo. La verdadera ternura lleva a la sintonía porque percibe la igualdad de situaciones. Por eso se libra de todo orgullo, menosprecio o sentimiento de superioridad.

Todos conocemos las posturas oficiales de la Iglesia en esta clase de temas que se caracterizan, globalmente hablando, por una gran claridad y una no menos notable rigidez. El franciscano/a no quiere entrar en conflicto con ellas. Las respeta, pero se sitúa en otro terreno, el de la profecía de la fraternidad y la ternura sin las que su vocación franciscana no tendría sentido

a) El torbellino de la sexualidad

Dicen los analistas de nuestra sociedad de hoy que una de sus notas es que la sexualidad ha entrado en un torbellino que ha hecho saltar por los aires los antiguos modelos patriarcales vigentes e intangibles hasta ahora. Y esto es cierto. Lo vemos en nuestras propias familias, en nuestra misma mentalidad y sensibilidad. Vivir en una sociedad en tan fuerte cambio y querer mantener principios rígidos de otra época puede llevar a una paranoia dramática. No se trata de contemporizar sin más en todos los aspectos, algunos cuestionables, de una manera de enfocar la realidad de la sexualidad humana. Sí se demanda una cierta flexibilidad para atisbar planteamientos nuevos, res-

puestas nuevas o, al menos, una nueva comprensión que, en el caso de los franciscanos, como hemos dicho, habría de estar dominada por un sentimiento de escucha y de respeto. Pongamos encima de la mesa algunos aspectos:

- *Una nueva concepción de las relaciones sexuales:* Existe una diversidad de orientaciones, identidades y comportamientos sexuales (gays, lesbianas, transexuales, bisexuales), una vivencia de la sexualidad en la tercera edad, en el mundo de la discapacidad, en la prostitución, en las diferentes formas de valorar el cuerpo. Entender la homosexualidad, la bisexualidad, etc., como desviaciones o, peor, como enfermedades, es cerrarse a cualquier posibilidad de comprensión: es innegable el derecho a vivir la sexualidad en las tendencias que cada uno/a vaya descubriendo en su persona y en las opciones que vaya construyendo en su vida. Por su parte, habría que distinguir entre la prostitución forzada y la que se ejerce por decisión propia, de tal manera que, situadas en sus contextos sociales, económicos y personales, lleguen a ser entendidas en una sociedad que siempre ha recurrido a ellas. Finalmente, partir de una valoración negativista del cuerpo humano es incapacitarse para cualquier avance en todo este mundo. No habría que recurrir únicamente a argumentos espirituales (cuerpo creado por Dios), sino sencillamente a la evidencia de que dependemos de nuestro cuerpo y que éste se halla destinado al disfrute y no al trabajo o a su negación. Quizá en esta clase de raíces se halla la respuesta a no pocos de nuestros planteamientos éticos.
- *Variantes para los modos de relación humana:* Hasta ahora casi la única variante oficial en nuestra cultura era la del matrimonio (ya que la soltería era como un apéndice en este terreno). Pero hoy, además de la soltería deliberada, se evidencia, por muchas razones, la realidad de un cierto número (dos, tres o más) relaciones matrimoniales en la vida de una persona. Además, adquieren una cierta carta de ciudadanía las relaciones de pareja más o menos estables (parejas de hecho, parejas que viven juntas “sin papeles”), el mundo de los “singles” o impares, cuya bandera es la libertad, la independencia, con relaciones más o menos estables, Internet como forma de entrar en contacto, de manera que las fronteras de la relación se diversifican y diluyen. Todo este mundo está ahí. Cerrar los ojos es insensato, como lo es querer situarse en maneras anteriores que ya no existen. Hay que mirar de frente la realidad de una relación humana que se diversifica cada vez más.
- *El señorío sobre la muerte:* Es algo que nuestra cultura no ha trabajado en exceso. Siempre se ha creído que la muerte terminaba por enseñorearse de la vida. Pero se está dando una variante en el amplio campo de la lucha por lograr un cierto señorío sobre la muerte. El complicado tema de la muerte digna, de las diversas eutanasias (pasiva, activa), del suicidio asistido, etc., están hablando de los esfuerzos de muchos ciudadanos por avanzar en el señorío sobre la muerte, haciendo de esta realidad no algo meramente fatal e ineludible, sino también una realidad asumida y encajada en la voluntad humana de vivir. Recurrir a argumentos religiosos para intentar paralizar esta corriente es, pensamos, querer poner puertas al campo. Por eso, vale más mirar de frente este anhelo de nuestra cultura y tratar de racionalizarlo, encauzándolo lo más posible en los básicos parámetros de la dignidad humana.
- *El estremecedor mundo de la ingeniería genética:* Estremecedor por desconocido y porque se abre a variantes múltiples de las que no podemos hacernos idea de cuáles van a ser sus límites. Si mezclamos al atávico temor a tocar las estructuras de la vida, el temor que suscita una cierta manera de entender el hecho religioso y el miedo a lo desconocido intuitivo como algo estremecedor, es posible

que la respuesta más fácil sea intentar paralizar estos vertiginosos procesos. Pero el afán de la ciencia, la verdadera y también la interesada, no van a parar, ya que la sed del conocimiento humano es insaciable. De ahí que sea mejor hacer un esfuerzo por entender, por analizar riesgos, por legislar parámetros de seguridad, por establecer un pensamiento que ilumine los pasos que se van dando en lugar de otro que, simplemente, condene a priori cualquier tipo de investigación.

Ya lo decimos: es todo esto un mundo de vértigo, pero no haría bien el franciscano/a encerrándose en sus viejos parámetros morales y funcionando desde ahí con menosprecio o condenando otro tipo de planteamientos. Además de llevarle a un aislamiento creciente, le conduciría igualmente a situaciones sin salida. Y lo que es peor: le incapacitaría para arbitrar caminos de amparo y de fraternidad, su cometido vocacional.

b) *Ternura franciscana*

¿Puede ayudarnos la figura de Francisco de Asís a redescubrir la vida desde el lado de la ternura, elemento necesario para enfocar problemas difíciles? Sin duda puesto que él, hombre dotado de una gran sensibilidad, vivió en los parámetros de la ternura las relaciones con sus hermanos, con las personas e incluso con las cosas. Esto puede hacernos a los franciscanos más disponibles para generar un interior dispuesto a mirar las realidades complicadas de una ética nueva desde lados más humanizados. Veamos:

- De todos es sabida su predilección por las alondras a las que, según EP 113, quería con un “*entrañable amor*”, un amor que surge del corazón. El porte externo y el comportamiento de esta pequeña ave le sugería el modo sencillo y oculto que debía ser el del hermano menor. Por eso, le tenía un cariño especial. La florecilla franciscana dice que en la hora de la muerte fueron ellas las que revolotearon cantando y anunciado su tránsito. Hace falta un interior “ingenuo”, simple, cándido incluso, si se quiere captar ciertos movimientos del corazón humano.
- Pero era, sobre todo en las relaciones con sus propios hermanos cuando derramaba ternura y comprensión. De todos es conocida aquella escena descrita en LM 5,7 en que un hermano exageradamente austero siente un hambre enorme por la noche y Francisco organiza una especie de fraterna comida para que tal hermano pueda saciar su hambre sin vergüenza. Según este texto “*no era partidario de una severidad intransigente, que no se reviste de entrañas de misericordia ni está sazonada con la sal de la discreción*”. En esas “entrañas de misericordia” es donde anida la ternura que hace falta para salir al paso del hermano sin humillar a quien es víctima de su propia imprudencia. La dificultad para entender problemas éticos brota, con frecuencia, de un sentimiento de superioridad no tratado. Si no se trabaja, la posibilidad de un enfoque nuevo es muy limitada.
- No es de extrañar que este modo fraterno y hondamente tierno de entender al hermano asomara hasta en su propio lenguaje. En Flor 8 Francisco da al hermano León el llamativo calificativo de “*ovejuela de Dios*”. Era una manera tierna de nombrar a quien amaba. En *Francesco* de L. Cavani, León se preguntará: “¿Cómo pudo llamarme así si únicamente era mi madre quien me daba ese nombre?”. En la CtaL vuelve a asomar ese aire de ternura cuando dice a fray León: “*Te hablo, hijo mío, como una madre... si te es necesario para tu alma otro consuelo y quieres venir a verme, ven, León*”. Es la ternura que se desborda y se sobrepone a cualquier fricción, a cualquier diferencia, a cualquier malentendido. Esta ternura es la que hace pasar por encima de diferencias que alejan y

lleva a encontrarse en lo más elemental, en la indudable sed de amor que anida en toda persona.

- Como no podía ser menos, Francisco trató con respeto y ternura a Clara y sus hermanas. Y aunque, porque así era costumbre en el tiempo, no ha trascendido ningún gesto explícito de esa ternura, hemos tenido la suerte de conocer tardíamente un escrito breve de Francisco a sus hermanas, la ExhCl, dirigido a las “*pobrecillas*” en que les ruega “*con gran amor*” que sean fieles a su vocación franciscana en contemplación y fraternidad ya que les aguarda la plenitud y el gozo. El texto rezuma gozo contenido, aprecio evidente y cariño sincero. La Leyenda Perusina dice que compuso este texto con música “para mayor consuelo de las Damas Pobres de san Damián”. Son los gestos que llevan el gozo a situaciones y vidas envueltas en pobreza. Porque si la relación no engendra gozo, sino únicamente tensión, no puede ser tenida tal relación como verdaderamente humana ni franciscana.

No son más que unos pocos rasgos, pero desvelan el interior, amable y cortés, tierno y afectuoso de Francisco para con las personas con las que convivió. Su estilo de vida es un ánimo para nosotros hoy. Y aunque la ternura no entre en los valores oficiales, en las encuestas sociológicas, hemos de tener por seguro que hay muchas personas que sienten y viven tiernamente las relaciones. Siempre nos inquietará una hermosa pregunta: ¿De dónde brota la ternura, más allá de los lugares de más odio? Es que el corazón humano no es una piedra y tiene por componente el de la ternura, aunque a veces nos empeñemos en sofocarla y encerrarla para que no salga al exterior, como si fuera un desdoro cuando, en realidad, es un valor inigualable.

c) *Profecía de ternura*

Tal habría de ser la profecía del franciscano/a en esta hora nuestra y, con más razón, por más necesaria, en el mundo de los problemas éticos. Por eso, si queremos percatarnos del vigor de nuestra vida franciscana, quizá no haya que mirar al número y valor de nuestras obras o la multitud de nuestras presencias, sino, más bien, a estos valores elementales como el de la ternura que configuran nuestra opción franciscana. Enumeremos algunos campos que nos llevarían a aceptar el reto de acompañar con ternura los problemas éticos:

- *Profecía de cercanía a quien no ha tenido buena suerte en sus relaciones matrimoniales:* Porque es lógico que el fracaso acompañe a la relación. El amor no es una realidad inamovible; más bien, es casi volátil. Por eso, no es de extrañar que muchas relaciones fracasen. ¿Cómo estar cerca de quien ha tenido esa experiencia en su vida? No, ciertamente, poniendo cortapisas a su participación en la vida ciudadana e incluso en la cristiana. Más bien, habría que tratar de echar bálsamo sobre los, con frecuencia, duros costurones que dejan las heridas del amor roto; habría que animarles diciéndoles que la vida no se acaba con su fracaso y que existen otras posibilidades que lleven a la dicha; sería preciso, como creyentes, hacerles percibir que no son excluidos de la comunidad, sino que su dolor los hace más cercanos a la persona de Jesús, próximo él a los sufrientes de la vida.
- *Profecía de aprecio a las diversas orientaciones, identidades y comportamientos sexuales:* Aunque no sean las opciones que uno personalmente tomaría. Aprecio a los homosexuales y otras variantes de los caminos de la sexualidad para poder decirles que sus caminos de amor nos gustan porque creemos, con el viejo canto litúrgico, “que donde hay amor, allí está Dios”. Y también está el componente

humano. Sería preciso animarles con nuestro aprecio manifiesto y solidario a sus propias opciones como opciones valiosas, dentro de su discutibilidad (como son discutibles otras opciones más tradicionales).

- *Profecía de sintonía con opciones de relación que no están normalizadas:* Todas las relaciones de pareja sin papeles, o de parejas de hecho u otras. Sintonía quizá no en sus formas, que pueden ser discutibles, sino en su fondo, ya que ese fondo no es otro, sino el mismo amor. Sintonizar en los caminos del amor es una manera hondísima de humanizar. Sin esa sintonía es muy difícil hablar de las consecuencias personales y sociales que puede tener una relación vivida en esa clase de parámetros.
- *Profecía solidaria de los matrimonios que ejercen con lucidez su derecho a una planificación familiar:* Porque quizá se está volviendo, desde la iglesia oficial, a viejos planteamientos donde, entendiendo la finalidad del matrimonio como “engendrar hijos”, queda poco espacio, excepto en casos extraordinarios, a la planificación familiar en modos que, de una manera u otra, echan mano de la contracepción. Una profecía de solidaridad, porque son muchas las parejas cristianas (y otras) que emplean dichos métodos. Esta solidaridad puede abrir un diálogo útil sobre los pros y los contras de tal situación. Y, además, en modos que no buscan ninguna clase de polémica, sería una manera de empujar a la búsqueda de la dicha en la relación de pareja, base de cualquier buena planificación familiar, fuera la que fuere.
- *Profecía de honda humanidad ante el mundo de la prostitución:* Primero para extinguir el viejo afán de “tirar la piedra” a quien, desde siempre, es socialmente más débil (Jesús ya conjuró este peligro). Además, para no funcionar con viejos parámetros que gravan una profesión que, por otra parte, es requerida por la misma sociedad, aunque lo haga en modos de notable hipocresía. Pero, sobre todo, honda humanidad para sintonizar con un trabajo con frecuencia duro, expuesto, arriesgado, muchas veces mal remunerado, desprotegido socialmente, descalificado en todos los ámbitos sociales, estigmatizado y menospreciado tanto por sus usuarios como por muchos que no lo son.
- *Profecía de colaboración con quienes sueñan con el señorío sobre la muerte:* Profecía que ha de manifestarse en ayudar a encajar el para todos duro trance de la muerte. Ayuda que los cristianos habríamos de dar generosamente facilitando despedidas de rebajado componente religioso y de más alto componente humanizador. Colaboración en temas que nos parecen vidriosos, como el de la muerte digna o el suicidio asistido, no poniendo trabas a quienes en los centros médicos franciscanos quieren abrir caminos nuevos. Es un gran riesgo, pero, ya lo hemos dicho varias veces, aceptar retos, ejercer la profecía, nunca ha sido fácil y aceptado por todos. El franciscano/a habría de colaborar, desde el valor del la ternura, en todos los debates, incluso a nivel sencillo, que tratan de iluminar este duro momento de la vida para hacerlo más benigno y más humano.
- *Profecía de compasivo respeto ante las decisiones en torno al aborto:* Porque el tema es muy complejo, tanto desde el punto de vista médico como desde el ético y religioso. Precisamente por eso la profecía compasiva ha de huir de aplicar en directo imaginarios estereotipados. No olvidemos que la víctima es, inicialmente y en muchos casos, la misma madre y que su feto es suyo y ella carga con la mayor parte del peso. Pero conviene repartir responsabilidades con el autor masculino del embarazo que casi siempre sale indemne de las censuras de los moralistas. Aún así, la mirada compasiva descubrirá el lugar mejor en el que situarse,

mejor para los padres, mejor para un hijo futuro si esa fuera la decisión y mejor para los afectados (para la misma sociedad), si no lo fuera.

No queremos entrar en las muchas discusiones técnicas que suscitan estos complejos problemas. Ni siquiera deseamos litigar, ya lo hemos dicho, con las posiciones de la iglesia oficial. Nosotros queremos proponer una profecía de ternura desde la espiritualidad franciscana. Si esto lleva a ciertas complicaciones, es preciso estar dispuesto a aceptarlas con anchura de corazón y de espaldas. Creemos que, de alguna forma, el hermano Francisco, hombre de honda ternura, nos anima en esta dirección.

VII LOS RETOS ATISBADOS

Todos los retos tienen algo de incierto. Son ininterrogante sin resolver. Pero queremos terminar nuestra reflexión dedicando un apartado a algunos retos únicamente atisbados, intuitivos. Tienen un cierto grado de invisibilidad. Pero no es porque no existan, sino porque no somos capaces de verlos. Estar, están ahí. Pero, como fantasmas, pasan desapercibidos.

Para verlos hace falta valor y humildad. Valor, porque muchas veces son realidades “ante las que se vuelve el rostro”. No suelen ser “agradables” a la vista, siempre en nuestros parámetros burgueses. No tienen atractivo inicial. Pero quizá, tras su apariencia áspera, se encierra una gran posibilidad de humanidad y generan coherencia en nuestra opción franciscana. Y también hace falta humildad, porque desde esos márgenes se nos está diciendo que somos nosotros quienes tenemos que cambiar, quienes tenemos que aprender, quienes debemos descabalgarnos de un sistema que excluye.

Nos están demandando que los miremos, que nos acerquemos, que los toquemos. Lo hacen con voz queda, sofocada, con frecuencia humillada. Pero lo hacen sin cansarse ya que tienen la convicción de que les asiste la razón, la justicia y el mismo Evangelio, aunque no lo formulen así. Existe dentro de esas realidades marginales, de esas situaciones personales, la convicción de que también para ellos se ha servido el banquete de la vida. Y mientras no se sienten a esa mesa, su voz no cesará de sonar.

1. El reto de la frontera

De una forma u otra, con una especie de “instinto” que caracteriza a los grupos humanos, la VR está llegando a la conclusión de que algo importante va a cambiar en ella, que la VR del futuro va a ser radicalmente distinta a lo vivido. No sabemos concretar más, pero el “olfato” nos dice que aquí se está fraguando un gran cambio. Y esa premonición está alimentada no tanto por los cambios internos eclesiales, que son moderados y más bien pocos, ni siquiera por la hecatombe de las vocaciones, sino porque percibimos en nuestras propias carnes el cambio social. Y, decimos, si esto cambia tan rápido, lo nuestro, la VR, no puede quedar indemne.

Hay religiosos/as que trabajan denodada e infructuosamente para que nada cambie. En un movimiento de fuerte autodefensa, se sitúan deliberadamente en modos de vida tradicionales, creyendo que eso les ampara contra el temporal reinante. Se sienten consolados, incluso fortalecidos, pero no les abandona la pregunta y su perplejidad. Hay también quienes siguen viviendo como si no fuera a cambiar nada; dicen que no hay que estar siempre con preguntas que no tienen respuesta. Se desentienden de los procesos, aunque en realidad se percatan, cómo no, de lo que se avecina, de lo que ya ha llegado. Otros, finalmente, de una u otra forma se hacen la pregunta del futuro de la VR. Y la hacen desde lados interesantes, nucleares: muchos desde la pregunta por la identidad, otros desde la profecía como componente esencial del futuro de la VR, algunos menos desde la realidad social dejándose interpelar por ella.

La empresa es ardua porque se trata de encontrar un nuevo lugar en el mundo. Los carismáticos tuvieron una visión clara de su lugar en el mundo y en la Iglesia. Por eso eran carismáticos. Y, aunque también les costara, dieron con esa perspectiva que daba sentido a su opción. Nosotros también hemos de hacer el trabajo por encontrar ese

lugar que da sentido a la opción. Pero lo hacemos en un marco social vertiginoso, inmerso en fuertes torbellinos, algunos de los cuales nunca han existido, y en una lejanía del inicio carismático, por la sistematización del carisma, que difumina la identidad hasta llegar a no saber qué camino hay que seguir. Encontrar ese otro lugar es tarea difícil porque ese lugar “habita la casa del mañana”, como diría Tagore.

a) *En las lindes del día*

Dice J.A.Valente en uno de sus poemas que “luego del despertar/ y mientras aún estabas/ en las lindes del día/ yo escribía palabras/ sobre todo tu cuerpo”. La VR comienza a despertar al momento presente, está “en las lindes del día”. No sabemos qué nos va a deparar la gran jornada del futuro, hay todavía mucha niebla en el horizonte que tendrá que disiparse para ver bien el camino, pero estamos en los tiempos “del embarazo y las diversas luchas para dar a luz a la vida” (D. O’Murchu, *Rehacer*, p.128). Es preciso ser fuertes para no desistir de esta tarea ante las dificultades y los interrogantes que se acumulan. Ahí es donde se pone en evidencia la fe de la VR y su habilidad para hablar el raro lenguaje de los “bienes celestiales” (LG 44).

* *El concepto de frontera*: El concepto de *liminaridad* (de *limen*, umbral, frontera) que emplean ciertos tratadistas de la VR actual puede sernos aquí de utilidad: “Liminaridad es una tendencia inconsciente hacia la totalidad, la plenitud, la conexión palpable con el Misterio Originante que afecta a nuestras vidas tanto si somos conscientes de ello como si no. Es una inclinación interna del espíritu humano que desafía cualquier explicación lógica o racional...Es necesario recordar una vez más que la tarea del grupo liminar es la mediación de los valores universalmente compartidos. Los valores parece que permanecen esencialmente los mismos pero su mediación y aplicación exige nuevas expresiones en cada uno de los momentos históricos y culturales...Actualmente la zona liminar está densamente poblada, muy a menudo por personas que se siente confusas, perdidas y solas. Las respuestas que dieron los gurús de ayer no iluminan ni dan seguridad. Se necesita una nueva sabiduría para nuestro tiempo. Nadie está mejor equipado para proveerla que aquellos que vivan completamente en el espacio liminar” (D. O’Murchu, *Rehacer*, p.61-62). Esta “definición” contiene los siguientes elementos:

- Ser liminar es una manera de ser ante Dios entendiéndose como expuestos a él y amparados por él, vulnerables ante él y abrazados por él, sacudidos por su designio de amor con la historia y animosos para colaborar en esa empresa.
- Por eso mismo, para ser liminar es preciso moverse más por preguntas, búsquedas, intuiciones, imaginaciones, deseos que por la lógica y el cálculo. Aquellos dinamismos son los verdaderos motores de planes nuevos y liberadores.
- Así mismo, quien se enmarca en lo liminar está dispuesto a trabajar por algo tan elemental como los valores universales (amor, libertad, servicio, fraternidad, entrega, acompañamiento, generosidad, etc.) que son también el núcleo del Evangelio y que demandan expresiones nuevas, lenguajes nuevos, acomodados a las circunstancias de injusticia por las que pasa la historia humana.
- Desde ahí se puede entender que el acompañamiento a los liminares, a quienes por obligación histórica, social, política y económica, viven en la frontera puede ser una opción de vida. La misión pasa a ser cristificante, más que cristianizante.
- Es, sin duda, una “nueva sabiduría”, algo que se intuye como posibilitador, como horizonte abierto, como indudable mejoría. No parece que existan argumentos que convenzan de estos planteamientos. Por eso mismo, muchos religiosos/as no llegan a conectar con ellos.

* *Un Jesús liminar*: Qué duda cabe que el Jesús de los evangelios puede ser entendido como un hombre liminar, situado en la frontera. J. Chittister tipifica en cuatro rasgos la liminaridad de Jesús: “El discípulo de Jesús debe vivir como él vivió: tocando leprosos, desatando asnos del pesebre en sábado, cuestionando lo incuestionable y relacionándose con mujeres” (*Odre nuevos*, p.13). Desbrocemos estos cuatro rasgos:

- *Jesús toca y es tocado*: toca leprosos (Mt 8,3), toca enfermos (Mt 8,15), toca ciegos (Mt 9,29), toca a los discípulos (Mt 17,7), toca mudos (Mc 7,33), toca niños (Mc 10,13), toca difuntos (Lc 7,14). Y también es tocado por mujeres enfermas (Mc 5,28), por mujeres de vida airada (Lc 7,39), por enfermos (Mc 6,56), por mujeres que le quieren (Jn 20,17), por la gente (Lc 8,45). El Jesús de los relatos evangélicos se relaciona tocando. Por eso en él mismo se puede “palpar” al que existía desde el principio (1 Jn 1,1). Estar en la frontera es tocar, palpar, vivir con los pies en la tierra, sin temer al barro, sin temer las implicaciones. A quien vive en la frontera se le exige “amar la arcilla que va en tus manos”, como dice S. Rodríguez. Es imposible vivir en la frontera desde la lejanía, la no implicación, la comodidad, el orden por encima de todo. Una VR religiosa “tocable”, más corporal, eso es quizá de lo que estamos necesitados.
- *Jesús desata asnos del pesebre en sábado*: alude a la diatriba de Lc 13,15: si la ley permite soltar al asno y llevarlo a abreviar en sábado, cómo la persona, que es más que el asno, ha de estar sometida a la norma. La metáfora empuja en la dirección de la total libertad. Eso es lo que ha hecho Jesús, soltar, sacar de la zanja, expulsar demonios opresores. Por eso, no ha de extrañar que en la polémica siempre abierta de los mandamientos que son “ligeros” (no obligatorios) o “pesados” (obligatorios) Jesús se decante explícitamente por los “ligeros” (Mt 11,29-30). Es decir, su propuesta es una oferta hecha en la libertad y para la libertad. Una VR atrapada en la norma se incapacita para vivir en la frontera. El sistema se hace fuerte en la norma; la profecía encuentra su fortaleza en la libertad.
- *Jesús cuestiona lo incuestionable*: esto es, sin duda, lo más difícil. Pero así fue: Jesús cuestionó la práctica religiosa corrupta (“de estas hacéis muchas” Mc 7,13), cuestiona la dogmática (“al principio el creador los hizo varón y hembra” (Mt 19,4), cuestiona el mercado (“no convirtáis la casa de mi Padre en una casa de negocios” Jn 2,16), cuestiona la autoridad opresora (“id a decir a ese don nadie” Lc 13,32), cuestiona las instancias sociales vendidas al sistema (“devolved al César lo que es del César”, Mc 12,17), cuestiona a las autoridades opresoras que no reparan en su maldad moral (“haced lo que os digan, pero no imitéis sus obras” Mt 23,3), etc. Solamente se puede hacer un cuestionamiento real en la medida en la que no se hace parte del sistema. Vivir en la frontera es ya un cuestionamiento de ese sistema; quizá se halle aquí una de las mayores razones para el rechazo de ciertos estilos de vida insertos, tanto en lo que hace a la sensibilidad personal como institucional.
- *Jesús se relaciona con mujeres*: así es, llamativamente, si se tiene en cuenta la situación de la mujer en la época. Se relaciona con mujeres enfermas (Mt 9,18-26), extranjeras (Mt 15,21-28) samaritanas menospreciadas (Jn 4,28), mujeres que le tocan y ungen (Jn 12,1-8), con pecadoras públicas (Lc 7,18-31), con adúlteras (Jn 8,1-11), con viudas (Mc 12,42), con mujeres que le acogen en su casa (Jn 11) o que le acompañan en sus correrías por los pueblos del país (Lc 8,1-3). Y lo hizo porque era uno de los colectivos sociales débiles, necesitados. Y el tenía muy claro que la salud era para estos colectivos (Lc 5,31). A Jesús se le ha querido relacionar con el poder, como quien consagra el poder. Pero nada más

lejos de la realidad: ha estado en la orilla de los débiles. Es Hijo de un Dios parcial, Padre de todos pero no del mismo modo. La VR en la frontera tiene más facilidad estructural para relacionarse con los colectivos débiles en sintonía con ellos yendo más allá que lo meramente asistencial y alejando, por ello, toda posición de dominio. Una vida inserta en la frontera vivida en la falta de relación con la debilidad sería todavía peor que una VR en lejanía de la misma.

* *La frontera como correctivo del sistema en la VR*: Apuntar a estilos de vida en la frontera ha de llevar, entre otras ventajas, la posibilidad de que algo, a priori tan incorregible como el sistema, aunque en realidad los sistemas no son tan compactos como ellos dicen serlo, pueda ser corregido y reorientado. Establezcamos la serie de requisitos para que esto pueda darse:

- *Salir del inmovilismo*: El inmovilismo, en todas sus variantes, es incompatible con la frontera, con lo liminar. El inmovilismo ideológico, vital, cotidiano, ha de tener un tratamiento si se quiere derivar en estilos de vida de componente liminar. La pretensión de querer que la VR tenga un futuro distinto, mejor, sin, a la vez, estar dispuesto a cambio alguno en el presente, es una quimera. Las mismas maniobras de despiste que cambian algo para que todo siga igual es, en parte, el idioma sutil del inmovilismo de siempre. El inmovilismo no proviene tanto en la VR por razones de peso histórico sino, más básicamente, por carencia de implicación. Una vida desimplicada es la verdadera razón que frena muchas veces los más pequeños intentos de salir hacia terrenos fronterizos.
- *Superar la centralidad*: Parece que la VR, globalmente hablando, tiene siempre un componente social y político de centro-derecha, ya lo hemos dicho. Es preciso superar esa centralidad con la parcialidad. Una vida de componente liminar requiere una cierta dosis de parcialidad, de opción decidida por un lado de la sociedad. Diciendo que se está con todos, se termina estando con la parte más sistémica, más neoliberal, que, en nuestras culturas basadas en el binomio poder-dinero, es la que generalmente triunfa. Un desplazamiento de la VR hacia campos no de centro tiene enormes consecuencias institucionales. Pero la realidad es que la pertenencia al centro acarrea a la VR unos precios enormes de los que no sabemos si podremos algún día liberarnos, aun en el caso de que lo intentemos. ¿Cómo pretendemos que no se nos vea del lado del poderoso, del vencedor, del neoliberal, del próspero, si éstos son los ámbitos sociales en que se mueven las estructuras más fuertes de nuestros grupos? No habría de despistarnos el grupo, siempre menor, de religiosos/as que viven de hecho en parámetros distintos, no de centro, pero que, casi todos lo reconocemos, eso no afecta al núcleo duro de nuestras estructuras.
- *Creer en el valor de la perspectiva*: Hay personas religiosas que creen y dicen que luchar contra el sistema del que hacemos partes es una lucha condenada de antemano a la derrota y que, por ello, no tiene sentido llevarla adelante. Tal vez se tenga esa impresión porque se trabaja con el parámetro de los resultados: viendo que, cuando se ha intentado vivir estilos más de frontera, los resultados han sido escasos, se cree que ése es, definitivamente, un camino cerrado. Pero tal vez sea útil creer más en el valor de la perspectiva que de los resultados. Una “empresa” religiosa, colegio-parroquia-obra social-etc., puede ser llevada de mil maneras y con perspectivas muy distintas. Pero todas ellas pueden ser gestionadas con el anhelo de tender a lo fronterizo o no. Si se diera este anhelo, aun sin modificar la estructura general de la obra, la cosa iría tomando otro color y las posibilidades de un cambio estructural a medio plazo se verían más al alcance de la mano. Lograr esa perspectiva ha de ser el fruto de un trabajo ideológico en esa

dirección y de pequeñas prácticas de acercamiento a lados sociales más débiles, más fronterizos. Este camino puede ser el único posible para cree que al tratar de temas como el que estamos reflexionando, no estamos hablando de cuestiones bizantinas que, en definitiva, no llevan a nada práctico.

- *Sumar energías fraternas:* La VR ha estado muy marcada por las sinergias oficiales. Es lo único en que, a veces, nos ponemos de acuerdo, porque eso es estructuralmente “obligatorio”. Pero a la hora de desvelar caminos nuevos, de hacer opciones libres, aun dentro del marco estructural, las divergencias se convierten en una resta o división de energías, no en una suma o multiplicación. Todavía persiste la dialéctica de quien piensa o dice que vivir la VR en modos insertos, fronterizos, es más auténtico, mientras que quienes lo viven en maneras estructurales son peores religiosos/as. Esa es una idea de un simplismo inaceptable y, por lo mismo, totalmente rechazable. Somos familia y no tenemos por qué estar divididos por esa clase de opciones diversas. Más aún, si entendemos bien la fraternidad, habríamos de apoyarnos unos a otros. Muchas opciones de vida en la frontera han fracasado, entre otras razones, por el desamparo en el que se vivieron con escasos apoyos fraternos; muchos modos más estructurales de vida se anquilosan porque las opciones más fronterizas se desentienden de ellos.
- *Construir el futuro:* Como es lógico, la VR en los países occidentales está muy preocupada por su futuro, debido, principalmente, a la escasez de vocaciones. Es, ciertamente, una preocupación legítima que no se solventa únicamente renovando los planes de pastoral vocacional, aunque eso sea también preciso hacerlo, y de hecho se hace. Pero también es necesario elaborar una ideología y unas prácticas de futuro, ya que todos sabemos muy bien que, en parte, el futuro es lo que se construye en el presente. En ese dominio puede entrar la espiritualidad y las prácticas de frontera. Pueden ser un modo de construir un futuro distinto para nuestra VR. Lo que no podemos hacer es clamar por el futuro en maneras estructurales inamovibles y vueltas al pasado. No es ni siquiera digno el demandar vocaciones para estilos de vida que tienen como preocupación no tanto el seguimiento de Cristo cuanto el mantenimiento de nuestras viejas estructuras religiosas. ¿Qué resultados aportaría a la VR una creciente apertura hacia estilos de vida más de frontera? ¿El que en épocas tan convulsas como las del posconcilio hubieran fracasado intentos de esta índole quiere decir que van a fracasar siempre? ¿Los abandonos de los religiosos/as que trabajan en campo social se debe a su disolución en un medio laicizado o también al desamparo institucional en que no pocas veces viven esas comunidades? ¿Si no creyéramos en esto, por qué entonces lo proponemos como objeto de reflexión?

b) *Francisco en la frontera*

¿Se puede aplicar a Francisco el concepto de frontera? ¿Han sido sus actuaciones fronterizas? Quizá sea excesivo. Pero espigando en los episodios de su vida se advierte un innegable componente fronterizo que puede iluminar nuestras actuaciones de hoy. Veamos:

- *Fuera de las murallas:* La conversión de Francisco ha estado marcada por un éxodo fuera de las murallas de Asís. El movimiento comunal en que Francisco se vio envuelto “pretendía instaurar una sociedad nueva, con unas relaciones sociales despojadas de todo vasallaje, sobre la base de un juramento igualitario que uniera a todos los miembros de la misma comuna” (E. Leclerc, *Francisco de Asís*, p.60-61). Pero, con el tiempo, Francisco se dio cuenta de que quienes se-

guían fuera de las murallas eran tan pobres como cuando eran siervos de la gleba. Lo único que habían logrado era cambiar de amor: ahora el amo era el dinero. Decidió romper con ese nuevo amo yéndose a los lugares de la pobreza. Descubrió allí, más allá de sus limitaciones, un soplo de humanidad que no le proporcionaban las nuevas estructuras sociales que estaban naciendo. En la frontera encontró salida real, social, a sus anhelos espirituales.

- *Fuera de la sociedad:* por ello mismo, ideó para él, y luego para sus compañeros, un estilo de vida en los márgenes de la sociedad. En ella imperaba el dinero; Francisco rompió con él. En ella empezaba a mandar el poder político y social; él optó por un estilo de vida no honorable. En ella imperaba la violencia sistémica y política; él optó por sendas de no violencia activa. En ella imperaba una ignorancia deliberada de toda persona que no era relevante en el concierto de la sociedad; él se marchó a vivir con los irrelevantes y quiso vivir sin relevancia. No fue un marginado social por principio, sino que la vida le hizo ver que en los márgenes había más posibilidad de vida que en el centro del sistema.
- *Fuera del sistema eclesiástico:* Que no fuera de la Iglesia. Francisco, como lo demuestra su actuación en el caso de Felipe Longo a su vuelta de Palestina, no es un hombre de curias y cabildeos. Él no quería salvoconducto alguno para andar por el mundo. El Evangelio y el saludo de paz le bastaban. Por eso, solamente en casos de extrema necesidad quiso tener el amparo del sistema eclesiástico (cardenal protector). El no criticó a la Iglesia, no la fustigó por su poder ni por su riqueza, no censuró a los sacerdotes que vivían haciendo dejación de su ministerio. Él “veneró” al señor Papa y a la Iglesia de Roma. Pero su veneración estaba hecha de alternativa, de camino diverso, de búsqueda por otras sendas, de anhelos distintos que muchas veces no fueron comprendidos por los eclesiásticos, aunque éstos lo miraran benevolentemente. Como dicen claramente 2 C 148 y LM 6,5, él quiso que sus frailes no aspiraran a cargos dentro del sistema eclesiástico, que se mantuvieran “en el llano”. Vivió en la comunidad de fe sin hacer el juego al sistema religioso.
- *Fuera de la cultura dominante:* De ahí el conocido temor de Francisco por los libros. Él no es un iletrado, alguien que se oponga a la cultura por una mal comprendida pobreza evangélica. Pero es astuto y ve que la cultura, con demasiada frecuencia, se convierte en un modo de dominio, de superioridad. Y en tal caso, se ha perdido la minoridad. Y con ello, el sentido mismo de la opción evangélica. La cultura va de la mano con la institucionalización y ésta con el poder. Francisco quiso que sus comunidades no entraran en esta dinámica. Visto el desarrollo de los acontecimientos, podría pensarse que fracasó en su ideal. Pero la semilla de su componente fronterizo sigue aún interpelando a quien le aprecia.

Volvemos a decirlo: Francisco no optó por la frontera por motivaciones principalmente sociales, sino porque intuyó que en ese margen había más posibilidad de vida evangélica. “El hermano Francisco supo aceptar se desechado por los hombres, colocándose en el centro mismo de la exclusión que sufrió Jesucristo doce siglos antes. Francio llegó verdaderamente hasta en su opción de vivir según la forma del santo evangelio. Sin modelo reproducido, y en libertad respecto a cualquier sistema, en un camino cuyas etapas no había previsto, Francisco aprendió, sufriendolo, lo que es morir con la muerte de Jesucristo: no una muerte infligida por los hombres, sino una muerte que consiste en desasirse uno mismo de su propia vida, para que los otros hombres, arrancados de la seducción de su instinto de muerte, puedan también ellos desear la vida. La exclusión está realmente en el centro de las relaciones entre Francisco y Jesucristo (M. A. Santaner, *Francisco de Asís y de Jesús*, p.143).

c) La llamada desde la frontera

Como hemos dicho, las voces desde la frontera son quedas, sofocadas a veces, pero tenaces. Siguen sonando de diversas formas, pero incansablemente. Los franciscanos/as tendríamos que poner hoy a la escucha de esa llamada desde la frontera para poder encajar mejor el reto que nos viene del margen:

- *La llamada de los náufragos del sistema:* Porque nuestro sistema sigue produciendo “desechos”, náufragos que caen fuera de cualquier filtro social. Su número no hace sino aumentar. Una vida franciscana que acepta vivir en la luz, el bienestar y el derroche de una sociedad deliberadamente consumista menospreciaría y olvidaría al número de náufragos que habitan el ancho mundo, aquí y allá. Sería infiel a su vocación más genuina.
- *La llamada de los persistentemente despojados de derechos:* Porque a sesenta años de la Declaración de la Carta de Derechos Humanos de la ONU la constatación es la de un gran fracaso en su cumplimiento, ya que amplias capas de población del mundo no han atisbado aún la posibilidad de que sus vidas estén amparadas por tales derechos. De ahí que el franciscano/a haya de tomarse bien en serio este asunto como reto que le implica y que le ata. Si pensar que esto era mera teoría, no entendería la opción de exclusión y justicia que conlleva la espiritualidad franciscana.
- *La llamada de quienes no tienen tribunal alguno al que acudir:* Es la llamada de todas las personas a quienes la justicia humana no da ningún tipo de respuesta para sus anhelos de justicia. No hay justicia para ellos porque no pueden pagársela. El franciscano/a habría de hacer causa con ellos, apoyar sus justas reivindicaciones, participar en las denuncias de este atropello continuo. Si temiera las indudables complicaciones de vida que esto conlleva, haría traición al espíritu franciscano que se llena de valor cuando se trata de la suerte de los débiles.
- *La llamada de quienes no tienen dónde comer, dónde dormir, dónde estudiar, dónde ser curados:* Porque el franciscano/a se siente interpelado por la ancha franja de población mundial cuyas necesidades básicas no están cubiertas. Y como decía I. Ellacuría, clama por una “civilización de la pobreza”, ya que la riqueza ya vemos a qué nos ha llevado.
- *La llamada de quienes tienen peligro de caer en el abismo de la soledad y del olvido:* Llamada que se agudiza en las macrociudades modernas donde cuantos más millones de personas se juntan, más aumenta el nivel de soledad de cada una de ellas. Por eso mimo, los franciscanos/as anhelan y cultivan toda relación, por modesta que sea, para paliar un poco el avance al parecer inexorable de la soledad y del olvido.
- *La llamada de quienes no renuncian a su voz:* Aunque los acallen, sofoquen y enmudezcan. Inmigrantes, transeúntes, estigmatizados sociales, desposeídos, desestructurados, gentes que no cuentan en el concierto social. Podemos pensar que no tienen voz, pero sí que la tienen. Sólo que no pueden hablar, no se les deja porque nada interesa de lo que puedan decir. El franciscano/a no quiere ser voz de estas personas. Ellas tienen la suya. Lo que pretende es que esas voces sean escuchadas. Para ello habrá de comenzar por sus propias comunidades, por sus propios grupos cristianos. Ahí ha de escucharse la voz de quienes no tienen otros lugares para poder hablar.
- *La llamada de todos los crucificados:* De pueblos enteros que sufren hoy el peso de la exclusión en todo el mundo, singularmente en el continente africano. Si es-

ta voz no resuena en nuestra sociedad de consumo desorbitado, de dinero despilarrado, de energía derrochada, de olvido de las pobreza, el franciscano/a tendría que ser memoria incansable, persistente, molesta incluso de la justicia debida a los crucificados y de denuncia clara de los crucifijos.

Quizá podría argumentarse que nunca ha producido nada el constituirse en “abogados de pobres”. Pero a algo de eso está llamado el franciscano. Ahí es donde se pone a prueba su utopía, su tenacidad creyente, su reciedumbre y su capacidad de resistencia. Si estas llamadas cayeran en saco roto se habría agostado el vigor de la espiritualidad franciscana. Porque estos parámetros miden su calidad con más fidelidad que otros más susceptibles de engaño.

2. El reto de ver a “los invisibles”

No es que no existan. Existen pero no se ven. No se ven porque no se les mira. Y no se les mira porque no producen, no significan nada para el mercado, no influyen en absoluto en las decisiones humanas. Son colectivos grandes, pero improductivos, invisibles, por lo tanto. Están lejos y cerca: los afectados por la enfermedad de Chagas para quienes no hay ni un solo producto farmacéutico en el mercado; los que sufren la enfermedad del sueño en África en quienes no piensan las farmacéuticas; las mujeres víctimas de violencia sexual en África y en otros lugares del planeta; los niños perseguidos para ser convertidos en soldados; etc. Y más cerca: los presos tan ignorados, los transeúntes carrileros, los sin papeles al borde de la delincuencia, quienes no tienen arraigo social, quienes viven en la calle sin ninguna estructura, quienes han perdido toda referencia familiar o relacional, quienes no cotizan ni económica ni políticamente, las mujeres humildes que con pocos recursos quieren poner algo de humanidad en sus familias, quienes viven en infraviviendas, etc.

Están ahí pero no les miramos porque la mirada podría provocar un cierto acercamiento. Pero es difícil acercarse personalmente y como institución. Un reto que siempre está ahí, porque siempre nos persigue su mirada, ya que ellos sí nos miran. Y lo hacen para decirnos ¿Por qué no te implicas? ¿A dónde te está llevando el Evangelio? ¿Cómo es posible que no desveles en mi situación el rostro del Jesús ignorado e invisibilizado?

a) Acercamiento personal al sufrimiento humano

Esto es, sin duda, lo más importante. El resto sin esta implicación personal es, con frecuencia, pura fachada. Por eso, no hay duda de que es aquí donde más habrá que hincar el diente, ya que en ningún lugar como éste es cierto que las palabras mueven pero el ejemplo arrastra.

- Una condición irrenunciable para asomarse al mundo de los invisibles es *asumir la fragilidad*, la propia y la de los demás, desbancarse de esa idea de que solamente son ciudadanos dignos los que producen y los fuertes. La fragilidad es un componente esencial de la vida. Llegar a asumirla con paz, sin ponerse nerviosos, sin esquivarla, es muy importante. La fragilidad encierra un secreto, la verdad de que estamos necesitados del otro y que esa dependencia no nos empobrece sino que, al contrario, nos hace más humanos.
- También, y en esa línea, habríamos de aprender a *valorar lo inútil*, lo que se considera inútil, no productivo, que no entra en los parámetros del mercado. En realidad, nadie es inútil en la sociedad, sea cual sea su situación, porque todo el

mundo puede generar solidaridad y amor y, con ello, contribuye mucho al hecho humano, aunque no genere riqueza material. La solidaridad se mueve en el marco de “lo inútil” pero eso no lo hace inútil sino bien necesario.

- También habría que ir logrando tener *una nueva mirada* para percibir el sentido del sufrimiento, para entender que son conjugables la lucha a brazo partido contra el sufrimiento y la percepción de que tras la debilidad se encierra un misterio de vida lleno de riqueza por su alta capacidad de generar relación humanizadora. Esta nueva mirada se adquiere con la práctica siempre que sepamos escuchar al otro y estar cerca sin demandar otra cosa a cambio.
- Por eso mismo, el implicado/a ha de *centrarse en el débil*. No somos el centro ni hemos de estar siempre en el escaparate de manera relevante. Lo importantes es el débil y su situación. Nosotros hemos de plegarnos a ello, no porque el débil sea más, sino porque su necesidad es mayor.
- Desde ahí, habríamos de *percibir los beneficios* del trabajo solidario, beneficios que no son económicos, sino vitales: ver que este trabajo, por modesto que sea, le aporta más humanidad y más riqueza interior, que llena de más sentido sus días. Si no se perciben esas ganancias, quizá se esté haciendo obra de caridad, pero no de solidaridad. Porque la implicación es una realidad de doble dirección: del solidario al usuario, de éste a la persona.
- No hay que temer *las complicaciones de la implicación*. En realidad, toda acción humana tiene sus complicaciones. Desde luego, quien no quiera complicarse la vida en nada, que no entre en estos asuntos. Pero acoger un grado asumible de implicaciones despierta la preocupación por el otro, activa el cuidado de la persona débil y, en definitiva, contribuye al ensanchamiento del horizonte personal. Hasta de ahí se pueden sacar “beneficios”.
- Por muy amplio que parezca, por muy grandilocuente que se estime, quien se implica en el sufrimiento ajeno trata de *dejar el mundo algo mejor* que lo que él lo encontró. Este aportar humanidad al caudal de la vida es la gran colaboración al camino humano. Y, desde luego, sin este afán el mundo sería mucho más gris y el sentido de la vida se hallaría más oscurecido. Es preciso que estas certezas nunca se borren del horizonte.

b) Francisco y las minorías olvidadas

Podemos fácilmente suponer que el mundo de los invisibles era mucho más denso en tiempos de Francisco. Él, viniendo de un mundo de “visibles”, de gente del dinero, ha hecho un evidente esfuerzo por poner rostro a gentes de esos colectivos no visibles. Lo ha hecho llevado por la fuerza del Evangelio, más que por un planteamiento social explícito. Pero lo ha hecho. Repasemos algunos aspectos.

- Aun a riesgo de repetirnos, es preciso decir una vez más que Francisco ha puesto rostro a uno de los colectivos más invisibles de la época: *los leprosos*. Su abrazo fue definitivo para su entrada en la vida evangélica. Pensemos en este texto de R. Fossier cuando escribe crudamente sobre las condiciones de la gente sencilla en la Edad Media: “Qué de imágenes comentadas, relatos repetidos sobre enfermos cubiertos de costras repugnantes, de escamas (*lepra* en griego) innobles, andrajosos, meneando una campanilla y forzados a refugiarse sólo en una morada infecta, alejados de la vida de la comunidad: entre el 2 y el 3 por ciento de la población, aseguran doctamente los historiadores; más de 4.000 asilos para acogerlos, hacia 1300 –lazaretos, enfermerías, leproserías, hospicios– sólo en la Francia de la época; e innumerables prescripciones a partir del siglo IX para ais-

lar a las personas sospechosas de sufrir el mal, quemando su casa, su ropa y todos los bienes muebles que hubieren tocado” (*Gente de la Edad Media*, p.35). Él les puso rostro y los “vio”. Fue el comienzo de su camino evangélico.

- En tiempo de Francisco las tensiones sociales eran especialmente virulentas en las ciudades de la industria textil, tanto en Italia como en Flandes, donde grandes comerciantes, dueños de los arriendos, de los salarios y los precios, y a la vez regidores y cónsules, mantienen bajo su dependencia a una multitud de artesanos, tejedores o bataneros. Contra esta situación se desencadenaron huelgas y estallaron motines. Francisco, aun proviniendo del mundo del dinero, puso rostro a esta opresión justamente apartándose del dinero, en una formidable alternativa. “El hijo del rico comerciante da entonces la espalda al dominio del dinero ya la pasión por el poder, y decide seguir el ejemplo de Cristo humilde y pobre. Al hacerlo, asume espontáneamente todas las aspiraciones y las esperanzas de su tiempo, pero purificándolas y liberándolas” (E. Leclerc, *Francisco de Asís*, p.39).
- Francisco tiene una visión liberadora de las pobreza, como quien las ha mirado de frente: “Y como este pobre muy cristiano veía en cada menesteroso la imagen misma de Cristo, resultaba que, si alguna vez le daban cosas necesarias para la vida, no sólo las entregaba generosamente a los pobres que le salían al paso, sino que incluso juzgaba que debían serles devueltas, como si fueran de su propiedad” (LM 8,5). Cree Francisco que el socorro a los pobres no es caridad, sino simple justicia: se trata de devolver lo que pertenece a los desheredados. Una percepción de tal índole no es posible si no se mira de frente a la realidad de la pobreza.
- Él también puso rostro al mayor azote social que llevaba a la total invisibilidad y a la muerte: el hambre. Con su modo frugal y pobre de vida renuncia a la manera de comer de los poderosos del tiempo que utilizan la mesa no únicamente como un modo de alimentarse sino como una forma de ostentar un rango social. Las diferencias sociales en la alimentación llegaban al extremo de que dentro de una corte real o nobiliaria, se establecían según el rango y función. Así, en las Ordenanzas de la Corte de Pedro el Ceremonioso se establece que en el plato del rey se debía servir comida para ocho personas, en el de sus hijos o en el de los arzobispos y obispos para seis y en el de los caballeros y otros clérigos para cuatro. Francisco cree que su mesa ha de ser realmente pobre. Por eso en EP 20 se cuenta aquella historia de un Francisco que, disfrazado de mendigo, pide limosna a la mesa de una comunidad de hermanos que, en Navidad, había hecho un dispendio de buena comida. “Al ver la mesa preparada con tanto refinamiento y cuidado, he pensado que no era mesa de pobres religiosos que salen todos los días a pedir de puerta en puerta”. Más allá de afán doctrinario de TC se desvela la manera de ser de Francisco que concretiza su mirada a los pobres en actitudes de vida.
- Con su estilo de vida, Francisco mira también al mundo casi vilipendiado de quienes andan errantes y solos. Los hombres y mujeres del medioevo nunca salían solos o desconfiaban de quien lo hacía. Cualquier individuo que buscara el aislamiento se convertía inmediatamente en objeto de sospecha o admiración (los eremitas) y era tenido por extraño. Andar errante en la soledad era, según la opinión común, uno de los síntomas de la locura. Incluso se consideraba una obra piadosa que se intentara reintegrar a los solitarios en alguna comunidad. Francisco dice en 1 R 9,2 que los frailes deben vivir a gusto “con los mendigos

de los caminos”, ese colectivo invisible por su pobreza, su itinerancia y su locura.

- En contra de la corriente del tiempo que menosprecia e ignora la vejez, sobre todo en el caso de las mujeres, Francisco es respetuoso y generoso con estas “invisibles”. Efectivamente, la vejez es en la Edad Media maldición y castigo y el anciano es pura y simplemente un objeto de risión. No faltan, por otra parte, quienes afirman que la ancianidad es la imagen misma del pecado. A los viejos se los presenta a veces con caracteres grotescos, abrumados por las miserias físicas y morales. Francisco tiene otra visión más humanitaria, más dignificante. En 2 C 92 se narra aquel episodio en que Francisco “devuelve” un manto a una anciana pobre y doce panes en concepto de “contribución”. Cree que la anciana mujer tiene sus derechos intocables y es preciso resarcirle. Una visión humanizadora de una época de la vida muy maltratada en aquel entonces.

Podría parecer que estos textos no son más que pinceladas de barata hagiografía. Pero, con otras muchas que nos ofrecen las fuentes, configuran la evidencia de que Francisco ha mirado de frente el amplio espectro de los invisibles de su época. Y esa mirada, cargada de dignidad, ha logrado hacer brillar de nuevo el rostro de humanidad que la injusticia vela en esas personas.

c) Caminos posibles

Quizá pueda pensarse que la invisibilidad que pesa sobre muchos colectivos sociales actuales es inamovible, imposible de superar. Pero el franciscano/a puede caminar en esa dirección, de manera que no constituye un falso anhelo el querer iniciar caminos de cara a esos invisibles:

- *Las gentes sin raíces:* Sin arraigo social, sin referencia familiar, con todas las desestructuras que eso conlleva. Respeto para no juzgar; acercamiento para hacerse una idea, siquiera somera, de su, muchas veces, terrible situación. Tratar de implicar a los servicios sociales y de implicarse con ellos. Forzar en la dirección política de considerarlos ciudadanos, aunque sean mal vistos por la ciudadanía. Creer que, aunque despojados de raíces, quizá, en parte, por su misma situación, siguen siendo sujetos de una dignidad intocable.
- *Las mujeres en situaciones límite:* Las inmigrantes de bajo nivel, las mujeres rurales en desamparo social y económico, las que arrastran estigmas sociales por su trabajo sexual, las ninguneadas por un machismo pertinaz. Justicia y aprecio. Justicia para colaborar a situarlas en situaciones sociales de más dignidad como algo que les pertenece. Aprecio para ver que, con frecuencia, dentro de sus limitaciones, son las que siembran humanidad en los niveles más elementales de la vida.
- *Las familias al borde de la gran pobreza:* Para las que comer cada día es un problema real. Solidaridad y horizonte. Solidaridad para no dejar en la estacada a quien anda en fuertes agobios; urgir a instancias concretas de la sociedad (Ayuntamientos, ONGs, etc.) a que se impliquen realmente en el drama familiar de no poder sobrevivir económicamente en una sociedad de abundancia como la nuestra (más allá de las crisis financieras). Facilitarles el acceso a servicios sociales que pueden generar algún horizonte en su vida. Implicarse en contratos de trabajo, siquiera precarios, que puedan abrir una pequeña puerta de esperanza en una situación que muchas veces es más que negra.

- *Los colectivos sociales aún marcados:* Sobre todo porque rozan con una visión de la sexualidad denigrante (sida, transexuales, prostitución, etc.). Dignidad y amparo. Dignidad para hacer ver que sus situaciones no solamente no los excluyen del hecho social sino que, por muchas razones, merecen ser integrados como parte constituyente de la ciudadanía. Dignidad para ver más allá de las circunstancias, duras a veces, de sus trabajos o situaciones sociales. Amparo para colaborar en arbitrar desde pequeñas ayudas puntuales, pasando por asesoramiento y ayuda social, hasta una integración real, sin estridencias, en el tejido social.
- *Las gentes de aluvión:* Que se instalan en cañadas, extrarradios, lugares de nadie. Sufren el continuo temor del desalojo además de todas las circunstancias negativas que afectan a esta clase de asentamientos. Presencia y ayuda. Presencia para ir a esos lugares sin temer encontrarnos con personas que tienen intacta su humanidad y que, con frecuencia, despliegan valores que ni nosotros mismos los tenemos activados. Ayuda, la que sea, para que ese tipo de asentamientos sea de algún modo considerado, más allá de su jurídica ilegalidad.

Y luego están los invisibles lejanos de los que no se puede desentender el franciscano/a. Aunque la acción concreta en ellos será, seguramente, menos posible también su sufrimiento nos afecta, su interrogante nos implica y sus gritos de justicia nos llegan. Es preciso hacer un esfuerzo por conocerlos, por mirarlos de frente, por saber de ellos. Y luego, en la medida que se pueda, ponerles rostro concreto. Cuando esto se hace, el problema cobra otro color y las posibilidades de implicación se hacen mayores.

3. El reto de construir una economía solidaria

Se escribe este último reto cuando el mundo se halla sumido en la gran crisis financiera del otoño de 2008. La economía del sistema capitalista entró en una crisis de consecuencias impredecibles. La vieja creencia neoliberal de que el mercado lo arreglaba todo y no necesitaba intervenciones estatales de ninguna clase cayó por tierra estrepitosamente. El enorme flujo de dinero que los Gobiernos pusieron sobre la mesa para salvar a las ruinosas entidades financieras abocadas al derrumbe por la voracidad especulativa de unos desaprensivos trataba de paliar el desastre. Los expertos se afanaban por explicar lo ocurrido, por encontrar a los verdaderos culpables, por sugerir las verdaderas causas, haciéndose, algunos de ellos, la pregunta de quién iba a pagar los platos rotos de esta debacle, llegando a la conclusión de que terminarían siendo los más débiles quienes iban a sufrir el desaguizado.

En este convulso marco, signo evidente, dramático y global de nuestra economía neoliberal es donde la VR y la espiritualidad franciscana se preguntan cómo aceptar hoy el reto de construir una economía solidaria. Hay quienes han visto en esta cuestión no solamente uno de los requisitos básicos para la renovación de la VR, sino también algo imprescindible para la pervivencia de las viejas espiritualidades cristianas, la franciscana entre ellas. Dice J.M.Castillo: “Hoy nos tendríamos que replantear una decisión que a todos nos da mucho miedo, mucho miedo: modificar *nuestra organización económica*. Los religiosos nos hemos buscado buenas razones para justificar la posesión de bienes y una seguridad económica que, en realidad, nos hace unos privilegiados en la sociedad. Las obras e instituciones que tenemos que llevar adelante, los ministerios apostólicos que realizamos, la debida atención a nuestros ancianos y enfermos, todo eso son los argumentos que utilizamos para poseer, con buena conciencia, los bienes y las rentas que hacen posible la organización económica que nos asegura un presente y un futuro

tranquilizante. Y es comprensible que esto sea así, después de tantos siglos viendo eso como una cosa enteramente normal. Pero lo que hay que preguntarse es si todo eso no podría y no tendría que ser de otra manera” (*El futuro de la vida religiosa*, p.194).

Acostumbrados los religiosos/as a pensar y vivir (más lo segundo que lo primero) una espiritualidad de la pobreza, quizá hoy se nos llame a ir elaborando otra sobre la economía solidaria. Y esto no únicamente porque, más o menos, nuestras instituciones tienen dinero y posesiones, sino porque generar esta espiritualidad es algo imprescindible para, como diría J. Sobrino, mantener nuestra honradez con lo real y, más todavía, para construir la posibilidad de que el carisma franciscano tenga visos de supervivencia en el futuro.

Los franciscanos/as hemos de asumir ese reto con buen ánimo porque nuestra espiritualidad empuja, desde el principio, en esta dirección. La complejidad de respuestas que en nuestras Órdenes ha habido en torno al tema de la pobreza no ha de enmascarar la posibilidad de caminar en la dirección de una economía solidaria. Por otra parte, el momento social es propicio para un giro en esta cuestión. Siempre la voz de los pobres nos ha presionado en nuestros comportamientos económicos. Pero ahora, esa voz es un clamor inapagable, casi ensordecedor. Desoírlo sería una muestra increíble de cinismo.

a) Otra economía es posible

Adaptando y haciendo nuestro el conocido eslogan de que otro mundo es posible, se podría afirmar que también otra economía es posible. Quienes no están dispuestos al cambio, quienes desean mantener los privilegios de siempre, quienes no tienen intención de compartir nada con nadie, afirman contundentes que los modos económicos vigentes son incambiables, que quien se mete en el cruel mundo de la economía o machaca al adversario o lo machacan a él. Por eso, pensar en otro modelo de relación económica, más equitativo, más fraterno, preocupado por la suerte del desfavorecido es algo no sólo utópico, sino totalmente imposible. Sin embargo, hay evidencias, siquiera modestas, de que otra realidad económica es posible. Veamos algunos modos económicos actuales que, aunque minoritarios, caminan en la dirección de la solidaridad:

- *La otra banca:* Si algo aparece como una realidad “sin entrañas” es la banca. Lo suyo es granar siempre y mucho, por encima de coyunturas, y a pesar de quien sea. Pero la misma banca convencional, quizá para captar más activos, ofrece posibilidades de dinero ético e incluso solidario, aunque el cliente solamente intervenga en la orientación general, no en los modos de inversión. Incluso existe una posibilidad de banca ética pura (Triodos Bank, por ejemplo) o totalmente solidaria (Fiare, por ejemplo) que, aunque minoritaria, se sale de los parámetros de la banca convencional. Luego la evidencia de que se puede hacer banca de otra manera, sin funcionar únicamente con expectativas de grandes ganancias, es posible.
- *El otro dinero:* Ése que se entiende no únicamente en función del beneficio económico, sino también en el del beneficio humano. Los pequeños préstamos para promoción del desarrollo (Banco de los pobres), la misma labor económica de las ONGs, el dinero que de muchas formas corre, en pequeñas cantidades, para promocionar y sostener pequeñas empresas de inserción, etc., están hablando de otra manera de entender el dinamismo del dinero. Evidentemente, es una realidad tan modesta que el gran capital financiero ni se inquieta por ello. Pero la

evidencia de que eso está ahí habla de la posibilidad de que las cosas no son únicamente de la forma en que las plantea el sistema vigente.

- *La otra empresa:* Ya que la economía estándar entiende que la empresa se crea únicamente para proporcionar grandes riquezas a los inversores y más modestos beneficios al trabajo. Pero hay empresas que tienden a equilibrar un poco ambos extremos. Son empresas que no tienen pérdidas pero las ganancias están mejor repartidas. Son pocas, claro está, y quizá insignificantes en el concierto de las grandes multinacionales. Pero su existencia es lenguaje de otros caminos. Más aún, hay empresas productivas que unen a este afán de cierta igualación la certeza de que las personas con una cierta discapacidad también pueden hacer parte del tejido económico productivo e incorporan en su plantilla una parte significativa de estas personas (por ejemplo, “Ecointegra” en Aoiz, Navarra). Se demuestra con estos planteamientos que otro tipo de empresa no es una vana utopía, sino una humilde pero evidente realidad.
- *El otro mercado:* Ya que el mercado es la llave de la economía. Por eso es una realidad celosamente guardada, de no fácil acceso para los mercaderes pobres, para los países productores que económicamente cuentan poco. La realidad del comercio justo, de las cooperativas de productores del campo que se animan a suprimir la cadena de intermediarios, el mismo fenómeno de los mercadillos populares son realidades que están hablando de la posibilidad de otro tipo de mercado, una realidad más cercana a la vida de las personas que no se resignan o no pueden montarse en el tren de vida del sistema. Que incidan poco en la vertiginosa trayectoria económica de las gigantescas empresas mundiales no invalida el valor de su profecía.
- *El otro consumo:* Porque la vorágine de la economía es hermana del consumo desenfrenado, exquisito, insolidario. Muchas personas comienzan a estar de vuelta de esta manera de vivir el consumo: los “no logo” que miran con desconfianza a las marcas actuando en consecuencia, el “descubrimiento” de no pocos ciudadanos de que una vida sencilla y hasta austera puede conducirnos a un camino de indudable bienestar y dicha, están hablando a las claras de que otro consumo es posible. La proliferación de publicaciones, siquiera marginales, que tratan del consumo responsable, deja ver a las claras que hay en el subsuelo de la sociedad una tendencia hacia otros modos de consumo de componente más humanizador.
- *El otro trueque:* Porque el sistema nos ha llevado a pensar que el único intercambio es el de bienes por dinero. Pero puede haber, y las hay, otras variantes: el intercambio de tiempo (Banco del Tiempo), de productos agrícolas, de trabajos culturales y manuales, etc., está llevando a pensar, en el marco mismo de la sociedad del dinero, que en la vida no todo es intercambio monetario, sino que puede haber otro tipo de trueque de componente mucho más humanizador y relacional.

Ya lo decimos: todo esto es una realidad minoritaria en el gran caudal del sistema económico neoliberal. Pero ignorarlo es desconocer la realidad. No ponerlo sobre la mesa nos aboca a “morir al palo” del gran capital. No valorarlo nos impediría soñar con la profecía de un mundo distinto. Los franciscanos/as habríamos de mirar con agrado estas tentativas minoritarias y minoríticas de diversidad económica. Nos va mucho en ello.

b) Economía franciscana

¿Puede la vieja espiritualidad franciscana verter alguna luz sobre este moderno camino de nuestra economía neoliberal? Sí puede, porque los viejos parámetros insolidarios y explotadores de este tipo de economía son los de siempre. Y aunque la Edad Media tenía, claro está, un marco referencial económico muy distinto, los elementos de fondo son similares. Entresaquemos algunos textos:

- En Adm 7,2 Francisco entiende la dialéctica paulina *letra que mata/espíritu que da vida* del siguiente modo: “*Son matados por la letra los que únicamente desean saber las solas palabras, para ser tenidos por más sabios entre los otros y poder adquirir así grandes riquezas para legar a sus consanguíneos y amigos*”. Utilizar la Palabra para ser más, tener más y así dejar más a los prójimos perpetuando el mecanismo del poder del dinero es un camino opuesto al marcado por el Evangelio y al seguido por Francisco. En esto no hay paliativos. Y por eso, las fuentes económicas de los grupos franciscanos han de ser revisadas con cuidado. Primeramente, para vigilar e incluso cuestionar la economía que depende directamente de asuntos religiosos. Vivir de la religión es peligroso y tiene siempre encima un indudable interrogante. Además, porque a todo franciscano/a le es imprescindible ir pasando de la pobreza pensada a la pobreza vivido.
- Pero como de la tentación de acumular, que es lo mismo que la tentación del poder, nadie está libre, ni siquiera el hermano menor, Francisco hace en 1 R 8,7 una severa advertencia a los hermanos. “*Y si acaso -¡ojalá no suceda!- ocurriera que algún hermano recoge o tiene pecunia o dinero, exceptuada tan sólo la necesidad de los enfermos, tengámoslo todos los hermanos por falso hermano y apóstata, ladrón y bandido, como quien tiene la bolsa (cf. Jn 12,6), a no ser que se arrepienta de veras*”. Judas es en la literatura monástica la tipificación de la codicia que aparta del Evangelio. El franciscano/a entiende perfectamente el planteamiento evangélico de que la acumulación no tiene más que una salida: ser solidario con los pobres, lo que llevará a una efectiva desacumulación. El imaginario económico que manejamos y no pocos de nuestros modos concretos de vida económica reciben aquí un fuerte cuestionamiento. Quizá se reorienten a base de creciente transparencia y de evidente conexión con proyectos de desarrollo humano que animen y den sentido a un despojo efectivo.
- Pero no creamos que Francisco es un resentido contra quien quiere vivir con una cierta holgura humanizadora su vida. No, es más equilibrado que todo eso. Dice TC 43 hablando de cómo vivían los primeros franciscanos: “*Nada reclamaban como propio. Los libros y objetos que les habían sido dados, los usaban en la forma transmitida y observada por los apóstoles. A la par que entre ellos reinaba una verdadera pobreza, eran liberales y generosos con todo lo que les había sido entregado por Dios, y por su amor daban de buena gana a cuantos se las pedían, y particularmente a los pobres, las limosnas que ellos habían recibido*”. Se habla aquí de cómo los bienes ayudaban a cada uno según su necesidad, máximo criterio de fe y vida; cómo había entre ellos una auténtica generosidad a la hora de entender y vivir los aspectos económicos de la vida y cómo, sobre todo, era la solidaridad la que gobernaba aquellas modestas economías. No obstante, hay que advertir que el hacerse administradores de los bienes de los pobres conlleva el evidente riesgo de que algo, o mucho, se nos quede “entre las uñas”. Por eso, es mucho mejor intermediar sin administrar. Por lo demás, y como verdadero criterio evangélico que lo es, la generosidad ha de presidir los comportamientos económicos cotidianos del franciscano/a. Ahí se ha de verificar con realismo sino se va dando o no la reorientación evangélica de su manera de entender y vivir la economía.

Como franciscanos/as hemos de tener en cuenta siempre estas fuertes orientaciones para situar las cosas en el marco que deseamos. Si no, el brillo del dinero, el poder que facilita, nos harán perder fácilmente el norte. Si logramos ser generosos, liberales, solidarios con nuestros bienes, no solamente muchas personas podrán vivir en formas más humanas, sino que nosotros mismos saldremos ganando en equilibrio, alegría y paz. Aprender a vivir con sencillez y sin el respaldo de un gran caudal de bienes es lección que el franciscano/a ha de ir aprendiendo. Hoy día, por ejemplo, se nos insta a suscribir fondos de pensiones que nos hagan más fácil la vejez. Es una manera “civilizada” de acumular. El Evangelio cuestiona esa clase de opciones por dos razones: porque la excesiva previsión lleva a una indudable insolidaridad con los pobres. Y porque, además, ese tipo de ahorro es de los más opacos, de aquellos que se sitúan en modos de ganancia menos controlados, más neoliberales, ya que el lejano uso de tal dinero da a las entidades financieras unos márgenes de actuación que los hace incontrolables. No son, pues, estas las maneras de proceder de quien entiende los mecanismos evangélicos y franciscanos del dinero.

c) Caminos cotidianos para una economía franciscana

Porque, como ya lo hemos dicho, mucho de lo verdadero de una espiritualidad se juega en lo cotidiano, es preciso intentar iluminar esa senda para animarse a ir generando una auténtica espiritualidad franciscana de los bienes:

- *Especialistas en generosidad:* Así deberían ser los franciscanos/as: especialistas no tanto en la pobreza, sino en la generosidad. Ésta se halla a la base de la opción franciscana. Si el hermano Francisco se ha refugiado en la opción de pobreza no ha sido por razones primariamente ascéticas, sino porque entendía que ese era camino que llevaba derecho a la senda del Evangelio. La pobreza, traducida a parámetros positivos y quizá más sugerentes, recibe el nombre de generosidad. Por eso, si, de acuerdo con esto, una comunidad franciscana quisiera medir el vigor de su fidelidad a la espiritualidad de la pobreza, habría de mirar a su nivel de generosidad. Eso le va a dar una idea precisa.
- *Proyectos, no limosnas:* La traducción cotidiana de la solidaridad ha sido en nuestra vida cristiana la limosna. Toda religión (el judaísmo, como lo denota el mismo Evangelio, Mt 6,2-4) ha entendido así el tema del dinero solidario. Pero hoy la sociedad nos está haciendo ver que la solidaridad hay que vehicularla por proyectos que lleven al desarrollo. Por eso, las comunidades franciscanas habrían de entrar por el cauce social de proyectos de desarrollo bien planeados, gestionados y que reviertan tanto en beneficio de los usuarios como en el de los donantes en formas de crecimiento de sensibilidad para con los débiles. Andar por libre en temas de generosidad económica, además de hacerlos menos eficaces, denota un individualismo peligroso.
- *Rentabilizar los bienes:* La comunicación de bienes y el uso social de los mismos han sido temas que la vida franciscana ha ido tocando a lo largo de estos últimos decenios. Todavía es preciso trabajar en la rentabilización de nuestros bienes con una orientación solidaria, no únicamente economicista. Los grupos franciscanos, aunque mermados en estos últimos tiempos, aún conservan un potencial económico y logístico de primer nivel. La necesidad de los débiles exige que todo ese patrimonio no esté infrautilizado, sino que sean los débiles quienes puedan sacar rendimiento social de él.
- *Apoyo a la inserción laboral:* El trabajo es, lo sabemos, lo que impide a no pocas personas entrar en el vagón último del tren de la sociedad con riesgo perma-

nente de desenganche, de exclusión social. Por eso, la orientación económica de las comunidades franciscanas no ha de desechar la posibilidad de colaborar en esos ámbitos sociales donde el tejido laboral es más precario, más frágil: pequeñas empresas de inserción, talleres de autónomos con dificultades, personas que quieren reincorporarse a una vida social normal en la mediación de modestos proyectos laborales. Apoyar esos intentos, aunque fuere en maneras pequeñas, es una forma hermosa de reorientar nuestros bienes y de generar humanidad.

- *Controlar el patrimonio inmobiliario:* Porque un descontrolado aumento de tal patrimonio ha llevado a los grupos franciscanos a tener que soportar un peso institucional y personal enorme. Es cierto que en estas épocas de precariedad económica hay que ser cauto a la hora de reconvertir el patrimonio económico, ya que es, quizá, la garantía de nuestra digna supervivencia económica. Pero también hay que pensar en las esclavitudes que acarrea el mantenimiento del mismo. Por eso, controlar el patrimonio inmobiliario requiere, ante todo, ajustarlo a las necesidades reales del grupo sin aumentarlo de cualquier manera, reorientarlo en la forma económica más evangélica que encontremos, compartirlo sistemáticamente con quien tiene “derecho evangélico” a él, el pobre.
- *Trabajar en redes:* Dado que estos asuntos de la economía son, con frecuencia, complejos, el franciscano/a habría de aprender a trabajar en redes, en colaboración con otras entidades más fuertes que vayan en esta línea que puede acoger su colaboración en modos ajustados y eficaces y que pueden ayudarle a velar por una correcta línea de actuación. Si “los hijos de las tinieblas” se unen para lograr un mayor beneficio, ¿por qué los que apreciamos a Jesús de Nazaret y a Francisco de Asís no nos vamos a unir con quienes tienen ánimo para enmarcar su actividad económica en tales parámetros? Y, como decimos, no se trata de hacer esto por razón únicamente de la eficacia, sino por la de sentido y coherencia de vida.
- *Vigilancia sobre los propios caminos:* Cuando se trata de economía solidaria los interrogantes no recaen únicamente sobre los grupos, sino también sobre la persona concreta. Por eso, es preciso vigilar los propios caminos económicos personales. Habría que hacer una “meditación ante la libre de ahorros” para preguntarse si lo que contiene tiene o no el sello de lo evangélico, si tienen a ella acceso los débiles, si se manejan esos fondos con la generosidad que demanda el Evangelio y la espiritualidad franciscana. Cualquier comportamiento económico de la comunidad no exime de este discernimiento personal.

Las conclusiones a que nos lleva este reto son claras: por un lado, es preciso creer (esta fe nos demanda el Evangelio) en la posibilidad y valor de estos caminos económicos alternativos. Además, habría que renovar la espiritualidad de la pobreza franciscana (incluso del voto de pobreza) entendiéndola en la línea de la gestión económica de bienes, de la mayordomía que va poniendo al servicio de los demás las capacidades y valores que uno/a posee. Finalmente, es preciso tener por cierto que nuestro mayor bien (económico y vital) es la persona del hermano y que el resto es muy relativo. Este es el bien que sería preciso acumular, el bien de la fraternidad; los otros bienes habrían de tener un tratamiento desacumulativo.

CONCLUSIÓN

Quien, por una parte, haya leído este libro o parte de él tal vez haya quedado con un sabor de boca agri dulce. No es de extrañar. Los retos, como la profecía, tienen siempre una acidez que los hace verdaderos. Pero también contienen la “dulzura” de la coherencia creciente, de la utopía presente, del horizonte luminoso. La vida franciscana de hoy habría de tragar estos retos que, como el rollo de Ap 10,9 sabe en la boca dulce como la miel y amargo en el estómago. Es la ambivalencia de toda verdad. Lo extraño y sospechoso sería que en provocara en nosotros/as el saludable sarpullido de las vacuna que protege y nos proporciona salud.

Por otra parte, puede haber lectores/as que piensen que aquí se vierte excesiva sociología y escasa espiritualidad. Estamos llegando al convencimiento de que es en la realidad histórica donde en verdad Dios quiere ser amado y servido. Por eso, nuestra vieja espiritualidad, con frecuencia ayuna de proyección social, requiere un fuerte correctivo. Es preciso mirar con insistencia, con resistente benignidad, al mundo que nos rodea para tratar de ver qué es lo que nosotros, como creyentes en Jesús y como franciscanos/as, podemos aportar ahí. Se trata de ir colmando el profundo foso abierto entre la fe pensada y la fe vivida, entre el franciscanismo de libro y el de la calle. Al fin y al cabo, la espiritualidad franciscana, como el Evangelio, es realidad destinada al campo de la vida.

Quizá también es posible que acogiendo alguno de los planteamientos expuestos haya hermanos/as que generen un cierto sentimiento de culpabilidad y de derrota: se ve como cierto el derrotero espiritualista que nos ha abocado al riesgo de vaciamiento de sentido de nuestra vida franciscana y se generan los sentimientos de culpa (no hemos sido fieles a Francisco) y de desaliento (nunca podremos serlo). Pero cabe una reacción diferente: puede ser cierto que la espiritualidad franciscana no haya estado en su historia al nivel que se le demandaba. Pero, aunque no podamos ya reorientar el pasado, sí podemos hacerlo con el futuro. Por eso, en lugar de detenerse en los errores históricos, algunos de ellos aún persistentes, hay que animarse de cara al futuro, sabiendo que hay posibilidad, hoy más que nunca, para la vivencia de un franciscanismo valioso, reconfortante, capaz de generar ilusión y de proyectarse en el futuro. Los numerosos logros que no pocos hermanos/as van sumando en su camino franciscano hablan claramente de esta posibilidad.

Más aún, el carisma franciscano contiene un potencial actualizador indiscutible. Percibimos con claridad que los creyentes de hoy, y no pocos no creyentes, se ven atraídos por la figura y espiritualidad del hermano de Asís. Bien lo ha expresado el hermano Sebastián López en su introducción a los *Escritos de san Francisco* de la BAC (1995⁶, p.16): “Su cerrado y radical cristocentrismo, tan desde lo humano y desde abajo, como hoy se quiere. Su encendida pasión por Dios, tan respetuosa de su silencio y su grandeza, de su exclusiva condición, a la que el fenómeno de la secularización nos ha hecho tan sensibles. El seguimiento y persecución de Cristo en obras contantes y sonantes en un hoy tan por los compromisos, liberaciones y políticas. Su opción, tan a contrapelo de la rebeldía de entonces, por la obediencia y reverencia a la Iglesia, cuando vivimos idéntico clima de contestación. Su empeño disparatado por la pobreza de Jesucristo, pobreza real y material, de bulto y que hacía daño, y su empeño por ser de los pobres-pobres y de convivir con ellos, hoy que al menos de esto se habla y esto preocupa. Su fiesta, alocada y sin sentido, alegre, en un hoy que descubre su valor y su necesidad. Su libertad,

forjada de intemperie, de pobreza y de fraternidad, hoy que la sentimos amenazada de consumismo y de violencia. Su concepción de la vida religiosa, tan con lo imprescindible nada más; su corazón habituado al Evangelio, que enlaza y apiña corazones en donación cuando pesan en ella siglos de estructuras y de leyes. Su afirmación optimista de lo humano y mundano en la comunión de su **fraternidad universal**, hoy tan abiertos a todos los caminos que llevan a los otros”.

Entrar en la dinámica de estos retos demanda un grado explícito de lucidez, de sentido crítico, de afán de búsqueda. Exige estar atentos a lo que pasa y a lo que nos pasa. Abandonar este papel de “centinela” es exponerse al deterioro de la rutina y de la insignificancia. “A ti, hijo de hombre, te he puesto como centinela para la casa de Israel”, dice el Señor a Ezequiel (Ez 33,7). Quizá se nos esté nombrando centinelas en esta época nuestra. Dice E. Sábato: “No podemos olvidar que en estos viejos tiempos, ya gastados en sus valores, hay quienes nada creen, pero hay también multitud de seres humanos que trabajan y siguen en la espera, como centinelas” (*La resistencia*, p.120). Ojalá los franciscanos/as podamos ejercer ese papel de centinela. Sin bajar a la arena, sin encajar estos y otros retos, imposible.

Lo hemos dicho más arriba: un carisma se mantiene vigente en la medida en que se vive, no únicamente en cuanto se recuerda. Los franciscanos/as, quienes aprecian a Francisco, han tenido una gran suerte al recibir su legado espiritual. Pero, emparejada con ella, va una no menos grande responsabilidad, la de no dejar morir esa profecía franciscana, la de mantener vigentes, en un nuevo marco social, los valores primordiales del franciscanismo. Y esto se logra mejor mirando al futuro y no al pasado.

Bibliografía de referencia

AIZPURÚA, F., *El bosque ya reverdece. Lectura reflexiva de las conclusiones del VII Consejo Plenario de la Orden Capuchina*, Ed. Curia de Capuchinos, Pamplona 2004.

BINI, G., *Fraternitas*, nº 27, diciembre de 1997.

BOOF, C., *Comunidades insertas*, en AA.VV., *Diccionario teológico de la vida consagrada*, E. Publicaciones Claretianas, Madrid 1992², pp.887-891.

BOFF, L., *Ecología. Grito de la tierra, grito de los pobres*, Ed. Trotta, Madrid 1996.

CARRERAS, J., *Identidades para el siglo XXI*, en *Cuadernos de Justicia y paz*, nº 147, Barcelona 2007.

CASTILLO, J.M., *El futuro de la vida religiosa. De los orígenes a la crisis actual*, Ed. Trotta, Madrid 2003.

COMISIÓN TEOLÓGICA DE LA UNIÓN DE SUPERIORES MAYORES GENERALES, *Dentro de la Globalización: hacia una comunión pluricéntrica e intercultural. Implicaciones eclesiológicas para el gobierno de nuestros institutos*, en *Vida Religiosa*, marzo 2001 (90) 8-37.

CORBÍ, M., *Hacia una espiritualidad laica. Sin creencias, sin religiones, sin dioses*, Ed. herder, Barcelona 2007.

CHITTISTER, J., *El fuego en estas cenizas. Espiritualidad de la vida religiosa hoy*, Ed. Sal Terrae, Santander 1998.

CHITTISTER, J., *Odres nuevos*, Sal Terrae, Santander 2000.

DESBONNETS, Th., *De la intuición a la institución. Los franciscanos*, Ed. Aránzazu, Oñate 1991.

ECO, U., *El nombre de la rosa*, E. Lumen, Barcelona 1997.

ELLACURÍA, I., *El reino de Dios y el paro en el tercer mundo*, en *Concilium* 180 (1982) 588-596.

ELZO, J., *Los jóvenes y la felicidad. ¿Dónde la buscan? ¿Dónde la encuentran?*, Ed. PPC. Madrid 2006.

ESSER, K., *La Orden Franciscana. Orígenes e ideales*, Ed. Aranzazu, Oñate 1976.

K. ESSER, *Temas espirituales*, Ed. Aránzazu, Oñati 1980.

FERNÁNDEZ, J., *Ser humano en los conflictos*, Ed. Alianza, Madrid 2006.

FERNANDEZ, J.M., *Adviento 1998. ¡Atreveos a ser humanos!*, en *Sal Terrae*, octubre 1998, pp.733-746.

FLOOD, D., *Francisco de Asís y el movimiento franciscano*, Ed. Aranzazu, Oñati 1996.

FOSSIER, R., *Gente de la Edad Media*, Ed. Taurus, Madrid 2008.

IRIARTE, L., *Vocazione francescana. Sintesi degli ideali di san Francesco e di santa Chiara*, (orig.cast.), Laurentianum/Piemme, Casale M. 1991².

LARRAÑAGA, I., *El Hermano de Asís*, Ed. Paulinas, Madrid 1980

LECLERC, E., *El sol sale sobre Asís*, Ed. Sal Terrae, Santander 2000.

ID., *Francisco de Asís. Un hombre nuevo para una sociedad nueva*, Ed. Sígueme, Salamanca 2006.

LLEDÓ, E., *El silencio de la escritura*, Ed. Centro de Estudios Constitucionales, Madrid 1992.

MANSELLI, R., *Vida de san Francisco de Asís*, Ed. Aranzazu, Oñate, 1997, pp.44-70.

MARINA, J.A., *La lucha por la dignidad. Una teoría de la felicidad política*, Ed Anagrama, Barcelona 2000.

ID., *Dictamen sobre Dios*, Ed. Anagrama, Barcelona 2001.

ID., *Anatomía del miedo. Un tratado sobre la valentía*, Ed. Anagrama, Barcelona 2006.

MATEOS, J.-CAMACHO, F., *El horizonte humano. La propuesta de Jesús*, Ed. El Al-mendro, Córdoba 1998⁶.

MERINO, J.A., *Humanismo franciscano. Franciscanismo y mundo actual*, Ed. Cristiandad, Madrid 1982.

ID., *Visión franciscana de la vida cotidiana*, Ed. Paulinas, Madrid 1991.

MERLO, G.G., *Historia del hermano Francisco y de la orden de los Menores*, en AA.VV, *Francisco de Asís y el primer siglo de la historia franciscana*, Ed. Aranzazu, Oñate 1999.

METZ, J.B., *Las órdenes religiosas. Su misión en un futuro próximo como testimonio vivo del seguimiento de Cristo*, Ed. Herder, Barcelona 1978.

MICCOLI, G., *De la intuición a la institución: un paso no del todo natural*, en *Francisco de Asís* (n.18) 111-125.

MINISTRO Y DEFINITORIO GENERAL OFM, *La gracia de los orígenes. VIII centenario de la fundación de los hermanos menores*, en *Selecciones de Franciscanismo*, n.102 (2005) 323-338.

O'MURCHU, D., *Rehacer la vida religiosa. Una mirada abierta al futuro*, Ed. Publicaciones claretianas, Madrid 2001.

MUTIS, A.,-RUIZ PORTELLA, J.M., *Manifiesto contra la muerte del espíritu*, en www.manifiesto.org/manifiesto2.htm.

PIKAZA, X., *Sistema, libertad, Iglesia. Instituciones del Nuevo Testamento*, Ed. Trotta, Madrid 2001.

PRIVAT, E., (ed.), *Franciscains d'Oc. Les spirituels ca 1280-1324, Cahiers de Fanjeaux*, Toulouse-Fanjeaux 1975.

RADCLIFFE, T., *El manantial de la esperanza*, Ed. San Esteban, Salamanca 1998.

SÁBATO, E., *La resistencia*, Ed. Lumen, Barcelona 2000.

SANTANER, M.A., *Francisco de Asís y de Jesús*, Ed. Aranzazu, Oñate 1986.

SCHALÜCK, H., *La globalización como reto de la familia franciscana*, en *Selecciones de franciscanismo*, 89 (2001) 168-179.

SCHÖKEL, L.A., *¿Dónde está tu hermano? Textos de fraternidad en el libro del Génesis*, Ed. San Jerónimo, Valencia 1985.

SERVICIO JESUITA A MIGRANTES, *Inmigrantes: ¿invasores o ciudadanos?*, en *Cuadernos de Justicia y paz*, Barcelona 2008.

SOBRINO, J., *Espiritualidad y seguimiento*, en I.ELLACURÍA-J.SOBRINO, *Mysterium Liberationis. Conceptos fundamentales de la Teología de la Liberación*, Ed. Trotta, Madrid 1990, pp.449-476.

ID., *Redención de las víctimas y globalización*, en *Concilium* 293 (2001) 129-140.

SOLS, J., *Cien años de violencia*, en *Cuadernos de Justicia y paz* nº 120, Barcelona 2003.

STEINER, G., *Nostalgia del absoluto*, Ed. Siruela, Madrid 2005.

TESTIMONIO (Revista de Chile), *Biblia y Vida Religiosa*, nº 226, Santiago de Chile 2008,

ZAMORANO, S., *Cronistas primitivos franciscanos y otros documentos del siglo XIII*, Ed. Cefepal, Santiago de Chile 1981.

ÍNDICE

Introducción

I. “Lo amargo se me tornó en dulzura”. La conversión del hermano Francisco como conversión social

1. El proceso de conversión del hermano Francisco como percepción y cambio de una situación social distinta.
2. La institucionalización de la Orden como conflicto con la vida convertida del hermano Francisco
3. La vida franciscana convertida socialmente

II. Los grandes retos sociales

1. El gran reto de la itinerancia
 - a) Todo cambia
 - b) En el núcleo del franciscanismo
 - c) Consecuencias decisivas
2. La fraternidad franciscana ante el reto de la globalización
 - a) La globalización “envenenada” y la “civilización de la pobreza
 - b) El legado de un gran sueño
 - c) Responsabilidades y tareas
3. La vida franciscana ante el reto de la no violencia activa
 - a) Escenarios de violencia
 - b) Paradigma franciscano
 - c) Caminos de no violencia activa
4. El reto de las causas de la pobreza
 - a) De señuelos y pescadores
 - b) Una nueva visión de la pobreza franciscana
 - c) Posibilidad de respuestas personales y colectivas
5. El reto creciente de las migraciones
 - a) Inmigrantes, ¿invasores o ciudadanos?
 - b) Francisco y la exclusión, el racismo y la extranjería
 - c) Una llamada a los franciscanos/as

III. Los necesarios retos eclesiales

1. Los retos de la profecía de la fraternidad

- a) Una vida en comunión
 - b) Retos desde la espiritualidad franciscana
 - c) Derivaciones
- 2. El persistente reto de la misericordia
 - a) Reflexión antropológico-cristiana
 - b) Dos iconos franciscanos de misericordia
 - c) Derivaciones
- 3. El reto de afianzarse en Jesús y de mantener la prioridad de las opciones de conciencia de los creyentes
 - a) Una vida normada por el Evangelio
 - b) Una conciencia que no condena
 - c) Gnosis versus moral evangélica
- 4. El reto de una Palabra palpitante
 - a) Tres interrogante cotidianos
 - b) La Palabra fundamento profético de la vida franciscana
 - c) Cauces de actuación profética desde la Palabra

IV. Los retos al interior de la comunidad franciscana

- 1. El reto de un ecumenismo franciscano
 - a) Cuando la globalización llama a la puerta
 - b) Un reto muy concreto
 - c) Posibles consecuencias
- 2. El reto de abandonar estilos de vida monásticos
 - a) Discernimiento ante las viejas estructuras
 - b) Posibilidad de estructuras más insertas
 - c) Caminos abiertos
- 3. El reto de ser humanos en los conflictos
 - a) El conflicto en la Vida Religiosa
 - b) Mecanismos de solución
 - c) Actitudes personales ante los conflictos

V. Los retos cotidianos

- 1. El reto de “los otros valores” franciscanos
 - a) Los valores de la sociedad de hoy
 - b) Los otros valores franciscanos
 - c) Franciscanos/as en lo cotidiano

2. El reto de controlar los miedos para que brote la esperanza

- a) La industria del miedo
- b) Una espiritualidad alejada del temor
- c) Una vida franciscana audaz

3. El reto cotidiano de la paz

- a) La paz en el camino de la Vida Religiosa
- b) Francisco, constructor de paz
- c) Tareas franciscanas en la paz diaria

VI. Los retos culturales

1. El reto de vivir la fe en una sociedad laica

- a) Algunas evidencias
- b) Actitudes franciscanas
- c) Profetas de la laicidad

2. El reto de acercarse a las generaciones jóvenes

- a) ¿Qué les queda por probar a los jóvenes?
- b) Francisco y los jóvenes
- c) Un reto al que se puede intentar responder

3. El reto de acompañar con ternura los problemas éticos

- a) El torbellino de la sexualidad
- b) Ternura franciscana
- c) Profecía de ternura

VII. Los retos atisbados

1. El reto de la frontera

- a) En las lindes del día
- b) Francisco en la frontera
- c) La llamada desde la frontera

2. El reto de ver a “los invisibles”

- a) Acercamiento personal al sufrimiento humano
- b) Francisco y las minorías olvidadas
- c) Caminos posibles

3. El reto de construir una economía solidaria

- a) Otra economía es posible

- b) Economía franciscana
- c) Caminos cotidianos para una economía franciscana

Conclusión

Bibliografía de referencia

Índice

Plantearse la pregunta de los retos que el franciscanismo recibe en esta primera etapa del siglo XXI es ya un dato positivo.

Acoger-proponer retos solamente puede hacerse en la medida en que se tiene claro que una espiritualidad como la franciscana, más allá de los siglos de su pervivencia, sigue siendo una posibilidad y una oferta para la persona de hoy. Además, una espiritualidad está viva en la medida en que se la recrea.

Acoger-proponer retos solamente es viable en la medida en que se tiene despierta la ilusión. Quien acoge-propone retos, es alguien que, abierto aún a la vida, muestra el deseo de escuchar el latido de su tiempo y quiere, de alguna manera, caminar en la senda de que respira.

¿Podemos acoger los retos en esta hora de reducción y de cierta debilidad de la vida franciscana en nuestra cultura occidental?

Sí, porque acoger-proponer retos no es principalmente tarea de fuertes, sino de confiados. ¿Cómo se va a aceptar el reto que viene envuelto en el temor? Ojalá que esta hora de reducción no fuera de desconfianza, sino que, palpándose en la propia debilidad, activando la confianza, se pueda ir entrando en ese mundo duro pero fructífero de los retos de la vida.

ISBN 978-972-8758-69-1



9 789728 758691